

2010-11-10 10:10:10

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MALAGA



414050501

B/20
COMPENDIO
DE LA HISTORIA UNIVERSAL,

6

PINTURA HISTÓRICA
DE TODAS LAS NACIONES,
SU ORIGEN, VICISITUDES Y PROGRESOS HASTA
NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

Por Mr. Anquetil, miembro de varias Academias
literarias.

TRADUCIDA

POR EL PADRE DON FRANCISCO VÁZQUEZ,
Clérigo Reglar de San Cayetano.

TOMO XVI.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1806.



COMPENDIO

DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

Como aun no tenia veinte y dos meses el Príncipe heredero Don Juan II quando murió su padre, quedáron depositadas la autoridad real y la tutela en la Reyna viuda su madre, y en su tio el Infante Don Fernando, Príncipe de raro talento, íntegro, amable, valiente, y el único sin duda á quien podia confiarse con seguridad un cargo tan espinoso en aquellas circunstancias. La generosidad con que renunció la corona de Castilla, que inmediatamente le ofrecieron algunos espíritus revoltosos, y su zelo, actividad y noble desinterés en conservar ileso á su inocente pupilo un patrimonio que intentaban hacer giras los mismos que debieran ser sus defensores, acreditan el acierto que tuvo Henrique en la eleccion.

Su prudencia y moderacion no le libertáron sin embargo de los tiros de la envidia y de la maledicencia. Desconceptuado con la Reyna Madre por las cavilaciones é intrigas

de los cortesanos, vió con dolor próxima á romperse la armonía que debería reynar entre los dos Regentes; y previendo las peligrosas conseqüencias de una completa desunion, apresuró la division y repartimiento del gobierno del reyno prevenidos por el Rey difunto, para que cada uno de los dos Tutores gobernase su parte con absoluta independencia y separacion.

Los Moros granadinos infestaban las fronteras con repetidas correrías, y era forzoso que partiese el Infante á sujetarlos; y así dexando al cuidado de la Reyna el gobierno de las provincias pertenecientes á Castilla la Nueva, se encargó del de Castilla la Vieja, en que se hallaban entónces comprehendidas las provincias andaluzas. Presentóse en ellas á la frente de sus valerosos tercios, batió á los Mahometanos en varios encuentros, los derrotó completamente en las aguas de Cádiz y en las campiñas de Archidona, se apoderó de la importante plaza de Antequera, y los obligó á pedir la paz. Llamado al trono de Aragon, que muerto el Rey Don Martin le correspondia por derecho de sangre y legitima eleccion de aquellos reynos, hubo de abandonar á Castilla, aunque sin descuidar los intereses de su

menor, en cuya proteccion continuó con la mayor legalidad; pero su muerte, acaecida demasiado pronto, dexó á Don Juan II expuesto á las borrascas que se levantáron casi inmediatamente.

La tutela y gobierno recayéron en la Reyna Madre, quien apénas los desempeñó dos años con bastante acierto, quando murió tambien; y el Rey, que ya contaba trece años, hubo de ponerse á la frente del gobierno baxo la direccion de Don Alvaro de Luna, criado en su compañía desde su edad más tierna, y que habia adquirido el mayor ascendiente sobre su corazon. A la verdad necesitaba el Rey de un Ministro de su confianza, que con sus talentos y firmeza supliese su indolencia é irresolucion, y supiese poner la autoridad real á cubierto de los ataques de la ambicion y del poder. Don Alvaro poseia todos estos dotes; y el cariño que el Rey le profesaba, nacido entre los juegos de la infancia, y creciendo con los años, le elevó á una intimidad y privanza de que ofrecen muy pocos exemplos las historias.

Esto excitó la envidia y el encono de las personas que se habian lisonjeado de sacar el mayor partido de la debilidad del Rey; y for-

máron una secreta conjuracion para perder al favorito, cuya perspicacia desconcertaba siempre sus proyectos ambiciosos. El primero que empezó á quitarse la máscara fue el Infante Don Henrique, Maestre de Santiago, é hijo del generoso Don Fernando, difunto Rey de Aragon; pero demasiado astuto para descubrir todo su plan fuera de tiempo, emprendió una guerra obliqua contra Don Alvaro, alejando diestramente de la Corte á todas sus hechuras, substituyendo personas de su confianza, y confinando al Rey en Tordesillas á pretexto de mantenerle en seguridad; pero realmente con el objeto de erigirse en dueño absoluto de su voluntad y de sus Estados. Inmediatamente penetraron todas las miras del Maestre, y no faltó quien intentase romper las cadenas que oprimian al infeliz Don Juan; pero como esto no podia realizarse sin grandes conmociones, funestas siempre á los inocentes pueblos, el prudente Don Alvaro prefirió por entónces el partido de la paz y de la tolerancia, contemporizando en lo posible con su mayor enemigo. Sin embargo pensó que no debia desperdiciar las ocasiones favorables para arrancarle el prisionero; y á pretexto de una partida de caza logró pasarle al castillo de Montalvan,

confiándole á la custodia de algunos Caballeros amigos. El Maestre, luego que lo supo, se presentó delante del castillo con un crecido número de tropas; y sin dar oídos á los preceptos y amonestaciones del Rey, sitió la fortaleza con todo el rigor de una guerra encarnizada, y la reduxo al mayor apuro por falta de manutencion; pero noticioso de las grandes fuerzas que venian en socorro de ella, hubo de retirarse apresuradamente á Ocaña, donde su genio díscolo le ofreció inmediatamente nuevos pretextos para continuar la discordia.

Habia casado el Maestre con la Infanta Doña Catalina, hermana del Rey, el qual en castigo de sus desacatos, y por algun otro motivo político, habia diferido hasta entónces ponerle en posesion del Marquesado de Villena, asignado en dote á aquella Señora; y últimamente revocó por inoficiosa la donacion. Exâsperado Don Henrique se apoderó por fuerza de aquel Estado; pero el Rey envió al momento sus tropas, le recobró, y revocó la gracia de que pasasen á los descendientes del Infante las rentas del Maestrazgo. Esta exórbitante gracia la habia solicitado Don Henrique durante la detencion del Rey en Tordesillas, y la obtuvo porque entónces le imponia la ley; pero libre

ya el Monarca de la opresion que le habia tiranizado, juzgó Don Alvaro oportuno corregir aquella demasía, debilitando al mismo tiempo el poder del Maestre. Como quiera, esta resolución hubiera tenido conseqüencias muy funestas á no mediar la Reyna viuda de Aragon aplacando la cólera de su hijo, disuadiéndole del intento de marchar con todas sus fuerzas en busca del Rey, como tenia resuelto, y reduciéndole á adoptar otros medios mas suaves y seguros de terminar aquellos desabrimientos. Henrique con efecto se presentó en la Corte, procuró sincerarse, y aun hizo algunas propuestas; pero interceptáron por entónces unas cartas del Condestable de Castilla Rui Lope Dávalos, parcial de Don Henrique, y se descubrió la horrible trama que forjaban ambos, excitando al Granadino para que rompiese poderosamente por Castilla, donde seria sostenido por ellos y todos sus amigos. En vano protestó el Maestre su inocencia y la falsedad de semejantes cartas: cometióse el exámen del negocio al consejo del Rey; pero entre tanto fue conducido preso al castillo de Mora; y el Condestable, aunque debió su libertad á la precipitada fuga con que logró salvarse en el reyno de Valencia, perdió todos sus quantio-

esos bienes, los quales fuéron adjudicados por el Rey á varios Caballeros, cabiéndole á Don Alvaro la dignidad de Condestable.

Fuéron tan repetidas las instancias del Rey é Infantes de Aragon para que se pusiese en libertad á Don Henrique su hermano, que Don Juan, á pesar de su repugnancia, tuvo finalmente que condescender. Bien preveía Don Alvaro las fatales conseqüencias de semejante condescendencia; pero desde las fronteras de Aragon amenazaba á Castilla un poderoso ejército; Don Henrique tenia muchos parciales en ella; el éxito de tan peligrosa guerra era demasiado incierto, y por lo tanto parecia preciso ceder á la necesidad. Con efecto, la primera diligencia del Infante fue unirse con su hermano Don Juan, que acababa de subir al trono de Navarra, y que si al principio habia reprobado la conducta de aquel, ahora entró gustosamente en el proyecto de sojuzgar al Rey de Castilla con la esperanza de mayores ventajas. El Condestable Don Alvaro oponia sin embargo un insuperable obstáculo miéntras subsistiese á su lado: les era preciso removerle por qualquiera medio, y no habia otro mas seguro que desconceptuarle con el Rey y con el reyno. Al momento empe-

zaron á esparcirse las calumnias mas atroces, se le atribuyéron los delitos mas exêcrables, se le señalaba como la causa principal de las desgracias que afligian á Castilla, y se pedia con ansia su castigo. Estrechado el Rey por todas partes, tuvo la debilidad de comprometer la decision de este negocio en quatro parciales del Infante Don Henrique, y Don Alvaro fue sentenciado á destierro de la Corte con todas sus hechuras; pero indignado el Rey de la ambicion con que sus enemigos se disputaban sus empleos, y el gobierno del reyno, revocó la sentencia de los compromisarios, llamó inmediatamente al Condestable; y para precaver ulteriores disturbios, prohibió las asociaciones clandestinas, y mandó que se retirasen de la Corte todos los Caballeros que le eran sospechosos.

El Maestre y el Navarro penetráron al punto que el golpe se dirigia principalmente contra ellos; y este nuevo triunfo del Condestable, avivando el aborrecimiento y el encono que ambos le profesaban, fue el anuncio de mayores inquietudes. Unidos con su hermano el Rey de Aragon Don Alonso V, que desde mucho tiempo solo esperaba una ocasion favorable para desmembrar impunemente

una monarquía tan agitada, se presentáron en las fronteras con un grueso ejército, creyendo sorprehender al Castellano, y darle bien pronto motivos para arrepentirse de su volubilidad. Pero como no perdía de vista el Condestable los movimientos del Aragonés, y por otra parte todo lo debía temer de una familia conjurada para arruinarle, se había preparado con tiempo, y Don Juan se halló al momento en disposición, no solo de hacer una vigorosa resistencia, sino de imponerles temor. La mediación del Cardenal de Fox, Legado pontificio en Aragon, y las persuasiones de la Reyna Doña Leonor, viuda del generoso Don Fernando, lograron impedir una sangrienta batalla, que estaban para darse ambos ejércitos en las llanuras de Hariza. Procuraron con el mayor esfuerzo tranquilizar aquellos ánimos alterados, y reducirlos á la paz; y Don Juan, que solo había emprendido aquella guerra por la necesidad de defender sus pueblos y su independencia, accedió inmediatamente, con tal que el Rey de Aragon se separase de la alianza que había prometido á sus hermanos.

Negóse el Aragonés á tan razonable partido, y fue preciso recurrir á las armas. Entró el Rey de Castilla por los dominios de

Aragon, precedido del terror y la muerte, mientras sus Adelantados de la frontera de Navarra entregaban al pillage, incendio y devastacion las ciudades, aldeas y campiñas de aquel miserable reyno; y despues de haberse hecho temible, pasó á la Extremadura, donde se habian hecho fuertes el Maestre y su hermano Don Pedro. Don Alvaro de Luna, y el Conde de Benavente Don Rodrigo Pimentel habian ya conseguido arrojarlos de algunas plazas importantes, y bloquearlos en Alburquerque; pero el Rey creyó necesaria su presencia, ya para animar á sus tropas, y ya por ver si conseguia restablecer la tranquilidad. A este efecto hizo publicar baxo los muros de la plaza un general indulto para todos los culpados en aquellos movimientos, prometiendo recibir en su servicio á los Infantes luego que se entregasen y dexasen las armas; pero apercibiéndoles de que serian tratados con todo el rigor de la guerra, como rebeldes y reos de lesa magestad si insistian en su temerario empeño. La respuesta fue una lluvia de flechas y de metralla. El Rey, sumamente ofendido con este nuevo desacato, resolvió castigarle con la mayor severidad; pero bien persuadido por otra parte de la dificultad de ren-





Cortes de Medina del Campo.

Justamente irritado el Rey D. Juan II por los escandalosos descautos de los Infantes sus prínces, juntó cortes en Medina del Campo; y privando solos en ellas de quanto poseían en Castilla, se distribuyó todo entre los Grandes y Caballeros reales, castigando y premiando así los crímenes y servicios. Aunque no hubiera justicia, la conveniencia sola chamaría siempre por premios y castigos.

dir una plaza, que se defendia desesperadamente, congregó sus Cortes en Medina del Campo, donde acusados los Infantes de todas sus trayciones y delitos, fuéron condenados á perder los Estados que poseian en Castilla, adjudicados estos á varios Grandes y Caballeros leales, y dado en administracion al Condestable Don Alvaro de Luna el Maestrazgo de Santiago.

Este era con efecto el medio mas seguro de dexar á los rebeldes sin arbitrio para continuar tan desastrada guerra; pues despojados de unas quantiosas rentas, que solo se invertian en la destruccion del reyno, y por otra parte sin esperanza de socorro, quando Aragon y Navarra, debilitados con repetidas pérdidas, desconfiaban de poder resistir á los temibles armamentos con que les amenazaba el Castellano, casi no les quedaba otro recurso que pedir la paz. Pidiéronla con efecto; pidiéronla tambien los Reyes coligados, aunque con tanto orgullo, y baxo unas condiciones tan duras, que hubieran sido inadmisibles para otro que la hubiera deseado ménos que Don Juan, y quisiese prevalerse de las ventajas de su situacion política. Sin embargo, se firmó una tregua de cinco años, que rompiéron inmedia-

tamente los Infantes Don Henrique y Don Pedro, auxiliados por el Maestre de Alcántara Don Juan de Sotomayor, y que solo pudo restablecerse con la prision de Don Pedro, con la ocupacion de la fortaleza de Alcántara, y la deposicion del Maestre Sotomayor.

Humillado Don Henrique con tan repetidos golpes, destituido de recursos para continuar sus ambiciosas pretensiones, y temiendo la ruina que le amenazaba, imploró la mediacion del Rey de Portugal para obtener su perdon y la libertad de su hermano. Fácilmente consiguió uno y otro del pacífico Don Juan, aunque baxo la precisa condicion de restituir las plazas que hubiese ocupado en Extremadura, y de dexar en paz á Castilla, retirándose á Aragon con el Infante Don Pedro, segun estaba acordado en las capitulaciones anteriores.

Apénas se habia desembarazado Castilla de estos irreconciliables enemigos de su tranquilidad, quando sin dexar las armas, se vió comprometida en otra guerra, aunque ménos peligrosa. Mahomad el *Izquierdo*, que arrojado del trono de Granada por otro Mahomad, llamado el *Chico*, debió su restablecimiento á la compasion de Don Juan, infiel á su deber

y á su palabra, tuvo la ingratitud de negarse á continuar satisfaciendo el tributo estipulado, y de conjurar contra su protector todo el poder del Rey de Tunez. Logró Don Juan desbaratar con tiempo esta alianza, manifestando al Tunecino la mala fe, y peor correspondencia de su ahijado, y empeñando su honradez para no patrocinar una injusticia: entró en la Andalucía á sangre y fuego; dexó treinta mil hombres tendidos en la vega de Granada, y aun se hubiera apoderado quizá de este último atrincheramiento de los Mahometanos, á habérselo permitido la estacion, y estar apercebido de víveres, municiones, máquinas y demas pertrechos necesarios. Volvió no obstante á la siguiente primavera; derrotó á sus enemigos en varios encuentros; les quitó algunas plazas importantes, y auxiliando el partido de Jucef Abenalmao, competidor de Mahomad, dexó á este sin la corona, que habia asegurado en su cabeza, retirándose á Castilla despues de haber castigado por este medio su ingratitud. La muerte de Jucef, el restablecimiento de Mahomad, y el furor que le animaba á la venganza, renováron á poco tiempo, y con el mismo éxito, las sangrientas escenas de la campaña anterior. Batido casi siempre el

Granadino, arrasadas sus campiñas, asaltadas sus mas inexpugnables fortalezas, precisado á luchar al mismo tiempo con las intestinas divisiones que conmovian su trono, y reconociendo finalmente la superioridad de su enemigo, dexó las armas, y se concluyó la guerra.

Muy poco tiempo disfrutó Castilla del sosiego interior que la proporcionaron la retirada de los Infantes y su ocupacion en la guerra, que sostenia en Italia su hermano el Rey de Aragon. Eran muchos los envidiosos de la privanza de Don Alvaro; y aunque disimulaban miéntras se conocian débiles, maquinaban en secreto su ruina con la mayor constancia; y todos se hallaban prontos á arrojar la máscara luego que algun osado ó poderoso desplecase el pendon de la discordia. En medio de esta aparente calma descubrió el Condestable una conspiracion próxîma á estallar sobre su cabeza, que teniendo á su frente al Adelantado Pedro Manrique, uno de sus mas irreconciliables enemigos, ó habia de conseguir su ruina, ó anegar á Castilla en la sangre de sus infelices habitantes. La prision de aquel xefe le pareció á Don Alvaro, que al paso que intimidaria á los conjurados, desconcertaria su plan; y sin forma de proceso, ó

alegando un pretexto especioso, fue asegurado en el castillo de Fuentidueña. Esta resolución, que se creyó tan saludable, produjo sin embargo efectos absolutamente contrarios, pues el Adelantado halló medio de evadirse de su prision, y al momento se pusieron sobre las armas todos sus parientes y amigos clamando contra la arbitrariedad del Condestable, exhortando al Rey á sacudir el yugo que le esclavizaba, y tenia oprimidos á sus vasallos, y haciéndole responsable de los males que amenazaban á su reyno, si con una pronta é ignominiosa remocion de tan perjudicial favorito no impedia los abusos de su intolerable despotismo, daba satisfaccion á sus pueblos aquejados, y restituia la tranquilidad. La capciosidad de estas reclamaciones seduxo bien pronto los ánimos de la multitud; y engrosados los rebeldes con un crecido número de parciales, que diariamente acudian á alistarse baxo de sus banderas, patrocinados por el Príncipe heredero Don Henrique, que aborrecia á Don Alvaro, y auxiliados por el Maestre Don Henrique y su hermano Don Juan, Rey de Navarra, que habian ya vuelto de su expedicion, se hallaron muy en breve en disposicion de dar la ley. En vano apuró el Con-

destable todos los recursos de su ingenio para contener los progresos de la insurreccion: en vano recurrió á la fuerza para quebrantar el formidable poder de los rebeldes, y proteger sus Estados invadidos con el mayor furor. Dueños sus enemigos de las principales ciudades y fortalezas del reyno, y superiores á quantos obstáculos pudieran oponérseles, triunfaron de la debilidad del Rey, consiguiendo que hiciese salir desterrado al Condestable por seis años á los pueblos que le señalaron, y quedando interceptada con el mayor rigor su comunicacion con el Monarca.

Las miras de los rebeldes se extendian sin embargo mas allá de lo que prometian en la apariencia; y aunque la separacion del Condestable se habia anunciado como el único medio de salvar los intereses del reyno, solo era necesaria en realidad para los ambiciosos que deseaban reemplazarle. Pero estos no podian ocupar todos á un mismo tiempo su lugar, ni á él podia arribarse sino por la tortuosa senda de la intriga, caminando sobre la ruina de todos los demas. La rivalidad, los zelos y la desconfianza, que eran consiguientes, no pudieron ménos de producir la desunion; y el Condestable se hubiera visto vengado con las ar-

mas de sus mismos enemigos, si previendo ellos las conseqüencias de la discordia, no se hubiesen convenido en renunciar el supremo favor, con tal que nadie le lograse. Para esto se creyó indispensable no perder al Rey de vista, confinarle en ciertos y determinados lugares, separarle de toda comunicacion, y no permitir á nadie, sin mucha precaucion, la entrada en su palacio. Se espiaban recíprocamente los pasos y las acciones: procuraban adivinarse los pensamientos; las expresiones mas indiferentes, proferidas al descuido, se exâminaban por todos sus aspectos, y bastaba para alarmar á todos hablar al Rey en secreto dos palabras. A tal extremo reduxéron al Monarca de Castilla los mismos que calumniaban á Don Alvaro con acusaciones injustas, y que se suponian animados únicamente por el deseo de salvar la magestad de una vergonzosa esclavitud; pero aun llegó á ser su prision mas rigurosa luego que sospecháron en el Condestable algunos manejos ocultos para arrancarle de su poder. Con efecto, este hombre gravemente ofendido, pero superior á los reveses de su fortuna, y á los resentimientos que en otro hubiera excitado la instable conducta de Don Juan, hacia ya mucho tiempo que me-

do el Condestable todo su ascendiente sobre el corazon del Rey, cuya mediacion le proporcionó el Maestrazgo de Santiago, y cuyo afecto, declarado en repetidas honras y mercedes, hizo bien pronto conocer á Pacheco la inutilidad de sus esfuerzos para conservar en la Corte, miéntras aquel subsistiese en ella, el absoluto influxo de que por medio del Príncipe se habia lisonjeado exercer. Creyóse desayrado en tanto que no lograse deshacerse de tal competidor; y nada mas seguro para conseguirlo que debilitar al protector y su partido, avivando en secreto el enconado rencor de los descontentos, y dexarle abandonado al éxito de una lucha desventajosa, que ciertamente habia de terminarse con mengua de la magestad. Este era el momento mas favorable á Pacheco. El Rey avasallado por un poder á que no habria podido resistir, é incapaz de sacudir el yugo que le oprimia, sufriria sin repugnancia, como en otras ocasiones, la ley que le dictase el partido vencedor; y era segura la remocion del Condestable, á quien la revoltosa nobleza jamas perdonaria el favor que disfrutaba, ni el malogrado suceso de todos sus esfuerzos para derribarle. El Príncipe por otra parte, algo am-

bicioso, y dócil siempre á las insinuaciones de Pacheco, se prestaria fácilmente á qualquiera resolucion que le diese alguna superioridad respecto de su padre, y tratándose de abatir á un sugeto, á quien miraba con envidia hacer el primer papel, coadyuvaria con gusto á qualquiera intriga para arruinarle. En efecto, habló el sagaz favorito, desfigurando con el mas feo colorido la conducta del Condestable; los castigos impuestos á los Caballeros rebeldes se pintaron como otros tantos abusos del influxo que exercia sobre un Monarca débil; y exhortándole á tomar baxo su proteccion aquella multitud de víctimas, que se decian inmoladas á la seguridad de un hombre vengativo, le convenció á huir precipitadamente de una Corte, en que suponía reynar la arbitrariedad y la tiranía.

A todos sorprendió su inesperada fuga; pero el Condestable conoció bien pronto el principal resorte de este movimiento, comprendió toda la extension de la intriga, y previendo sus conseqüencias, temió por la tranquilidad de Castilla y la seguridad de su persona. El Rey, acongojado con la idea de nuevas inquietudes, y entónces demasiado débil para hacerse respetar, se creyó en la necesidad de precaverlas por qualquiera medio; pe-

ro el Príncipe su hijo se negó á toda composicion miéntras no se sobreyese en el castigo de los descontentos, que decia sin rebozo haber tomado baxo su proteccion, y se remunerase á Pacheco largamente el buen servicio de haber contribuido á la libertad del Rey. Esto era en cierto modo exígirle el precio de su rescate; pero aun quando hubiese sido mas costoso todavía, en la dura alternativa de otorgar tan insolentes propuestas, ó de exponer el reyno á los desastres de una escandalosa guerra, apénas le quedaba libertad para elegir partido ménos arriesgado y vergonzoso. Los rebeldes con efecto aseguraron su impunidad: Don Juan Pacheco obtuvo el Marquesado de Villena; y aun para tenerle mas grato, hizo el Rey que los Comendadores de Calatrava eligiesen Maestre de la Orden á su hermano Don Pedro Giron.

En vano hubiera deseado el Condestable hallar algun arbitrio para enfrenar á sus implacables enemigos, y conservar ilesa la autoridad soberana; porque para salir con honor de tan críticas circunstancias, era indispensable contar con fuerzas muy respetables, y con un carácter mas firme y mas enérgico que el de Don Juan II. Pero ya que no les pudo

arrebatar este triunfo, por lo ménos se confirmó en la idea, que ya tenia concebida anteriormente, de buscar un apoyo que le preservase de la ruina que le amenazaba. No se le ocultó que este acontecimiento no habia sido mas que un ensayo, cuyo éxito feliz aseguraba á los rebeldes el buen suceso de ulteriores tentativas; que todo lo debia temer de la ojeriza de tan enconados rivales, y que tenia sobradas pruebas para desconfiar del favor de un Monarca débil y pusilánime. El casamiento de Don Juan, viudo entónces de Doña María de Aragon, con Doña Isabel de Portugal, le pareció que al paso que conciliaba á Castilla una alianza poderosa, que no osarian menospreciar los insurgentes, le proporcionaba igualmente al lado del Rey un influxo constante, que manejándole á su arbitrio como se lisonjeaba, desconcertaria las intrigas de los envidiosos, y le sostendria contra la inconstancia del Monarca. Solo habia que vencer la repugnancia que á este enlace manifestaria Don Juan, cuya aficion á Rodegunda, hija del Rey de Francia, era demasiado notoria; pero no era este un inconveniente capaz de arredrar á un hombre acostumbrado á disponer libremente de la voluntad del Rey;

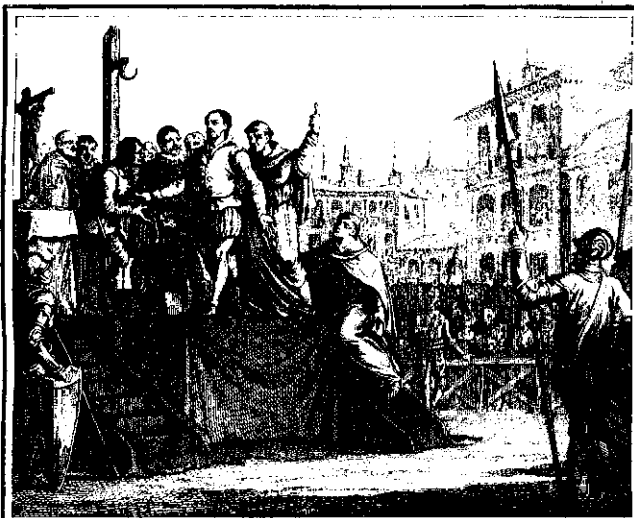
ademas de que ocultándole el proyecto hasta que ya se hallase concluida la negociacion, estaba bien seguro de que no le dexaria desayrado quando recibiese la noticia.

Con efecto, sucedió así puntualmente. El Rey, si bien manifestó al principio algun disgusto, admitió por fin sin repugnancia y aun con amor la esposa que le presentó su favorito; pero jamas pudo perdonarle un abuso tan intolerable del poder que habia adquirido á la sombra de su debilidad. La nueva Reyna fue el primer testigo de su resentimiento, pues muy desde luego la descubrió el Monarca su resolucion de sacudir el yugo que vergonzosamente le tenia oprimido; pero que vacilaba en la eleccion de los medios de conseguirlo sin grande conmocion; y la Princesa, sobrado interesada en no sufrir competidor sobre el corazon de su esposo, se anticipó á sus deseos, encargándose con gusto de la execucion de este proyecto. El disimulo se creyó sin embargo muy necesario hasta la ocasion oportuna; y esta no tardó en presentarse quando ménos se esperaba, y por un medio que no era de imaginar.

La osadía con que el Príncipe Don Henrique se declaró en favor de la nobleza des-

contenta, y el temor de exâsperarle quando no podia refrenarle su padre, proporcionáron, como ya diximos, la impunidad á los Caballeros rebeldes. Obtuvieron con efecto su libertad los que se hallaban presos; y solo el Conde de Alba, confundido á pesar de su lealtad entre los desleales, quedó por mucho tiempo todavía sepultado en una dura prision. Queriendo vengar este agravio su hijo Don García de Toledo, tomó las armas, y desde su castillo de Piedrahita, en que se hizo fuerte, empezó á saquear los puébls del distrito. Por consejo de Don Alvaro determinó pasar el Rey á sujetarle con algunas tropas; pero el Conde de Plasencia Don Pedro de Zúñiga, que se hallaba retirado en Bejar, creyó que esta expedicion era un estratagemá del Condestable, enemigo de los Zúñigas, para sorprehenderle indefenso; y uniéndose con sus amigos y deudos, formó el arrojado proyecto de acometerle en su misma casa, prenderle, ó matarle si hiciese resistencia. En aquellos tiempos en que Don Alvaro se hallaba sostenido por el cariño del Monarca, hubiera sido imposible llevar á efecto esta resolucion; pero entónces habian mudado las cosas de semblante, y la Reyna, sobrado em-

peñada en la ruina del favorito que la habia puesto en el trono, aprovecho la ocasion. Inmediatamente que se presentáron en la Corte aquellos Caballeros, halláron autorizado su designio con un despacho del Rey, escrito de su puño, en que se decretaba la prision de Don Alvaro de Luna. Nada mas fue necesario. Don Alvaro fue preso, entregado de órden del Rey al juicio de un consejo formado precipitadamente de personas, que quizá no le serian muy afectas, y condenado á perder la cabeza en un cadalso por tirano y usurpador de la autoridad Real. Conducido al lugar de la execucion, y viendo alli inmediato al Caballerizo del Príncipe Don Henrique, dicen que le dirigió estas palabras: „Dirás á tu Señor que á sus leales servidores les premie de otro modo que el Rey me premia á mí.” Examinó con tranquilidad la escarpia en que habia de estar colgada su cabeza, sacó del pecho una cinta que llevaba prevenida para que le atasen las manos; y despues de adorar un crucifijo que habia sobre el tablado, entregó al cuchillo su garganta. Así acabó en Valladolid despues de tantas vicisitudes y reveses este hombre singular, este monstruo de la fortuna; siendo lo mas particular que fuese enter-



D. Alvaro de Luna.

Fue tal la confianza con que D. Juan II distinguió á D. Alvaro de Luna, que parecia reynaba para solo obedecer á su Ministro; pero este se adquirió por lo mismo tantos y tales envidios, que al fin lograren del Monarca que decretase su prisión y la muerte que sufrió en un cadalso. Si tanto pueden las quejas y la envidia ¿como es que han quien aspire á se exponga tranquilamente á ser envidiado y á tener quejas?

rado de limosna en el cementerio de los malhechores el mismo que habia llegado á la cumbre del poder, y tenido á su disposicion los tesoros de la corona. Se ha pretendido obscurecer su memoria con acusaciones bien denigrativas; pero quizá su único defecto fue ser Ministro hábil de un débil Monarca; y lo que no tiene duda es que Don Juan II de Castilla pagó muy mal á Don Alvaro de Luna el zelo con que le habia servido, y la libertad que le debió en repetidas ocasiones, arrancándole ya del poder de los Infantes de Aragon, ya del de sus mismos vasallos.

Así es que aquellos Grandes de Castilla, que tanto habian inquietado, apénas se viéron desembarazados de este espíritu denodado y firme, empezáron á mostrarse mas insolentes y atrevidos; y aunque para abatirles el orgullo, quiso el Rey valerse de las armas, y con las riquezas del Condestable logró formar un cuerpo numeroso de tropas, tuviéron ellos demasiado poder y osadía para hacer ilusorios sus proyectos. Ni ¿cómo un Principe débil, sin carácter, sin autoridad, sin fuerzas, y despreciable á los ojos de muchos de sus vasallos mismos, pudiera salir bien de una empresa superior aun á la constancia, á la politica y fino ta-

lento de un Don Alvaro de Luna? Empeñado en este objeto se hallaba sin embargo quando le acometiéron unas quartanas dobles y tenaces, que le conduxéron al sepulcro en 21 de Julio de 1454, á los quarenta y nueve años de edad, quarenta y siete de reynado, y trece meses de la muerte de su favorito. Dexó dos hijos de su segundo matrimonio: la muerte prematura del primero, llamado Don Alonso, puso con el tiempo, como ya diremos, la corona de Castilla sobre las sienes de su hermana Doña Isabel, conocida por el famoso renombre de la *Católica*. Se dice que Don Juan era sumamente apasionado á la historia y á la poesía, y que á pesar de su limitado talento, las composiciones que en este último género han podido conservarse, no son del todo despreciables. Quizá esta seria la causa de que mirase con mortal aversion los negocios serios de la monarquía; y no dexa de ser bastante reprehensible en un Principe, destinado á hacer la felicidad de sus pueblos, el no saber sacrificar sus inclinaciones particulares á este único y preferible objeto.

Henrique IV de este nombre, su hijo y sucesor, habia casado en vida de su padre con Doña Blanca de Navarra; pero no habiendo

podido lograr sucesion de esta Señora en mas de doce años que viviéron juntos, solicitó y obtuvo de la Curia romana la rescision de un matrimonio, que consideraba nulo por impotencia respectiva. Quedáron por consiguiente ambos en la libertad de unirse con quien mejor les pareciese; y restituida á Navarra la Princesa, no trató Don Henrique de pasar á segundas nupcias, hasta que colocado en el trono de su padre, pensó muy sériamente en borrar la nota de su impotencia, asegurando la sucesion de sus reynos. Habiéndole celebrado mucho la hermosura de Doña Juana Infanta de Portugal, la pidió, se otorgáron las capitulaciones, y celebrado el desposorio por poderes, fue recibida en Castilla la nueva Reyna con el mayor aparato y obsequio. Era con efecto la novia muy hermosa; pero una de sus damas, llamada Doña Guiomar de Castro, aunque no lo era tanto, logró mas ascendiente sobre el corazon del Rey.

Una de las torpezas que cometió Don Henrique desde el momento en que empezó á reynar, fue exâsperar á la Grandeza, elevando á los primeros empleos á personas de baxa extraccion, que no tenian otro mérito que la recomendacion de sus favoritos. La nobleza

necesitaba de muy poco para renovar las disensiones anteriores; pero ciertamente no es extraño llevase con impaciencia que los honoríficos cargos de Canciller y Condestable recayesen en un simple criado del Marques de Villena: que el Maestrazgo de Alcántara se destinase para un pobre hidalgo de Cáceres; y que Don Beltran de la Cueva pasase repentinamente de Page de lanza del Rey á ser su Mayordomo mayor, y declarado favorito, quando los principales Ricos-hombres se creian desatendidos y humillados.

Los primeros que empezáron á manifestar su descontento fuéron el Arzobispo de Toledo, el Almirante Don Fadrique Henriquez, Don Pedro Giron, Maestre de Calatrava, el Marques de Santillana, los Condes de Haro, Alba, Benavente, y otros muchos poderosos. Quejáronse altamente al Rey de la malversacion de sus rentas en los profusos y disparatados festejos á que le inducian sus malos consejeros; de la impunidad con que se multiplicaban los delitos, hallando los delinquentes abrigo en quien debia castigarlos; de la licencia y desenfreno con que hasta en las clases mas ínfimas se burlaba el rigor de las leyes; y de la indolencia con que se miraba

la felicidad del Estado. Tantos y tan crecidos males indicaban, en su concepto, como necesaria la convocacion de unas Cortes en que se proveyese de remedio; pero el principal motivo era que como estaban seguros de la mayoría de los vocales, esperaban arreglarlo todo á su voluntad, arrojando de la Corte al favorito, y sus hechuras, y realizar el proyecto que habian ya propuesto al Rey de hacer declarar Príncipe heredero de la corona á su hermano el Infante Don Alonso. Era el pretexto la impotencia de Don Henrique, que al parecer se confirmaba en su segundo matrimonio; pero el objeto seria sin duda poder formar, á la sombra de una persona autorizada, un partido de oposicion, que el Rey no podria ménos de tratar con algun miramiento. Tenian un exemplar en el mismo Don Henrique, á quien habian visto, sostenido por la nobleza, dar la ley á su indolente padre en el reynado anterior; pero quizá esto mismo fue tambien la causa de que el Rey, penetrando sus miras, ensordeciese á sus quejas, y desechase sus propuestas. Ocurrió á poco tiempo la novedad de dar á luz la Reyna una hija; y para quitarles toda esperanza de lograr sus intenciones, dispuso el Rey inmediatamente que el reyno

la reconociese, y jurase por Princesa heredera del trono de Castilla.

Resistióse no obstante mucha parte de la Grandeza á prestar el juramento, habiéndose esparcido ciertos rumores de que la recién nacida no era hija del Rey. No faltaba quien sin rebozo la señalase por padre á Don Beltran de la Cueva; y aun se añadía que este no habia hecho otra cosa que acceder á las insinuaciones del mismo Don Henrique. Todo lo hacian creible sus deseos de desmentir el concepto de impotente en que generalmente era tenido; y la Reyna quizá, por otra parte, no dexaria de dar motivos suficientes para que tales juicios, aunque vergonzosos, no fuesen infundados. Como quiera desde entónces empezó á fraguarse una formidable conspiracion, que tenia por objeto no ménos que destronar al Rey, y substituir en su lugar al Infante Don Alonso. Claro es que sus principales corifeos serian los Caballeros descontentos; pero ahora se les habian agregado las mejores familias del reyno, y los Prelados mas respetables, soplando el fuego de la sedicion el mismo Marques de Villena, que no podia perdonar á Don Henrique el ensalzamiento de su rival Don Beltran de la Cueva. Sostenidos al

mismo tiempo por los Reyes de Aragon, que deseaban el enlace de su hijo Don Fernando con la Infanta Doña Isabel, y veian muy opuesto á Don Henrique, se hallaron muy pronto en disposicion de atreverse á dirigir al Rey, en nombre de los tres Estados, un escrito formal, quejándose del ningun efecto que habian producido sus diferentes reclamaciones, para que procurase reformar la administracion de justicia, y corregir los enormes excesos, que decian cometidos por el mismo Rey, por los suyos, y particularmente por Don Beltran de la Cueva, que le tenia oprimido y tiranizado, deshonorando su real persona y casa, ocupando cosas debidas únicamente á la magestad, obligando á la Grandeza y pueblo á jurar por primogénita y sucesora de los reynos á Doña Juana, dándola el título de Princesa, que sostenian no corresponderla, como constaba al Rey y á Don Beltran, apoderándose de los Infantes Don Alonso y Doña Isabel sus hermanos, á la sazón presos en Segovia, y cuya muerte se procuraba con esfuerzo para que nadie disputase la sucesion á la Beltraneja; y protestaban por último que si el Rey no ponia freno á estos desórdenes, y sobre todo declaraba un sucesor legítimo de

la corona, procurarían ellos defender con las armas sus derechos.

Don Henrique conoció muy bien que los que así le hablaban podrían sostener lo que decían; pero creyó atajar el incendio, entregando al Marques de Villena el Infante Don Alonso, para que fuese jurado su sucesor en la corona, con la condicion de haberse de casar con Doña Juana luego que tuviese competente edad. Como al mismo tiempo se ponía en duda la legitimidad de la Princesa, y esto cedia en oprobio suyo, tomó el ridículo partido de hacer una sumaria informacion de su potencia, comisionando para el caso á los Obispos de Cartagena y Astorga; y estos respetables Prelados se viéron ocupados en recibir declaraciones para averiguar si Doña Juana era realmente hija del Rey ó adulterina por algun engaño. En suma, las resultas fuéron que hasta los doce años no se habia notado en Don Henrique defecto alguno natural; que enervada sin embargo con el tiempo su potencia no habia podido lograr sucesion de Doña Blanca, su primera muger; pero que habia tenido la fortuna de recobrarla despues. Cada uno podrá formar el juicio que le parezca en orden á esta pérdida y recobro

de potencia generativa; pero estas declaraciones tienen ciertamente muchos visos de haber sido forjadas á placer de quien mandaba recibirlas.

Impacientes los coligados de llevar al cabo su proyecto de arrojar del trono á Don Henrique, apénas tuviéron en su poder al Infante Don Alonso, se reuniéron junto á los muros de Avila para representar una escena bien extraordinaria. Sobre un espacioso tablado, construido en una despejada llanura inmediata á la ciudad, erigiéron un magnífico trono, en que colocáron una estatua de Don Henrique revestida de las reales insignias; y á presencia de una prodigiosa multitud de nobles y plebeyos convocados al intento, se le formó una especie de juicio, condenándole á perder la corona en castigo de los crímenes, injusticias y notables excesos que pretendian habersele justificado. La sentencia se leyó en voz alta á todos los circunstantes; y en su execucion fue inmediatamente despojada la efigie de los adornos de la magestad, arrojada con ignominia del trono, y reemplazada en él por el Infante, á quien al punto aclamáron Rey de Castilla.

Insulto semejante no era disimulable; y

así inmediatamente juntó sus tropas Don Henrique, marchó contra los sediciosos, y los derrotó baxo los muros de Olmedo; pero ni escontratiempo, ni la muerte del Infante Don Alonso, acaecida de allí á poco, bastaron para que abandonasen su intento. Enviaron una capitulacion á la Infanta Doña Isabel, que se hallaba á la sazón en Avila, ofreciéndola el trono de Castilla, que suponian pertenecerla como inmediata sucesora en el derecho de Don Alonso; pero la noble Princesa desechó la proposicion con generosa constancia, y recomendó á los malcontentos la fidelidad que debían á su legítimo Soberano, contentándose con que se hiciese reconocer públicamente su derecho á la corona después de los dias de su hermano Don Henrique, con exclusion de Doña Juana. Tan inesperado rasgo de desinterés les dexó sorprendidos, y les indicó su deber. Conviniéron todos en dexar las armas, si bien no fue posible sosegar los ánimos, hasta que admitió el Rey las condiciones con que se ofrecieron á volver á su obediencia. Estas se reducian á olvidar todo lo pasado, á restituir cada qual lo que le pertenecia, y á declarar Princesa heredera y sucesora en el reyno á la Infanta Doña Isabel; y en efecto, á pe-

sar de las protestas de la Reyna á nombre de su hija, y de sus apelaciones al Papa, que quizá no era el juez mas competente en este asunto, fue jurada Doña Isabel por los tres órdenes del Estado, y declarado írrito por un Legado pontificio, que se hallaba presente, el juramento prestado á Doña Juana.

No duró á pesar de eso la tranquilidad sino hasta tanto que volviéron á chocarse los intereses de los cortesanos. Este reynado y el anterior pueden llamarse con particularidad los de los favorecidos y de los zelosos. Emulos unos de otros, todos aspiraban á destruirse mutuamente, y cada qual anhelaba por apoderarse del gobierno. El Marques de Villena habia recobrado todo su influxo, y constituido por la prodigalidad del Rey y su propia política en una situacion que destruia el equilibrio del poder, hacia demasiada sombra á los de su clase para que le mirasen sin envidia. El Arzobispo de Toledo particularmente se declaró su antagonista. Habia sido uno de los principales agentes en la anterior conmocion, y su genio altivo y dominante no le hacia soportable la idea de que otro le arrebatase el fruto de sus intrigas. Ambos se miraban con desconfianza, ambos se aborrecian,

y no desperdiciaban la menor circunstancia que pudiese mortificar al otro. Favorecia el Arzobispo las pretensiones del Príncipe Don Fernando de Aragon; y esto bastó para que Villena se propusiese contradecirlas, casando á la Infanta Doña Isabel con el Rey de Portugal ó con el Duque de Berri. La Corte se dividió en bandos. Unos patrocinaban las ideas del Arzobispo, otros sostenian las de Villena: unos y otros parciales eran poderosos y tenaces; pero los del Arzobispo llevaban la ventaja de defender el gusto de la Infanta. A pesar de todo era tal el empeño de Villena por embarazar el matrimonio de esta Señora con Don Fernando de Aragon, que no se hubiera celebrado, á no ser por el desvelo del Arzobispo. El trazó el plan, dió las disposiciones, franqueó caudales, venció quantos obstáculos se le opusieron, que no fueron pocos; y quando ya estuvo todo preparado, partió disimuladamente la Infanta del lugar de su retiro para reunirse con el Arzobispo. Intentó Villena detenerla en el camino; y aquel salió inmediatamente á su defensa con trescientos caballos escogidos, que la fueron escoltando hasta Valladolid. Ya que no pudo Villena impedir esta reunion, despachó órdenes estre-

chas á las fronteras para que no permitiesen el paso á Don Fernando. El Príncipe sin embargo, avisado por el Arzobispo de quan urgente era su entrada, se arrojó al peligro sin reparo, se introduxo disfrazado en Castilla, y con solas quatro personas llegó sin obstáculo hasta Valladolid, donde se celebró el desposorio.

De este modo quedaron burladas las precauciones del Marques de Villena, y frustrados todos sus designios; pero desde luego convirtió su encono contra los Príncipes, é intentó con el mayor esfuerzo privarles de la corona, haciendo revivir el derecho ya olvidado, y que él mismo habia combatido de la desgraciada Beltraneja. Temia, y con razon, que si reynaban en Castilla estos Príncipes, no solo perderia el Marquesado de Villena y otros Estados que habian sido del Rey de Aragon, padre de Don Fernando, sino la mayor parte de los que poseia en Castilla, arrancados con astucia al pródigo Henrique, á pretexto de remuneraciones por los servicios que habia hecho en favor de Doña Juana. Procuró pues persuadir al Rey á que esta efectivamente era hija suya, y que no podia tolerarse que viviendo ella, y habiendo sido jurada Princesa

y sucesora suya, pretendiese usurparla el rey-no Doña Isabel su hermana. El Rey, que se hallaba por otra parte sumamente irritado por el matrimonio, quedó fácilmente persuadido, anuló la declaracion que habia hecho en favor de Doña Isabel, y publicó otra en favor de Doña Juana. Considerando Villena quan útil le seria interesar en sus intrigas á alguna Potencia extrangera, habia ofrecido la mano de Doña Juana al Rey de Portugal; pero despues, mas confiado quizá en las fuerzas de la Francia, no tuvo reparo, á pesar de su empeño con el Portugues, en proteger la pretension del Duque de Berri, que solicitaba el mismo enlace. Este fue por consequencia el preferido, y se celebró su casamiento en el valle de Lozoya á presencia de una Corte numerosa congregada al intento. En esta asamblea ocurrió lo que no tendrá quizá exemplar. Los Embaxadores del Duque, que no debian estar muy satisfechos de la legitimidad de la novia, exígieron juramento públicamente á la Reyna de que aquella señora era verdaderamente hija de su marido. Habiéndolo afirmado, pasáron á exígirle al Rey; y este, que unas veces vacilaba, otras lo creia, y otras lo negaba abiertamente, tampoco tuvo dificultad

en asegurar lo que no sabia ni podia saber.

Por desgracia murió el Duque antes que su esposa saliese de Castilla; y Villena, que no perdía de vista su plan, hubo de contentarse con la alianza que habia despreciado antes; sí bien el Portugues se creyó, y con razon, bastante desayrado para no admitir entónces la propuesta. Puso los ojos Villena en Don Henrique Fortuna, hijo póstumo del Infante Don Henrique, hermano del Rey de Aragon; y sin duda estuviéron muy adelantadas estas negociaciones. Debió sin embargo disgustarse muy en breve de su nuevo ahijado, pues no solo se le advirtió muy tibio en concluir las, sino que reconvenido por el Rey, respondió: „Que su hija debia casar con un Rey poderoso, que supiese vindicar su derecho; pero que si á pesar de todo insistia en casarla con el Infante, debia prevenir un ejército respectable, y veinte millones para pagarle.”

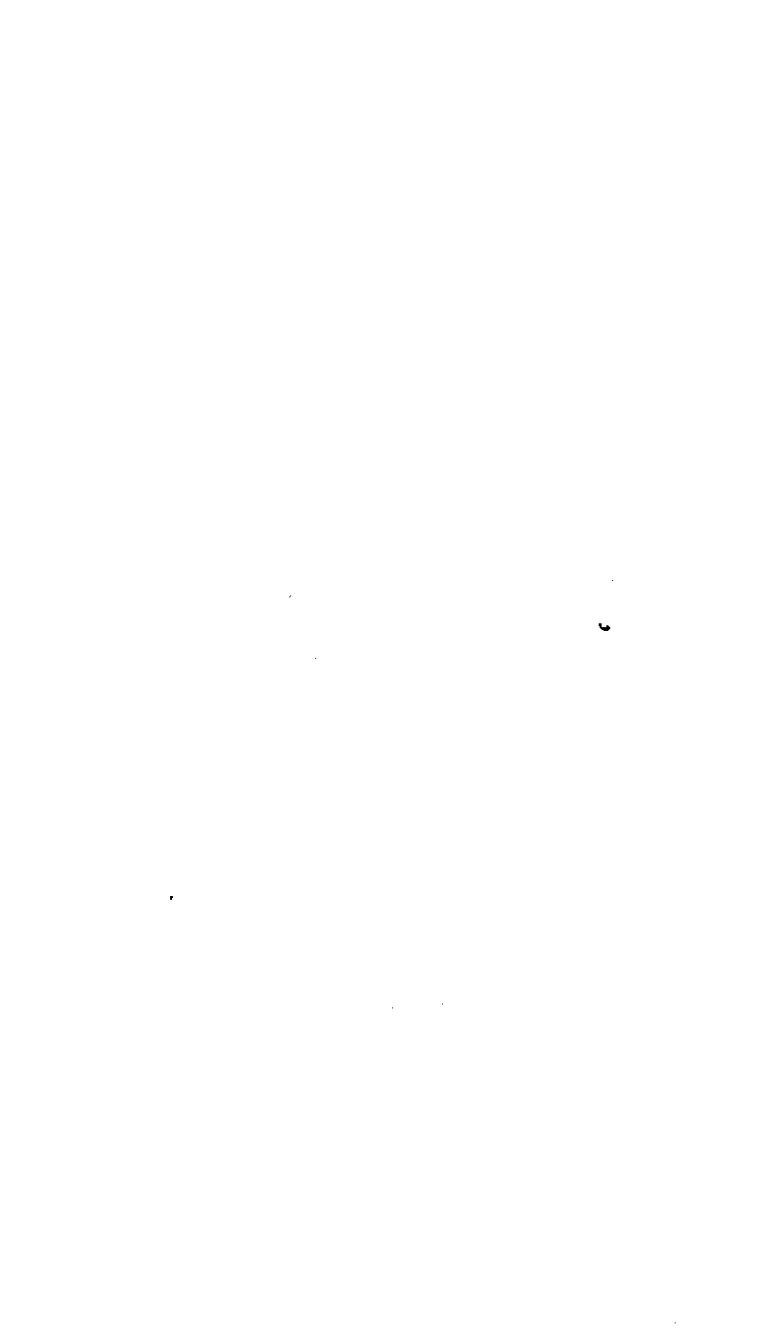
Los Príncipes entre tanto, dedicados á ganar el afecto de los pueblos, hacian unos progresos, que llenaban de temor á sus contrarios. Ya se habian declarado en su favor infinitas ciudades; su partido se engrosaba diariamente á costa del de Doña Juana, y solo faltaba ganar

el ánimo del Rey para desconcertar absolutamente las intrigas de Villena. Valiéronse para ello de los Marqueses de Moya, sumamente afectos á la Princesa; y aunque al principio se presentáron bastantes dificultades, supiéron estos aprovechar la ocasion en que el Rey, sumamente disgustado de su muger, empezaba á mirar con indiferencia los intereses de su hija, y á separar de su confianza al Marques de Villena. Redobláron entónces sus esfuerzos, y al cabo consiguiéron con sus buenos oficios, y los del Cardenal de España Don Pedro Gonzalez de Mendoza, que el Rey se prestase á una reconciliacion, aunque baxo las competentes seguridades de no inquietar ni invadir sus Estados, de permitirle gozar en paz de la corona miéntras viviese, de ayudarle á recobrar los pueblos enagenados, y de no molestar en nada á los Caballeros de su servicio. No podian los Príncipes negarse á tan razonables condiciones; y para captar su confianza, pasáron á Segovia sin ninguna escolta. Allí los recibió el Rey con demostraciones tan particulares de cariño, que él mismo se presentó en las calles de la ciudad, conduciendo por el diestro el caballo de la Princesa. Todos creyéron que habia llegado el término



La célebre concordia.

Convenidos sobre la sucesion del reyno Henrique VIII y los Príncipes D. Isabel y D. Fernando, para venir a ellos sin escusa alguna á Segovia, donde el Rey los recibió con tales muestras de cariño, que llevó del diestro el caballo de la Princesa por la ciudad que los aclamaba segoviana. Sirven los pueblos á los príncipes en sus desavenencias: pero desean y reciben la paz como el mayor premio de sus servicios.



de tantos disgustos é inquietudes. Villena, sin embargo, compareció en la Corte, seduxo nuevamente al Rey con sus astucias, y se mudó la escena. El débil Henrique asintió sin repugnancia al proyecto de apoderarse de los Príncipes; y aunque estos descubrieron con tiempo la conspiracion, quedáron bien convencidos de quan poco debían esperar de su inconstancia. Con efecto, ni los esfuerzos del Arzobispo de Toledo, ni los del Cardenal de España, ni los de quantas personas estaban interesadas en la reunion, pudieron adelantar cosa alguna miéntras vivió Villena; y los dos meses que le sobrevivió el Rey, apénas diéron lugar para pensar el modo de desimpresionarle.

Murió Henrique IV en 12 de Diciembre de 1474; y aunque pasa en el concepto de piadoso, amante de la paz y enemigo de la crueldad: su inconstancia, debilidad é irresolucion obscurecieron qualesquiera prendas que pudiera tener. Su liberalidad, que puede mas propriamente llamarse prodigalidad indiscreta, enriqueció á sus favoritos; pero arruinó á sus vasallos y empobreció la corona. En una palabra, el juicio mas favorable que puede hacerse de este Príncipe es que deseaba ser buen Rey; pero que su genial in-

dolencia le impidió acertar con los medios de conseguirlo.

Apénas falleció Don Henrique se declaró el reyno todo por los Príncipes Don Fernando y Doña Isabel, cuyo infatigable zelo, y acertadas providencias para corregir el desórden, y los abusos que habian reducido la Monarquía á tan lamentable situacion, hiciéron inmediatamente concebir las mas lisonjeras esperanzas. Toda su política, su moderacion y su equidad no fuéron sin embargo bastantes á sofocar el gérmen de la discordia, y poner freno á la ambicion. La debilidad de sus antecesores habia dado ocasion á exemplares muy perjudiciales, que los espíritus sediciosos se creían siempre con derecho de renovar; pero halláron estos en la firmeza de los nuevos Monarcas una oposicion, que no esperaban, é hiciéron sufrir al reyno el contra-golpe.

El nuevo Marques de Villena, digno sucesor de su padre, no habiendo podido obtener el Maestrazgo de Santiago, resucitó el partido de Doña Juana, se puso al frente, y para sostenerle supo determinar al Portugues á aceptar la mano de esta Señora, prometiendo ponerle en posesion de la corona de Castilla, que suponía injustamente detentada. Por

otra parte el Arzobispo de Toledo, sumamente picado de que los Reyes no le recompensasen con una absoluta deferencia á sus ideas, los desvelos y fatigas que habia sufrido por colocarlos en el trono, se retiró de la Corte repentinamente; y á pesar de los esfuerzos que hicieron los Reyes para aplacarle, no pudieron evitar que finalmente se adhiriese á la faccion de Villena. Este y el Arzobispo se figuraban que podian contar por suya á toda ó casi toda la principal Grandeza; y no hay duda en que si esto hubiese sido cierto, con dificultad hubieran podido los Reyes mantener la corona sobre su cabeza; pero se lisonjaban demasiado, y la mayor parte de los Grandes, que ellos creian amigos, los desampararon quando llegó el caso.

Sea como quiera, el Portugues se introduxo inmediatamente en Castilla á la frente de un ejército muy lucido, penetró sin oposicion hasta Plasencia, allí se desposó con Doña Juana; y los mismos que antes habian dudado de la legitimidad de esta Señora, fueron los primeros que la aclamaron Reyna con las acostumbradas ceremonias. Pasaron despues á Arévalo: Zamora y Toro se les entregaron sin resistencia; pero aquí los sorprendió Don

Fernando con sus vigorosos tercios, y los obligó á hacerse fuertes dentro de la plaza. La precipitacion con que se vió forzado á acudir al peligro, y la esperanza de terminar la guerra con sola una batalla, le impidiéron conducir un ejército bien abastecido, y para largo tiempo; pero no habiendo podido empeñar al Portugues en una accion decisiva, creyó conveniente abandonar un sitio largo y penoso, y partió al socorro de Búrgos, oprimida por su Gobernador y Obispo á causa de su lealtad.

De esta retirada se aprovechó el Portugues para internarse en Castilla, y llegó sin dificultad hasta Peñafiel; pero la Reyna pasó inmediatamente á Palencia con toda la gente que pudo reunir, y apostó varias partidas por los contornos de Peñafiel, ya para observar los movimientos del enemigo, ya para molestarle con repetidos encuentros y escaramuzas. El Conde de Benavente, que acompañaba á la Reyna, fue uno de los Caballeros que tomaron á su cargo esta empresa; y desde la villa de Valtanás, que ocupó con su mesnada, empezó á batir al Portugues con tal viveza, que este creyó necesario desalojarle. Valtanás era un pueblo abierto sin mas re-

paro ni fortificación que el valor de sus defensores; pero á pesar de eso, y de haberle embestido por ocho partes á un tiempo con el mayor ardor, fue dos veces rechazado por el valeroso Conde. La superioridad de sus fuerzas, su teson, y mas que todo el cansancio de la poca gente que le quedaba al Conde despues de un obstinado combate de diez horas, le hiciéron finalmente dueño de uno de los portillos de la villa. El Conde sin embargo, resuelto á disputarle á palmos el terreno, le hizo frente en una de las calles, la cubrió de cadáveres enemigos, y sostuvo por largo espacio un choque bien sangriento, hasta que por último, cubierto de heridas, sin gente, y oprimido por la multitud, tuvo que renunciar á la esperanza de salvar la villa, y entregarse á la merced del vencedor. La mediacion de la Condesa de Plasencia le restituyó la libertad, aunque baxo la condicion de no volver á servir á la Reyna de Castilla, y entregando en rehenes las fortalezas de Portillo, Villalba y Mayorga, y ademas su hijo primogénito Don Alonso; pero tan leal como valiente, se reunió inmediatamente á su Soberana, ofreciéndola continuar sus servicios, aunque perdiese todos sus Estados.

Entre tanto se introducian en Portugal á sangre y fuego Don Alonso de Cáceres, que se decia Maestre de Santiago, y el Duque de Medinasidonia, causando cada uno por su parte inapreciables daños. El Rey, despues de socorrer á Burgos escarmentando á los traydores, se apoderó de Zamora; y el Portugues, temiendo ser cortado, se replegó precipitadamente á Toro. Las pérdidas que infructuosamente habia sufrido en esta expedicion, y las ventajas que diariamente reportaba su enemigo, le pusiéron en el caso de librar sus esperanzas en el éxito de una batalla, y el Castellano, que por su parte no la rehusaba, luego que avistó á su competidor en las llanuras de *Pelayo Gonzalez*, le atacó denodado; y á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, consiguió una victoria tan completa, que dexó al Portugues imposibilitado de continuar la guerra.

Villena y los demas rebeldes, destituidos de apoyo, imploráron el perdon de los Reyes, cuya generosidad y clemencia no fuéron sin embargo bastantes á reducir al Arzobispo de Toledo, que cada vez mas obstinado continuó excitando al Portugues á que volviese á Castilla. Los Reyes, que deseaban ganarle por

medios pacíficos y suaves, disimularon mientras les fue posible; pero se vieron últimamente precisados á recurrir á la violencia para reprimir su audacia. Despacháron tropas en su busca, le hicieron seqüestrar las rentas arzobispales, y ya entónces, sin arbitrios para sostener su porfia, se acogió á la piedad de unos Monarcas, que sabian olvidar fácilmente sus agravios, y que viviéron en adelante satisfechos de su lealtad.

No fue tan sincera la reconciliacion de Villena y de algunos otros revoltosos, pues con un pretexto frívolo levantáron de nuevo el estandarte de la rebelion, y llamáron en su auxílio al Portugues, que aun no bien escarmentado volvió á probar fortuna; pero en breve quedáron sujetos los rebeldes, y bastante destruido el Rey de Portugal para pedir la paz, que solo obtuvo con la obligacion de abandonar todas sus pretensiones á la corona de Castilla, y la proteccion de Doña Juana.

Esta desgraciada Señora, miserable juguete de la fortuna, y víctima de la paz, no habiendo podido conseguir rehabilitacion de la dispensa para realizar su matrimonio, concedida por el Papa y anulada despues, se retiró del mundo, que tanto la habia desayrado,

y tomó el hábito en el monasterio de Santa Clara de Coimbra.

La muerte de Don Juan II de Aragon, padre de Don Fernando, ocurrida entónces, proporcionó la incorporacion de esta corona con la de Castilla: por lo que este lugar parece el mas propio para su particular historia.

ARAGON.

Aragon, situado en la falda de los Pirineos, recogió en sus montañas á los Christianos, que los Moros arrojaban de las provincias, que iban sucesivamente conquistando. Allí se hicieron fuertes, y se defendiéron contra los esfuerzos de los Sarracenos baxo el gobierno de los xefes, que con el dictado de Condes ó Príncipes elegian ellos mismos. A principios del siglo xi se hizo dueño de una parte de Aragon Don Sancho el *Mayor*, Rey de Navarra; y dando estos Estados á su hijo Don Ramiro, los decoró con el título de reyno.

Quizá no ha habido parte en España que haya sostenido guerras mas freqüentes y obstinadas. La lucha era perpetua entre los Sarracenos que aspiraban á extender sus límites, y los Aragoneses que les oponian las in-

*Sancho á Luarca el Rey de Aragón D. Sancho
 Ramirez; y al alzar el brazo para señalar el
 este punto de los muros de la plaza, una de-
 cha happened desde ella le hizo mortalmen-
 te albarse del mismo brazo; pero no permitie-
 que se la estragasen sin que sus hijos, los con-
 de y Príncipes jurasen antes no levantar el si-
 no hasta rendir la plaza, desguarnir el campo de las
 empresas vale mas que la vida para los hijos.*

Siño de Luarca.



vencibles barreras de sus rocas y de su valor. Don Ramiro, despues de acrecentár su nuevo reyno con algunas conquistas en la demarcacion de Zaragoza, quiso apoderarse de Graus en el año de 1063; pero tuvo la desgracia de morir en la demanda en 8 de Mayo de aquel año, quedando su ejército deshecho. Sucedióle su hijo Don Sancho Ramirez, quien desde luego empezó con nuevas fuerzas á dilatar los confines de su reyno, apoderándose de Bolea, Loharre, Tudela, Monzon, y otras plazas y fortalezas hasta la comarca de Zaragoza, con incalculable destrozo de los Sarracenos, sí bien algunas de ellas volviéron á ser reconquistadas; y por último determinó el asedio de la fortísima ciudad de Huesca. Despues de haberla reducido al mayor apuro, salió un dia con algunos soldados á reconocer los muros de la plaza, buscando la parte que pudiese resistir ménos al impulso de las máquinas; y al tiempo de levantar el brazo para indicar donde le parecia, una flecha disparada de las murallas se le introduxo por debaxo del brazo, y le dexó mortal. No permitió sin embargo que se la extragesen, hasta haber recibido de sus hijos, Grandes y Prelados, que le acompañaban, el juramento de

no abandonar el sitio hasta rendir la ciudad, y murió en 4 de Junio de 1094.

Su hijo primogénito y sucesor Don Pedro I, cumpliendo con el juramento, continuó el bloqueo con el mayor ardor, redobló sus esfuerzos, se apercibió de nuevas tropas, y ya se disponía al asalto, quando supo que en defensa de la plaza se acercaba un formidable ejército, conducido por algunos Régulos ó Gobernadores dependientes de Abderramen, Rey de Huesca. Léjos de desanimarse, determinó salirles al encuentro; y sin reparar en la desproporcion de sus fuerzas, les presentó la batalla, los desbarató, y dexó tendidos en el campo quarenta mil hombres. La rendicion de la plaza completó la victoria, pues amedrentados sus defensores, Abderramen sin arbitrios para sostener el sitio, y sin esperanza de nuevo socorro, tuvo inmediatamente que rendirse. Poco gozó Don Pedro de la corona y de sus triunfos, pues en 28 de Setiembre de 1104 falleció con sentimiento general de sus pueblos; y no habiendo dexado hijo alguno, le sucedió su hermano Don Alonso, llamado el *Batallador*.

Las primeras expediciones del nuevo Rey fuéron dirigidas contra Castilla, cuya corona

suponia haber sido adjudicada á Doña Urraca en perjuicio de sus derechos. Ya vimos en la historia de Castilla el éxito de sus pretensiones. Dió la ley en los principios, adquirió una esposa que no le amaba, se empeñó en dominar á unos vasallos que le aborrecian, y de aquí se siguiéron disturbios, que le empeñaron en una guerra demasiado sangrienta. Los Castellanos consiguieron abatir su orgullo, y tuvo que abandonar la esposa, el reyno, y los pretendidos derechos.

Entónces convirtió sus armas contra los Mahometanos, que hacian continuas irrupciones por las fronteras de su reyno; y para quitarles de una vez la proporcion de repetirlas, determinó atacar á Zaragoza, corte de su Soberano, y donde se hallaban reunidas las principales fuerzas sarracenas. La empresa por lo mismo era muy aventurada; pero Alfonso, acostumbrado á superar mayores dificultades, se presentó resuelto delante de la ciudad. Las primeras tentativas fuéron sin embargo infructuosas, porque los sitiados supieron oponer una vigorosa resistencia al empeño de los sitiadores, bien que persuadidos de la constancia de Alfonso, se creyeron precisados á implorar el auxilio de los Régulos comarcanos. Como

la suerte de estos pendia de la de Zaragoza, despacháron inmediatamente en su socorro un crecido número de tropas aguerridas; pero no podiéron llegar á su destino, porque Don Alonso las salió al encuentro, y las desbarató completamente. La noticia de esta derrota consternó en tales términos á los Moros zaragozanos, que rindiéron al momento la ciudad.

Dueño el Rey de Aragon, no solo de Zaragoza, sino de una multitud de plazas importantes, le fue ya bien fácil arrojar enteramente de toda la comarca á los Sarracenos, haciéndolos retirar hasta los confines de Valencia, y dexar desembarazado casi todo el reino de Aragon. Apénas lo hubo conseguido, se dedicó á ensanchar sus limites con el mayor esfuerzo. Se apoderó de Mequinenza, y hubiera tomado á Fraga, á no haber sido acometido por un formidable ejército, que conduxéron en su socorro los Régulos de Lérida, Valencia y Murcia. La fortuna le abandonó en esta batalla; los Aragoneses fuéron hechos pedazos despues de hacer prodigios de valor, y el Rey se salvó huyendo con la poca gente que pudo recoger; pero atacado nuevamente en el camino, fue deshecho, y muerto en la refriega. Vivió sesenta años, reynó

treinta; y de veinte y nueve batallas campales que tuvo con los Moros, solo perdió la última, de lo qual le provendria sin duda el renombre de *Batallador*. Falleció en 7 de Setiembre de 1134; y no habiendo dexado hijos, hay quien dice que tuvo la extravagancia de nombrar á los Caballeros Templarios por herederos de su reyno.

A pesar de esto los Aragoneses colocaron en el trono á su hermano Don Ramiro II, llamado el *Monge*, por haber sido Abad de Sahagun, y Obispo de Búrgos y de Pamplona. Mediante una dispensacion que obtuvo del Papa Inocencio II, casó con Doña Ines de Potiers, hermana de Don Guillen, Conde de Aquitania, y tuvo una hija, que fue llamada Doña Petronila. Su genio, naturalmente pacífico, le hizo disgustarse muy en breve de la efervescencia de la Corte, y de las inquietudes que le ofrecia la corona; y anhelando por la tranquilidad de una vida privada, concertó el casamiento de su hija, que aun no pasaba de dos años, con Don Ramon, Conde de Barcelona, los declaró sus herederos, nombró Administrador del reyno al Conde hasta que se casase con Doña Petronila, y se retiró á Huesca, sin reservarse mas que el titulo de Rey,

y el uso de su autoridad durante la menor edad de su hija.

Las memorias que nos han dexado los historiadores acerca de Don Ramiro son, ademas de escasas, poco gratas, pues ponderan su rudeza en el manejo de las armas, y su poco talento para el gobierno político; pero lo primero es muy difícil de conciliar con las costumbres de aquellos tiempos, en que los Obispos eran los principales caudillos en los exércitos, y lo segundo carece de prueba. Cedió su corona en el año de 1137, tercero de su reinado, y cincuenta y tres de su edad; pero aun vivió en su retiro hasta el de 1147.

Desde el reinado de Don Sancho Ramirez se hallaba incorporada á la corona de Aragon una gran parte de la Navarra; pero ocurrido el fallecimiento de Don Alonso, se erigió en independiente, nombrando por Rey propio á Don García Ramirez, nieto del Conde Don García de Nájera. Don Ramiro, que no se preciaba de guerrero ni de conquistador, miró con indiferencia esta desmembracion; pero su yerno el Conde, apénas se vió condecorado con el título de Rey, se coligó con Don Alonso VII de Castilla para despojar al Navarro, y repartir entre ambos la conquista.

Don García salió inmediatamente á la defensa de su pequeño reyno, buscó al Aragonés antes que se reuniese con su aliado; y poniéndole en fuga, le hizo abandonar su proyecto. No depuso, á pesar de esto, Don Ramon sus pretensiones, y las renovó á poco tiempo; pero escarmentado por el desgraciado éxito de la anterior jornada, y no creyéndose bastante poderoso para medir sus fuerzas con su vencedor, imploró el auxilio de su sobrino Don Sancho III, entónces Rey de Castilla, aunque fuese baxo la condicion de reconocerse feudatario suyo. Ofrecióle el Castellano su asistencia con la generosidad de dexar libres sus tierras, contentándose con el feudo de que el Príncipe heredero de Aragon asistiese á la coronacion de los Reyes de Castilla, teniendo en mano el estoque desnudo. Enrobustecido el Rey de Aragon con esta alianza, rompió á sangre y fuego por las fronteras de Navarra, se apoderó de varias fortalezas, y obligó á Don García á tratar de una composicion amigable. Murió en 6 de Agosto de 1162, dexando tres hijos varones y una hembra, entre quienes su viuda la Reyna propietaria repartió sus Estados, reservando al primogénito, llamado Don Alonso, la corona de Ara-

gon, y el Condado de Barcelona.

El nuevo Rey Don Alonso II dedicó los primeros años de su reinado á ensanchar los confines de su reyno por la parte de Valencia. Se apoderó de Teruel, y de muchos pueblos y plazas ventajosas, situadas á las márgenes del Guadalaviar: Valencia misma hubiera caído en su poder, á no haberla redimido su Gobernador, obligándose á pagar tributos dobles; y aun la inexpugnable Xátiva le hubiera rendido vasallage, si el Rey de Navarra, quebrantando las treguas concertadas entre ambas coronas, no se hubiese introducido por las fronteras de Aragon. Ya entonces le fue preciso suspender sus gloriosas expediciones, y marchar contra su infiel enemigo; pero el Navarro supo excusar la batalla, y repartiendo su gente por la frontera, mantenerse sobre la defensiva. Don Alonso rompió el cordon, penetró en Navarra, llevando á todas partes el estrago; y uniéndose al año siguiente con el Rey de Castilla, se adelantaron ambos hasta Pamplona, desbarataron al Navarro, y recobraron muchas plazas. Las adquisiciones ó ventajas de los dos aliados no constan sin embargo con bastante claridad. Sabemos solo que urgiendo la nece-

sidad de reprimir las hostilidades de los Moros fronterizos , transigiéron sus diferencias , comprometiéndose en la decision del Rey de Inglaterra ; y que aun quando las condiciones del compromiso no les parecieron justas por entónces , se conviniéron ellos mismos mas adelante por el bien de la paz , quando estaban á punto de hacerlo á lanzadas. Murió Alfonso en 5 de Abril de 1196 , dexando la corona á su hijo primogénito Don Pedro , y por tutora á su muger la Reyna Doña Sancha , hija de Don Alonso VII de Castilla.

Los Príncipes de aquellos tiempos se preciaban de una especie de piedad , que actualmente no obtendria quizá los sufragios de todos. Don Pedro II , siguiendo el espíritu que dominaba entónces , y creyendo adquirir mayor autoridad y respeto si recibia la corona del mismo Vicario de Christo , pasó á Roma á coronarse por mano del Papa Inocencio III ; y tanto agradeció este distinguido honor , que deponiendo sobre el altar el cetro y la diadema , hizo su reyno feudatario de la Santa Sede. Esta sumision le grangeó el renombre de *Católico* , que ha transmitido á sus sucesores ; pero los Aragoneses protestáron sin embargo los perjuicios que se les podian seguir , y sobre

ello hubo no pocas inquietudes, hasta que por último tuvo el Rey que declarar que así el feudo como el censo á que anualmente se había obligado, no se extendia á sus sucesores, sino que espiraba con su vida.

En su tiempo se encendió en Francia la guerra contra los Albigenses, y el católico Don Pedro se vió en la precision de tomar parte en ella á favor de su pariente el Conde de Tolosa, uno de los principales corifeos de aquella secta, concurriendo no solo con sus caudales, sino con su persona; pero tuvo la desgracia de morir en 13 de Setiembre de 1213, en una batalla que ganó el ejército cruzado á las orillas del Garona. Algunos dias antes habia solicitado separarse jurídicamente de su muger Doña María de Mompeller, á pretexto de estar casada anteriormente con el Conde de Cominges, que vivia en la actualidad, y de mediar alguna afinidad entre ambos. Doña María tuvo que pasar á Roma para defender personalmente su causa, y probar que su matrimonio con el de Cominges habia sido nulo en su origen, por estar casado entónces el Conde con otras dos mugeres, la primera de las quales habia de ser legítima puesto que no claudicaba el consorcio por ninguna parte: de

suerte que la sentencia del Papa y de su Consistorio no pudo ménos de ser favorable á la Reyna; pero habiendo muerto el Rey antes que ella se restituyese á España, solo sirvió para declarar legítimo al Príncipe heredero Don Jayme.

Este no pasaba de cinco años quando sucedió á su padre, y esta edad sola indica que no faltarian disensiones sobre la regencia y el gobierno. Con efecto, su tio Don Fernando, monge profeso, y Abad de Montaragon, intentó volver al siglo, y apoderarse del reyno. Lo mismo solicitaba el anciano Don Sancho, Conde del Rosellon, tio del Rey difunto; y ambos fundaban sus pretensiones en la supuesta ilegitimidad de Don Jayme, como procedido de un matrimonio, cuya nulidad sostenian con empeño por la misma causa. La Reyna no volvia de Roma con la declaracion pontificia; y entre tanto permanecia el Rey su hijo en poder de Simon de Monfort, xefe de la Cruzada contra los Albigenses, en quien le habia depositado el Papa luego que empezáron las desavenencias de sus padres. Sin embargo, la mayor y mas sana parte del reyno se declaró por el Príncipe, y suplicó al Papa dispusiese su entrega para colocarle en

el trono, y precaver la guerra civil que amenazaba á sus Estados; y aunque Simon lo repugnó bastante por sus miras particulares, no pudo resistir al decreto de un concilio provincial celebrado en Mompeller, á las conmi-naciones del Papa y á las censuras eclesiásticas. El jóven Príncipe fue pues restituido á sus Aragoneses, y conducido á la fortaleza de Monzon, donde miéntras sus tios se disputaban la autoridad, fue preciso confiarle á la custodia y enseñanza de Don Guillen de Monredó, Maestro del Temple, á quien debió una excelente educacion.

El Conde del Rosellon llegó por fin á alzarse con el gobierno del reyno durante la menor edad de Don Jayme; pero descontentos de su administracion los pueblos, resolvieron ponerla en manos de su jóven Monarca, aunque á la sazón no pasaba de diez años, y pasarle á Zaragoza para reconocerle públicamente por su Soberano. El proyecto estuvo á pique de malograrse, porque apenas lo supo el Conde, salió con un grueso destacamento de tropas contra los que conducian al Rey, los sorprendió en el camino, y seguramente hubiera podido desbaratarlos, y apoderarse de Don Jayme; pero temió sin duda, y hubo de temporizar.

Las parcialidades continuáron sin embargo, aunque mas encubiertas; y para proporcionar al jóven Rey un apoyo contra sus rivales, se creyó preciso casarle con la Infanta de Castilla Doña Leonor, hija de Don Alonso VIII. Muy poco ó nada fue lo que se adelantó. Don Guillen de Moncada y Don Pedro Ahones, Caballeros principales de Aragon, de concierto con el Infante monge Don Fernando y con Don Nuño, hijo del Conde del Rosellon, halláron medio para apoderarse de Don Jayme, y detenerle en su palacio mismo como prisionero. Este se cansó bien pronto del encierro; y con el favor y consejo de Monredó, se refugió en el castillo de Horta, que era de los Templarios. Ahones murió poco despues á manos de un Caballero leal; y sin embargo de su rebeldía sintió el reyno tanto su muerte, que como si el Rey hubiese sido la causa, se pasáron todos los pueblos al partido de su tio, excepto Catalunya. Tuvo el Rey entónces que valerse de toda su prudencia para apaciguar la sedicion, y logró mas con su agrado é indulgencia que hubiera conseguido por la fuerza. Las casas y familias mas principales y mas enemigas suyas se declaráron luego en su favor, y su tio

mismo Don Fernando abandonó sus pretensiones, é imploró su perdon. A todos los recibió en su gracia; y apénas hubo conseguido restablecer la quietud en su reyno, quiso ensayar su espíritu guerrero.

Empezó sus expediciones por la conquista de Mallorca. Esta isla habia caido en manos de los Sarracenos quando estos se apoderaron de España, floreció baxo su dominacion igualmente que las otras Baleares, y en 1229 podia sin dificultad poner sobre las armas mayor número de combatientes, que quizá tiene de habitantes en el dia. El Príncipe que reynaba entónces se concilió la enemistad de Don Jayme por una fanfarronada imprudente; pues habiéndole este enviado á pedir la restitucion de dos barcos catalanes, apresados en alta mar por los Mallorquines, el Monarca insular, afectando una ignorancia insultante, preguntó desdenosamente al Enviado: „¿Y quién decis que es vuestro dueño? Mi dueño, respondió, es el poderoso Don Jayme Rey de Aragon, que sabrá acabar con todos vuestros Moros.” La narracion, que á su regreso hizo el Embaxador, indignó de tal manera á Don Jayme, que inmediatamente se dispuso para atacar á Mallorca, y juró sobre el altar *no abandonar*

la empresa hasta que consiguiere asir al Moro por las barbas. Desembarcó efectivamente en su isla; quedó prisionero el Monarca moro, y quando se le presentáron cumplió su juramento asiéndole por las barbas; pero no le hizo otro daño, á no considerarse tal contentarse con despojarle de su reyno, proporcionándole su subsistencia en otra parte.

Tres años despues se apoderó Don Jayme de las demas Baleares, quedando así los Moros sin este abrigo para sus piraterías, y los Africanos sin esta escala para pasar á Murcia y á Valencia.

La poblacion y riquezas de este último reyno hacia ya mucho tiempo llamaban su atencion; pero nunca se habia presentado tan fácil su conquista como ahora que ya era dueño de las Baleares. La empresa no dexaba sin embargo de ser superior á solas sus fuerzas; y por eso fue necesario que formase una especie de cruzada, convidando á todos los guerros, amantes de la gloria, así de España como de Francia, Italia, Inglaterra, y de otras regiones, á que concurriesen por su parte á esta jornada honrosa; y quando con las tropas, que por este medio se le reuniéron, se creyó bastante fuerte, entró á cubrirse de lau-

reles en el territorio valentino. Dueño de las principales fortalezas del reyno, como Burriana, Peñíscola, Puig de Enesa y de otras infinitas ménos importantes, sentó sus reales delante de Valencia, la combatió con el mayor denuedo, y á pesar de la vigorosa y casi desesperada resistencia que le opusieron los sitiados por espacio de seis meses, logró rendirla en 1238. La prosperidad de que iban siempre acompañadas sus armas consternó á los Sarracenos en tales términos, que las ciudades, las villas y las aldeas se le entregaban á porfía; de suerte que tuvo la satisfaccion de ver engrandecida su corona con los reynos de Valencia y Murcia.

Don Sancho el *Fuerte*, Rey de Navarra, descontento en su ancianidad con su sobrino Teobaldo, Conde de Champaña, resolvió adoptar por heredero á Don Jayme de Aragon. Este por su parte no quiso mostrarse ménos generoso que Don Sancho, y tambien le adoptó, á pesar de lo extraordinario y ridiculo de ser el adoptante un jóven de veinte y tres años, y el adoptado un anciano de setenta y ocho; pero murió Don Sancho, y sus vasallos colocaron en el trono á Teobaldo. Hay quien dice que suplicaron á Don Jayme re-

nunciase el derecho que le conferia su adopcion, y que fue bastante desinteresado para complacerlos; pero esto carece de prueba, si bien por otra parte es cierto que los permitió vivir en paz.

De su matrimonio con la Princesa de Castilla tenia un hijo llamado Don Alonso; pero habiéndose disgustado de ella fue bien fácil hallar un parentesco en tercer grado, y por consiguiente se anuló el matrimonio, aunque Don Alfonso quedó reconocido por legítimo. Estos grados prohibidos eran en aquellos tiempos un gran recurso para los esposos fastidiados, pues los que deseaban permanecer unidos sabian muy bien solicitar dispensas, y la Corte de Roma concederlas sin mucha dificultad. Don Jayme casó despues con Doña Violante, Princesa de Hungría, de la qual tuvo á poco tiempo un hijo llamado Don Pedro, á quien instituyó heredero con Don Alfonso, hijo de la Castellana. La reparticion que entre ambos hizo de su reyno desagradó infinito, porque asignaba á Don Pedro el Condado de Barcelona con cierta alteracion de límites, que no acomodaba á los Catalanes ni á los Aragoneses. El mas perjudicado sin embargo era el Príncipe Don Alonso, el qual como mayor cre-

yó debía oponerse á una desmembracion que debilitaba al reyno. La mayor parte de los Caballeros aragoneses, y los mas distinguidos, se declaráron en su favor, de suerte que se consideró inevitable un rompimiento entre padre é hijo; y efectivamente el Príncipe, no solo se separó del Rey, sino que hizo alianza con Castilla, que se hallaba muy quejosa de Aragon. Sin embargo, á pesar de que Don Jayme permaneció firme en su resolucion, no llegó el caso de sacar la espada: subsistió sí entre ambos la desavenencia y el descontento de la principal nobleza, hasta que la muerte de Don Alfonso terminó la diferencia; pero Don Jayme, que debía tener prurito de hacer particiones, distribuyó de nuevo sus Estados entre los tres hijos que tenia ya de Violante, asignando al mayor Don Pedro el Aragon, Cataluña y Valencia; las islas Balcares á Don Jayme, que era el segundo; y á Don Fernando, que era el tercero, la Provenza, y los demas Estados que poseia en Francia.

El anciano Monarca, que no era muy arreglado en sus costumbres, dió á estos tres Príncipes otra porcion nada pequeña de hermanas y de hermanas fuera de matrimonio. Murió Doña Violante, y casó de secreto con

una viuda, llamada Doña Teresa Gil de Vidaure; pero durante este casamiento parece que mantuvo un trato tan íntimo con cierta dama, que acrecentó con un nuevo hijo la descendencia Real. Para legitimar sus amores quiso disolver su matrimonio con Doña Teresa, y aun empezó á practicar diligencias bien activas; pero reynaba entre su Corte y la de Roma cierta desavenencia, por haber mandado Don Jayme cortar la lengua á un Obispo que habia sido su confesor, y el Papa, á instancias de Doña Teresa, le amenazó con la excomunion si no abandonaba sus proyectos de divorcio. Los abandonó con efecto; pero sin duda no se halló despues Doña Teresa muy satisfecha de la conducta de su marido, respecto de que se retiró á un monasterio del Cister.

Quando tocaba Don Jayme en el último período de su vida, y cubierto de gloria, y oprimido con el peso de los años, hubiera podido gustar el fruto de sus fatigas y trabajos, se vió en la necesidad de acudir nuevamente á las armas para asegurar sus conquistas. En aquellos tiempos, así como en el dia, los habitantes de un pueblo subyugado tenian la libertad de permanecer en él reconociendo á su nuevo dueño, ó de retirarse con todas sus pro-

iedades mobiliarias adonde mejor les pareciese. Despues de la conquista de Valencia se expatriáron infinitos Moros; pero quedáron sin embargo los bastantes para creer temibles las conseqüencias de sus freqüentes conspiraciones. Don Jayme decreto su expulsion, y saliéron con efecto mas de cien mil personas; pero hubiéron de quedar algunos para el cultivo de los campos hasta que el pais se repoblase, y estos, aprovechándose de la ancianidad del Rey, y confiados en el auxilio de los Granadinos y Berberiscos, desplegaron el estandarte de la rebelion resueltos á sacudir el yugo. La insurreccion cundia por los pueblos valentinos con la rapidez del fuego: el caso se hizo muy serio, porque los sublevados formáron un respetable ejército, y procuraban apoderarse de fortalezas y plazas; y Don Jayme hubo de marchar á sujetarlos á la frente de guerreros, que ya sabian vencerlos. En Alcira se sintió acometido de una grave enfermedad; y comprendiendo que estaba muy próxíma su muerte, resignó la corona en su hijo Don Pedro, pidió públicamente perdon de los malos exemplos que habia dado, y se vistió el hábito del Cister, resuelto á acabar sus dias en el monasterio de Poblet, en caso de que no muriese

entónces. Se esforzó para pasar á Valencia, donde se le agravó la enfermedad, y falleció en 27 de Julio de 1276. Así acabó el famoso Don Jayme, cuyas gloriosas empresas le grangeáron el renombre de *Conquistador*.

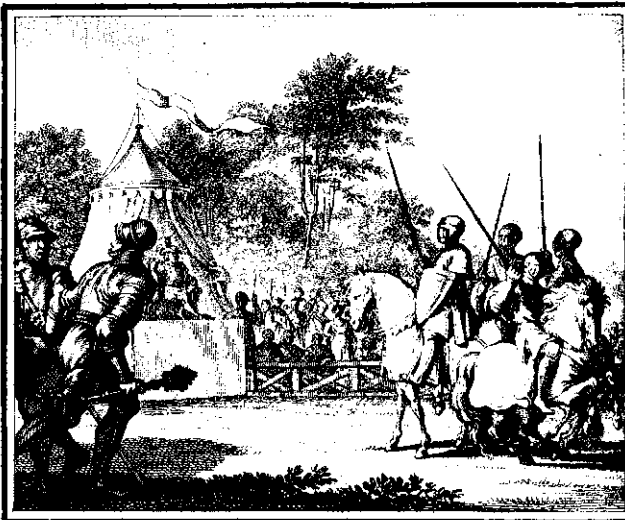
Su hijo Don Pedro III quiso mostrarse digno de la corona, marchando personalmente á sujetar los rebeldes Moros valentinos, y los dexó tan escarmentados, que la mayor parte abandonáron sus hogares, y se refugiáron en Granada. Estuvo sin embargo muy á riesgo de perderla por defender los derechos de su muger Constanza al trono de Nápoles y de las dos Sicilias. Constanza era hija de Manfred, bastardo del Emperador Federico II, y Conde de Taranto, quien habiendo quedado por tutor de Conradino, hijo de su hermano Conrado, á quien envenenó, tuvo bastante destreza para hacer creer la muerte de su pupilo y sobrino, y apropiarse los Estados que le pertenecian en Italia. Estos eran Nápoles y Sicilia, Estados que la Corte de Roma consideraba como feudo de la iglesia desde la donacion de Pipino Rey de Francia, y que procuraba con el mayor esfuerzo arrancar de la familia de aquel Federico, que tanto la habia hecho sufrir. A este efecto con-

vidó repetidas veces con su investidura á los Reyes de Inglaterra; pero no hallándose estos con fuerzas suficientes para despojar á sus actuales poseedores, hubieron de ceder el empeño á otro mas bravo. Las ruidosas hazañas de Don Jayme de Aragon habian hecho tan célebre su nombre en toda Europa, que Manfredo temió no pusiese el Papa en él los ojos; y siendo su poder tan grande, su triunfo era casi indubitable. Por lo mismo creyó importantísimo prevenirse con tiempo ganando su amistad, le ofreció en matrimonio su hija Constanza para su primogénito Don Pedro; y á pesar de la intriga con que la Corte romana procuró impedir este enlace, y desconcertar esta alianza, no pudo conseguirlo. Dirigióse entonces el Papa Clemente IV, á la sazón rey-nante, al santo Luis Rey de Francia, haciéndole las mismas ofertas que á los Ingleses, con tal que arrojase de Sicilia al tirano Manfredo; pero embebido todo en sus expediciones á la Tierra Santa, no quiso mezclarse en el asunto. Finalmente su hermano Cárlos de Anjou se encargó de la empresa, recibió la investidura por mano de un Legado pontificio; y coronado en Roma por el mismo Clemente, marchó al punto contra Manfredo. Vi-

niéron á las manos cerca de Benevento; perdió Manfredo la batalla y la vida, y Cárlos quedó dueño de sus Estados. No era posible que Don Jayme se mostrase indiferente á unos sucesos, que privaban á su nuera Constanza de la corona que por herencia la correspondia, y que por consiguiente habia de radicarse en su descendencia; pero se mantuvo pasivo hasta su muerte, sin que podamos adivinar la causa de su inaccion, y quizá no se hubiera movido tampoco su hijo Don Pedro, siendo aun mas interesado, á no haber sido por las vivísimas y repetidas instancias de los Sicilianos. La tiranía de Cárlos, y el desenfreno de los suyos, habian hecho tan odioso en toda la isla el nombre frances, que sus oprimidos habitantes solo esperaban hallarse sostenidos para tomar las armas, y apellidar libertad. Clamaban á Don Pedro porque les ayudase á sacudir el yugo, tomando posesion de un reyno propio de su muger Doña Constanza, y que debia recaer en sus hijos como descendientes de la Casa de Normandía, que lo habia redimido del poder de los Bárbaros: le ofrecian armas, dinero y quanto necesitase; y efectivamente, con su auxilio se halló el Aragonés muy en breve en disposicion de fletar una numerosa

esquadra, que salió de Tortosa, sin que pudiese nadie trascender su destino.

Seguros ya los Sicilianos de tener un vengador, executáron aquella horrible carnicería, conocida en la historia con el nombre de *Visperas sicilianas*. Conjurados con el mayor secreto los habitantes, degolláron en un mismo día y á la misma hora á quantos Franceses habia en la isla, sin exceptuar de su enconada rabia sino á Guillelmo de Porcelet, que siendo antes Gobernador, se habia conducido con mucha probidad y justicia: aclamáron por su Rey á Don Pedro, y se dispusiéron á hacer frente á Cárlos, en caso de que intentase castigar su atrevimiento. No fuéron con efecto vanos sus rezelos, porque Cárlos se presentó en la isla con un poderoso ejército, que supo proporcionarle el Papa Martino VII, y hubiera satisfecho su venganza á no haber aportado felizmente la esquadra aragonesa. Fue tal el espanto de Cárlos, que se retiró á Calabria poco ménos que huyendo; y finalmente, despues de muchas acciones indecisas, conviniéron los dos Reyes en terminar cuerpo á cuerpo sus desavenencias, ó en un combate de ciento contra ciento en la ciudad de Burdeos. Hallándose tan inmediatos, parece que



El duelo frustrado.

Convenidos D. Pedro III de Aragón y Carlos de Anjou en combatir cuerpo á cuerpo, y á pesar de no estar acompañado el campo, D. Pedro al día del plazo se presentó incógnito en el sitio señalado, donde todo el día esperó en vano á Carlos, y tomándole testimonio se retiró dexando al Senescal de Inglaterra las armas del duelo. Carlos en no buclarse así de D. Pedro, pero solo se burló de su propia reputación.

hubieran podido señalar al momento su campo de batalla; pero Cárlos quiso valerse de este ardid para sacar de la isla á Don Pedro, y arrojarse luego sobre ella con su gente. Sin embargo, Don Pedro no fue tan imprudente que la dexase sin la correspondiente defensa expuesta á una invasion: partió, y en el mismo dia del plazo se presentó incógnito en la vega de Burdeos, acompañado de tres Caballeros solamente. El Rey de Inglaterra, cuya era la ciudad, habia de asegurar el campo por medio de su Senescal; pero el Papa lo habia prohibido por evitar el duelo; y Don Pedro, cansado de esperar todo el dia á su competidor, y conociendo el peligro en que se hallaba su persona donde no se aseguraba el campo, se retiró satisfecho con un testimonio que exigió de su puntualidad, y dexando en poder del Senescal las armas de que se habia de haber servido en el combate.

Entre tanto no se descuidaba el Papa en hacerle por su parte quanta guerra podia. A sus instancias penetró en Aragon el Rey de Francia, taló, quemó, destruyó una porcion de pueblos, y se retiró despues de haber logrado la mezquina satisfaccion de hacer estos

perjuicios á un enemigo indefenso. Aprovechándose el Papa del terror que infundian las censuras eclesiásticas, le privó de las alianzas que podian serle ventajosas, fulminó contra él sentencia de privacion de sus reynos y señoríos, concediéndolos al Príncipe christiano que los conquistase; y no contento con esto, dió la investidura de ellos á Cárlos de Valois, hijo segundo del Rey de Francia, con cierta sujecion y dependencia de la Silla romana. Apeló Don Pedro de aquella sentencia, como dada por una de las partes, sin audiencia de la contraria; protestó la injusticia con que se pretendia despojarle de sus Estados, sin mas delito que reclamar sus derechos; se allanó á producir sus excepciones y defensas contra los procesos, excomuniones y sentencias pronunciadas en perjuicio de su persona y reynos, siempre que se le concediese un lugar á propósito en que pudiese hacerlo libremente y con toda seguridad; pero últimamente, por si eran infructuosas todas estas gestiones, sobre lo qual parece que no debian quedarle muchas dudas, aprestó mayores fuerzas, y se dispuso á una vigorosa defensa de sus Estados.

No tardó mucho tiempo en llegar á conocer la oportunidad de estos preparativos. El

Rey de Francia invadió el Rosellon con un ejército de cien mil hombres, y no hallando la menor oposicion en Don Jayme Rey de Mallorca, que mantenía por suyas las principales plazas, se apoderó sin dificultad de todo aquel Condado. Pasó los Pirineos, y dueño del Ampurdan, se puso sobre Gerona, cuya guarnicion, despues de una esforzada resistencia, tuvo que capitular. Durante el sitio una esquadra catalana, que salió de Barcelona á observar la posicion y movimientos de la francesa apostada desde Coliubre hasta Guixols, se encontró con veinte y quatro galeras enemigas en la embocadura del Ter; y despues de un combate muy sangriento, las abordó, apresó quince, y puso en fuga las restantes. A esta victoria se siguió otra no ménos señalada en el cabo de San Feliu, con pérdida de quatro mil Franceses, de trece galeras, de otros barcos menores, y de la caja militar; cuyos reveses, unidos al voracísimo contagio que empezó á padecerse en el ejército de tierra, obligaron al Rey de Francia á levantar apresuradamente el campo, y restituirse á su casa. Siguió al alcance el de Aragon, ocupó las eminencias por donde tenia que repasar los Pirineos; y acometiendo á aquel

ejército enfermo y casi fugitivo, le acabó de deshacer completamente.

Muy poco sobrevivió Don Pedro á esta célebre campaña; le sorprendió la muerte en Villafranca, haciendo preparativos para vengar con la conquista de las Baleares la mala correspondencia de su hermano Don Jayme, y falleció en 8 de Noviembre de 1285, recomendando muy particularmente esta expedición á su primogénito Don Alonso, que la concluyó inmediatamente con toda felicidad. Terminó sus dias con el consuelo de ver asegurada la corona de Sicilia en la cabeza de su hijo segundo Don Jayme, muerto su competidor, habiendo hecho prisionero á su hijo Carlos de Salerno, y renunciando este á su favor quantos derechos podian corresponderle.

Don Alonso III tuvo bastante energía para protestar al tiempo de coronarse, que no recibia la diadema por autoridad de la Iglesia, ni en su contra, y que aun quando aquella ceremonia se hacia en lugar sagrado, podia haberla hecho, y podrian hacerla en qualquiera otro los Reyes sucesores. Esta protesta, en unos tiempos en que nadie osaba disputar á la Santa Sede la facultad de disponer á su arbitrio de los cetros, avivó en tales términos el resen-

timiento del Papa, que no fue posible conviniere en la paz que le propuso Don Alonso. El Rey de Inglaterra se constituyó finalmente mediador, se avistó con el Aragonés en Oloron; y creyendo que la libertad de Cárlos de Salerno contribuiría infinito á disponer el ánimo del Papa á una reconciliacion, procuró persuadir á Don Alonso á que se la concediese. Este condescendió sin repugnancia; pero baxo la condicion de que su prisionero habia de conseguir de Roma, Francia y Cárlos de Valois tres años de tregua con Aragon y Sicilia; y quando esto no fuese aseguible, volveria á presentarse preso donde se le mandase, dexando antes para seguridad sus tres hijos en rehenes, una gran suma de dinero, y el Condado de Provenza.

El resultado sin embargo burló sus esperanzas. Verdad es que el Rey de Francia procuró persuadir á su hermano á que abandonase sus pretensiones á los Estados de Aragon; pero este no solo se negó abiertamente á ello, sino que contra todo derecho de gentes hizo prender en Narbona á unos Embaxadores que enviaba el Aragonés al Papa. Este por su parte, no contento con hacer tomar el título de Rey de Sicilia á Cárlos de Sa-

lerno, le coronó solemnemente en Rieti, sin atender á las condiciones con que se le habia puesto en libertad, asegurándole que no estaba obligado al cumplimiento de sus promesas, y absolviéndole de todo en caso necesario. A vista de un empeño semejante, nadie podrá extrañar que se cumpliese el plazo, y nada se hubiese adelantado hácia la paz. El Rey de Inglaterra creyó haber desempeñado su encargo con alegar varias excusas, y estrechar á Cárlos de Salerno para que compareciese ante el Aragonés, y diese cuenta de su persona; y este, convencido de la indispensable necesidad de remitir la decision á las armas, se dispuso á la guerra con el mayor ardor. Por fin se allanó el Papa á comprometer las pretensiones y derechos de cada una de las Potencias beligerantes, en la sentencia de dos Cardenales legados á Francia con plenos poderes para proporcionar la concordia; y á presencia, y con acuerdo de ciertos Embaxadores aragoneses y franceses, se concluyó en Tarascon un tratado de paz, cuyos principales capítulos eran dirigidos á asegurar al Papa la posesion de la Sicilia, despojando á los descendientes de Manfredo. Nunca podrá disculparse á Don Alonso de haber ratificado esta

concordia, abandonando en situacion tan crítica los intereses de su madre y hermano; pues aunque sus enemigos eran muy poderosos, no estaba tan abatido que no hubiera podido obtener, á favor de su familia, capitulaciones mas ventajosas. Murió en 18 de Junio de 1291, llevando al sepulcro el renombre de *Liberal*.

Le sucedió su hermano Don Jayme II, á la sazón Rey de Sicilia, cuya vacilante corona abandonó á su hermano Federico, siendo lo mas particular, que despues de haber sostenido con la Corte de Roma una obstinada lucha por conservarla sobre su cabeza, apenas se vió asegurado en el trono de Aragon, se declaró protector de las pretensiones del Papa, y uniéndose con Carlos de Salerno, se presentó en Sicilia con una poderosa armada; pero el valor de Federico le obligó á renunciar para siempre una empresa, que le hacia tan poco honor, y á contentarse con la Córcega y la Cerdeña, que el Papa le habia concedido para quando las conquistase. No tardó mucho tiempo en asegurarse el fruto de esta concesion; y despues de ensanchar con esta conquista sus dominios, dexó las armas, dedicándose á hacer floreciente el comercio marí-

timo de sus vasallos. Su hijo mayor Don Jayme tomó la asombrosa resolución de no querer reynar jamas. En vano le persuadió su padre, en vano le instó para que mudase de parecer: pues á presencia de los Estados del reyno, renunció para siempre el trono, tomó el hábito de San Juan de Jerusalem, y en adelante hizo una vida de aventurero, sin ambicion ni pesar.

El menor, llamado Alfonso IV de este nombre, fue pues el elegido para suceder á Don Jayme, que murió en 2 de Noviembre de 1327. Don Alonso acababa de perder á su primera muger Doña Teresa de Entenza; y sin embargo de tener asegurada la sucesion del reyno en un hijo, que se llamó Don Pedro, pasó á segundas nupcias con Doña Leonor de Castilla; y el espíritu de discordia, que en semejantes casos suele perturbar las familias de los particulares, se insinuó tambien en la suya, excitando el descontento nacional. Antes de su matrimonio habia hecho un estatuto, por el que se obligó con juramento á no enagenar cosa alguna del patrimonio real por espacio de diez años; pero infiel á su promesa, así que se verificó su enlace, quiso dar á su nueva esposa una muestra de su cariño, donán-

dola la ciudad de Huesca con algunas villas y castillos. Los Estados del reyno reclamaron inmediatamente la donacion; pero el Rey procuró deslumbrarlos, declarando que no habia sido su ánimo comprehender en el estatuto á su muger ni á sus hijos; y creyendo que semejante efugio habia dexado á todos satisfechos, apénas dió á luz la Reyna, señaló al recién nacido un pingüe patrimonio en la ciudad de Tortosa, y villas de Alicante, Orihuela, Guardamar y otras, que cedió á su favor. La Reyna, á quien no se ocultaba la poca seguridad de tan exórbitantes donaciones, miéntras no quedasen sancionadas con el voto de la nacion, supo determinar al Rey á que obligase á todos los Ricos-hombres y Caballeros á prestar pleyto homenaje de ayudar y defender al Infante, manteniéndole en posesion de ellas; pero no faltó un Don Ot de Moncada, que despreciando ruegos y amenazas, se negase abiertamente á un juramento tan perjudicial á los intereses del Príncipe heredero. Su resistencia se graduó de temeraria, y fue ademas bien infructuosa; pues el Rey, como si se hubiera propuesto únicamente enriquecer á un solo hijo á expensas del otro, continuó sus liberalidades en términos que el

reyno ya no pudo disimular. Contradixéron los tres Estados tan escandalosa prodigalidad. Valencia se puso en arma para defender la integridad del patrimonio real, y todos se hallaban arrestados á resistir con vigor á los Oficiales reales que presumiesen valerse de la fuerza, y aun á allanar el palacio en caso necesario, degollando á quantos se les opusiesen. Creyendo el Rey que su presencia pondria freno á los descontentos, y que nadie osaria contradecirle, se presentó en el Concejo de Valencia, reconvino, instó y aun amenazó; pero Guillen de Vinatea, uno de los primeros Magistrados, tuvo bastante entereza para manifestarle que ni debia haber hecho, ni permitido unas donaciones tan diametralmente opuestas á los estatutos del reyno, como perjudiciales á la corona. „Los del gobierno de esta ciudad, añadió, preferimos morir en defensa de las leyes, y nunca prestaremos nuestro consentimiento á tan exôrbitantes enagenaciones contra los derechos del Príncipe. ¿Qué vigor, qué fuerza, qué autoridad tendrán las leyes, si hoy se establecen y mañana se quebrantan? Podremos morir, no hay duda; pero tampoco quedará nadie vivo en este palacio, y todos perecerán al furor del pueblo que

nos aguarda afuera." La firmeza con que profirió estas palabras hizo conocer al Rey la disposición en que se hallaban todos sus compañeros; y fuese prudencia ó temor, hubo de tomar el partido de revocar las donaciones. Vivamente resentida la Reyna contra los que tanto se interesaban por el Príncipe é integridad de la corona, juró tomar una exemplar venganza; y teniendo sobre su marido todo el dominio que ya dexa conocerse, no la fue muy difícil conseguir que unos fuesen desterrados de la Corte, procesados otros como reos de lesa magestad, citados personalmente algunos ante el Rey para satisfacer á sus cargos, y muerto ignominiosamente el que tuvo la imprudencia de comparecer.

Esta persecucion la concilió el odio general, y particularmente el del Príncipe Don Pedro, que por estatuto de la nacion era Gobernador del Reyno como Príncipe heredero; sí bien por entónces limitó su resentimiento á negarse con la mayor entereza á confirmar las donaciones hechas á su hermano.

Murió su padre en 24 de Enero de 1336; y la Reyna, que no se consideraba segura en medio de un pueblo que la aborrecia, determinó salvarse en Castilla con todas las rique-

zas que debía á la prodigalidad de su difunto esposo. Allí imploró la proteccion de su hermano el Rey Don Alonso XI, como único recurso que la quedaba para mantener sus derechos y los de sus hijos en Aragon. El Rey practicó en su favor algunos oficios; pero el Aragonés supo evadirse con una respuesta espiciosa, y procedió á seqüestrar las inmensas rentas que percibia su madrastra en Aragon, Valencia y Cataluña. Picado de este desayre el Castellano, entró á sangre y fuego por el reyno de Valencia: Don Pedro se preparó á la defensa; y á no haber mediado la autoridad del Papa, el asunto se hubiera hecho muy serio. Conviniéronse por fin en comprometer sus intereses respectivos al parecer de árbitros; y las resultas de este compromiso fuéron permitir á la Reyna viuda Doña Leonor el disfrute vitalicio de los pueblos que la habia dexado su marido, quedando reservada á la corona la jurisdiccion.

Sosegadas estas diferencias concibió Don Pedro el ambicioso proyecto de usurpar á su cuñado Don Jayme II la corona de Mallorca; y para conseguirlo con alguna apariencia de justicia, no se detuvo en recurrir á los medios mas viles é indecorosos. Era el reyno de

Mallorca una especie de feudo de Aragon, y estaban por lo mismo sus Soberanos sujetos á cierta dependencia, que no podian sacudir sin hacerse reos de un delito enorme. Quizá no habia Don Jayme dado el menor motivo para que se dudase de su fidelidad; pero Don Pedro sobre datos tan inverosímiles como inciertos, forjó una atroz calumnia, y con cierto aparato de juicio, le sentenció á perder la corona. Apeló el Mallorquin á las armas, y tenia bastante valor para no dexarse atropellar impunemente; pero cobardemente abandonado de los suyos, tuvo que ceder á su ambicioso cuñado, el qual le despojó de todos sus Estados con la mayor inhumanidad.

Don Pedro hubiera podido reynar tranquilamente en medio de sus vasallos, si su carácter arrebatado y caprichoso no le hubiera hecho cometer una imprudencia, que pudo serle muy funesta. Las leyes de Aragon excluian á las hembras de la sucesion en el reyno; pero Don Pedro, privado de descendencia masculina, y sin esperanza de tenerla en adelante, quiso hacer una excepcion á favor de su hija primogénita Doña Constanza; y como la transgresion de las leyes fundamentales de un Estado ha ido acompañada siempre de vio-

lentas conmociones, los Aragoneses, fuertemente apegados á sus fueros y privilegios, formaron una liga, que llamaron la *Union*, y tomando las armas, se opusieron con firmeza á la novedad. En vano hizo Don Pedro los mayores esfuerzos para sujetar á los descontentos; porque despues de derramar infinita sangre, prevalecia la *Union* á la manera de una hidra, cuyas cabezas se reproducian amenazándole con nuevas desventuras. A la sombra de estas inquietudes quiso tentar fortuna el destronado Rey de Mallorca Don Jayme, aprestó la gente que le fue posible, se confederó secretamente con los de la *Union*, y desembarcó en Mallorca, resuelto á sostenerse con denuedo; pero excesivamente confiado en el número de sus tropas, tuvo el arrojado de aventurar una batalla decisiva, la perdió, y fue muerto en ella. Don Pedro, sin embargo, al cabo de dos años de agitacion, carnicería y horrores, tuvo que declarar inmediatamente sucesor de la corona á su medio hermano Don Fernando, el hijo de su madrastra Doña Leonor, para en el caso de que falleciese sin hijos varones legítimos.

Otra imprudencia no ménos peligrosa y vituperable fue la de obstinarse en proteger á un Almirante suyo, que tuvo la temeridad

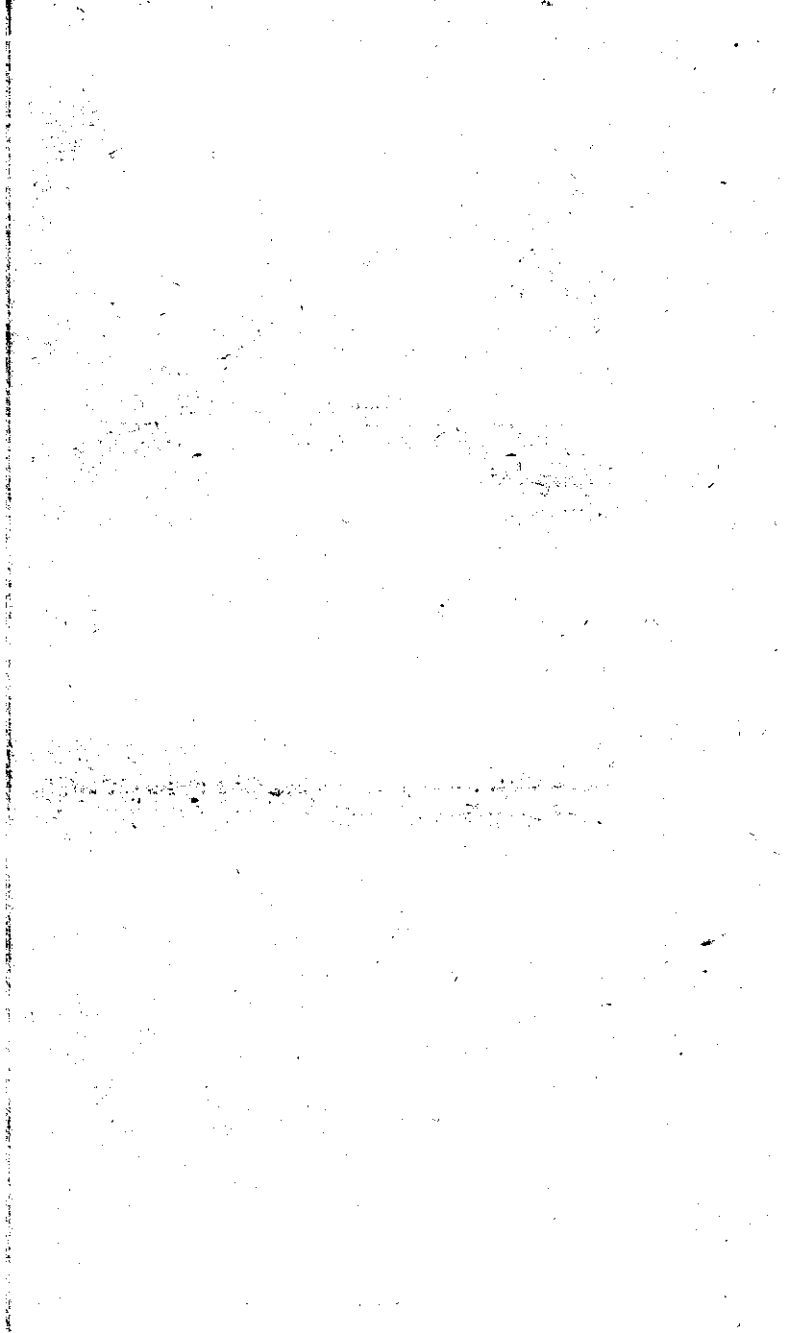
de violar la neutralidad de un puerto castellano, apresando unos barcos placentinos; pues por ella se vió empeñado en una sangrienta guerra con Don Pedro de Castilla, que se continuó por diez años con el mayor teson. Una vez comprometido en ella, era natural que se valiese de todos los arbitrios imaginables para triunfar de su enemigo; y aprovechándose de la mala inteligencia que reynaba entre este y sus hermanos Don Henrique, Don Fadrique y Don Tello, hizo con ellos una liga muy peligrosa para el Castellano. Hemos visto en su lugar los progresos y vicisitudes de esta confederacion; hemos visto el éxito de esta guerra tan favorable á Don Henrique; y puede decirse que si no debió exclusivamente la corona de Castilla á Don Pedro de Aragon, sus auxilios le allanaron infinitamente el camino del trono.

Finalmente, entre las acciones que obscurecen la conducta de Don Pedro IV, puede contarse la vileza con que sacrificó al odio público á Don Bernardo de Cabrera. Este Caballero habia sido su General, su Ministro y su favorito desde el principio de su reynado. En medio de las facciones que habian abrazado el reyno, se habia mostrado siempre fiel

á su Rey, quien le pagaba con una confianza absoluta; pero gozaba de grande autoridad, y esto bastó para que se le atribuyesen los desaciertos del Monarca, y fuese el blanco de la envidia de sus émulos. Sea que el Rey creyese justificarse á los ojos de sus vasallos inmolándole, sea que se hubiese hecho sospechoso con fundamento, Don Pedro le hizo prender; y suponiéndole reo de toda clase de delitos, sin prueba ni defensa fue condenado á muerte por un tribunal presidido por el Duque de Gerona, hijo del Rey, que parece debia su educacion á Don Bernardo. Otros dicen que el Rey mismo fue quien pronunció la sentencia, y que el de Gerona se encargó de la execucion; pero esto en suma no seria otra cosa que una atrocidad mas. Los historiadores convienen en que el gran crimen de Cabrera consistió en haber sido demasiado fiel criado de un amo poco agradecido.

Murió Don Pedro en 5 de Enero de 1387, dexando dos hijos varones habidos en su tercera muger Doña Leonor de Sicilia, llamados Don Juan y Don Martin; y se le conoce con el renombre del *Ceremonioso*, por la aficion que se dice tuvo á las grandes asambleas.

Don Juan, que era el primogénito, fue





Muerte de D. Juan I de Aragon.

Carando el Rey D. Juan I de Aragon se dejó de los consejos por el empeño de perseguir á una lebra: pero ya fuése que tropezó su caballo, ó ya que cayó de él, quando le alzaron sus gentes le hallaron muerto é exhalando el último aliento. Los que por oficio ó licencia hicieron la caza comparandola á la guerra, pueden conocer que la muerte en la caza es la de hombre común, y en la guerra es la de los héroes.

por consiguiente su sucesor, y el primero de este nombre. La Reyna su madrastra, que debia temer su resentimiento por el mal trato que le habia hecho sufrir en vida de su marido, huyó de Barcelona antes que este acabase de fallecer; pero alcanzada y presa en el camino, sufrió la cuestión rigorosa del tormento, porque confesase los crímenes que se le imputaban de haber hechizado al nuevo Rey con una bebida, que le habia alterado la salud, y de haber extraido del palacio real quanto habia podido llevarse. Igual suerte sufrieron los Caballeros que la acompañaban, de los quales dos fueron degollados, otros castigados con prision perpetua, y la Reyna libertó su vida por la mediacion del célebre Cardenal Don Pedro de Luna.

El Reynado de Don Juan I fue sumamente corto, y su fin muy trágico. En 19 de Mayo de 1395, habiéndose alejado de los suyos persiguiendo á una loba en una cacería, ya sea que tropezase su caballo, ya que cayese de él, como pudo suceder, quando llegaron los monteros habia espirado, ó le faltaba poco. Quizá no tenia este Monarca todos los dotes de un buen Príncipe; pero no se le pueden negar algunas virtudes. Era de genio

amable y complaciente, escuchaba con bondad las reconvenciones que le hacian, y lo que es aun mas raro, se anticipaba á ellas. De sus dos mugeres dexó únicamente dos hijas; pero como estaban las hembras excluidas de la corona, hubo de pasar esta á su hermano Don Martin, que á la sazón se hallaba Rey de Sicilia. No faltó sin embargo quien se la disputase á pretexto de mejor derecho. El Conde de Fox, casado con Doña Juana, primogénita del difunto Rey, empezó á apellidarse Rey de Aragon; y entrando por Cataluña, se hizo dueño de muchos pueblos y castillos. Don Martin se hallaba todavía ausente; pero la actividad y providencias de su muger Doña María de Luna, y el valor de los Aragoneses, consiguieron escarmentar al invasor, y obligarle á retirarse á Francia con pocos ánimos de volver á la empresa.

Al partir de Sicilia dexó Don Martin aquella corona á su único hijo del mismo nombre; pero murió este Príncipe en la flor de su edad, y su padre le siguió á poco tiempo. Su muerte, acaecida en 31 de Mayo de 1410, puso en movimiento no solo el reyno de Aragon, sino los de Castilla, Nápoles, Francia y Sicilia: pues en todos ellos habia

quien aspiraba al trono, y creía pertenecerle exclusivamente. Seis eran los pretendientes: el Infante de Castilla Don Fernando, nieto de Don Pedro IV de Aragon; el Conde de Urgel Don Jayme, biznieto por agnacion del Rey Don Alonso IV; Don Alonso de Aragon, Duque de Gandía, en calidad de hijo del Infante Don Pedro, hijo quarto del Rey Don Jayme II; Luis de Anjou, nieto por su madre de Don Juan I; Don Fadrique de Sicilia, hijo natural de Don Martin el Joven, aunque legitimado por su padre; y el Conde de Fox, como marido de Doña Juana de Aragon, hija del Rey Don Juan I. Sin embargo de que entre todos el Infante Don Fernando era el mas inmediato al último reynante, y á quien este se habia inclinado mas poco antes de su muerte, ninguno de los otros creia ménos robustos sus títulos; y el que tenia bastante moderacion, y no acudia á las armas para sostenerlos, no dexaba por eso de buscar en su apoyo el dictámen de los mas famosos letrados de aquel tiempo. El Conde de Urgel, en el concepto de inmediato sucesor, se habia alzado con el gobierno del reyno en vida y aun con repugnancia del Rey difunto, y se prevaleia de esta qualidad para oprimir á los

que no eran de su partido; y aunque Aragon se resistia á reconocerle, ardia en facciones dividido entre las poderosas familias de los Heredias, Lunas y Urreas. Iguales inquietudes tenian conmovida á Valencia. Las casas de los Centelles y los Villaragut pusiéron el reyno en combustion; y Cataluña no se hubiera preservado de esta calamidad, á no haber confiado muy desde los principios la re-gencia á un Consejo ó Parlamento, compuesto de Ministros de conocida probidad y prudencia.

No sin muchos trabajos, fatigas y desvelos consiguiéron las principales personas de aquella corona que los tres reynos se convi-niesen en nombrar nueve sugetos, tres por parte de cada uno, para que exâminando á la manera de jueces el derecho de los compe-tidores, y oyendo los fundamentos de su pre-tension, adjudicasen la corona con su acredita-da ciencia, juicio é imparcialidad, á quien en justicia le correspondiese. Los pretendien-tes se allanáron á este medio; y quizá fue esta la vez primera que se vió comprometida en un tribunal de letrados la disputa sobre la pertenencia de un reyno.

Se reuniéron con efecto los compromisa-

rios en el castillo de Caspe, convocaron á los interesados para que por medio de sus procuradores acudiesen á deducir su derecho; y despues de tres meses de sesiones, se declararon por el Infante Don Fernando. Esta sentencia fue un bálsamo saludable, que cicatrizando las heridas abiertas por la discordia, restableció en el reyno la serenidad. Los mismos aspirantes á la corona se sometieron gustosamente á ella, prestando la obediencia al nuevo Rey; y solo el Conde de Urgel quiso llevar adelante su temeridad, manteniéndose armado contra Don Fernando; pero este, que no se creyó en disposicion de sufrir semejante osadia, marchó contra él, le sitió en la fortaleza de Balaguer, y le obligó á entregarse á discrecion. El vencedor le perdonó la vida con su acostumbrada generosidad; pero no pudo libertarle de la prision perpetua á que despues de un formal juicio le condenaron los Estados del reyno. Don Fernando era de un temperamento débil, y no reynó mas que quatro años, falleciendo en Igualada en 2 de Abril de 1416.

Su hijo Alfonso V fue uno de los mejores hombres de su siglo. Sumamente aficionado á las letras, gustaba de la compañía de los sabios, y desplegaba con ellos su liberalidad.

Tenia por emblema un libro abierto, y solia decir que *un Príncipe ignorante no es mas que un asno coronado*. Las facciones que agitaban en su tiempo el reyno de Nápoles, obligáron á su Reyna Juana á llamarle en su socorro contra el Duque de Anjou, que sostenido por los principales Napolitanos, la amenazaba con la pérdida de la corona. Para empeñarle mas en su defensa, le lisonjeó con la promesa de adoptarle por hijo é inmediato sucesor; y Don Alfonso, sin embargo de conocer que iba á empeñarse en una guerra larga, dispendiosa y excusada, quando nada podia prometerse del carácter voluble de la Reyna, prestó inmediatamente sus armas para libertarla de sus enemigos. No tuvo mucha dificultad en ahuyentarlos, y la Reyna verificó su promesa solemnizando la adopcion de Don Alonso; pero apenas se vió libre de los de Anjou, pensó, por un efecto de su natural inconstancia, en arrojar de Nápoles á sus libertadores. Descontando de sus propias fuerzas para conseguirlo, se confederó secretamente con el Papa, procuró deshacerse pérfidamente de Don Alonso, y ya que se malogró el golpe, revocó su adopcion, adoptando en su lugar al Duque de Anjou, estrechamente unido con el Papa.

Por mediar Don Alonso en las desavenencias que conmovian á Castilla con motivo de las parcialidades de su hermano el Maestre Don Henrique, suspendió algun tiempo su venganza; pero habiendo vuelto despues con una gruesa armada, encontró tan mudadas las cosas, que la Reyna, sumamente disgustada del de Anjou, le convidó con la corona de Nápoles, ofreciéndose á revocar la adopcion del de Anjou, y revalidando la suya, como lo executó con el mayor secreto. Faltaba sin embargo sancionar esta resolucion con la aprobacion é investidura del Papa; y este, que se daba por ofendido del de Anjou, se vendia por afecto á Don Alonso, y le tenia prometidas una y otra, tan léjos estuvo de cumplir su palabra, que se confederó aun mas estrechamente con aquel. No sabemos el objeto ni el motivo de esta mudanza; pues en cambio de la investidura, se habia ofrecido Don Alonso á procurar de todos modos que el Emperador de Alemania desistiese de la proteccion que dispensaba á los Padres congregados en el concilio de Basilea, y que trataban de deponerle, nombrando en su lugar otro Papa. Como quiera, el resultado fue que el Rey se puso de parte de los de Basilea, hiriendo al Papa por los

mismos filos, pues no le quedaba duda en que una vez depuesto, fácilmente obtendria del concilio la investidura, si no podia conseguir que la tiara recayese en uno de los suyos.

La muerte de la Reyna de Nápoles, y las circunstancias que la acompañaron, le obligaron despues á tomar otras medidas mas efectivas y vigorosas. Aquella soberana inconscüente, que solo se habia propuesto sacar el partido posible de la honradez y buena fe de Don Alfonso, acabó de dar en su fallecimiento una prueba de que todos sus tratados y adopciones habian sido otras tantas supercherías; y ya que no pudo dexar la corona al Duque de Anjou, que habia ya muerto, nombró universal heredero de sus reynos á Renato, hermano del difunto. La ciudad de Nápoles alzó inmediatamente sus pendones por el Papa y por Renato, aclamándole Rey; y quantos actos se habian hecho á favor de Don Alonso, quedáron anulados. Entónces ya se hizo preciso recurrir á las armas. Don Alfonso contaba con los muchos amigos que tenia en aquel reyno; pero no se le ocultaba que confederados el Papa y Renato con los Venecianos, Genoveses, Florentines, y el Duque de Milan, y empeñados en arrojarle de Ita-

lia, harian los mayores esfuerzos; y así apres-
tando una poderosa esquadra, se presentó de-
lante de Gaeta. La plaza estaba por los Ge-
noveses y el Duque de Milan, y se defen-
dió con valor; pero á pocos dias se halláron
los sitiados tan faltos de víveres, que tuviéron
que arrojar fuera, como bocas inútiles, á todas
las mugeres y niños. Los caudillos aragoneses
querian obligar á estos infelices á volver á la
ciudad; pero el generoso Alfonso mandó que
se les franquease el paso, sin hacerles la me-
nor extorsion, „pues mas quiero, añadió, de-
xar de tomar la plaza, que dexar de cumplir
con lo que debo á la humanidad afligida.”

El sitio sin embargo se terminó de un
modo bien funesto para las armas aragonesas.
Acudió al socorro de la plaza una flota geno-
vesa despachada por el Duque de Milan, ba-
tió é incendió á la aragonesa, desembarcó sus
tropas, y arrolló al ejército de tierra. Que-
daron prisioneros el Rey Don Alonso, sus
hermanos el Rey de Navarra, y el Infante
Don Henrique, el Príncipe de Taranto, un
gran número de Caballeros aragoneses y na-
politanos, en una palabra, todos los principa-
les caudillos de la expedicion. El General ven-
cedor tuvo la gloria de conducir en triunfo

estos ilustres prisioneros; y el Duque de Milan la gloria, aun mayor todavía, de restituirles la libertad haciéndolos sus amigos.

Este contratiempo, que al parecer debia haber arrojado para siempre de la Italia á Don Alfonso, le hizo mas poderoso que antes, pues confederado con el Duque, que llegó á desconfiar de los proyectos de Renato, y volviendo con nuevas fuerzas á la empresa, consiguió apoderarse de Nápoles, obligó al Papa á que le concediese la investidura; y con consentimiento de los naturales, fue coronado Rey, y reconocido su hijo natural Fernando por legitimo sucesor en el trono.

Murió en 27 de Junio de 1458, llevando al sepulcro el concepto de uno de los mayores Príncipes que ciñeron la corona de Aragon. Aunque político, fino y astuto, nadie le creyó artificioso, y efectivamente era este uno de los defectos que miraba con mas horror. Toda su vida fue guerrero, nunca cruel, como lo acredita lo ocurrido en el bloqueo de Gaeta; pero con un gran número de virtudes, no dexó de tener bastantes vicios, si bien estos influyéron mas en su vida privada, que en su conducta política.

No habiendo dexado Don Alfonso nin-

gun hijo legítimo, hubo de sucederle en la corona su hermano Don Juan II Rey de Navarra. Los zelos que este habia concebido contra su hijo Don Cárlos, Príncipe de Viana, alimentados por los siniestros informes de la Reyna, madrastra del Príncipe, y por los temores que logró inspirar á su marido, anciano, y desconfiado por naturaleza, le reduxéron á un extremo de tiranía, de que habrá muy pocos exemplares en la historia. Nada hizo el desgraciado Príncipe para merecer el odio de su padre, sino reclamar con la mayor moderacion la corona de Navarra, que por su madre le correspondia de derecho, y que le tenia aquel usurpada; pero esto solo bastó para sufrir la mas cruel persecucion. De su órden fue preso con la mayor perfidia; la Cataluña tomó las armas en su defensa; el rey no todo empezó á declararse por la inocencia oprimida, y el Rey se vió obligado á ponerle en libertad; pero Don Cárlos, sensible y pacífico, no pudo acostumbrarse á la desconfianza que le manifestaba su padre, y murió de pesadumbre con sentimiento general. Su hermana Doña Blanca, perseguida igualmente por la madrastra de ambos, murió emponzoñada; y no puede desconocerse la autora de estos

crímenes, sabiendo el empeño de la Reyna por colocar sobre el trono de Aragon á su hijo Don Fernando, con perjuicio de Don Cárlos, habido en primeras nupcias, y en proporcionar á aquel hijo querido los derechos que correspondian á Don Cárlos y á Doña Blanca sobre la Navarra.

Con esto las inquietudes de Cataluña tomaron considerable aumento. La Reyna y su hijo fuéron sitiados en Gerona por una multitud de gente sublevada apellidando libertad. Asesinaron á diferentes personages, que les afeaban su rebeldía, comenzaron á batir la plaza con todo el rigor de la guerra, y á pesar de la vigorosa defensa de su guarnicion, lograron apoderarse de ella á viva fuerza. Vióse la Reyna precisada á retirarse con su hijo á una fortaleza antigua llamada la *Gironella*; pero aun allí se hallaron en sumo peligro, pues los sitiadores abrieron una mina, y por ella hubieran entrado igualmente la fortaleza, si la Reyna no hubiese animado, con espíritu varonil, á los Caballeros que la acompañaban á rechazarlos con pérdida de mucha gente, y á no haber acudido prontamente el Rey en su socorro. Los insurgentes levantaron el sitio; pero se armó en masa toda la Cataluña,

y despues de declararse con toda formalidad independiente, aventuró una accion, que fue bastante sangrienta, y en la que reportáron las armas del Rey una completa victoria. Aun mas exâsperados los ánimos con esta pérdida, convidáron los tres estamentos del Principado con el Señorío al Rey de Castilla, quien admitió inmediatamente, y rompió por Aragon con un poderoso ejército; pero habiéndose convenido á poco tiempo con el Aragonés, se viéron nuevamente los Catalanes en la necesidad de elegir Señor, y se reuniéron los votos en favor del Condestable de Portugal Don Pedro. La suerte de los insurgentes no mejoró por esta eleccion: el ejército realista fue progresivamente apoderándose de las principales plazas y fortalezas bien defendidas, pero mal socorridas por Don Pedro, hasta que por último avistó al de los rebeldes junto á un lugar llamado *los prados del Rey*, donde le atacó, y le hizo pedazos; y el Condestable, abandonando las insignias Reales, hubo de salvar su vida con la fuga, y murió á poco tiempo consumido de pesar.

Aun con todos estos reveses no desmayó la Cataluña. Los representantes de los tres Estados pusieron los ojos en Renato de Anjou;

y ciertamente que en aquellas circunstancias no podian haber hecho eleccion mas atinada. Era Renato el mas formidable enemigo de la nueva Casa Real de Aragon: estaba sostenido por su sobrino el Rey de Francia, y se creia injustamente despojado del reyno de Nápoles por un hermano de Don Juan. Su hijo el Duque de Lorena se presentó inmediatamente en las fronteras con numeroso ejército, se apoderó de Rosas y de otras varias plazas, pasó á Barcelona, y en calidad de Lugarteniente de su padre, tomó posesion de aquel Condado y Señorío. El espíritu ardiente y belicoso de Don Juan II sufría con impaciencia los progresos de sus enemigos; pero septuagenario y ciego por unas cataratas que le habian sobrevenido en ambos ojos, no pudo por su parte hacer otra cosa que confederarse con los enemigos de la Casa de Anjou, abandonando á la bizarría de la Reyna el cuidado de volver por la gloria de sus armas. La Reyna con efecto, al frente de sus tropas, y acompañada de su hijo Fernando, sitió á Rosas, la ganó por asalto, obligó al Duque de Lorena á levantar el sitio de Gerona, y desalojó á los Franceses de todo el Ampurdan. Murió la Reyna; pero el Rey tuvo la fortuna de re-

cobrar la vista, de que igualmente falleciese el Duque, y de que la Francia no insistiese en proteger las pretensiones de Renato; y aumentadas sus fuerzas al paso que los rebeldes quedaban sin apoyo, pudo fácilmente hacerse dueño de toda la Cataluña, á excepcion de Barcelona, que se defendió obstinadamente por bastante tiempo.

Apaciguadas por este medio las domésticas inquietudes, se empeñó Don Juan en una nueva guerra por recobrar los Condados del Rosellon y Cerdania, que al principio de las revoluciones de Cataluña habia cedido al Rey de Francia en seguridad del pago de doscientos mil escudos anuales, que se obligó á satisfacerle por el socorro de setecientas lanzas. En el discurso de estas revoluciones mudáron, como ya hemos visto, de semblante las cosas; y el Rey de Francia, apénas eligieron los Catalanes á Renato, no solo abandonó á su aliado, sino que se declaró su enemigo. Quiso pues Don Juan tomar una satisfaccion de esta falta de legalidad, dió parte á los pueblos de aquellos Condados de la resolucion en que se hallaba de rescatarlos del dominio Frances, que al parecer los tenia muy oprimidos; y tomando estos las armas por el Rey de Aragon, se

apoderáron de varias fortalezas, y hubieran pasado á cuchillo la guarnicion de Perpiñan á no haberse hecho fuerte en el castillo de la ciudad. Acudió inmediatamente el Aragonés á la defensa de los sublevados, encerióse en la plaza, y sostuvo con tal denuedo los esfuerzos de quarenta mil Franceses que le tenían bloqueado, que les obligó á levantar el sitio bien escarmentados, y á ajustar un armisticio. Por haberse negado á ratificarle el Rey de Francia, fue forzoso continuar la campaña; se presentó nuevo ejército delante de Perpiñan, tuvo la desgracia de sufrir igual suerte que el anterior, y hubiéron de contentarse por entónces los Franceses con talar los campos, y saquear las aldeas indefensas; bien que aun en estas expediciones no dexáron de padecer crecidos descalabros. Volviéron mas adelante con mayores fuerzas; y á pesar de hallarse la plaza desprovista de gentes, víveres y municiones, no lograron rendirla hasta que sus habitantes se viéron en la alternativa de capitular, ó devorarse unos á otros, como ya habian empezado. Por último, despues de repetidas acciones y sangrientas derrotas, tuvo el Rey de Francia que avenirse á la paz con el desconsuelo de haber perdi-

do lo mejor de sus tropas, y expendido infructuosamente caudales bien crecidos.

Estas fuéron las últimas hazañas de Don Juan II. Al año siguiente de 1479 enfermó de ancianidad y fatigas, y en 19 de Enero del mismo descansó en paz, cubierto de la gloria de sus triunfos, á los ochenta y dos años de edad, dexando por heredero á su hijo Don Fernando, á cuyos esfuerzos habia debido una gran parte de sus victorias. Es sensible no poder señalar en este Monarca otras prendas que las mas funestas al género humano; ¡pero oxalá que tampoco pudieran señalarse sus vicios! No faltan sin embargo historiadores que le colman de alabanzas; ¿pero cómo se le borrarán las manchas indelebles de haber sido verdugo de Don Carlos y de Doña Blanca?

Por el fallecimiento de Don Juan II recayó la corona de Aragon en su hijo Don Fernando, marido de la Reyna propietaria de Castilla Doña Isabel; y reunidas por este medio las dos coronas, como ya se dixo, en tan hábiles Monarcas, se viéron muy en breve en la situacion mas floreciente. La perfecta armonía, que con el mayor cuidado procuráron guardar constantemente ambos esposos entre sí,

produxo aquella íntima é indisoluble union, que subsistió miéntras viviéron, y contribuyó notablemente á uniformar el sistema de administracion. Todo era comun á entrambos, excepto los derechos respectivos á los Estados que cada uno poseia en propiedad. Estos los separáron con mucho acuerdo para apartar de sus vasallos toda sospecha, rezelo ó mala inteligencia que podia ocasionar el miedo de que se perdiere su monarquía, confundiéndonse una con otra. Cada uno gobernaba sus pueblos como mejor le parecia, circunscribiéndose el otro á ayudarle con los consejos ó con los socorros; y supuesta esta separacion, aunque las órdenes, así para los proyectos como para la execucion, se expedian siempre á nombre de ambos, todo se dirigia con el mayor concierto y felicidad.

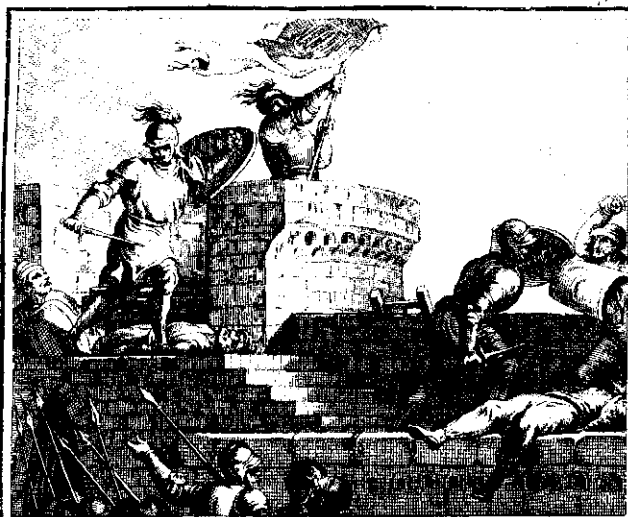
Una vez restablecida la tranquilidad interior, y consolidada con ventajosos tratados la amistad de las Potencias extrangeras, concibiéron el proyecto de arrojar enteramente de España á los Sarracenos, que atrincherados en el reyno de Granada, defendidos por una multitud de plazas que poseian en el mejor terreno de la peninsula, y sostenidos con los poderosos auxilios que les proporcionaba la in-

mediacion al Africa, habian frustrado siempre los esfuerzos de los Príncipes españoles. Lo mas que habian podido adelantar estos hasta entonces, fue hacerlos feudatarios; pero aun este feudo no le tributaban los Reyes de Granada quando se consideraban con fuerzas suficientes para resistirle como acababa de suceder.

Quando fluctuaba el reyno en medio de las agitaciones intestinas que le habian combatido anteriormente, requirieron los Monarcas castellanos al Rey moro de Granada con la satisfaccion de este tributo; y conociendo el Sarraceno que en aquella ocasion podia negarle impunemente, respondió con orgullo: „Que en Granada no se labraba ya moneda para dar parias, sino lanzas y dardos para defenderla; que ya eran muertos los que solian pagarlas, y así que en adelante se pagarian á lanzadas.” Quedó por entónces sin castigo tan osada respuesta, y aun se otorgó una tregua de tres años, porque así lo exígian las circunstancias; pero pasó ya el tiempo del disimulo, y era preciso hacer al Moro que se arrepintiese de su impertinente altranería. He aquí como lo proporcionó una casualidad.

Las treguas que de tantos años á aquella parte concertaban los Reyes de Granada y Cas-

tilla eran de tal condicion, que podian unos y otros introducirse en las tierras enemigas, hacer alguna correría, y acometer qualquiera fortaleza, con tal que en tres dias la combatesen y ocupasen sin acampar, sonar trompeta, ni llevar ningun apresto de guerra formal, sino solamente por sorpresa. Esto no quebrantaba la tregua, y se permitia para que los fronterizos viviesen siempre alerta, y nunca se descuidasen. Así habian recobrado los Moros en el año anterior de 1481 la villa de Zahara; y queriendo usar de represalias el Marques de Cádiz y Diego de Merlo, Asistente de Sevilla, proyectaron con el mayor secreto la conquista de Alhama, plaza fuerte mal defendida á la sazón, aunque solo distaba ocho leguas de la capital. Con quatro mil infantes y tres mil caballos sorprendieron una noche á la descuidada guarnicion, siendo el primero que subio por las escalas aplicadas al muro, un soldado, que hasta entónces no se habia dado á conocer, y que despues cobró gran nombre, llamado Juan de Ortega. El solo, con otros doce compañeros que le siguieron, mató á los centinelas y al Alcayde, se apoderó de la fortaleza; y abriendo luego las puertas, franqueó la entrada á un grueso



Conquista de Alhama.

Resuelta por el Marqués de Cádiz y Diego de Merlo la conquista de Alhama, Juan de Ortega, uno de los soldados que llevaron, siguió de otros doce asaltó el muro, mató las centinelas, tomó la fortaleza; y abriendo sus puertas dió entrada á lo restante del ejército, que peleando obstinadamente se apoderó de la plaza en el mismo día. Soldados tan valientes son triunfo anticipado en qualquier ejército.

de infantería, que conducian el Marques y el Asistente. Inmediatamente se puso en arma toda la ciudad; y desesperados los habitantes opusieron tal resistencia, é hicieron tal destrozo en las calles y plazas, que sus invasores se vieron precisados á romper el muro para que entrase el resto de la tropa. El combate duró sin embargo todo el dia con la mayor obstinacion; y últimamente solo se rindió la ciudad quando apénas le quedaban defensores. La pérdida de Alhama fue en tanto grado sensible á los Mahometanos, que para lamentarla compusieron unas endechas tan lúgubres, que el Rey de Granada se vió obligado á prohibirlas por evitar el desaliento de sus vasallos.

Animados los Reyes de Castilla con tan feliz suceso, trataron de aprovechar el fruto de esta primera tentativa. Inmediatamente se publicó una expedicion contra Granada; la Reyna tomó á su cargo todas las prevenciones, y tener siempre el ejército bien abastecido; Fernando se puso al frente de sus tropas; y la nobleza y clero, haciéndose un honor de tener parte en la gloria de esta empresa, enrobustecieron el ejército real con el crecido número de guerreros, que pusieron en cam-

pañá á sus **expensas**. Esta reunion de fuerzas anunciaba á los Moros la destruccion de su imperio, que Fernando é Isabel preparáron con el mayor acierto, y realizáron con igual felicidad.

En el año de 1482 se dió principio á la guerra con algunas hostilidades. En el siguiente perdió el Rey de Granada una famosa batalla, cerca de Loxa, quedando prisionero; y aunque rescató poco despues su libertad, se halló imposibilitado de mantener la campaña. Una tras de otra fuéron sitiadas todas sus ciudades, mandando los sitios por lo regular ambos esposos con tal íntrepidez, que llenaban á sus tropas de entusiasmo. Nueve años empleáron sin embargo, y otras tantas campañas fuéron necesarias para estrechar á los Moros dentro de su misma capital, ocupando las plazas que les servian de barrera; pero últimamente, dueños de Loxa, Almería, Málaga, Velez, Guadix, Baza, Zahara, Cartama, y de otras muchas ciudades, villas, pueblos y fortalezas al parecer inexpugnables, consiguieron cortar enteramente la comunicacion con el Africa, privando por consiguiente á los Sarracenos de los medios de reforzarse y reparar sus pérdidas. Los Moros, que sin em-

bargo de defenderse con el mayor denuedo, veían su pérdida inmediata, solían pedir capitulaciones, que Fernando concedía muy favorables. Muchos, aterrados por los presentimientos de la ruina que amenazaba á su patria, pedían permiso para retirarse al Africa, y los Reyes les proporcionáron buques en que pudiesen transportar consigo sus efectos. Otros preferían quedarse en los Estados de sus invasores, y á estos se les suministráron casas, tierras, y rentas para subsistir. En una palabra, estas conquistas iban acompañadas de la humanidad, de la clemencia y de la persuasión; medios mas eficaces siempre que la fuerza, y que hacen mas honor á los conquistadores.

Ya no quedaba á los Moros mas que la capital; pero estaba bien fortificada y defendida. La benignidad de su clima, la fecundidad de su suelo, y la cultura de sus habitantes, habian atraído una multitud de Africanos, que aumentáron su poder al paso que su poblacion. A la primera señal podia poner sobre las armas mas de cien mil guerreros todos valientes, todos arrestados, especialmente quando se trataba de su exterminio; y á haber sabido sofocar la division que reyna-

ba entre sus hijos en el momento mismo en que debian estar mas unidos para la defensa comun, Granada sola quizá hubiera triunfado de todo el poder castellano. Pero los Granadinos, confiados quizá en sus propias fuerzas, y no bien persuadidos sin duda del inminente peligro de su patria, se abandonaban imprudentemente á sus particulares resentimientos, y ayudaban á sus mismos enemigos á completar la ruina de un imperio consolidado con la respetable antigüedad de cerca de ocho siglos.

Albohacen, Rey de Granada, despues de irritar á los Abencerrages con el pérfido asesinato de algunos sugetos principales de esta valerosa tribu, se habia hecho generalmente odioso á todos sus vasallos por el repudio de Aixa, y por la inhumanidad con que hizo perecer á los hijos de esta por facilitar el trono á los que tenia de Zorayda, Christiana renegada, á quien amaba con pasion. Uno solo, Boabdil, el primogénito de Aixa, se libró de su crueldad; y poniéndose al frente de los Abencerrages, marchó contra su padre, le arrojó de Granada, y se ciñó la corona. El destrozado Albohacen pudo juntar en Baza algunos parciales, se introduxo en Granada á viva fuer-

za, se apoderó del Alhambra, é hizo una sangrienta carnicería; pero al fin prevaleció el partido de Boabdil, y tuvo que retirarse con Zorayda y sus hijos á una fortaleza inmediata. Boabdil cayó despues, como hemos dicho, en poder de los Christianos, y Albohacen volvió á ocupar el solio granadino. Recobró aquel su libertad; y la guerra civil, fomentada en secreto por los Castellanos, prosiguió con igual encarnizamiento. En medio de estas agitaciones falleció Albohacen, y Abohardil su hermano tuvo destreza para formarse un partido, é intentó usurpar el trono á su sobrino. Algunas pequeñas victorias que logró sobre los Castellanos afianzaron su crédito, y aumentaron por consiguiente sus fuerzas; pero vencido y desbaratado en varios encuentros por Boabdil, cometió la vileza de reunirse á los enemigos de su patria, y de marchar en su auxilio contra la capital, solo por la esperanza de abatir por este medio á su competidor que la defendia en persona.

Boabdil, ó no habia previsto este caso abasteciéndola, como debiera, de todo lo necesario, ó la multitud de Moros, que abandonando los pueblos conquistados se habian guarecido en ella, aceleró el consumo de las vituallas; y Granada se vió á poco tiempo en

el mayor apuro, sufriendo todos los horrores del hambre, y sin esperanza de socorro. Seria preciso carecer absolutamente de sentimientos de humanidad, para no compadecer la suerte de los infelices restos de un pueblo que con tanto esplendor habia brillado en otros tiempos.

Quando encerrados, ó por mejor decir, acinados en Granada, viéron que no les quedaba ningun recurso, se apoderó de ellos una especie de frenesí; y tan pronto hacian salidas con una furia que les ocultaba el peligro, tan pronto como fieras cogidas en el lazo, caian en una estupidez muy parecida al desaliento, y quando volvian en sí, se abandonaban á los mas vivos transportes del dolor y de la desesperacion. De sus ojos fluian copiosas lágrimas, les sofocaban los sollozos, extendian sus trémulas manos hácia el palacio de su Príncipe, como si pudiera defenderles, y le llenaban de injurias, como si hubiese sido la causa de su infortunio. Entraban en sus mezquitas, despedian gemidos lamentables, corrian á los sepulcros de sus mayores, y los abrazaban; salian precipitadamente de sus casas deshechos en lágrimas, y volvian á entrar en ellas por tener á lo ménos el consuelo de tocar lo que no podian

llevar consigo, y de ver otra vez aquellos amados lugares, testigos de su antigua felicidad.

A los ocho meses de sitio faltáron enteramente los víveres en la plaza, y tuvo que capitular. Duró algun tiempo la disputa sobre los pactos; pero al fin se concluyéron y firmáron á principios de Enero de 1492, y el dia 4 hiciéron los Reyes su entrada pública en la ciudad con pompa tan magnífica como religiosa. Individualizar las hazañas de los xefes, y aun de los simples soldados del ejército castellano, exígeria un tratado particular. En los escritores que los refieren con toda la extension debida á tantos y tan extraordinarios esfuerzos de valor, encontrará el curioso tales héroes, que su admiracion propia justificará la que la posteridad les tributa.

Los habitantes que quisiéron permanecer en la ciudad fuéron tratados muy benignamente; y Boabdil, que si no pudo defender á sus vasallos, les procuró á lo ménos, por medio de la capitulacion, la suerte mas favorable que le fue posible, tuvo permiso para retirarse con los que quisiéron seguirle á las Alpujarras, montañas inmediatas que no carecen de terrenos fértiles y parages amenos; pero no pudiendo ver con tranquilidad su rey-

no en poder ageno, pasó al África, donde murió desgraciadamente privado de la vista.

Para quitar á los infieles toda esperanza de volver á España, pusieron los Reyes buenas guarniciones en todas las plazas fuertes, é incorporáron á la corona el Marquesado de Cádiz, que poseía Don Rodrigo Ponce de Leon, á quien indemnizáron con el Condado de Casares, y el título de Duque de Arcos. Permittiéron por algunos años á los Mahometanos de Granada el consuelo de practicar su religion; pero con motivo de ciertas inquietudes, les sujetáron á la alternativa de hacerse christianos ó abandonar la ciudad, retirándose al Africa, y la mayor parte se sometió al bautismo. Igual suerte sufrieron los de las Alpujarras, que confiados en la aspereza del terreno, tomaron las armas, y emprendieron una guerra tan sangrienta como obstinada. Se bautizaron muchos; pero á los que prefirieron expatriarse, se les exigiéron diez doblas por familia, y la suma parece que ascendió á ciento setenta mil.

En esta parte mejor libráron los Judíos: Fernando é Isabel los arrojáron igualmente de sus Estados; pero léjos de exígirles cosa alguna, les permitiéron llevar consigo sus in-

mensas riquezas. Ochocientas mil personas de todas edades y sexôs parece que saliéron de España con este motivo; pero aun el sacrificio de tantos vasallos y tesoros no les pareció á los Reyes muy costoso, á trueque de conservar en sus reynos la pureza de la fe y la tranquilidad.

Sin embargo, para no perder el fruto, confiáron al vigilante tribunal de la Inquisicion, que habian ya establecido, el cuidado de mantener en toda su pureza la religion de sus mayores. A este fervoroso zelo debiéron el glorioso renombre de *Católicos*, con que los distinguió la Silla apostólica en el año de 1496, extendiendo la gracia á sus sucesores, que han sabido corresponder á tan apreciable distincion con tal zelo, que parece haber querido cada uno merecerle por sí particularmente.

Habiendo fallecido el Rey de Nápoles Don Fernando II, los nobles del reyno, que estaban resentidos de su crueldad é inclemencia, y al parecer tenian motivos para temer la dureza que habia empezado á manifestar su hijo y sucesor Don Alonso, convidáron con aquella corona, unos al Rey Católico, y otros al de Francia Cárlos VIII. El pretexto era que no habiendo podido Don Fernando co-

mo bastardo obtener aquel reyno con justicia, debia quedar excluida su descendencia, y ceder al derecho de que estaban revestidos los Príncipes en quienes ponian la mira. El del Frances, sin embargo, no era otro que el de la adopcion, que hizo la Reyna Juana II de Luis de Anjou, de la segunda rama de esta familia. El del Rey Católico era algo mas robusto, pues sobre la adopcion que de su tio Don Alonso habia hecho tambien la misma Reyna, como ya diximos, tenia á su favor el de la conquista, que este Príncipe hizo de aquellos Estados con su propia espada; pero Don Fernando, no solo despreció la oferta, sino que se propuso sostener en aquel solio á su sobrino. El Frances al contrario se presentó inmediatamente en Italia con un poderoso ejército, se apoderó de una gran parte, y principalmente de Nápoles, sin haber plantado una tienda, ni haber rotó una lanza. Los Príncipes italianos llegaron á temer su preponderancia y miras ambiciosas, y uniéndose para la defensa de sus Estados, formaron la liga conocida con el sobrenombre de *Santísima*, que le hizo salir de Italia apresuradamente. Llegó á este tiempo á Mecina el valeroso Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitan,

conduciendo los tercios españoles, y acabó de arrojar á los Franceses; pero la muerte del Rey de Nápoles Don Alonso II, la de su hijo Don Fernando, y mas que todo la desunion, que se empezó á advertir entre los coligados, favoreciéron al Rey de Francia para volver á Italia con mayores fuerzas.

Luis XII, sucesor de Cárlos VIII, rompió por el Piamonte y Monferrato con feliz suceso; se apoderó en breve tiempo de toda la Lombardía y el Genovesado, é hizo temer al Rey Católico no aspirase tambien á la Calabria, la Sicilia y Cerdeña. Para prevenir Don Fernando este acaso, hizo liga con el Emperador Maxîmiliano I, sirviendo de nudo á esta liga el matrimonio de Doña Juana, Princesa de Castilla, que despues sucedió en el trono de España, con el Archiduque Don Felipe; pero Luis propuso la paz, repartiendo el reyno de Nápoles con Don Fernando, y renunciando á su favor qualquier derecho que pudiera tener á los Condados de Rosellon y Cerdania, objeto de continuas discordias entre las dos Potencias.

Miéntas dilataban los Reyes de Castilla sus Estados por la parte de afuera, no se descuidaban en afianzarlos tambien interiormen-

te, reduciendo á la Nobleza á un estado en que ya no pudiese alterar la tranquilidad pública. La inmensidad de sus riquezas, el gran número de sus vasallos, y su ambicion inmoderada, la habian hecho tan formidable al trono, que no pocas veces le hemos visto titubear entre la agitacion de las guerras civiles. Fernando é Isabel fuéron retirando poco á poco de sus manos las tierras y las concesiones, que el miedo mas que la voluntad la habia facilitado; pusieron en práctica lo que ya estaba decretado por ley del reyno sobre la apelacion de los Jueces de los lugares de Señorío á los tribunales del Rey; y por estos medios, que tanto lisonjaban á los pueblos, llegaron á impedir aquella especie de pillage, que por tanto tiempo habian tenido que sufrir varios Reyes de España, baxo la tutela de algunos Grandes ambiciosos.

Los que entre estos se hacian aun mas terribles eran los tres Grandes Maestres de las Ordenes Militares de Calatrava, Alcántara y Santiago. La independencian con que gobernaban la multitud de villas, castillos y fortalezas que estaban á su órden, el número y la riqueza de las encomiendas de que disponian, los muchos Caballeros que dependian de ellos,

unos por la profesion, y otros por las esperanzas, y en fin el crecido número de tropas que militaba á su sueldo, les hacian representar en el reyno el papel de pequeños Soberanos. En las inquietudes intestinas daban ordinariamente el tono, y pocas veces á favor de la autoridad real. Esperáron los Reyes la favorable coyuntura de la expulsion de los Moros para pedir á la Corte de Roma la administracion de los tres Maestrazgos, y Roma lo consintió en el año de 1493. Con el tiempo adelantó la pretension Cárlos I, y obtuvo de la Silla apostólica que estos Maestrazgos quedasen perpetuamente incorporados á la corona de Castilla, lo qual ha sido uno de los medios mas eficaces para conservar á la nobleza en la debida sujecion.

Dueños ya Don Fernando y Doña Isabel de casi toda España; dueños de las coronas de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña, y de la costa de Berbería, hasta donde lleváron igualmente sus armas victoriosas; mas poderosos dentro y fuera de España que quantos Reyes les habian precedido desde la fundacion de la Monarquía goda; y quando parecia que habian arribado á la cumbre del poder, les descubrió la providencia otro nuevo mundo,

cuyo imperio destinaba para ellos y para sus augustos sucesores.

Cristóbal Colon, Genoves casado en Portugal, gran piloto, y mayor matemático, se presentó en la Corte de España con la primera noticia de la existencia de unos países, que segun sus cálculos y conjeturas, debian precisamente existir al Occidente, y que él mismo se ofrecia á descubrir. La misma proposicion habia ya hecho anteriormente á las Cortes de Inglaterra y Portugal; pero en ambas fue oido con universal desprecio, y tenido por fatuo ó mentecato. En Castilla se le trató con alguna mas consideracion, y se creyó que acaso podria no equivocarse; pero los Reyes, empeñados entónces en la guerra de Granada, no se hallaban en estado de favorecer su solicitud; y Colon, luchando entre tanto con una tropa numerosa de émulos é ignorantes, esperó con constancia la reduccion de aquella ciudad para redoblar sus instancias, y supo manejar tan diestramente su pretension, que al fin se le concediéron tres buques.

En 3 de Agosto de 1492 se hizo á lá vela del puerto de Palos de Moguer, ancló en las islas Canarias, que ya conocia, y desde allí atravesó los mares de Occidente en me-

dio de las quejas, de las murmuraciones, y aun de las perpetuas sediciones de los marineros, que le tenian por cien veces mas loco que lo habia parecido á los Ingleses y á los Portugueses, y mas de una vez atentáron contra su vida. Tuvo la fortuna de verificar su pronóstico, descubriendo por el mes de Octubre las Lucayas; y despues de asegurarse en ellas de la exístencia de su nuevo mundo, cargó su flotilla de oro, plata y géneros preciosos, y dió la vuelta á España con la mayor felicidad. Quando habia salido de este reyno era problemático entre los Españoles si Colon habia perdido el juicio; pero quando volvió fue recibido como el primer hombre del mundo, el mayor genio de la tierra, y no se encontraban elogios para encarecerle: tan cierto es que los hombres solo aciertan á calificar por los sucesos. Premiáronle los Reyes con el Almirantazgo del nuevo mundo, le distinguieron con los mayores honores; y animados con el éxito de esta primera tentativa, dispusieron una segunda expedicion, mas numerosa y mejor equipada.

En este viage descubrió Colon la isla de Cuba, la Española, la de Puerto Rico, y las costas de Tierra Firme, que corren de Norte

á Sur: trazó un mapa, tomó posesion de todas ellas en nombre de los Reyes Católicos, y se restituyó á España cargado de inmensas riquezas. Tan prósperos sucesos despertáron la envidia de Portugal; y con el pesar de que otro lograrse las ventajas que habia estado en su arbitrio disfrutar primero, quiso prohibir á Castilla la continuacion de ulteriores descubrimientos, á pretexto de pertenecerle por bulas pontificias. De aquí se origináron varias contestaciones entre ambas Cortes, las quales termináron en un compromiso á la decision del Papa; y este, tirando sobre el globo una linea divisoria de polo á polo por el meridiano de Canarias, contentó al Portugues con el hemisferio oriental, que ya surcaban sus flotas, asignando á Castilla el de Occidente en plena propiedad.

Aprovecháronse ventajosamente los Reyes Católicos del descubrimiento de estas llamadas Indias, aplicando las grandes cantidades de oro y plata que sacaban de ellas al desempeño de los crecidos empréstitos á que les habian precisado tantas y tan gloriosas conquistas. Ambos Soberanos se esforzaban á competencia en manifestar al Ser supremo su reconocimiento por los señalados beneficios con que

les habia favorecido siempre , ya erigiendo templos , ya estableciendo monasterios religiosos , ya finalmente dotando los establecidos. No contentos con reformar el Estado y las Iglesias de su real patrimonio , solicitaron igualmente la reforma de algunas Ordenes religiosas. Las familias mas santas estan sujetas á la decadencia como los mayores imperios: el tiempo , que todo lo consume , y á todo se atreve , no perdona al primitivo fervor que los santos fundadores inspiraron á sus primeros discípulos ; y si se atendiese solo á la flaqueza humana , pasmaria que la austeridad de tan recomendables institutos no hubiera padecido mayor relaxacion.

Tanta felicidad no era posible que subsistiese sin mezcla de algunos sinsabores. Perdiéron los Reyes á su hijo único Don Juan , Príncipe de grandes esperanzas , heredero de todas sus coronas , y generalmente amado por las raras prendas de su entendimiento y corazon. Perdiéron igualmente á su hija primogénita Doña Isabel , casada con el Rey de Portugal ; y la Archiduquesa de Austria Doña Juana contraxo de resultas de un parto una especie de locura , que la precipitaba en mil extravagancias. El principal objeto de su demencia era

su marido, á quien amaba con pasion, y de quien parece que no era muy bien correspondida, pues con la mayor frecuencia, y baxo los mas frívolos pretextos solia ausentarse de ella, poniendo los mares por medio. La Reyna Doña Isabel fue testigo del extravío del juicio de su hija; y este lamentable espectáculo, acrecentando el pesar que la causó la prematura muerte de su hijo, la sumergió en una languidez, que con el tiempo la conduxo al sepulcro en 26 de Noviembre de 1504. Instituyó por heredera universal de sus reynos á su hija Doña Juana; y atendiendo á su incapacidad para el gobierno, y previendo el caso de su ausencia, de la del Archiduque, y la repugnancia que este habia manifestado á permanecer en España, encargó la regencia del reyno á su marido Don Fernando, hasta que su nieto Don Carlos, á quien substituyó á la Princesa, llegase á la edad de veinte años. Revocó en su testamento todas las gracias que habia hecho á su ingreso á la corona, como se hallasen contrarias al bien de la monarquía, añadiendo que la necesidad y no la inclinacion se las habia arrancado. Confirmó al Rey Don Fernando la administracion vitalicia de los tres Grandes Maestrazgos, le consigné vein-

te y cinco mil ducados anuales sobre las alcabalas de los mismos, y la mitad de las rentas de lo descubierto en el nuevo mundo. Su constante piedad, su prudencia, su aplicacion infatigable, y su destreza en el manejo de los negocios, la constituyen superior á las mas sobresalientes Reynas de Castilla que la precedieron, y digna de ser colocada en lugar muy distinguido entre los mayores Monarcas.

Apénas falleció la Reyna Católica, los cortesanos ambiciosos, mal hallados siempre con la tranquilidad y el órden, y esperanzados de sacar partido de las inquietudes, pusieron en exercicio todos los resortes de su intriga y sagacidad para sembrar la discordia entre el Rey Don Fernando y su yerno el Archiduque, ausente á la sazón con su muger en Flandes. Los unos lisonjeaban al Rey Católico, proponiéndole continuase en el trono de Castilla, que supuesta la incapacidad de su hija, y el genio distraido de su yerno, decian corresponderle por derecho de sangre; ó que si esto no le pareciese justo, se reservase el gobierno del reyno, que segun el testamento de su muger le pertenecia, no solo en ausencia de sus hijos, sino aun en su presencia, hasta que su nieto Don Carlos cum-

pliese veinte años, en caso de que Doña Juana no pudiese ó no quisiese gobernar. Otros persuadian á Don Felipe que se encargase del gobierno del reyno juntamente con su muger, haciendo lo que ella no pudiese, sin permitir que Don Fernando conservase la mas pequeña autoridad, pues le era indecoroso llamarse Rey, tener capacidad para regir sus pueblos con acierto, y someterse vergonzosamente á la direccion de otro, como pudiera someterse un niño. Ambos Príncipes empezaron desde luego á mirarse con recíproca desconfianza; y Don Fernando, con la noticia de que el Archiduque preparaba en Flandes una armada para presentarse en Castilla al frente de un poderoso ejército, y conquistar el reyno en caso de resistencia; aunque le era muy repugnante haber de llegar á las manos con el marido de su hija, creyó que no debía exponerse á un vergonzoso desayre, y puso sus fronteras en estado de defensa. De aquí tomaron ocasion los parciales de Don Felipe para confirmarle en sus rezelos, suponiendo al Rey Católico resuelto á disputarle el reyno á viva fuerza; y como en este caso ninguna alianza podia serle mas ventajosa que la del Rey de Francia, se hallaban ya en el punto de con-

cluiria, quando Don Fernando, mas político y sagaz que todos ellos, desconcertó los convenios con admirable destreza. Conociendo que el Frances seria del que le ofreciese mejor partido, le pidió la mano de su sobrina Germana de Fox; y como por este medio quedaban no solo transigidas las diferencias que habian mediado entre ambos sobre la corona de Nápoles, sino que se proporcionaba á una de las ramas de su familia la entrada en el floreciente reyno de Aragon, condescendió gustosísimo, transfiriendo en su sobrina, en calidad de dote, el derecho á la parte del reyno de Nápoles, que se le habia adjudicado en la division hecha en los años anteriores, y renunciando en la misma y sus descendientes, en contemplacion de este matrimonio, el título de Rey de Jerusalem, y qualquier otro derecho que le competiese.

Se verificó este enlace, que fue un golpe muy sensible para el Archiduque, pues ademas de perder un aliado que podia serle muy útil, no pasando Don Fernando de cincuenta y tres años, podia naturalmente prometerse sucesion; y si esta fuese varonil, quedaban malogradas las esperanzas de Don Felipe á los reynos de Aragon y de Nápoles, debiendo es-

perar que aun el de Granada le seria disputado en todo ó en parte. Confiado sin embargo en los muchos amigos que tenia en Castilla, creyó que no debia diferir un momento su venida; pero su padre, mas cauto ó mas tímido, desaprobando una resolucion tan peligrosa, que antes de convenirse con el suegro no podia producir sino infinitos males, se ofreció á mediar en el asunto. Don Felipe condescendió, aunque aparentemente, en solicitar una composicion amigable, dirigió sus instrucciones á los Embaxadores que tenia en Castilla; y como Don Fernando la deseaba porque no pareciese que resistia la entrada á su hija, que era la Reyna propietaria, y al nieto Don Cárlos, mirado ya como próximo sucesor en la corona, despues de varios debates quedó repartida la administracion del reyno entre Doña Juana como propietaria, Don Felipe como su legítimo marido, y Don Fernando como Gobernador perpetuo, siendo reconocido el Príncipe Don Cárlos sucesor inmediato, y heredero despues de los dias de su madre, y distribuyéndose las rentas de Castilla y del nuevo mundo por mitad entre el Rey Católico y sus hijos.

Esta concordia se concluyó en Salamanca

con alegría general del reyno; pero en Flandes Don Felipe y aquellos sus amigos, que repugnaban el restablecimiento de la armonía, tuvieron la concordia por muy desigual y poco ventajosa. Creyeron sin embargo que una vez puesto el pie en España, les seria fácil obligar á Don Fernando á que la rectificase, ó arrojarle de Castilla; y así, reservando oculto su designio, hicieron en público algunas demostraciones de paz, y apresuraron su partida.

Apénas desembarcó el Archiduque en la Coruña, acudieron á ofrecérsele un gran número de Señores principales, que no podian disimular á Don Fernando la sujecion en que los habia tenido su reynado; y halládoles aquel Príncipe mas en su favor de lo que habia creido, con la esperanza de que se le reuniria inmediatamente toda ó la mayor parte de la Grandeza castellana, empezó á quitarse la máscara, declarando públicamente que no pasaria por la concordia. Procuró Don Fernando atajar los progresos de la discordia, ya ganando con promesas á los parciales de su yerno, ya persuadiendo á este á que se prestase á una conferencia en que entre ambos acordasen el medio de poner fin á sus desave-

nencias; pero el Archiduque se evadía mañosamente de este compromiso, aprestaba tropas con secreto, y procuraba aumentar el número de sus parciales, ya distribuyendo mercedes á los que podian hacerse mas visibles en su Corte, ya poniendo en su consejo personas afectas á los Caballeros enemigos del Rey Católico, y que deseaban mudanzas en el gobierno; de suerte, que en breve mudáron de partido los pocos que seguian al suegro, y aun los Prelados que le acompañaban se pasáron al yerno. Don Fernando por el pronto, viendo que el Archiduque caminaba al frente de un numeroso ejército de flamencos, alemanes y españoles, con artillería de campaña, y demas pertrechos de guerra, resolvió ponerse en defensa, reforzando su gente so color de querer restituir la libertad á la Reyna su hija, presa, oprimida, ó encerrada violentamente por el Archiduque y sus privados; pero últimamente, considerando la liviandad de los que le habian parecido leales, y la facilidad con que, depuesta la vergüenza, mudaban sus voluntades hácia el interes; quan léjos estaba de Aragon; que no habia prevenido al Rey de Francia para que le enviase algun socorro; y por último, que no seria bien visto en-





Las vistas en Remesal.

Para concordarse el Rey Católico D. Fernando y su yerno el Archiduque D. Felipe se vieron en la ermita de la casa del Remesal, pero convinieron largamente sin que el yerno se convenciese de la irregularidad de sus pretensiones; y se separaron tan poco satisfechos uno de otro como antes que se vieron. El que trata resuelto á no ceder de sus caprichos, pierde el tiempo, y emperra los negocios.

cender una sangrienta guerra por motivos que cada uno interpretaría á su antojo, hizo saber á su yerno que se hallaba en ánimo de pasar á verle donde quiera que estuviese.

Junto á unos robledales, en una casa de labor llamada el *Remesal*, se encontráron por primera vez Don Felipe y su suegro, formando un contraste bien extraño. El Rey Católico iba acompañado de muy pocos Caballeros de su casa, todos de paz y muy comedidos: Don Felipe por el contrario, con gran tren, mucho aparato, y estruendo de armas y de guerra. Aquel no llevaba, ni habia pedido otra seguridad que el respeto de mayor, de Rey y de padre: este suplía con ostentacion, precaria grandeza y vanas exterioridades, lo que le faltaba de magestad y nombradía. El resultado sin embargo fue separarse entrambos poco satisfechos uno de otro, sin adelantar un punto en el objeto de aquella conferencia; y el Rey Católico, viendo por una parte la frialdad y esquivez de su yerno y de la Grandeza, y por otra la extrañeza con que le trataban en el reyno, donde era reputado ya como extranjero, resolvió dexar desocupado el campo á sus enemigos á la sombra de qualquiera convenio que ellos le pro-

pusiesen. En efecto, los parciales del Archiduque forjaron la concordia que les pareció, y en 27 de Junio de 1506 subscribió Don Fernando á *dexar á sus hijos el gobierno de Castilla, y retirarse á Aragon adonde se le contribuiria con la mitad de las rentas de América, y veinte y cinco mil ducados sobre las alcabalas de los Maestrazgos, cuya administracion le quedaba reservada con la obligacion de proveer las encomiendas en naturales de Castilla.*

A nuevo gobierno nuevo sistema. Las máximas del suegro eran muy contrarias á las de su yerno, y el genio de los dos era todavía ménos parecido que sus máximas. Felipe era festivo, alegre, franco y abierto; Fernando serio, melancólico, artificioso, reservado y político, describiendo siempre un círculo para llegar al centro. Felipe, en la flor de su edad, amaba los placeres, las diversiones y los ejercicios del cuerpo, sin cuidarse de aprender el arte de reynar, abandonando en las avidas manos de sus favoritos el gobierno de los pueblos, y los tesoros de la corona: Fernando por el contrario, en edad madura meditaba mucho y hablaba poco, se ocupaba en los negocios de Europa; y solo se

divertia en cumplir con sus obligaciones. Tal era el ansia del Archiduque por quedar solo en el mando, que aun su muger le incomodaba, á pesar de que jamas queria mezclarse en los negocios; y para desembarazarse de ella, su primera diligencia fue convocar Cortes en Valladolid, con el pretexto de que en ellas se reconociese á los nuevos Soberanos; pero en realidad, con el objeto de influir para que la Reyna fuese declarada falta de juicio, é incapaz de gobernar sus reynos. No pudo conseguirlo sin embargo, porque se le opusieron vigorosamente los Procuradores de las ciudades; y así hubo de contentarse por entónces con recluirla donde ménos le incomodase. Por fortuna su reclusion no pudo ser muy larga, pues antes de cumplir veinte y nueve años Don Felipe el *Hermoso*, y á los nueve meses de su entrada en España, se marchitó aquella flor por una aguda calentura en el corto espacio de seis dias. Esta pérdida acabó de obscurecer el uso de la razon á Doña Juana, y solamente la quedáron ciertos lucidos intervalos, demasiado raros para poder encargarse del gobierno. Por otra parte, toda entregada á la memoria de su marido, no era posible separarla de su cadáver, que á todas par-

tes llevaba consigo; y por no distraerse de sus melancólicas ideas, aborrecia quanto sonaba á reynar.

En tan críticas circunstancias era preciso y demasiado urgente buscar un medio para poner en órden el gobierno de la monarquía, hasta que el Príncipe Don Cárlos cumpliese los veinte años. Así lo pensáron tambien algunos Grandes; pero discordaban los pareceres en razon de sus deseos y temores. Los amantes de la paz proponian que se llamase al Rey Católico, no dudando que sabria deponer su resentimiento por no abandonar á los vasallos de su hija en situacion tan lastimosa; pero los autores de la discordia entre suegro y yerno, sin embargo de conocer que este era el mejor camino de conservar la tranquilidad pública, se oponian con todo esfuerzo á la venida de Don Fernando, temiendo se vengase de los desayres y groserías que le habian hecho sufrir. Acordes en esto, solo se hallaban asombrosamente divididos sobre lo mas interesante. Quienes decian debia llamarse al Príncipe Don Cárlos, para que con su autoridad se gobernase el reyno por medio de los Gobernadores que eligiesen las Cortes; quienes se decidian por el Emperador de Alemania,

quienes por el Rey de Portugal, quienes por los Reyes de Navarra, y quienes finalmente, descontentos de tal diversidad de opiniones, se proponian casar á la Reyna con Don Alonso de Aragon, hijo del Infante *Fortuna*, con Don Fernando de Nápoles, con Gaston de Fox, hermano de la Reyna Germana, ó con Henrique VII Rey de Inglaterra. Todo sueños y delirios de calenturientos ó locos, sin mas apoyo ni fundamento que la demencia de sus autores, y que descubriendo desde luego la causa que los producía, hicieron poca fortuna, y enrobusteciéron por lo mismo cada vez mas el partido del Rey. En medio de esta fermentacion no faltaron algunos que intentasen aprovecharse de la imbecilidad de la Reyna para apoderarse del mando; pero ninguno con mas cautela y disimulo que el Arzobispo de Toledo Don Fray Francisco Ximenez de Cisneros. La Reyna sin embargo, en medio de su demencia, desconcertó sus designios á pretexto de la venida de su padre que creia inmediata; y el Arzobispo, como político y astuto, varió inmediatamente el plan, mostrándose abiertamente y sin rebozo parcial de Don Fernando, é instándole con eficacia para que viniese

á precaver la anarquía que amenazaba á Castilla. Descubrió, y estorbó la audaz resolución que habian tomado los enemigos del Rey, de casar al Príncipe Don Carlos con hija del Rey de Inglaterra, para que este viniese á gobernar á Castilla en nombre de su hija y yerno. Se apoderó en nombre de la Reyna, y á expensas propias, de las principales fortalezas y plazas del reyno, pues todo era de temer de unos fanáticos, furiosos al ver malogradas sus esperanzas, é irritados contra la Reyna por el terrible golpe que acababa de dar á sus rentas, revocando todas las mercedes que capciosamente habian arrancado á su marido.

El Rey Don Fernando, finalmente, se rindió á los esfuerzos de la mas sana parte de la nobleza castellana, y con su venida mudáron de semblante todas las cosas. En breve consiguió sosegar los ánimos inquietos, restablecer la tranquilidad, el orden y el vigor de las leyes; y su gobierno, aunque absoluto, fue pacífico, fecundo en proyectos, en tratados y en guerras exteriores. Durante él se hicieron grandes conquistas en el Africa, á solicitud, á expensas, y aun baxo la direccion del Gran Cardenal Arzobispo Ximenez de Cisneros. En-

tró en la famosa liga de Cambray con el Papa, el Emperador y la Francia contra los Venecianos, que orgullosos con el gran poder á que habian sabido elevarse, se habian dexado caer sobre la Italia, despojando á aquellos Monarcas de lo mejor que poseian en ella. Temió despues la prepotencia de la Francia, y se unió con el Papa y con los Venecianos, formándose por este medio una confederacion, que llamáron la *Liga Santa*, y á cuyo favor volviéron á recobrar los Venecianos casi todas las plazas que les habian tomado los Franceses; pero el ejército español fue derrotado en Ravena por el de Luis XII Rey de Francia, y esta derrota hubiera producido fatales conseqüencias para los coligados á no haber acudido por una parte el Papa con veinte y quatro mil hombres en socorro de la liga, y á no haber amenazado por otra los Ingleses con un desembarco en Normandía. La Corte de Francia retiró sus tropas de Italia, y los Españoles arrojáron de las plazas las guarniciones francesas, lo que dió lugar á una tregua entre Fernando y Luis XII. Durante el curso de esta guerra se apoderó de la Navarra Don Fernando el Católico: hecho que acriminan mucho algunos escritores, aunque

no es muy difícil justificarle; pero como quiera, habiendo quedado desde entónces incorporada esta corona á las de Leon, Aragon y Castilla, quizá no será fuera de propósito suspender por un momento el curso de la historia de estas tres monarquías unidas, para dar una idea, aunque pequeña, del origen de la Navarra y de su engrandecimiento, suministrando de paso algunas luces sobre los derechos y motivos que obligáron á Don Fernando á despojar de la corona á sus propios sobrinos.

NAVARRA.

Los Navarros, situados en un buen clima, gozan de ayre sano, y se hallan surtidos del trigo que necesitan, de frutos succulentos, y de excelentes vinos. Son altos, bien formados, robustos, vivos y valientes. El reyno de Navarra es de poca extension, pero cria suficiente número de ganados: sus aguas son claras: sus rios, poco caudalosos, pero en gran número, suministran excelente pesca, y sus montañas estan cubiertas de buenas maderas. La Navarra contiene en su recinto los Pirineos, cuyas cimas, que nunca han debido mancharse sino con la sangre de la caza de que abundan,

y con la de las fieras, osos y lobos, que se abrigan en su espesura, se han visto por desgracia empapadas muchas veces de la de sus habitantes, ya en sus guerras domésticas, ya en las que han sostenido contra sus vecinos, y principalmente contra los Moros.

Acerca del origen de esta monarquía se hallan tan discordes los historiadores, que no es muy fácil determinarle, sin rezelo de incurrir en alguna equivocacion. Unos, gobernándose por las cartas y privilegios de los monasterios fundados en este pais, hablan de cierta asamblea de Señores navarros, y de una multitud de pueblo, reunidos por los años de 758, con ocasion de las exêquias de cierto ermitaño llamado Juan. En ella, dicen, que despues de haber cumplido con los deberes de la piedad, tratáron de elegir un xefe que los defendiese contra las freqüentes irrupciones de los Sarracenos; que recayó la eleccion en Don García Ximenez, Caballero español, el qual les gobernó por algun tiempo con el título de Conde, y baxo la dependencia de los Reyes de Astúrias; pero que últimamente se hizo independiente; y tomó el título de Rey, que transmitió á su hijo mayor Don Fortun García; que este reynó con gloria muchos años,

y concluyó sus días en un monasterio que habia construido á sus expensas. Hablan de cierto Don Sancho, que en 921 abandonó el de Leire, adonde se habia retirado, por favorecer á su hijo y sucesor contra Abderramen Rey de Córdoba; y finalmente, hacen mencion de una victoria que reportó de Almanzor García el *Trémulo* en 994, prolongando asombrosamente su reynado.

Otros animados de cierta parcialidad nacional fixan la época de la fundacion de la monarquía de Navarra en el siglo ix, resistiéndose á reconocer Rey ninguno antes de Iñigo Arista, Conde de Bigorra, á quien quieren hacer de origen frances por atribuir á esta nacion la gloria de haber dado Reyes á Navarra, y apoyar los derechos que han pretendido tener á esta corona los Reyes de Francia. Nosotros prescindiremos de la animosidad de estos últimos; miraremos con el desprecio que se merecen los apócrifos documentos en que se apoyan los primeros; y para determinar, sino con certidumbre, con probabilidad al ménos, el origen de la monarquía de Navarra, y la serie cronológica de sus Reyes hasta el siglo xii, que es hasta donde llega la obscuridad, seguiremos á uno de los escri-

tores que modernamente han desenvuelto esta materia con mas juicio, con mas crítica y mas imparcialidad.

Los Navarros sin duda permaneciéron sujetos á los Reyes de Astúrias hasta el reinado de Don Alonso II, llamado el *Casto*. En esta época, instigados por la Francia, que debia tener sus proyectos acerca de esta provincia, dos veces aspiráron á la independencia, manteniéndose rebeldes con la mayor obstinacion, hasta que por necesidad hubiéron de ceder una y otra vez al conocido valor de su Soberano y de sus fuertes guerreros. Alfonso no logró sin embargo extinguir del todo el espíritu de insubordinacion. La insurreccion estallaba ya en uno, ya en otro punto, fomentada en secreto por Sancho Iñigo, Conde de Bigorra, apellidado el *Arista*, que es como decir el *Roble* ó el *Fuerte*, Caballero frances, pero descendiente de sangre castellana; el qual, pasando los Pirineos, y adelantándose hasta las llanuras de Pamplona, solia tambien tomar partido en las desavenencias de los Navarros, como si fuera uno de ellos. Viendo por una parte Don Alonso la aficion que profesaban estos Españoles al guerrero frances, y considerando por otra que sostenidos

por un hombre de tanto valimiento, á quien guardaba las espaldas el mismo Rey de Francia su pariente, le tendrian siempre ocupado en guerras intestinas, y distraido de las de los Moros, que eran mucho mas importantes á la religion y al Estado: resolvió conciliar los intereses de todos, entregando la provincia al Conde de Bigorra en calidad de feudo, segun acostumbraba la Corte de Francia con sus Condes; pero con la condicion de que le habia de dar en matrimonio una Señora francesa, llamada Sumeña ó Ximena, deuda del mismo Conde, á quien por este medio pensó tener mas sujeto y afecto.

La época de este tratado, segun lo mas probable, fue el año de 873, y el Conde de Bigorra gobernó en Pamplona hasta el de 885, en que su hijo García Sánchez Iñiguez fue aclamado por los Navarros, no ya Conde como antes, sino Rey, sin que pudiese impedirlo el de Astúrias por el poder que él mismo les habia dado, desmembrándolos de la corona, y entregándolos á Señor extranjero, que naturalmente habia de sacudir el yugo en el momento en que se hallase con fuerzas para executarlo. Don García tuvo la desgracia de morir juntamente con su muger en

891 á manos de los Moros, que le sorprendieron en un pueblo del valle de Ayvar, que llamaban *Larumbe*; y así no pudo ocupar el trono sino seis años.

Su hijo Sancho Garcés, nacido después de la muerte de su madre, ó poco antes, tardó por su tierna edad en subir al trono, hasta que cumplió los catorce años, subsistiendo entre tanto depositado el mando en algunos Caballeros principales, que sirvieron de Regentes y de ayos del Monarca. Se ciñó la corona en el año de 905, y dió bien pronto pruebas de que la merecía, según el carácter de aquellos tiempos. Extendió con mucha gloria sus dominios por toda la Navarra baxa, y aun fuera de ella por tierras de Castilla y Aragon. Monjardín, Nájera, Vecaria, Calahorra, Tudela y Jaca fueron sus principales conquistas, y la de Vecaria en particular debió ser muy gloriosa, pues quiso hacerla memorable con la fundación del célebre monasterio de Albelda en el último año de su vida. Aspiró á dominar aun en la Gascuña ó Navarra francesa, aunque no sabemos si llegó á conseguirlo; pero lo cierto es que estando á la otra parte de los Pirineos, supo que los Mahometanos se acercaban á Pamplona; y mandando luego á sus

soldados que calzasen abarcas de cuero crudo para trepar con mas facilidad por entre la nieve y los despeñaderos, se arrojó improvisamente sobre los sitiadores de la ciudad, é hizo en ellos tal matanza, que muy pocos pudieron llevar al Rey de Córdoba la noticia de su propia desgracia. De esta accion le provino el renombre de *Abarca*, que tomaron despues los demas Reyes por timbre y apellido glorioso. Reynó despues de la regencia veinte años no cumplidos, hasta los últimos meses del de 924 en que falleció.

Le sucedió su hijo García Sanchez, apellidado el *Trémulo*, ó *Tembloso*, quien solo reynó hasta el año de 970. Le diéron aquel renombre, ó porque antes de entrar en una batalla le sobrecogió, segun dicen, un temblor, que le hubiera calificado de cobarde, si despues de haber pagado esta especie de tributo á la naturaleza, no hubiera desmentido aquel concepto haciéndose terrible en el combate; ó porque, y esto es lo mas creíble, habria padecido alguna enfermedad, de cuyas resultas le quedase cierta convulsion en los nervios.

Por muerte de García el *Trémulo* ocupó el trono su hijo Sancho II, el qual reunió

la Castilla á la Navarra por medio de su matrimonio con Doña Mayor ó Elvira, hija del Conde Don Sancho de Castilla; y en el largo reynado de sesenta y quatro años dilató sus Estados con el valor de su brazo por Francia, Leon, Vizcaya y Aragon: de suerte, que por la grandeza de sus hazañas y extension de sus dominios, mereció el renombre de el *Mayor*, y aun segun algunos el de *Emperador*, que á ningun Rey se habia dado hasta entonces; pero despues de haber engrandecido por este medio su reyno, le reduxo á su primitiva medianía, repartiéndole entre sus hijos García, Fernando y Ramiro, lo qual fue, aunque contra su intencion, hacerles un presente de la discordia y de la guerra.

Dexó al primero la Navarra; Castilla á Don Fernando; y á Ramiro, que era el mayor, aunque ilegítimo, las conquistas que habia hecho en Aragon; pero este, apénas falleció su padre en Febrero de 1035, aprovechándose de la ausencia de su hermano García, que habia ido á visitar los santuarios de Roma, tomó contra él las armas á pretexto de recobrar el reyno paterno, de que en su concepto habia sido injustamente despojado. Se confederó con los Reyes árabes de Zaragoza,

Huesca y Tudela, se introduxo en Navarra con un buen ejército de Christianos y Moros, y acampó junto á Tafalla, esperando que su hermano volviese de su piadosa romera. Volvió con efecto inmediatamente, y juntando á toda priesa las fuerzas que pudo, le atacó con tanto brio y fortuna, que muriéron en la accion la mayor parte de sus soldados, huyéron los demas á rienda suelta, dexando armas y equipages; y el mismo Rey de Aragon hubo de huir con tanta priesa, que montó descalzo, y mal arropado en un caballo desenjaezado. Si es cierto, como asegura algun escritor, que el vencedor le persiguiese aun fuera de Navarra, y le ocupase sus Estados de Aragon, sin duda harian luego las paces, y Don Ramiro recobraría su reyno, pues es constante que despues le poseyó pacíficamente.

Concluida esta guerra, emprendió Don García otra bien injusta y desgraciada contra su hermano Don Fernando, á quien miraba con envidia colocado en el trono de Castilla. En la historia de este Don Fernando indicamos las causas, y vimos sus conseqüencias. En el valle de Atapuerca, á 1.º de Setiembre de 1054, se encontráron ambos hermanos; y en

*Injustamente empujado el Rey de Navarra D.
 Garzia en despojar de la corona de Castilla a
 su hermano D. Fernando, resoltó hacerle guer-
 rar y habiéndose empujado en la guerra los
 dos exércitos en la mas encendida de la batalla
 y quando ya D. Garzia se foy quedado de la vic-
 toria, como mortalmente herido por una lanza
 en una pierna, quanto se vio corriendo el ambrosio
 hasta el agua tiene en su espaldas.*

Muerte de D. Garzia.



aquella batalla pagó Don García con la vida la perfidia con que habia intentado despojar de la corona á Don Fernando, y la injusticia con que habia pretendido sostener el atentado.

Le sucedió su hijo Don Sancho III, el qual hizo guerra al Régulo de Zaragoza Ahmad-Abu-Giafar ó Almoctader; pero no sabemos de ella otra particularidad, que la de haberse convenido despues, mediante una concordia, por la que el Moro se obligó á pagar anualmente cierto tributo, y el Rey Don Sancho á interceder con su autoridad, para que Don Sancho Ramirez, Rey de Aragon, retirase de Huesca sus tropas; y á proteger y ayudar á Almoctader en caso que Don Sancho Ramirez no condescendiese, y fuese necesario recurrir á la fuerza. Despues de estas paces vivió Don Sancho III otros tres años hasta Junio de 1076, en que sus hermanos, Raymundo y Ermesenda, le sorprendiéron descuidado en una cacería, y le precipitaron desde la cumbre de un monte en Peñalen. Dexó, segun dicen, tres hijos; pero no pasó el reyno á ninguno de ellos, pues se le repartiéron entre sí el Rey de Aragon Don Sancho Ramirez, apoderándose de la mayor parte de sus Estados, y Don Alonso VI de

Castilla, que á título de proteger á los hijos y sobrinos del difunto contra el fratricida, ocupó la Rioja y la Vizcaya.

Subsistió la Navarra incorporada á la corona de Aragon hasta el reynado de Don Ramiro II, llamado el *Monge*, en que los Navarros se hicieron independientes, eligiendo por Rey á Don García Ramirez. El sucesor de Ramiro Don Ramon, Conde de Barcelona, trató de vindicar sus derechos; y de aquí se originó una guerra entre el Navarro, el Aragonés y el Castellano, como aliado de este último, en la que Don García sostuvo con intrepidez su independencia. Murió en una montería de una caída de caballo en el año de 1150.

Su sucesor Don Sancho V, contra quien pérfidamente se conjuraron el Castellano y el Aragonés, rompió á sangre y fuego por Aragon y Castilla, y á ambos Reyes les puso en gran consternacion; pero reunieron sus fuerzas, diéron sobre el invasor, le derrotaron, y despues de haberse apoderado de varias plazas suyas, le concedieron la paz, que ya solicitaba con empeño. Reynó hasta el año de 1194; en que por su muerte le sucedió Don Sancho VI, por sobrenombre el Sz-

bio, el qual debió vivir poco y en paz, y fue reemplazado por su hijo Don Sancho el *Fuerte*, el *Animoso*, ó el *Retraido*: nombre que se le dió, porque al fin de sus dias, agoviado de achaques, y consumido por un cáncer, se encerró en el castillo de Tudela sin dexarse ver de nadie. Este Príncipe pasó al Africa con el objeto, segun dicen, de contraer matrimonio con una hija de su amigo Jacob Aben-Jucef, Rey de Marruecos; fue detenido contra la buena fe, y quando logró huirse y volver á su reyno, le encontró invadido y desmembrado. En efecto, los Reyes de Aragon y de Castilla se habian aprovechado de esta ausencia para ocuparle algunas plazas sin efusion de sangre. Alava, Vizcaya y Guipúzcoa cayéron en poder del Castellano; Ayvar, y todo el valle de Roncal quedáron sujetos al Aragonés; pero segun parece, lo recobró Don Sancho todo; y lo que no tiene duda es que despues reynó en paz, hasta que falleció en el año de 1234. Este Don Sancho es el que, como ya diximos, adoptó á Don Jayme el *Conquistador*, por no dexar la corona á su sobrino Teobaldo, Conde de Champaña, en quien habia de recaer precisamente por no dexar sucesion Don Sancho; pe-

ro los Navarros se burláron de esta adopcion, y pusieron en el trono á Teobaldo, sin que Don Jayme se opusiese, ó á lo ménos no consta con seguridad. Como quiera, habiéndose otorgado una solemne escritura, firmado, confirmado, y dado por buena la adopcion por la nobleza de Aragon y de Navarra, no puede quedar duda de que los Reyes de Aragon adquirieron en virtud de este contrato un derecho incontestable á esta corona.

Teobaldo se cruzó para la guerra de la Tierra Santa, y dexando sus Estados baxo la proteccion del Papa, marchó contra Jerusalem con la gente que pudo reclutar. La expedicion fue muy desgraciada, y no tuvo otra ventaja que la de haber adquirido Teobaldo mas experiencia en el gobierno, y excelentes frutos, que naturalizó en Navarra. Hizo conocer á sus vasallos el cultivo de las viñas que se practicaba en Champaña, y así es que á su zelo deben los Navarros sus exquisitos vinos, que suelen rivalizar con los mejores de qualquiera parte. Se dice que Teobaldo era excelente músico y poeta, segun el gusto de su tiempo, que amaba las ciencias, y favorecia á los hombres instruidos, y que murió en 8 de Julio de 1253, dexando el cetro á su hijo

Teobaldo II, que á la sazón se hallaba en la menor edad.

Este Príncipe quiso tomar parte en la Cruzada que tenia dispuesta contra Túnez San Luis Rey de Francia su suegro. Los extraordinarios calores de aquel clima abrasador encendieron entre los Europeos, acostumbrados á un temperamento mas benigno, una peste asoladora, de que murieron infinitos, el mismo San Luis y su hijo; y últimamente, hubiera perecido infructuosamente toda la Cruzada baxo los muros de Túnez, á no haber acudido á la necesidad el Rey de Nápoles y Sicilia Carlos de Anjou, ajustando paces con los Tunecinos, mediante una fuerte contribucion anual que les impuso. La esquadra tomó entónces el rumbo de Palestina; pero en Trapaná, á 5 de Diciembre de 1270, falleció el Rey de Navarra; y las tropas hubieron de regresar sin caudillo á sus hogares, abandonando una expedicion desgraciada desde los principios.

No habiendo dexado hijos Teobaldo, su hermano Henrique, que por su ausencia habia quedado encargado del gobierno, heredó la corona de Navarra. La disfrutó poco tiempo, y por su muerte, acaecida en el año de 1274,

recayó en su hija Doña Juana, que tenia dos años á la sazón.

Puso la Reyna viuda Doña Blanca el gobierno en manos de un Caballero llamado Don Pedro de Monteagudo; y esto despertó tal envidia en cierto Don García Almoravid, que formando un gran partido, conmovió toda la Navarra. Doña Blanca, que se hallaba en Francia á concertar sin duda el matrimonio de su hija con Felipe el *Hermoso*, creyó atajar el fuego de la sedición, nombrando un tercero en discordia, y encargó del gobierno á un Caballero frances llamado Eustaquio de Belle-marque; pero esto solo sirvió para aumentar la inquietud. Los Navarros se resistieron á obedecer á un extranjero: Monteagudo, aunque sentia bastante haber de sujetarse al frances, sentia principalmente la pérdida de su influxo, y ver casi desconcertado su proyecto de casar á Doña Juana con Príncipe de Aragon. Don García Almoravid, que era todo de Castilla, deseaba que el enlace de la Princesa heredera hubiese de ser precisamente con alguno de los Infantes castellanos; y otros finalmente, aficionados á Francia, se declararon por el Gobernador. La Navarra, dividida en estas tres parcialidades, se vió hecha un san-

griente teatro de venganzas, de asesinatos y de depredacion. Monteagudo murió á manos de los de Don García; pero el partido de este, cada vez mas orgulloso, hacia cada dia mas urgente un remedio extraordinario con que ponerle freno. El Rey de Francia despachó con buenas tropas al Conde de Arras; y este en breve tiempo despojó la Navarra de toda la gente sediciosa, obligándola á dispersarse por reynos extrangeros, y restableció la tranquilidad.

La Reyna Doña Juana I falleció en 6 de Abril de 1305, dexando la corona á su hijo Luis Hutin, que despues se ciñó tambien la de Francia; pero murió en 5 de Junio de 1316, dexando una hija llamada Juana; y Felipe el *Largo*, hermano de Hutin, tomó el título de Rey de Navarra con perjuicio de su sobrina. Felipe de Valois, en quien recayó despues la corona de Francia, renunció la de Navarra, y se la restituyó á Doña Juana, que fue segunda de este nombre, y habia casado con Felipe Conde de Evreux. Estos esposos dexáron una posteridad numerosa, y un reyno floreciente; y habiendo fallecido Doña Juana en 6 de Octubre de 1349, Carlos II y Carlos III, su hijo y su

nieto, reynáron despues con bien diversos re-nombres. El primero es conocido por *Cárlos el Malo*, el segundo por *Cárlos el Noble, el Generoso*; y ambos hicieron gran papel en los acontecimientos de su tiempo.

Cárlos el Malo subió al trono por muerte de su madre en 1349, á los diez y ocho años de su edad, y desde luego dió á conocer su genio emprendedor, osado y turbulento. Juan, Rey de Francia, le habia dado su hija en matrimonio con un dote considerable; pero exigió un suplemento, y el suegro hubo de concedérsele, temiendo que la jóven esposa experimentase algun desayre. *Cárlos* fue digno amigo de Don Pedro el Cruel; pero amigo poco leal sin duda, pues miéntras firmaba la alianza con el Castellano, trataba en secreto con sus enemigos. Se le imputan asesinatos premeditados; se le acusa de haberse complacido en excitar turbulencias por donde quiera que dirigia sus pasos: en una palabra, su presencia era tan temible como la de las señales precursoras de siniestros sucesos. Juan su suegro, y *Cárlos V* su cuñado experimentáron los efectos de su refinada malicia, pues se dice que intentó emponzoñar á Juan, y que lo consiguió con *Cárlos*; y como quiera, es

cierto que se defendió mal de estas imputaciones. Aseguran que murió abrasado, de resultas de haberse prendido fuego á una sábana empapada de aguardiente, en que se habia envuelto para aliviarse del reumatismo que padecia. El hecho no es cierto sin embargo; pero qualquiera que fuese su enfermedad, es constante que en 1.º de Enero de 1388 murió entre dolores acerbos, que se consideraron como justo castigo de sus crímenes.

Su hijo, Cárlos el *Noble*, que á la edad de veinte y cinco años, y por su muerte se ciñó la corona, era igual en talento á su padre; pero con la diferencia de ser bien inclinado. No tenia su vivacidad y su eloqüencia seductora; pero le aventajaba en dulzura, gracia y afabilidad. Vivió en paz con sus vecinos; y las Cortes de Castilla y de Francia solian recurrir á sus luces para conciliar sus desavenencias. Falleció en 7 de Setiembre de 1425, dexando solamente una hija llamada Doña Blanca, casada ya con Don Juan, entonces Infante, y luego Rey de Aragon, y que era madre del desgraciado Don Cárlos Príncipe de Viana.

El Aragonés despreciaba la Navarra como pais agreste en comparacion de Aragon y Castilla, y por esta razon era muy corta su per-

manencia en ella; pero sabia muy bien extenuarla con crecidos impuestos para sostener las disensiones que solia excitar su genio turbulento. Tomó parte en las inquietudes que en Castilla suscitaron sus hermanos los Infantes de Aragon contra el Condestable Don Alvaro de Luna; y por proteger sus miras ambiciosas, se empeñó en una guerra, que fue bastante ruinoso á Navarra. Dió su hija Doña Blanca en matrimonio al Príncipe de Castilla, despues Rey Don Henrique IV, y luego sublevó al yerno contra su propio padre. Su hijo Don Cárlos, Príncipe de Viana, y heredero de la corona, que era de un carácter distinto, ó porque rehusase en algunas circunstancias prestarse á sus irregulares manejos, ó porque reclamase la corona de Navarra, que desde 1.º de Abril de 1441 habia recaido en él por muerte de su madre Doña Blanca, y su padre retenia injustamente, ó porque este diese oidos á las sugeriones de su nueva esposa Doña Juana Henriquez, que naturalmente procuraria elevar la fortuna de sus hijos sobre la ruina de la de sus hijastros, ó por todas estas causas juntas, incurrió en la indignacion de su padre, y tuvo que acudir á las armas para defenderse del furor con que

se declaró contra él. Las dos poderosas familias de Beaumont y Agramont, que desde muy antiguo se profesaban un odio encarnizado, aparecieron entónces mas enconadas que nunca, y bastó que los Beaumonteses se propusiesen sostener al Príncipe en el empeño de tomar el gobierno y título de Rey de Navarra que le pertenecía, para que los Agramonteses, sin embargo de conocer que esto era justo, se decidiesen por lo contrario, y procurasen favorecer á Don Juan. Con este motivo se puso en arma toda la Navarra dividida en estas dos parcialidades, y se encendió una guerra civil de las mas obstinadas y sangrientas. Don Carlos se unió con el Rey y Príncipe de Castilla, que tenían motivos para estar resentidos con su padre, y con su auxilio aventuró una batalla que perdió desgraciadamente, quedando prisionero con los principales caudillos de su faccion; pero este acontecimiento solo sirvió para enfurecer mas á los Navarros, que amaban á su Príncipe, é indisponer los ánimos para tarde ó nunca reconciliarse; y á no ser por los auxilios de Aragon y de Cataluña, que gobernaba su padre en ausencia de su hermano Don Alonso V, Don Juan hubiera sido arrojado del

trono de Navarra. Sin embargo, las Cortes de Aragon, que miraban al Príncipe Don Carlos como su Rey futuro, respecto de carecer Don Alonso de sucesion legitima, y ser Don Juan su próximo heredero, hicieron todo lo posible por atraer á padre é hijo á una composicion, que conciliando sus respectivos intereses, restableciese la paz y la tranquilidad. Con mucho trabajo consiguieron que se comprometiesen en ciertos Diputados de Aragon y de Navarra, y estos se conviniéron en que primero se repusiesen las cosas al ser y estado que tenian antes de empezarse la guerra, restituyendo el Príncipe á su padre la ciudad de Pamplona, y demas plazas de que se habia apoderado, desembargando el Rey los bienes que habia confiscado á los Caballeros que habian seguido el partido del Príncipe, y entregando á este el Principado de Viana y otras villas: y en que se cometiese al Rey de Aragon la transaccion de sus diferencias, quedando entre tanto el Príncipe sujeto á la voluntad de su padre.

Este último artículo fue poco ménos que dictado por el capcioso Don Juan; pero el Principe, que se hallaba preso en el castillo de Monroy, firmó sin reparar la concordia, sa-

biendo que solo á este precio conseguiria la libertad, y con ánimo sin duda de quebrantarla luego que se hallase en proporcion. Diéronse rehenes por una y otra parte; el Príncipe quedó libre, y pareció á primera vista que iban á calmar las turbulencias; pero algunas villas de Navarra, que conocian la violencia del concierto, y sabian por otra parte que el Rey y Príncipe de Castilla estaban empeñados en auxiliar al Príncipe de Viana hasta colocarle en el trono, rompiéron por las fronteras de Aragon causando infinitos daños.

Con efecto, Don Juan II de Castilla, y su hijo el Príncipe Don Henrique, habian entrado á sangre y fuego por distintos puntos en Navarra y Aragon, esparciendo por todas partes el asombro y el temor. El Príncipe de Viana así que se vió libre, se puso de acuerdo con ellos, y dió nuevo calor á la animosidad con que se destruian las propiedades del partido contrario sin utilidad de ninguno. Las Cortes de Aragon, que presentian la inminente ruina de todo el reyno, si no se acudia con un remedio urgente, solicitaron con ansia una tregua de quatro meses, con la esperanza sin duda de poder entre tanto conciliar los ánimos; pero Don Juan II de Navarra se

opuso con teson, y solo condescendió quando llegó á convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos contra enemigos tan poderosos. Entónces hizo que pasase á Castilla la Reyna de Aragon, para que entre ella y su hermano el Rey Don Juan II acordasen los medios de poner fin á la discordia; pero murió este á poco tiempo, y su hijo Don Henrique IV dió á conocer bien pronto lo poco que debia esperarse de su natural inconstancia. Desconfiado el Príncipe de adelantar cosa alguna, determinó pasar á Nápoles á implorar la mediacion de su tio Don Alonso V; pero tuvo la desgracia de perderle tambien, pendiente la negociacion; y las revoluciones que conmoviéron aquel reyno despues de su muerte, le obligáron á volverse con precipitacion. Procuró entónces con esfuerzo acelerar la conclusion de la concordia; y alucinado por su padre con falsas esperanzas y mentidas señales de bondad, cayó incautamente en el lazo que le habian armado con destreza, siendo traydormente preso quando mas confiado estaba de ver el fin de tantos disturbios. Semejante rasgo de crueldad y de injusticia excitó la indignacion de todo el reyno, y por mas que hizo el padre por justificarse, acusando al hijo

de traycion contra su Rey y su patria, como carecia la acusacion de fundamento razonable, nadie se dexó alucinar; y Navarra, Aragon y Cataluña tomáron inmediatamente las armas en defensa de su desgraciado Príncipe. El desnaturalizado padre se vió en la precision de poner en libertad á su inocente prisionero; pero este, oprimido de trabajos, pesares y aflicciones, ó envenenado quizá como creen algunos, contraxo una dolencia que le conduxo al sepulcro en 23 de Setiembre de 1461.

No habiendo dexado hijos legítimos, declaró en su testamento por heredera de la corona de Navarra á su hermana mayor la Infanta Doña Blanca, con arreglo á lo dispuesto por el testamento de su madre, por el del Rey su abuelo, y por las leyes fundamentales de aquel reyno, que no excluyendo á las hembras, las llamaban al trono despues de los varones por el mismo orden de preferencia con que estos eran llamados á la sucesion. Pero el Rey Don Juan, sin otra razon que la de su obstinacion y su venganza, irritado con Doña Blanca por la buena correspondencia que siempre habia mantenido con su hermano Don Carlos en medio de sus desgracias, tenia muy de

antemano tomadas sus medidas para quitar á la Infanta la corona, que legítimamente la pertenecía, de la misma manera que se la habia usurpado al Príncipe de Viana.

Habia casado Don Juan á su hija menor y de su segundo matrimonio Doña Leonor de Navarra, con Gaston Conde de Fox, con el objeto de valerse de las fuerzas de este para sujetar á los Aragonese y Navarros, y llevar adelante sus vengativos designios. En una de aquellas ocasiones, en que, durante la guerra entre padre é hijo, aparecia Don Juan mas propenso á una reconciliacion, se descubrió un tratado secreto entre él y el Conde de Fox, por el qual el yerno se obligaba á auxiliar al suegro contra Don Carlos sin dexar las armas hasta sujetar á toda la Navarra, reudir al Príncipe, y hacerle padecer la pena correspondiente á su supuesta desobediencia. En premio de ello ofrecia el Rey, que despues de su muerte pasarian la corona de Navarra y el Ducado de Nemours al Conde de Fox, y á su muger Doña Leonor para que sucediesen en ellos sus hijos y descendientes, fuesen varones ó hembras; y para asegurar esta iniqua exheredacion del Príncipe y de Doña Blanca, se obligaba el tirano padre á

no perdonar jamas á estos dos hijos la que trataba de desobediencia, aun quando se le sometiesen, y le diesen las mayores satisfacciones. Conociendo sin embargo que para disfrazar una accion tan manifestamente injusta podria ser conveniente y aun necesaria alguna apariencia de juicio, se estipuló tambien que se nombrarian Jueces que hiciesen causa al Príncipe y á la Infanta, y procediendo hasta la definitiva, los declarasen decaidos de todos sus derechos, acciones y pretensiones, inhábiles é incapaces ellos y todos sus descendientes de suceder en la corona de Navarra, Ducado de Nemours, ni en otra alguna de las herencias paterna y materna. Y finalmente, para que esta notable sentencia, pronunciada por el Rey antes de elegir los Jueces, tuviese fuerza de ley, se pactó que treinta dias despues que el Conde de Fox entrase en Navarra, juntaria el mismo Rey las Cortes del reyno, y haria que la ratificasen, jurando en consecuencia de esta ratificacion al Conde y á la Condesa de Fox por legítimos herederos de la corona.

Estas eran las medidas que el Rey Don Juan habia tomado con tanta anticipacion para exheredar á su hija Doña Blanca; y en vir-

tud de ellas, luego que murió el Príncipe de Viana, solo pensó en deshacerse de la persona de la Infanta, no restándole ya otro medio para facilitar la sucesion en la corona á su querida hija Doña Leonor, despues que el descubrimiento de aquel tan iniquo tratado hizo ilusoria su proyectada execucion. Con esta idea, valiéndose primero del artificio, y despues de la violencia, sacó de Navarra á la infeliz Infanta, y la hizo conducir á Bearne, entregándola en poder del Conde y de la Condesa de Fox. Conociendo entónces Doña Blanca que sin remedio iba á ser sacrificada, halló modo de eludir la vigilancia de sus guardias, y dexó en Roncesvalles una protesta contra la violencia que se la inferia para obligarla, segun sospechaba, á renunciar la corona de Navarra en favor de su hermana la Infanta Doña Leonor, declarando nullos, de ningun valor ni efecto, qualesquiera instrumentos que pudiesen aparecer en adelante en su nombre, y bajo su firma, y particularmente qualquiera renuncia á favor de su hermana, de sus hijos, del Infante Don Fernando de Aragon, ó de otra qualquiera persona, á excepcion *del Rey de Castilla Don Henrique IV* (su marido en otro tiempo) ó *del Conde de Armeñac*.

*No contem de Rey de Jansen. De Juan II en te
 nes nouprade a su hija. De Blanca el rigne de
 Navarra por el injuste empre de que traxese
 en su segunda hija. De Lancer puse en poder de
 ella y de su marido casen de Rey a la Reyna
 de Portugal. y des a pries dias para venirse
 en su lugar. La empremanen. Han raxamente
 a su estar. La raxer. por la ambicion raxer
 a su raxer. y a la muer.*

DE Blanca de Navarra.



Tres días despues, sabiendo ya con toda claridad que iba á ser entregada al Conde, y no dudando de que se la haria morir en breve tiempo, sin esperar á que las pesadumbres ó alguna enfermedad natural acabasen con su vida, hizo en San Juan de Pie de Puerto, á 30 de Abril de 1461, una donacion *inter vivos* del reyno de Navarra, y de todos los Estados que la pertenecian á favor de su *amado primo* el Rey de Castilla, para que la libertase de la tiranía que la tenia oprimida, ó vengase su muerte. Con efecto, la infeliz Infanta fue reclusa en la fortaleza de Ortés, donde al cabo de dos años, como quieren los mas, ó dentro de muy pocos días, como sienten algunos, fue emponzoñada por su ambiciosa hermana la Condesa de Fox.

Sin embargo, Don Juan no pudo gozar en paz del fruto de su crimen. Se sublevó la Cataluña con el mayor furor, se erigió en Principado independiente, convidó sucesivamente con el Señorío al Rey de Castilla, al Condestable de Portugal, á Renato de Anjou; y Don Juan tuvo que valerse de todas sus fuerzas y pericia militar para sujetar á los rebeldes. Los Condes de Fox por otra parte, impacientes por ocupar un solio que habian

comprado á costa de un delito exêcrable, se echáron sobre la Navarra, y con el auxilio de los Beaumonteses, obligáron á Don Juan á que les nombrase Gobernadores del reyno. No satisfecha con esto su ambicion desmesurada, intentáron repetidas veces ceñirse la corona; y el suegro, que jamas quiso desprenderse de ella, tuvo que apelar á las armas para conservarla sobre su cabeza. Murió por fin en 1480; y Doña Leonor, que tanto habia anhelado verse Reyna de Navarra, le siguió á pocos dias de su coronacion.

Con este motivo recayó el reyno en su nieto Francisco Febo, hijo de su primogénito Gaston de Fox, muerto siete años antes, y de Magdalena de Francia. Este Príncipe, llamado así por su extraordinaria hermosura, y que prometia grandes esperanzas, falleció tambien muy jóven, y no reynó sino dos años escasos. Hay vehementes sospechas de que fue envenenado, aunque se ignoran el autor y el motivo de este crimen; pero hallándose el reyno tan conmovido por las dos facciones de Agramonteses y Beaumonteses, no será extraño que si Febo se inclinó mas á una que á otra, la desayrada ó ménos favorecida procurase deshacerse de él.

Le sucedió su hermana Doña Catalina, la qual casó con Juan de Labrit, Conde de Perigord, contra todas las esperanzas del Rey de Castilla Don Fernando el *Católico*, que habia solicitado este enlace para su hijo primogénito, no tanto por agregar á sus vastos dominios esta rica porcion de la península, como sienten algunos escritores extrangeros, quanto por asegurarse por aquella parte de las irrupciones de la Francia, que entónces le disputaba sus derechos al reyno de Nápoles. La experiencia acreditó despues que no eran infundados sus rezelos; y habiendo advertido en su sobrina bastante deferencia hácia su enemigo, la estrechó en 1495 á que firmase un tratado de alianza, por el qual los Reyes de Navarra quedáron obligados á impedir con todo su poder que por su reyno entrasen tropas francesas contra Aragon ó Castilla; á avisar á Don Fernando ó á sus Capitanes fronterizos en caso de que sus fuerzas no bastasen para conseguirlo, y á reunirse inmediatamente con las tropas de Castilla para arrojar á los Franceses de Navarra. Pero tres años despues la Reyna Doña Catalina, pospuestas estas obligaciones, no solamente dió paso á un número bastante crecido de tropas francesas que lle-

gáron hasta Pamplona, sino que para amedrentar á los Reyes Católicos, hizo correr la voz de haberse convenido con Cárlos VIII en permutar el reyno de Navarra por el Ducado de Normandia. Don Fernando practicó aquellos oficios de paz y de amistad, que lo crítico de las circunstancias hacia preferibles á un rompimiento, y aun exigió seguridades nuevas; pero aunque se le otorgáron, no le quedó duda de la mala fe de sus sobrinos, ya por la ciega aficion que continuáron manifestando á los Franceses, ya por haber renovado ciertas pretensiones tan infundadas como intempestivas. Quizá en esta conducta influiria bastante el temor de que Luis XII, sucesor de Cárlos, pusiese en execucion el proyecto con que les intimidaba de resucitar el derecho de Juan de Fox, Señor de Narbona, hijo segundo de Doña Leonor, en la persona de su hijo Gaston, despojando de la corona de Navarra á Juan de Labrit y su muger; pero aun en este caso era bastante impolitico ofender á un vecino tan poderoso como Don Fernando, que hubiera podido sostenerles sobre el trono, y mala correspondencia á la generosidad con que el mismo Rey Católico se habia negado á auxiliar á Luis en esta empresa.

Las usurpaciones de los Venecianos en Italia obligaron á los Príncipes del pais á tomar las armas en defensa de sus Estados; y Fernando, por auxiliár al Papa, entró, como ya diximos, en la liga de Cambray; pero las vicisitudes de esta guerra, y la prepotencia que adquirieron los Franceses, obligaron al Papa y á Don Fernando á declararse contra ellos, uniéndose con los Venecianos y con los Ingleses por medio de la *Liga Santa*. Para distraerles, y ponerles en la precision de dividir sus fuerzas, pensaron los confederados en invadir la Guiena; y siendo los Ingleses particularmente interesados en su conquista por haberles pertencido esta provincia en otro tiempo, tomaron á su cargo la empresa de hacer en ella un desembarco en la ocasion misma en que el Rey Católico deberia acometerla por tierra. Para esto era inevitable tener seguro y franco el paso por Navarra: le solicitó Don Fernando, pero se le negaron obstinadamente Juan y Catalina. El Papa les exhortó repetidas veces á que defendiesen, y no persiguiesen á la Iglesia, dando favor á sus enemigos, y principalmente al Rey de Francia, que era su corifeo; pero solo pudo obtener respuestas vagas é ilusorias, de suer-

te que creyó necesario seguir el exemplo de muchos de sus predecesores, excomulgando á Juan y á Catalina, privándoles de la dignidad Real, absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad, y concediendo sus tierras y Señoríos al primero que los conquistase, como ocupados en buena guerra.

Sin embargo de que en virtud de esta bula hubiera podido el Rey Católico anticiparse desde luego á qualquiera otro, y apoderarse de Navarra con la autoridad pontificia, entónces inconcusa é indisputable en estas cosas, quiso todavía dar mas pruebas de su moderacion y sufrimiento, suspendiendo por tres meses la publicacion del breve, y repitiendo con sus sobrinos los oficios de amistad para que le dexasen el paso franco á la Guiena, ó le asegurasen por lo ménos de que no socorrerian al Rey de Francia, pues en todo evento él mismo queria obligarse á sostenerles en el trono de Navarra contra qualquiera que los inquietase ú ofendiese. Pero tan inútiles fueron estas gestiones como las anteriores. Los Reyes de Navarra, desentendiéndose de la generosidad de Don Fernando, de los beneficios que le habian debido, de los peligros que les amenazaban, y por último

de las censuras pontificias fulminadas contra ellos, no solamente se excusaron con frívolos pretextos, sino que se unieron mas estrechamente con su aliado.

A vista de semejantes procederes ya no pudo el Rey Católico diferir mas el rompimiento. Al punto hizo publicar la bula y sentencia del Papa contra Juan y Catalina, y en su virtud se previno para la conquista de aquel reyno. Dia 21 de Julio de 1512 puso el pie en Navarra el ejército castellano á las órdenes del Duque de Alba Don Fadrique de Toledo, y desde luego se dirigió á Pamplona, donde se hallaba el Rey Don Juan con ánimo de defenderla. Algunos destacamentos que este despachó al encuentro en un paso estrecho y escabroso, donde bastaban pocos para impedir la entrada á muchos, huyéron inmediatamente que divisaron á las tropas castellanas; y el mismo Rey no teniendo resolucion para esperarlas, se retiró á Lumbieres, y despues á Bearne. Dia 23 sentó el Duque su campo á dos leguas de Pamplona, se apoderó del castillo de Garayon, y envió á la ciudad una proclama, asegurando á los habitantes de que se les guardarían sus fueros, privilegios y exênciones, y serian respetadas sus personas y pro-

piudades si desde luego deponian las armas; pero intimándoles que serian tratados con todo el rigor de la guerra, si oponian la mas pequeña resistencia. El 25 se rindió la ciudad, é inmediatamente se fuéron entregando las demas ciudades y pueblos; de suerte, que en cinco dias se halló dueño el Rey Católico de toda la Navarra; y aunque el despojado Juan, auxiliado por la Francia, concibió esperanzas de recobrar su reyno, y aun intentó el ataque de Pamplona, la vigorosa resistencia de la guarnicion castellana, y sobre todo la inaccion é indiferencia de sus antiguos vasallos, le obligáron á repasar los Pirineos con pérdida bien considerable.

Esta derrota, y alguna otra que sufrió despues, le obligáron á renunciar para siempre la conquista de su perdida corona, contentándose con la Navarra baxa, que le dexó Fernando al otro lado de los Pirineos. Refiérese que con este motivo oyó de su muger esta picante reconvencion: „A haber sido yo Juan, y vos Catalina, ambos hubiéramos permanecido Reyes de Navarra.”

Su hijo Henrique, en quien se pretende continuar los derechos á esta corona, hubiera sido capaz de reconquistarla, á no haberse ha-

llado en unas circunstancias en que la Francia, demasiado ocupada en otros objetos, no podia proporcionarle sino débiles socorros. Fue hecho prisionero con Francisco I en la batalla de Pavia; y á no haber hallado medio de ponerse en salvo, no se hubiera desprendido ciertamente Cárlos V de tan importante prisionero. Henrique, fortificando y enriqueciendo su pequeño Estado, dió á conocer lo que hubiera podido hacer en uno mayor. Casó á su hija Juana con Antonio de Borbon, Duque de Vandoma, y fue abuelo de Henrique IV de Francia, quien elevado á aquel trono en 1589, reunió á esta corona aquel resto del reyno de Navarra.

Los estrechos límites de un compendio no nos permiten entrar en una larga discusion para desagraviar á Don Fernando de la injusticia con que algunos escritores extrangeros han tenido la malignidad de desacreditarle por esta ocupacion; pero la sencilla exposicion de estos hechos basta para que pueda comprender qualquiera, que aun quando se prescindia de las razones políticas que pudieren mover al Rey Católico á ocupar el reyno de Navarra, su conquista, léjos de merecer el nombre de *usurpacion*, como se pretende, debe

reconocerse únicamente recuperacion de unos derechos injustamente usurpados. Ello es indubitable que el Rey Don Juan II de Aragon, muerta su muger Doña Blanca, no tenia la mas leve sombra de derecho, no solo á la propiedad, pero ni aun al usufructo ni al gobierno del reyno de Navarra, quando existia un legítimo heredero, capaz por su talento y por su edad de gobernarle con acierto, y una hermana de este heredero, en quien por su muerte sin sucesion legítima, habian de transferirse todos sus derechos. No siendo suyo el reyno, nunca pudo Don Juan tener accion para privar de él á estos dos hijos, aun quando quiera suponerse que ellos hubiesen cometido los mayores delitos contra el padre; y mucho ménos quando todos los crímenes de estos desgraciados se reduxéron á defender sus justificados derechos contra las violencias y tiranías de un padre inflexible, y de una madrastra ambiciosa. Resulta por consiguiente, que el tratado con el Conde de Fox para desheredar al Príncipe Don Cárlos y á la Infanta Doña Blanca, fue injusto, tiránico é iniquo; y que aun quando le hubiesen aprobado las Cortes de Navarra, no por eso dexaria de ser igualmente

injusta, tiránica é iniqua esta aprobacion.

Finalmente, aun quando quisiera considerarse á la Condesa de Fox Doña Leonor, hermana menor de Doña Blanca, como su legítima heredera y sucesora en la corona, caso de que esta hubiese fallecido de muerte natural, y sin sucesion de matrimonio legítimo; habiendo acabado sus dias con muerte violenta, intentada y executada por la misma Doña Leonor, esta, sus hijos, herederos y sucesores perdiéron por el mismo hecho de haber perpetrado tan atroz delito, el derecho que pudieran tener á la corona, y á la herencia de la Infanta Doña Blanca, quedando incapaces de sucederla. En estos términos debe considerarse á la Infanta como destituida de herederos forzosos, y consiguientemente árbitra para disponer de su corona y Estados en favor de quien mejor la pareciese, fuese instituyendo heredero universal, fuese por via de renuncia, cesion ó donacion *inter vivos*, que fue el medio que eligió. Para hacerlo así, la autorizaban las leyes de Navarra, sin ponerla otra limitacion que la de que el sugeto escogido fuese persona que por su sangre, su autoridad, su poder y su respeto no desmereciese el cetro de aquel noble reyno; y usando de su

derecho, la renunció, cedió y donó al Rey de Castilla Don Henrique IV, que habia sido su marido, y en quien ciertamente concurrían las circunstancias indispensables para ceñir la corona de Navarra. El Infante Don Fernando de Aragon fue despues, por su matrimonio con la Infanta Doña Isabel, legítimo sucesor, y heredero de Don Henrique en la corona de Castilla, y derechos que le pertenecían; y no pudiéndose negar que la renuncia y cesion del reyno de Navarra, hecha por Doña Blanca en favor de su primo el Rey de Castilla, le dió por lo ménos á este un gran derecho á aquel reyno, es igualmente innegable que el mismo tuvo el Rey Catolico, puesto que su muger Doña Isabel sucedió á Don Henrique en todos sus Estados y derechos.

Es verdad que Doña Blanca en la protesta que dexó hecha en Roncesvalles, expresamente excluía al Infante de Aragon; pero esta exclusiva fue personal, y sin ofrecérsela por entónces que el Infante podia casar con la sucesora del Rey de Castilla, en quien tres dias despues renunció y cedió todos sus Estados; y así aun quando quiera concederse que en virtud de la exclusiva de la Infanta

quedó incapaz Don Fernando para sucederla en la corona de Navarra, *como Infante ó como Rey de Aragon*, no quedó incapaz de suceder como marido de la Infanta Doña Isabel, *legítima sucesora del Rey de Castilla*, á quien la misma Infanta declaró sucesor suyo. Quizá en atencion á este reparo, quando el Rey Católico hizo despues la conquista de Navarra, no la agregó como fácilmente pudo á sus Estados de Aragon, sino á la corona de Castilla, reconociendo que el derecho que á ella tenia se fundaba precisamente en el que le daba su matrimonio.

Resulta por consiguiente que el Rey Católico, conquistando la Navarra, no fue un usurpador, que despojó á sus mismos sobrinos de los Estados que les correspondian, sino que la ocupó legítimamente. Y esto, á pesar de que no se haga mérito del derecho de conquista, ni de la bula del Papa Julio II, que concedió aquel reyno al primer Príncipe Católico que le ocupase, pues aun quando desde luego convenimos en que las facultades de la Silla romana no pueden extenderse á tanto, ello no tiene duda que en aquellos tiempos se la consideraba revestida del poder necesario para privar de la corona á los enemigos de la

Iglesia; y no tendria nada de repugnante que Don Fernando se hubiese creido bastante autorizado en virtud de ella, para hacer la conquista de Navarra. Pero volvamos á la historia de este Príncipe.

La Italia era siempre aquel grande objeto, que nunca perdian de vista el Rey de Aragon ni el de Francia. Los Italianos por su parte, igualmente enemigos de uno y otro, no perdian ocasion de contrabalancear al dominante, temiendo que les avasallase. Eran dueños de Italia los Españoles quando Francisco I subió al trono de los Franceses; y lleno de corage el nuevo jóven Monarca, resolvió hacer valer sus derechos al Milanesado, ocupado á la sazón por el Duque Francisco Esforcia, á quien la *Liga Santa* habia puesto en posesion de aquel Ducado, para que hiciese oposicion á las pretensiones de la Francia. Pasó á Italia Francisco I á la frente de un florido y numeroso ejército, y no atreviéndose á esperarle Don Ramon de Cardona, Virrey de Nápoles, y General de las tropas españolas, se retiró debaxo del cañon de Placencia, contando poco con sus auxiliares para atreverse á arriesgar una batalla; pero despues supo batir al Rey de Francia, recobró todo

el Milanésado, y se retiró al reyno de Nápoles.

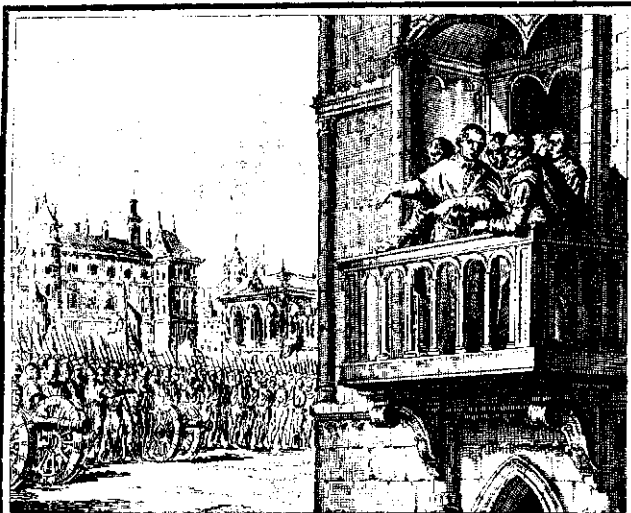
Durante esta guerra asaltó la última enfermedad al Rey Católico, y falleció en Madrigalejo en 23 de Enero de 1516. Atendiendo á la incapacidad de Doña Juana, nombró en su testamento por Gobernador del reyno á su nieto Don Cárlos de Austria; pero encargó el gobierno, hasta que cumpliese los veinte años que prescribió su abuela, al Cardenal de España el célebre Cisneros, y entre sus testamentarios dió el primer lugar á su muger Doña Germana, de quien habia tenido un hijo, que murió á pocas horas de nacer. El nombre de Fernando es célebre con razon entre los de los Grandes Reyes de la tierra, y nadie, sin hacerle injusticia, podrá negarle los gloriosos títulos de *Libertador* del reyno de Granada, de *Restaurador* del buen órden y de la tranquilidad pública, de *Conquistador*, de *Grande*.... pero al paso que es preciso confesar las eminentes prendas de que para el gobierno le dotó el cielo, no pueden disimulársele tampoco todos los defectos con que las obscureció en algun modo. La nimia suspicacia de que adolecia, la suma desconfianza con que trataba aun á los que le ser-

vian con mayor fidelidad, el mal exemplo que dexó á sus sucesores de la ninguna seguridad en la fe de los tratados, la indecente vanidad que hacia de burlarse de sus amigos ó de sus confederados, la pretension que tuvo, segun dicen algunos, de casarse con la desgraciada Beltraneja, sacándola del convento donde estaba retirada despues de tantos años, sin otra idea que la de hacer revivir sus derechos á la corona de Castilla, únicamente por vengarse de su yerno, olvidado enteramente de lo que debia á su difunta muger, cuya reputacion iba á dexar manchada para siempre con las injustas pretensiones de tan extravagante casamiento; el que efectuó despues con Doña Germana de Fox por el deseo de tener un hijo en quien recayese la corona de Aragon para que no la heredase el Archiduque Don Felipe: todos estos son defectos que han contribuido no poco á hacer, quando ménos problemático, el concepto que debe tributarle la posteridad.

Apénas se habia sabido en Flandes la dolencia del Rey Católico, los miembros del Consejo del Príncipe enviáron á España á su Preceptor Adriano, natural de Utrech y Dean de Lovayna, con instrucciones secretas para im-

pedir qualquiera intriga que pudiese perjudicar á los derechos de Don Cárlos; y luego que falleció Don Fernando, hizo empeño Adriano de apoderarse del gobierno de la monarquía en nombre de su alumno, hasta que este pudiese venir en persona á encargarse de él. Como Don Cárlos no tenia aun la edad que prescribia su abuela en su testamento, y por otra parte el abuelo en el suyo dexaba el gobierno al Cardenal de España hasta que cumpliese los veinte años, este se opuso con teson, y no pudieron evitarse algunas disensiones; pero luego se conviniéron en gobernar de acuerdo, aunque sus genios absolutamente contrarios no eran los mas á propósito para el caso. No faltaron sin embargo algunos descontentos, particularmente entre la principal nobleza, que quisieron oponerse á la regencia del Cardenal, y exîgiéron les manifestase los poderes con que gobernaba la monarquía. Cisneros procuró satisfacerles con la disposicion testamentaria del Rey Católico; pero no dándose por satisfechos, á pretexto de que siendo Don Fernando un mero Gobernador, no podia delegar sus facultades, les hizo asomarse á la ventana de su palacio, y señalándoles un cuerpo de dos mil hombres de

tropas veteranas, formados en batalla con mechas encendidas, y sostenidos por una numerosa artillería: „He aquí pues, les dixo, los poderes con que gobernaré la España hasta que venga el Príncipe Don Carlos.” Es preciso confesar que hizo buen uso de ellos. Su gobierno firme, pero ilustrado y juicioso, lleno de atenciones para con los Grandes, de officiosos cuidados para con los pequeños, y de pruebas de aprecio hácia el mérito, es un modelo digno de proponerse á todos los Ministros; pero no por eso pudo libertarse de los tiros de la envidia y de la maledicencia. Poco sensible no obstante á los libelos, y demas viles recursos de sus émulos, respondió en cierta ocasion á uno de sus compañeros, que se quejaba de esto mismo: „Pues nos dexan hacer, dexemos á los demas la libertad de hablar. Si es falso lo que dicen, merece risa; y si es cierto, debemos corregirnos.” Murió en Roa quando pasaba á recibir á Don Carlos, que llegaba de los Países-Baxos; y dicen fue envenenado, temiendo no suministrase al Príncipe algunos avisos saludables, aunque perjudiciales á cierta clase de personas. Los elogios que á este grande hombre grangeáron sus altos merecimientos, exceden los estrechos límites de



El Ministro firme.

Descontentos algunos nobles con que solo en virtud del testamento del Rey Católico gobernase á España el cardenal Ximenez, le estrechaven á manifestar otros poderes; pero él, haciendo que desde su ventana viesen un buen cuerpo de tropas con mucha artillería, les dize: Con estos poderes gobernaré hasta la llegada del Príncipe, taláquina es que haya caso en que deba sustituirse á la razón la fuerza.

un compendio. Ascendido por sus méritos á la Silla metropolitana de Toledo, procuró economizar todo lo posible el dispendio de las rentas de esta pingüe dignidad, á fin de poderlas invertir en algun objeto ventajoso al Estado, y con este ahorro puso en campaña un ejército florido, que él mismo en persona conduxo contra Oran. Tomó la plaza, y de este modo logró establecer una especie de barrera contra las irrupciones que hubieran podido intentar los Moros en España.

Nadie mas modesto que Cisneros en su vida privada. Quando se hallaba en su mayor elevacion fue á visitar á sus parientes, que eran pobres, aunque honrados; les colmó de beneficios, pero no quiso sacarles de la condicion humilde en que habian nacido. Habiendo llegado á la puerta de una labradora, parienta suya muy inmediata, la sorprendió ocupada en amasar el pan para su familia, y queriendo ella ir á mudarse un vestido mas decente para recibirle: „Este vestido, la dixo, y esa ocupacion os sientan muy bien. No os inquieteis sino por vuestro pan, y cuidad de que no se os eche á perder.” Los que no desdeñen la sencillez de la vida rústica, se representarán con placer al gran Cisneros

baxo el pajizo techo de una choza humilde, conversando con aquellos inocentes labradores.

Ximenez de Cisneros fundó y dotó espléndidamente la Universidad de Alcalá de Henares; y para que no llegase á perderse enteramente el rito muzárabe, fundó en la Catedral de Toledo un Cabildo de Capellanes, con la obligacion de officiar segun este rito. La Biblia complutense, la primera poliglota que se conoció, es una de las obras que harán inmortal su nombre, por las sumas inmensas que le costó la adquisicion de tantos preciosos manuscritos, y de los sabios que habian de trabajar en ella. La España le debe finalmente multitud de establecimientos de una magnificencia real, siendo lo mas particular de todo que estos gastos se hacian con la mitad de sus rentas, quedando la otra mitad destinada únicamente al socorro de los miserables baxo su inspeccion.

Los principales sucesos que hicieron célebre el reynado de Cárlos I fueron las comunidades de Castilla, las competencias con Francisco I y su prision, la aparicion de la secta luterana, y el retiro de aquel Principe al monasterio de Yuste. Don Carlos, viva-

mente estrechado por los Regentes y el Consejo de Castilla, para que viniese á España á tomar posesion de unos Estados que habian de pertenecerle muy en breve, hubo de abandonar los Países-Baxos, y desembarcó en Villaviciosa de Asturias en 19 de Setiembre del año de 1517; pero apénas fue reconocido, y jurado por las Cortes del reyno, la muerte de su abuelo, el Emperador Maxîmiliano, le llamó al trono imperial; y á la rica sucesion de los Estados que poseia su casa en Alemania. Electo Emperador por la mayor parte de los vocales que componian el cuerpo germánico, y precisado á partir de nuevo para coronarse en Aquisgran, determinó convocar las Cortes del reyno para dar á conocer por Gobernador en su ausencia á su Preceptor Adriano, entónces ya Cardenal, y exîgir algunas sumas para los gastos del viage, de su coronacion, y algunas otras necesidades que padecia el Imperio; pero los Castellanos, que contra lo dispuesto por un capítulo de las Cortes de Burgos del año de 1511 veian ocupados por extranjeros los principales puestos y dignidades; que por otra parte tenian quizá bastantes motivos para resentirse de la avaricia y rapacidad flamenca, y sobre todo, que

no podian sufrir la idea de que se extraxese del reyno cantidad alguna de numerario, empezáron á dar muestras del descontento que de algun tiempo encerraban en sus corazones. Ya se habian dexado percibir algunas centellas con motivo de haberse conferido á Guillermo Croy, Señor de Gevres, la dignidad Primada Arzobispal de Toledo, y aun Valencia se habia puesto sobre las armas con pretexto de prevenirse contra los Moriscos, que mantenian correspondencia oculta con los Africanos; pero estos movimientos no se creyeron por entónces dignos de atencion, ni pasaron tampoco adelante, hasta que Don Cárlos convocó las Cortes en Santiago de Galicia.

Esta resolucion desagradó notablemente, no solo por el objeto, sino tambien por la novedad de celebrar en Galicia las Cortes de Castilla y Leon, cosa nunca vista hasta entónces. Los Procuradores de Toledo, Salamanca y otras ciudades quisieron manifestar previamente á Don Cárlos quanto, segun las circunstancias, les parecia conducente al bien del Estado, y á la quietud de los pueblos; y le saliéron al encuentro en Valladolid, donde se hallaba de paso para Santiago; pero informado privadamente de que querian se señalase

otra ciudad para la celebracion de las Cortes; que no se pidiese en ellas servicio alguno; que se prohibiese conferir á extrangeros los empleos públicos, extraer moneda del reyno, y en una palabra, que se removiesen las causas del descontento general: se excusó de oírlos hasta Tordesillas, adonde pasaba para despedirse de su madre. Con este motivo se esparció la voz de que intentaba llevársela consigo á Alemania, y al punto se alborotó Valladolid. Mas de seis mil hombres armados se reuniéron inmediatamente en la plaza á son de campana, gritando: *Viva el Rey, y mueran sus malos consejeros*; y efectivamente, á no haberse puesto en salvo el Señor de Gevres, y los demas Flamencos que le acompañaban, hubieran desahogado en ellos su ojeriza de un modo bien atroz. Algunos ligeros castigos intimidáron á los amotinados, y toda su furia se calmó inmediatamente, de suerte que Don Carlos pudo continuar su viage á Santiago sin la menor molestia ni inquietud.

Las Cortes se abriéron con efecto á principios de Abril de 1520; pero despues de repetidas sesiones nada pudo concluirse en ellas, porque los Procuradores de Toledo, Salamanca, Sevilla, Córdoba, Toro, Zamora, Avila

y otras ciudades, se negaron á conceder el servicio, que era el objeto principal de esta asamblea. Vivamente irritado Don Carlos, trasladó las Cortes á la Coruña, y á permitírsele las circunstancias, hubiera explicado su resentimiento con un castigo exemplar de los Procuradores; pero se contentó por entónces con desterrar al de Toledo, que fue el mas obstinado. Esto bastó para que Toledo se sublevase repentinamente, acaudillado por uno de sus principales habitantes, llamado Juan de Padilla, y por su muger Doña María Pacheco; y las órdenes que expidió Don Carlos para prender á los principales cabezas del tumulto, solo sirviéron para exâsperar mas á los amotinados. El populacho irritado, no solo impidió la prision, sino que hubiera asesinado al Corregidor, Alcayde y Alguacil Mayor, á no haberse ellos puesto en fuga con anticipacion. Los Comuneros (nombre que tomaron los insurgentes), en número de veinte mil hombres, se apoderaron del alcázar y de las puertas de la ciudad, arrojaron de ella á los Ministros y Oficiales reales, y pusieron otros de su faccion; pero mediaron algunos Eclesiásticos, y con sus persuasiones consiguieron aplacar algun tanto los ánimos, de suerte que

habiendo podido hallar los amotinados al Corregidor, quando este infeliz esperaba la muerte, se contentáron con quitarle la vara, y volvérsela luego en nombre de la Comunidad y del Rey.

Las Cortes de la Coruña se concluyéron á principios de Mayo; y á pesar de la oposicion de un gran número de ciudades, pudo conseguir Don Cárlos un servicio de doscientos millones de maravedís en tres años; pero no dexáron de insistir los Procuradores en sus pretensiones de que *á nadie se le permitiese, pena de la vida, extraer del reyno numerario alguno; que los empleos y dignidades se confiriesen únicamente á nacionales, despojando á los extrangeros de las que decian haber usurpado injustamente; y añadiéron, que pues la esquadra estaba pronta para hacerse á la vela, procurase S. M. volver pronto de su viage, aunque sin traer á su regreso gentes extrangeras; que pusiese su casa en el pie de economía en que la habian tenido sus predecesores, cercenando gastos inútiles y de mero luxo; y por último, que fuesen españoles los sugetos á quienes en su ausencia confiase el gobierno de la corona.*

Las cosas sin embargo quedáron en el mismo estado; y Don Cárlos á su partida, des-

pues de exhortar á la paz á los tres brazos representantes del reyno, declaró Gobernador de Castilla y Leon al Cardenal Adriano, asociado con el Presidente y Chancillería de Valladolid; Virey de Valencia á Don Diego de Mendoza; Justicia mayor de Aragon á Don Juan de Lanuza; y Capitan General de sus armas á Don Antonio Fonseca. Representáron contra el nombramiento de Gobernador; pero Don Carlos no dió oídos, y se hizo á la vela en veinte del mismo mes.

A vista del poco fruto que habian producido las reclamaciones de los Procuradores, y de la agitacion en que se hallaba el reyno, nadie podia prometerse favorables consecuencias; y efectivamente, el furor de los Comuneros creció hasta un extremo inaudito. Baxo la voz y divisa del bien de la patria contra los extrangeros que venian á desangrarla, ahorcó el populacho de Segovia á varios Alguaciles reales, al Procurador de Cortes Rodrigo de Tordesillas, y á otras personas. Zamora, acaudillada por su Obispo Don Antonio de Acuña, cometió aun mayores atentados. Valladolid quiso ahorcar á sus Procuradores, por haber consentido el donativo de los doscientos millones. Los Comuneros de Ma-

Madrid se apoderaron del gobierno, le encomendaron á personas de su partido, y entregando el alcázar al Licenciado Castillo, le nombraron Alcalde mayor de la villa. En una palabra, la insurreccion fue comunicándose de pueblo en pueblo con tal rapidez, que en un momento se viéron sublevadas las ciudades de Avila, Guadalaxara, Cuenca, Medina del Campo, Sigüenza, Jaen, Baeza, Alcalá, Leon, y otras innumerables. La gente que armaron, y los auxilios que enviaban los Comuneros á quantos los necesitaban contra los Realistas, pusieron al Cardenal y demas Gobernadores en la mayor consternacion y apuro, sin saber qué partido tomar. De esta inaccion se aprovecharon Padilla y otros Comuneros poderosos para apoderarse de la Reyna Madre Doña Juana, á pretexto de acaudillar la gente, que Toledo, Segovia y Madrid enviaban para servirla en medio de aquellas turbulencias, y tomando el nombre de la Reyna, decretaron la prision del Presidente y Oidores de la Chancillería de Valladolid; pero estos Ministros tuvieron la fortuna de recibir aviso, y pudieron salvarse baxo diferentes disfraces. El Cardenal mismo llegó á temer algun desacato hácia su persona, y se refugió disfrazado tambien á Rio-

seco, desde donde dió parte al Príncipe Don Carlos del riesgo en que se hallaba la España, y de quan urgente era su venida. Tambien le escribiéron por su parte los Comunceros, dando á las cosas el aspecto que les era mas favorable; pero el Príncipe, que se hallaba informado por los Flamencos que se habian refugiado en su patria huyendo del peligro, contestó con suavidad y blandura, prometiendo regresar en breve, y otorgar quanto le suplicaban. Sin embargo, al mismo tiempo encargó separadamente á la nobleza que auxiliase á las justicias, y asoció al Cardenal para el Gobierno al Almirante de Castilla Don Fadrique Henriquez, y al Condestable Don Iñigo de Velasco.

Estas cartas produxéron el deseado efecto, y algunas ciudades imitaron á Burgos, que fue la primera en deponer las armas. Por otra parte los nobles de Castilla y Leon se pusieron al frente de sus tropas, y con el refuerzo de los demas Realistas pudieron juntar un ejército de diez mil y quinientos hombres que se acuarteló en Rioseco. El de los Comunceros constaba ya de diez mil infantes, quatrocientos hombres de armas, y novecientos caballos, quando se les reunió el Obispo de Za-

mora á la frente de novecientos hombres, Clérigos la mayor parte, armados y furibundos, y se hizo fuerte en Tordesillas. Mediaron entre ambos exércitos algunas proposiciones de convenio; pero los Comuneros, léjos de avenirse á cosa alguna, se pusieron con todas sus fuerzas sobre Rioseco, y presentáron la batalla á los Realistas. Estos la rehusáron; pero supiéron aprovecharse de su imprudencia para sorprehenderlos y apoderarse de Tordesillas. En desquite Juan de Padilla, á quien eligiéron por su xefe los Comuneros, ocupó á Torre-Lobaton, villa propia del Almirante; pero con noticia de que los Realistas, á las órdenes de los Condes de Haro y de Oñate, pensaban atacarle en ella, trató de refugiarse á Toro, donde le era mas fácil oponer una defensa vigorosa. Tuvo la desgracia de ser alcanzado en el camino junto á Villalar, y acometido por el frente y flancos; y habiendo sobrevenido en medio de la refriega un recio temporal de viento y lluvia, que daba en los ojos á los Comuneros, quedáron dueños del campo los Realistas, haciendo prisioneros á los principales caudillos de los insurgentes. El valiente Padilla, herido en una pierna, cayó igualmente en poder de los vencedores, y al dia

siguiente, 24 de Abril de 1525, sufrió con todos sus compañeros la pena capital.

Sobrecogida Valladolid con la noticia de este suceso, trató de reducirse implorando el perdón. Obtuvo con efecto un indulto general, y solo fueron castigadas diez y ocho personas de las mas inquietas; pero con tal disgusto del pueblo, que quando entró despues en la ciudad el ejército Real, permanecieron encerrados en sus casas todos los vecinos, y nadie, ni aun por curiosidad, quiso abrir una ventana. A Valladolid siguiéron Segovia, Salamanca, Medina del Campo, Zamora, y demas pueblos sublevados, á excepcion de Toledo, que léjos de intimidarse con la muerte de Padilla, se encendió en mayor furor. Los Realistas que habia en ella intentáron refrenar la demencia de los Comuneros, abriendo las puertas al Marques de Villena; pero la valerosa Doña María Pacheco suplió de tal modo las veces de su difunto marido, que apoderándose del alcázar, no solo tuvo á raya á sus enemigos, sino que obligó al Marques á retirarse. Bloqueda la ciudad despues por un destacamento de tropas Realistas, los Comuneros, animados por el espíritu varonil de aquella valiente amazona, digna de mejor causa,

se defendieron con la mayor obstinacion. Fal-
tos de víveres, de municiones y recursos, se
precipitaban en el campo de los sitiadores con
todo aquel furor que infunde la desesperacion;
vencedores en algunos pequeños encuentros, re-
petian con doble esfuerzo estas sangrientas es-
cenas; pero últimamente, habiendo perdido
en una de ellas mas de mil y seiscientos hom-
bres, se viéron precisados á capitular. La me-
diacion del Clero les alcanzó el perdon, y to-
dos depusieron las armas, á excepcion de Do-
ña María, que temiendo no conseguirle, é
implacable por la muerte de su marido, se
hizo fuerte en el alcázar, y jamas quiso ren-
dirse. Los Realistas la tuvieron mas de tres
meses bloqueada, asaltáron la fortaleza repe-
tidas veces, la entráron finalmente; pero Do-
ña María les disputó á palmos el terreno, y
solo quando ya se halló sin esperanzas de ven-
cer, se puso en fuga con un hijo suyo, y dis-
frazados de aldeanos, se refugiáron en Portu-
gal. Toledo quedó por este medio sosegada,
y la venida del Emperador y su clemencia
acabáron de restablecer la tranquilidad en todo
el reyno. Merece referirse la respuesta que
dió en esta ocasion á uno de sus cortesanos,
que le declaró donde se ocultaba cierto Ca-

ballero de la faccion de los Comuneros: „Mejor hubiérais hecho, dixo el indulgente Monarca al delator, en haber avisado á ese Caballero que yo estaba aquí, que en avisarme á mí de donde está él.”

Durante estas inquietudes domésticas, Henrique de Labrit, que no perdía un momento de vista la recuperacion del reyno de sus padres, patrocinado por Francisco I, quiso aprovecharse de las circunstancias, y envió contra Navarra un poderoso ejército frances, que penetró sin resistencia hasta el castillo de Pamplona, defendido valientemente por el bizarro Don Ignacio de Loyola. Luego que una bala de cañon puso á este marcial jóven en estado de no poder pelear, abrió el castillo las puertas, y toda la Navarra quedó sujeta al vencedor en el año de 1521; pero el ejército frances, en vez de fortificarse en Navarra como debiera, se introduxo en Castilla con objeto de dar calor á los mal contentos, y llegó hasta poner sitio á Logroño; pero encontró con lo que no esperaba. Miéntras esta ciudad se defendía bizarramente, le atacó con sus valerosas tropas la nobleza castellana, le derrotó en las Navas de Esquiros, dexando mas de seis mil hombres tendidos en el campo,

haciendo prisionero á su General, apoderándose de toda su artillería y bagages; y por último, despues de seguirle el alcance hasta Pamplona, le obligó á volver á pasar los Pirineos.

Habiendo vacado por este tiempo la Silla de San Pedro por muerte de Leon X, el Emperador Don Cárlos, que deseaba dar una prueba á su Preceptor Adriano de quan satisfecho se hallaba de sus servicios, empleó todo su influxo para que recayese en él la eleccion del Consistorio. Era sin duda el Cardenal muy digno de esta elevacion; pero no bastaba merecerla para conseguirla, y desde la Cátedra de Teología en la Universidad de Lovayna hasta la Cátedra de Roma, no dexaba de haber una distancia inmensa. Sin embargo, el camino no fue largo, y fue bien brillante para Adriano. En el año de 1523 se ciñó la tiara; y Don Cárlos, que todo lo esperaba de un Pontífice que se lo debia todo, pidió y obtuvo el derecho de presentar todos los Obispados de España, y la perpetua administracion de las Ordenes Militares; pero quiso la desgracia que su Pontificado fuese de duracion muy corta, y que Adriano muriese á poco mas de un año de su eleccion.

Desembarazado Don Cárlos de las turbu-

lencias interiores, y libre ya de la guerra de Navarra, se vió empeñado en otra nueva, suscitada tambien por el Rey de Francia. El poder de Carlos V excitaba la envidia, y aun el temor de toda Europa: pero quien mas abiertamente se declaró desde luego su competidor, y el émulo de sus glorias, fue Francisco I, el qual no contento con haberle hecho oposicion, aspirando igualmente al cetro imperial, y con favorecer los proyectos de Henrique de Labrit contra Navarra, hizo revivir sus pretensiones: al Ducado de Milan, y despojó violentamente al Duque Francisco de Esforcia. Carlos, para expeler de Italia á los Franceses, se unió con el Pontífice, que á la sazón era Clemente VII, sucesor de Adriano, si bien ayudó muy poco el Papa en las campañas que se siguiéron. Las armas imperiales experimentáron por lo general sucesos muy favorables en aquella porfiada guerra, la qual vino á terminarse gloriosamente para el Emperador con una célebre batalla, dada en 1525, entre el ejército español y el frances, junto á los muros de Pavía, plaza que tenia sitiada Francisco, y defendia el animoso Capitan Antonio de Leyva. A pesar del superior número de los Franceses, animados con la pre-



Batalla de Pavía.

Emulo implacable de las glorias del Emperador Carlos V el orgulloso Rey de Francia Francisco I, tenía sitiada á Pavía; pero junto á sus muros no solo derrotaron los Españoles el ejército francés, mandado personalmente por su diestro y valeroso Almirante, sino que este mismo fue hecho prisionero de guerra por un simple soldado. La humillacion es la pena mas frecuente, justa y sensible para el orgulloso.

sencia de su mismo Soberano, á quien no pueden negarse las prendas de esforzado y diestro guerrero, triunfaron completamente los Españoles, haciendo prodigios de valor en aquel memorable dia, baxo la direccion y mando del Marques de Pescara, que se distinguia entre los principales xefes por su espíritu y pericia militar. Quedó prisionero de guerra el Rey Francisco con una porcion de señalados caudillos, entre ellos Henrique de Labrit, perdió mas de diez mil hombres, y las reliquias de su destrozado ejército hayeron de Italia apresuradamente.

Estremecióse la Italia toda al ver esta conquista, pues poseyendo Cárlos á Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Milanésado, podia considerársele dueño de la mayor y mejor parte de la Europa; y teniendo en su poder al Rey de Francia, ya no quedaba quien le contrarestase, y podria sin dificultad apoderarse de ella apénas lo intentase. Por lo mismo, las Potencias de Italia procuráron la libertad de Francisco, aun por los medios viles de la traycion y de la fuga; pero la fidelidad de Don Pedro de Alarcon, que le tenia baxo su custodia, hizo ilusorias todas sus tentativas. Entonces se creyó necesario transportar á Es-

pañá al ilustre prisionero; y desde Pizzighitonne, donde se hallaba detenido, fue conducido á Madrid con la consideracion debida á su persona. Aquí le visitó el Emperador con el mayor afecto, procuró consolarle en su desgracia, y por último, le concedió la libertad baxo muchas condiciones, siendo la principal que habia de abandonar sus pretensiones á los Estados de Milan, Génova, Nápoles, los Países-Baxos y Borgoña. Fuéron aceptadas todas ellas por el Rey prisionero en una solemne concordia, firmada en Madrid con la cláusula de que si en el espacio de seis meses no quedaban cumplidas, se restituiria voluntariamente á la prision aquel Soberano, para lo que empeñó su fe y palabra real. A pesar de tan formales promesas no se verificó la observancia de aquellos pactos; antes bien, negándose á ella el Rey de Francia, envió á Cárlos V Embaxadores, haciéndole proposiciones muy diversas, y pretendiendo dar la ley el que la habia recibido.

Durante las negociaciones para el rescate de Francisco, las Potencias de Italia, que no pudiendo desechar el temor que les infundia el asombroso poder de Cárlos V, no habian podido conseguir tampoco la evasion de su

ilustre competidor, tuviéron la poca delicadeza de recurrir segunda vez á medios igualmente viles para suscitarle enemigos. El Marques de Pescara, Comandante de las armas imperiales, se hallaba algo descontento de Carlos por ciertas etiquetas; y creyendo que no las seria difícil conseguir que abandonase los intereses del Rey su amo, le hicieron indignas proposiciones para que convirtiese contra él sus armas, y aun llegaron hasta ofrecerle la corona de Nápoles; pero aquel leal y honrado vasallo, no solo se negó á partido tan indecoroso, sino que dió parte á su Soberano del iniquo designio; y los tentadores de la fidelidad de Pescara, viéndose descubiertos, hubieron de recurrir á otros arbitrios mas decentes y ménos infructuosos.

Concertáron pues una liga, que llamáron *de la libertad de Italia*, y por otro nombre *Clementina*, por ser Clemente VII su principal corifeo, en la qual, ademas del Pontífice, la República de Venecia, y el mismo Duque de Milan, á quien el Emperador acababa de restablecer en la posesion de sus Estados, entráron los Franceses, los Ingleses, los Florentines, y casi todos los Príncipes italianos. El Emperador hizo todo lo posible por

separar á Clemente de la liga. Le envió Embaxadores que le hiciesen conocer quan imprudente y ageno de la cabeza de la Iglesia era fomentar una nueva guerra entre Principes Christianos, al mismo tiempo que el Turco, insolente con las recientes conquistas de Egipto y Rodas, amenazaba á toda la christiandad; pero últimamente, viendo que eran infructuosos estos prudentes oficios, encargó el mando de sus valerosos tercios al Duque de Borbon, Condestable de Francia, que por desabrimientos con su Corte se habia pasado al servicio del Emperador, y dado pruebas de esforzado guerrero en la batalla de Pavía y en otras empresas. Este animoso caudillo marchó derecho á Roma resuelto á tomarla por asalto, hizo aplicar las escalas, subió al muro de los primeros, y murió en la accion. Sucedióle en el mando el Príncipe de Orange; entraron en la ciudad sus tropas, la saqueáron, y destruyéron con indecible furia por espacio de siete dias; y despues de hacer una matanza horrible en los coligados, obligáron á Clemente á refugiarse en el castillo de Sant-Angelo con algunos Cardenales y otros parciales suyos. Allí le cercáron, le estrecháron por espacio de un mes, y por último, el Papa,

falto de víveres, de municiones y dinero, no tuvo mas recurso que rendir el castillo en Junio de 1527 con obligacion de satisfacer quatrocientos mil ducados, de entregar á Civitavechía, Parma, Plasencia, Módena y Tiferna, de no embarazar al Emperador en los asuntos de Milan y de Nápoles; y finalmente, de quedar preso por espacio de seis meses, dentro de los quales habian de quedar cumplidas estas condiciones. Sin embargo, solo estuvo detenido en el castillo algunos dias, y luego se le permitió volver al Vaticano; pero en una de las noches inmediatas al dia en que iba á cumplirse el plazo, se huyó disfrazado á Orbieto, ciudad fuerte, guarnecida por tropas de la liga.

Aunque tenia sobrada justicia Cárlos V para dexar castigada la mala correspondencia de Clemente á los particulares beneficios que le debia, léjos de aprobar los excesos y violencias, que con tal desenfreno cometieron sus tropas en la capital del orbe christiano, le fuéron tan sensibles, que quando recibió la noticia, mandó suspender los regocijos públicos con que en Valladolid se celebraba el nacimiento de su primogénito Don Felipe, que acababa de dar á luz la Emperatriz Doña Isa.

bel, hermana del Rey de Portugal Don Juan III. Entre tanto, con pretexto de poner en libertad al Pontífice, envió Francisco I á Italia nuevo ejército, el qual logró al principio no pocas ventajas, apoderándose con rapidez de Génova y Pavía, entrándose por el reyno de Nápoles, y poniendo sitio á la misma capital. Sus defensores eran muy pocos; pero estaban acaudillados por los mejores Capitanes de aquel tiempo, Don Hugo de Moncada, Don Pedro de Alarcon, el Príncipe de Orange, el Marques del Vasto y otros varios. Sin embargo, la esquadra francesa, que al mando de Filipin Doria tenia bloqueado el puerto, deshizo casi enteramente la española. Moncada murió en la refriega; murieron tambien otros caudillos; otros fuéron hechos prisioneros; y la guarnicion, sensiblemente disminuida, esperaba el asalto de un momento á otro, quando repentinamente se mudó la escena. Andres Doria, célebre Capitan de mar, que se hallaba al servicio de Francia con un gran número de galeras propias, resentido por cierto desayre que recibió del General frances, y ademas lisonjeado con mas ventajoso partido por el Príncipe de Orange, se pasó al servicio del Emperador, y mandó á Filipin

su sobrino que separase sus galeras de las de su antiguo aliado, é introduxese en Nápoles un oportuno refuerzo de tropas, víveres y municiones. Este imprevisto acontecimiento, el prodigioso valor de los imperiales, y principalmente la pestilencial enfermedad que empezó á propagarse por las tropas francesas, las obligáron á levantar el campo, á retirarse con precipitacion, y á perder todo lo conquistado. En tales circunstancias, el Papa, que veia con dolor su Corte dominada por extrangeros, y su partido ya muy débil, y el Rey de Francia, que ya empezaba á cansarse de lidiar desventajosamente con un competidor tan poderoso y tan afortunado, tratáron de restituir á la Italia la quietud de que por tanto tiempo habia carecido, y pidiéron la paz. El Emperador prestó generosamente oídos á sus súplicas; y despues de haberse reconciliado con Clemente baxo condiciones decorosas, se convino tambien con Francisco I en Cambray, año de 1529, baxo los mismos artículos, si bien algo reformados, de la concordia hecha en Madrid, restituyendo al Rey de Francia, mediante la suma de dos millones de escudos de oro, las personas del Delfin y de su hermano mayor, que habian sido entregadas en

rehenes para la seguridad de aquel concierto. En esta paz fuéron igualmente comprendidos el Rey de Inglaterra, y todos los Príncipes y Repúblicas de Italia, ménos Florencia, que al principio se negó obstinadamente á todo partido; pero que por último, tuvo que ponerse en manos del vencedor. Cárlos pasó luego á Bolonia, y allí recibió de mano del Pontífice la corona imperial con la mayor solemnidad y pompa: tuvo bastante generosidad para olvidar la ingratitud de Francisco Esforcia, y concederle nuevamente la investidura del Ducado de Milan; y por último, dió á los Florentines por Señor, con título de Duque, á un sobrino del Papa, llamado Alejandro de Médicis, á quien casó con Margarita de Austria, su hija natural. De Italia pasó el Emperador á Alemania, en donde hizo coronar Rey de Romanos á su hermano el Infante Don Fernando, que además de poseer los Estados hereditarios de la Casa de Austria, reunia ya en su cabeza las coronas de Hungría y de Bohemia.

El Emperador turco, Soliman, invadió por entónces estos dos reynos con un formidable ejército; pero Cárlos V, á la frente de sus tropas, le obligó á retirarse con gran pér-



Toma de la Goleta.

*Despojato del reino de Túnez Muley-Hacem, sú-
dito de los Reyes de Castilla, imploró el socorro
de Carlos V contra el usurpador Haradin-Bar-
barroxa; y presentándose el generoso Carlos
con 400 velas delante de la Goleta, la tomó
a viva fuerza, facilitando así la reconquista
de Túnez para su protegido. Proteger sin in-
terés al despreciado dexa á este todo el fruto; pe-
ro toda la gloria á su protector.*

dida y desayre: hazaña que no fue sin duda la menor de las suyas, tanto por las fuerzas que conducia el orgulloso enemigo, como por la gravedad de una empresa en que se trataba de la libertad ó de la destruccion de las Potencias christianas.

Volvió el Emperador á España pasando por Italia; y entre tanto Haradin Barbaroxa, atrevido pirata, que desde largo tiempo tenia infestadas las costas del Mediterráneo, despojó del reyno de Tunez á Muley Hacem, feudatario de los Reyes de Castilla. Imploró este el socorro de Cárlos, quien recibéndole baxo su proteccion, se presentó delante de la Goleta con una armada de quatrocientas velas. Tuvo que apoderarse á viva fuerza de esta fortaleza, casi inexpugnable, que defiende la entrada del puerto de Tunez, y se hallaba bien pertrechada por Barbaroxa; puso en fuga á la guarnicion; y resuelto á castigar al pirata, marchó derecho á la plaza, sin arredrarle el asombroso número de sus defensores, que llegaba, segun dicen, á ciento y cincuenta mil. Barbaroxa le salió al encuentro en medio de aquellos ardientes arenales con noventa mil hombres, en la confianza de que el ardor del clima, la sed y la fatiga dexa-

rian su cimitarra ociosa; pero los Españoles por lo mismo le acometiéron con mayor denuedo, y haciendo pedazos aquella muchedumbre, obligáron á su xefe á refugiarse dentro de los muros de Tunez. Corrido el Africano al verse tan completamente deshecho por un puñado de gente, quiso tomar la infame venganza de mandar volar las mazmorras en que tenia encerrados mas de veinte mil Christianos; pero estos infelices, por un efecto de desesperacion, rompiéron sus prisiones, y apoderándose de la fortaleza, abriéron las puertas al ejército imperial, que despues de una matanza horrible, entró vencedor en Tunez, año de 1535. Barbaroxa tuvo la fortuna de salvarse en Argel; pero Cárlos, restituyendo generosamente á Muley Hacem la corona perdida, aseguró los mares contra las piraterías que alentaba á executar el abrigo del fuerte de la Goleta; bien que Barbaroxa, auxiliado del Turco, no dexó de molestar despues tambien á los Christianos.

El carácter de Cárlos, ardiente, activo y belicoso, era sin duda el mas á propósito para las circunstancias en que se vió constituido. Casi todo su reynado fue una continuada serie de campañas; y aun quando hubiese que-

ruido evitar algunas guerras, no le hubiera sido muy fácil, envidiándole su prosperidad tantos y tan poderosos enemigos. Murió el Duque de Milan Francisco Esforcia, dexando en su testamento sus Estados al Emperador; y este fue un nuevo motivo para que su enconado rival, el Rey de Francia, resucitase sus pretensiones al Milanesado, y volviese á inquietarle. Renovóse la guerra, y al principio no dexó de lograr Francisco I algunas ventajas en el Piamonte, que habia invadido con numeroso ejército; pero el Emperador por su parte, no solo reprimió el ímpetu de los Franceses, sino que recobró las plazas ocupadas, se introduxo en la Provenza, conquistó algunos pueblos, y puso cerco á Marsella. En una palabra, la Francia parecia amenazada de un terrible golpe; pero el éxito desmintió las conjeturas. Marsella se defendió muy bien, y la epidemia que sobrecogió al ejército imperial le reduxo bien pronto á ménos de la mitad, y obligó á Cárlos á levantar el sitio y replegarse á Niza. En el asalto de una torre inmediata á esta plaza murió el célebre Garcilaso de la Vega, que despues de haber ilustrado con su pluma las musas castellanas, seguia la carrera de las armas, acreditando el

valor que correspondia á su ilustre nacimiento; é indignado Cárlos por la desgraciada muerte de aquel dulce poeta y noble soldado, mandó pasar á cuchillo á todos los que defendian la torre. Finalmente, por mediacion del Papa Paulo III, sucesor de Clemente, concertó Cárlos V en Niza una tregua de diez años con el Rey de Francia; y se restituyó á España, quedando reconciliados á lo ménos por el pronto ambos Soberanos.

Una lucha tan obstinada y continua no podia sostenerse sin crecidos dispendios; y agotado el erario, fue preciso recurrir á nuevas imposiciones. Resintiéronse algunos pueblos; pero Gante principalmente se negó con descaro á acudir á las públicas urgencias, y tomó las armas para sostener el atentado. Amenazaba una sublevacion general en los Países-Baxos, que clamaban por la presencia del Emperador; y como en estas ocasiones nada importa tanto como la celeridad, para ir con mayor diligencia, Cárlos, excesivamente confiado en la buena fe y honradez de Francisco I, pidió paso libre por Francia, que le fue concedido sin ningun reparo. Francisco le recibió en Paris con las mayores muestras de afecto y cordialidad, le hospedó en su pala-

cio mismo, y le trató con generosa magnificencia. Como la política del mundo se gobierna por cánones muy distintos que la que se funda en la honradez, fue problema entre los políticos de aquel tiempo: ¿quál de los dos Príncipes se mostró mas necio en esta ocasion, si Cárlos, que fue á ponerse en manos de su enemigo capital, ó Francisco que no se apoderó de Cárlos hasta el efectivo recobro de la Navarra y el Milanesado? Como quiera, Cárlos salió libremente de Francia con mayor dicha que prudencia, y para colmo de su felicidad, su presencia sola calmó las inquietudes de los Paisés-Baxos.

A vista de tan generosa conducta hubiera creido qualquiera que la reconciliacion de Francisco con Cárlos era de las mas sinceras y cordiales; pero como sus renunciaciones del derecho que juzgaba tener al Ducado de Milan, solo habian sido aparentes, y jamas habia perdido ocasion de reiterar sus pretensiones, rompió la tregua apénas pasó un año, con el especioso pretexto de vengar la muerte de dos Embaxadores suyos, que caminando á Constantinopla habian sido asesinados en Italia, imputando este atentado á secreta disposicion del gobierno español. Cárlos V acababa de pade-

cer entónces una fatal derrota en Argel, á cuya conquista habia partido con poderosa esquadra, perdiendo la mejor parte de sus buques á la violencia de una furiosa tempestad; y pareciéndole á Francisco oportuna ocasion de acometer á su enemigo, empezó las hostilidades por varios puntos á un mismo tiempo. El Piamonte, el Brabante, el Luxêmburgo y el Rosellon se viéron en un momento invadidos por otros tantos exércitos aguerridos y numerosos. El Delfin sitió á Perpiñan con quarenta y quatro mil hombres; pero halló tal resistencia en esta plaza, que levantó el cerco. El Duque de Orleans en Luxêmburgo, y el de Cleves en Brabante, lograron algunas ventajas, aunque los Imperiales consiguieron al cabo resarcir muchas de sus pérdidas, obligando al de Cleves á pedir partido. En Piamonte hicieron los Franceses mas rápidos progresos, y ganaron cerca de Cariñan una importante batalla; pero el Emperador, aliado con el Rey de Inglaterra Henrique VIII, penetró en Francia por la parte de Lorena, rindiendo quanto se oponia á sus armas. No se llegó sin embargo á combate decisivo, porque Francisco, temiendo la superioridad de las fuerzas de Cárlos, que se

acercaba á Paris, precedido del espanto y la victoria, pidió la paz en 1544, ratificando la renuncia de sus derechos á Milan, Nápoles, y otros países; y sin duda debió quedar escarmentado ó bien persuadido de la constante fortuna de su competidor, pues desde entónces no volvió á molestarle.

No estaba el Imperio ménos necesitado de la paz que lo estaba la Francia, porque la heregía del pertinaz Lutero, que en 1517 apareció en Saxonia por primera vez, favorecida de varios Príncipes alemanes, y particularmente del Duque, Elector de Saxonia, y del Landgrave de Hesse, habia llegado con el tiempo á hacer los mas rápidos progresos, sembrando por todas partes el fuego de la discordia y de la rebelion. Desde que Cárlos ocupó el trono imperial habia trabajado inútilmente en apagar este incendio, valiéndose de todos los medios suaves que le parecieron propios para solicitar la paz y la concordia; pero últimamente, rezelando el Duque de Saxonia, el Landgrave, y demas Príncipes luteranos, que echase mano de las armas para reducirlos, se confederáron contra él. Luego que cesáron las funestas discordias entre España y Francia, tomó el Emperador sus me-

didias para disipar esta liga; pero los *Protestantes*, nombre que tomaron los Luteranos por haber protestado contra el Concilio de Trento, que se celebró por entónces, se previniéron igualmente por su parte, y resueltos á hacerle frente, llegaron á poner sobre las armas un ejército de ciento y veinte mil hombres. Cárlos, sin embargo, no se detuvo en atacarlos, y les ganó una importante victoria, en que hizo prisioneros al de Saxonía y al de Hesse, despues de una empeñada guerra, en que no solo manifestó su esfuerzo, sino tambien su industria y sagacidad, dando tiempo á que se fuese debilitando el poder de sus enemigos. En efecto, siendo la liga de los Protestantes un cuerpo compuesto de muchas cabezas, y no subsistiendo su ejército sino de las contribuciones de varias ciudades, habia de llegar el caso de que estas se cansasen de tan insoportable gravámen. Apaciguáronse por entónces las revoluciones que la heregía causaba en Alemania, y las hubiera cortado para siempre el diligente zelo de Cárlos V, si Henrique II, sucesor de Francisco I en la corona de Francia y en la rivalidad, no le hubiese distraido con una nueva guerra uniéndose á sus enemigos.

Quando mas ocupado se hallaba Cárlos en sacar de su victoria sobre los hereges todas las ventajas que podia prometerse, y en hacer frente al Turco, que habia invadido la Alemania, el nuevo Rey de Francia se apoderó repentinamente de la ciudad de Metz en Lorena, que pertenecia al Imperio, y ademas introduxo la guerra en el Milanésado y en los Paises-Baxos. Vióse precisado el Emperador á contemporizar con los Protestantes, y aun dió libertad á sus principales corifeos para separarlos de la alianza con la Francia; y juntando un ejército respetable, emprendió la reconquista de Metz con el mayor empeño. La vigorosa defensa del Duque de Guisa, que se encerró dentro de la plaza, el rigor de la estacion, y mas que todo las enfermedades epidémicas que se declaráron en el campo, arruináron el ejército imperial, y pusieron al Emperador en precision de levantar el sitio. Esta desgracia le fue todavía mas sensible que la que padeció delante de Marsella, y comenzó desde aquel tiempo á mirar con tedio ó con disgusto el exercicio de la guerra. Dos años despues padeció su ejército otra derrota por las armas francesas junto á Renti en el pais de Artois, cuya noticia re-

cibió como hombre desengañado del mundo y de sus glorias, diciendo: „¡Cómo se conoce que la fortuna es dama cortesana, que gusta de los mozos, y se cansa de los viejos!” Fatigado al fin de las armas, y molestado de achaques, especialmente de la gota, dió el mas público y singular testimonio de su desengaño, renunciando la corona de España en su hijo el Príncipe Don Felipe, y la del Imperio en su hermano Fernando, ya Rey de Romanos. Retiróse á vivir privada y pacíficamente en el monasterio de Yuste, Orden de San Gerónimo, á siete leguas de Plasencia en Castilla la Vieja, adonde permaneció desde el año de 1556 en que hizo la renuncia, hasta 21 de Setiembre de 1558 en que falleció, empleado únicamente en ejercicios piadosos, y tan desentendido de los negocios públicos, como si le hubiesen sido siempre absolutamente desconocidos. En 11 de Abril de 1555 habia fallecido tambien su madre la Reyna Doña Juana, que retirada y oculta en el palacio de Tordesillas, subsistió hasta la muerte sin alivio en la dolencia que habia trastornado su razon.

Algunos escritores prodigan los elogios en favor de Carlos V, y otros deprimen hasta el

extremo su mérito; pero lo mas prudente es creer que ni para lo uno ni para lo otro hay bastante razon. Le acusan de haber expendido sumas inmensas en guerras inútiles, y quizás algunas lo serian efectivamente; ¿pero por qué no se ha de confesar tambien que la rivalidad de sus enemigos le suscitó la mayor parte? Para la defensa de sus Estados y aumento de la religion hizo nueve viages á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, quatro á Francia, dos á Inglaterra, otros dos al Africa, absorviendo en ellos, segun dicen sus émulos, las riquezas de todos sus Estados: ¿pero por qué no hemos de creer que su presencia era necesaria en aquellos puntos, aun quando no fuese mas que para infundir en sus soldados aquella confianza precursora de la victoria? Desapruébese enhorabuena el empeño con que aspiraba sin rebozo á la monarquía universal: desapruébese el error político con que se desprendió de la isla de Malta á favor de la religion de San Juan, siendo este un punto tan importante para proteger la navegacion del Mediterráneo; desapruébense últimamente algunos otros defectos que se le notáron; pero guárdese la imparcialidad propia de un historiador, y hón-

rese en lo demas la memoria de este héroe, que arrebató la admiracion de Europa.

En tiempo de Cárlos V se empezó á dar á los Reyes de España el título de Magestad en lugar del de Alteza, que habian usado hasta entónces, y se estableció formalmente la dignidad de Grande de España en los que antes se llamaban Ricos-hombres. Dió nueva planta al Consejo de Estado, é instituyó el de Indias, en cuyos negocios entendian desde el tiempo de los Reyes Católicos algunos Ministros escogidos de otros tribunales. Y finalmente, en su reynado se hicieron las memorables conquistas de México y del Perú.

Desde las atrevidas empresas de Cristóbal Colon no cesaron de hacer descubrimientos y conquistas en el nuevo mundo muchos insignes pilotos y caudillos Españoles, entre los quales se escuchan con admiracion los nombres de Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa, Vasco Nuñez de Balboa, Juan Ponce de Leon, Juan Diaz de Solis, Rodrigo de Bastida, Francisco Fernandez de Córdoba, Juan de Grijalva, y otros no ménos dignos de memoria. En 1518 el Portugues Fernando de Magallanes, descontento de su Soberano, que no remuneraba sus servicios, vino á ofrecerlos á la

Corte de España. Partió de Sevilla con cinco navíos; y en 1519 descubrió, con nueva y peligrosa navegacion, el estrecho, que desde entonces tomó su mismo nombre. Hernan Cortés, natural de Medellin en Extremadura, hombre de notable esfuerzo, penetracion y zelo patriótico, acabó en el año de 1521 de descubrir y conquistar felizmente el Imperio de México ó Nueva-España, bastando para muestra de su heroyca intrepidez la resolucion que tomó de barrenar y echar á pique los baxeles, que le habian conducido á aquellas desconocidas regiones, para quitar á sus soldados la esperanza de retroceder, y empeñarlos mas en vencer ó morir. A esta admirable conquista se siguió pocos años despues la del Imperio del Perú, que Francisco Pizarro, otro animoso Extremeño, venciendo increíbles obstáculos, sujeto á la dominacion española.

Es tan fecundo en grandes sucesos el reinado de Felipe II, que con dificultad podrá averiguarse quáles sean los mas dignos de atencion. La monarquía española, con tantas y tan ricas conquistas, habia llegado á la cumbre de su engrandecimiento; si bien no puede negarse que las continuas guerras que habia tenido que sostener Cárlos V, la dexaron escasa de

caudales. Su poblacion se habia disminuido tambien considerablemente ya por esta causa, ya por las frecuentes emigraciones de muchos Españoles que pasaban á la América, codiciosos de la fortuna que les presentaban tan fácil los nuevos descubrimientos. No hay duda que en lugar de aspirar á la adquisicion de nuevos dominios, hubiera sido mas prudente atender á la defensa, cultivo y felicidad de los conquistados; pero Felipe II quiso imitar á su padre en lo guerrero, y siendo ménos afortunado, experimentó en su tiempo la nacion los principios de la decadencia, que segun iremos conociendo, se declaró mas en el Reynado de su hijo Felipe III, creció en el de su nieto Felipe IV, y llegó al extremo en el de su biznieto Carlos II, último de la dinastía austriaca.

Felipe II habia gobernado á España con igual acierto que prudencia todo el tiempo que duró la ausencia de su padre para sosegar las inquietudes de Alemania; y hallándose ya heredero de sus Estados, heredó tambien la guerra contra la Francia, si bien con la fortuna de hallarse al mismo tiempo con las mejores tropas de Europa, y con los mas grandes Capitanes para mantenerla con repu-

tacion. Los ánimos de Españoles y Franceses habian quedado desde las anteriores discordias muy propensos á volver á las armas, y las tomáron con efecto, empezando los Franceses por dar socorro á su amigo el Papa Paulo IV, que confederado con ellos intentó despojar á Don Felipe de los Estados que poseia en Italia. Fuéron infructuosos los prudentes y amistosos oficios que este pasó con el Sumo Pontífice, para que desistiese de tentativas tan escandalosas, y que podian serle tan funestas como á su antecesor Clemente VII; y habiendo preso Paulo contra el derecho de gentes á unos Embaxadores de Felipe, ya no pudo este diferir mas tiempo el tomar unas medidas vigorosas, y envió contra el Estado romano un ejército de trece mil hombres, acaudillado por el Duque de Alba Don Fernando Alvarez de Toledo, Virey de Nápoles á la sazón. Las armas españolas, despues de ganar el puerto de Ostia, se apoderáron muy en breve de quantas plazas y pueblos halláron al paso hasta dar vista á Roma, que hubiera sufrido la misma suerte que en tiempo de Cárlos V, si intimidado el Papa no hubiera aceptado la paz, con que á pesar de tan prósperos sucesos le estaba convidando España generosamente.

Entre tanto se habian ya visto los Franceses precisados á acudir á la defensa de la provincia de Picardía, que habia invadido Don Felipe, sitiando por último á San Quintin, plaza fuerte sobre el rio Soma. Manuel Filiberto, Duque de Saboya, que mandaba los tercios españoles, saliéndo al encuentro al ejército frances, que escoltaba un socorro destinado á la plaza, le atacó con el mayor denuedo, le hizo piezas, y consiguió un triunfo tan completo, que despues de dexar seis mil Franceses tendidos en el campo, ganó cincuenta y dos banderas, diez y ocho estandartes, todo el bagage, toda la artillería, é hizo prisioneros á un gran número de caudillos y personas de distincion. El Rey, que estaba en Flandes, pasó al campo quatro dias despues de la victoria, y estrechando con todo esfuerzo el sitio de la plaza, despues de combatir por algunos dias sus muros, se apoderó de ella por asalto, pasando á cuchillo la mayor parte de su guarnicion. La misma suerte sufrieron las de Chatelet, Han y Noyon, y nada hubiera podido detenerle hasta Paris, que le esperaba lleno de consternacion y asombro, si por una conducta inexplicable no hubiera preferido una paz, que no podia ser permanente



Monasterio del Escorial.

Obtendida por Felipe II en 10 de Agosto de 1557 la memorable victoria de San Quintin, hizo edificar en el Escorial los mas suntuosos monasterio y templo; y dedicandole al glorioso mártir español S. Lorenzo, eternizó la memoria de su piedad con el mas admirable monumento de las nobles artes. Felíz fué en la batalla; pero mas en haber acertado á dar tan señaludo testimonio de gratitud al cielo.

á la seguridad de dexar abatido el orgullo de sus irreconciliables enemigos. Así es que aun Cárlos V, que en iguales circunstancias había observado la misma conducta, quando en su retiro recibió la noticia de estos sucesos con relacion circunstanciada de la batalla, no pudo ménos de preguntar, ¿sino estaba ya en Paris el Rey su hijo? La casualidad de haberse logrado la victoria de San Quintin en el dia de San Lorenzo, 10 de Agosto de 1557, determinó á Felipe II á dedicar á este Glorioso Mártir español el suntuoso y celebrado templo, que hizo construir en el Escorial, fundando tambien allí mismo un monasterio del Orden de San Gerónimo, y dexando en tan admirable fábrica el mas insigne monumento de su piedad, de su munificencia, de su buen gusto en las nobles artes, y del esmero con que las honraba y protegia. Duró su construccion diez y nueve años, habiéndola empezado en 1563 el Arquitecto Juan Bautista de Toledo, natural de Madrid, y concluyéndola en 1582 su discípulo el montañés Juan de Herrera.

En el año siguiente de 1558 se renovaron las hostilidades por una y otra parte con el mayor empeño; pero no fue ménos gloriosa esta campaña que la anterior. Derrota-

dos completamente los Franceses en la batalla de Gravelingas hubieron de reconocer la superioridad de los aguerridos y veteranos tercios españoles, que sin duda merecian entonces el concepto de la mejor infantería de Europa, y pidieron la paz. Ajustóse en 1559, baxo condiciones ventajosas á España; y para mayor firmeza del tratado, Felipe II, viudo en segundas nupcias de la Reyna de Inglaterra Doña María, casó con Madama Isabel, que por esto fue llamada *de la Paz*, hija de Henrique II de Francia.

Al retirarse el Rey de los Países-Baxos dió las providencias que juzgó convenientes para contener en la obediencia así á los pueblos como á los Señores flamencos, y confió el gobierno de esta parte de sus Estados á su hermana Doña Margarita, hija natural de Carlos V, Duquesa de Parma, y Princesa de extraordinarios talentos. El Príncipe de Orange Guillelmo de Nassau, y los Condes de Horn y de Egmond, que aspiraban igualmente á exercer el mismo cargo, ofendidos de este que llamaban desayre, y resueltos á tomar una memorable venganza, se valiéron de la oportunidad que para ello les facilitaban las inquietudes de los Flamencos, disgustados del rigor

con que Margarita empezó á atajar los progresos de las nuevas opiniones de Lutero, que habiendo inficionado casi todas las provincias del Norte, fuéron recibidas con entusiasmo en los Países Baxos. La nobleza y la plebe se rebeláron, pretextando quejas sobre los tributos que les exígia el Ministerio español, y sobre el establecimiento del Tribunal de la Inquisicion. Pidiéron que saliesen del pais las tropas extranjeras so color de ser muy gravosas á la nacion, y de que jamas se aquietarian los pueblos miéntras no se las retirase. Les fue concedida esta demanda, y consiguieron por este medio dexar al gobierno desarmado. Insensiblemente fuéron haciendo considerables progresos los tres principales caudillos de los malcontentos. Hasta quatrocientos nobles del pais firmáron una especie de confederacion, por la qual se obligáron á mantenerse unidos y armados hasta conseguir se suprimiese la Inquisicion, y se revocasen los decretos publicados contra los Protestantes; y enarbolado ya el estandarte de la rebellion, hicieron público exercicio de la secta protestante, saqueáron las Iglesias, y con los socorros que recibieron de los Hugonotes de Francia, se apoderáron de bastantes plazas.

La Gobernadora, sin tropas para reprimirlos, pidió auxilio á Felipe II, quien no considerando necesario acudir con su presencia y autoridad, como lo habia hecho su padre solamente para calmar el tumulto de Gante, mucho ménos temible que el de todos los Países Baxos, se contentó con enviar un buen ejército al mando del Duque de Alba Don Fernando Alvarez de Toledo, dándole absolutos poderes para sujetar á los mal contentos. Apenas entró en Flandes, un gran número de estos, especialmente artesanos y comerciantes, se refugiáron en Alemania y Estados vecinos; y los demas tomaron en la apariencia el partido de la sumision, dando tiempo á que volviese el Príncipe de Orange con los socorros que habia ido á implorar de los Príncipes protestantes. El Duque de Alba, cuyo genio era incapaz de contemplaciones, prendió inmediatamente á los Condes de Egmont y de Horn, y los hizo degollar públicamente en la plaza de Brusélas: otros innumerables fuéron enrodados, empalados, quemados ó ahorcados, segun la gravedad de los delitos de que eran convencidos: demostraciones demasiado severas, que léjos de intimidar á los rebeldes, como se habia creído, solo sirviéron de irritar

mas los ánimos, y de agravar el mal haciéndole incurable. La política de Felipe II, grande ciertamente en la teórica, se vió en esta ocasion desmentida por la práctica; y aun quando despues quiso aplicar remedios mas benignos, ó por mejor decir, se vió forzado á ello, los rebeldes, enconados hasta el último extremo, lo creyéron debilidad mas que clemencia verdadera, y rehusáron por consiguiente aceptar quantos partidos les concedia el Monarca.

El Príncipe de Orange, favorecido de las Potencias del Norte, y mas que todo de la Inglaterra y de la Francia, se presentó en los Países-Baxos con un ejército de cincuenta y un mil hombres, que dividió en dos trozos, uno de quince mil, que acaudillado por su hermano Luis de Nassau, habia de invadir la Frisia, y otro de treinta y seis mil, que él mismo habia de conducir por la parte de Brabante. El del Duque se hallaba á la sazón considerablemente desmembrado por las gruesas guarniciones que habia tenido que poner en las plazas fuertes; pero con todo, el denodado General, aprovechando la oportunidad de atacar á sus enemigos divididos, tomó la resolucion de marchar en diligencia contra Luis, y forzándole en su campo, pasó casi

todas sus tropas á cuchillo, sin dexarle ni aun sombra de un solo regimiento. Revolvió despues hácia el Brabante muy á tiempo para recibir al de Orange; y sabiendo que este Príncipe carecia de víveres y de dinero para mantener tan numeroso ejército, se contentó con irle costeando por medio de algunos campos volantes, para ocuparle por todas partes las vituallas, molestándole tambien por la retaguardia, y arrojándose sobre ella al paso de los rios. En esta disposicion se fuéron paseando ambos ejércitos por todo el Brabante, la provincia de Namur y la de Henao; pero al fin del paseo se halló el Príncipe de Orange sin ejército, porque de sus soldados unos habian desertado por falta de víveres, y otros habian perecido al tiempo de buscarlos, de suerte que hubo de retirarse á Francia con solos trescientos hombres descalabrados, tristes despojos de los cincuenta y un mil con que habia entrado en Flandes. Cubierto de laureles el General español, regresó á Brusélas, continuando allí y en los demas pueblos su severidad, así contra los hereges como contra los rebeldes; y derrotando despues un nuevo ejército con que el de Orange volvió á penetrar en Flandes, reduxo todas las provincias rebeldes

á la obediencia de España, á excepcion de las de Holanda y Zelanda, en que dominaba el de Orange como Príncipe Soberano. Pero como para sujetar estas dos provincias necesitaba de una esquadra, y de dinero con que mantener á sus soldados hambrientos y desnudos, no pudiendo conseguir que de España le enviasen ni lo uno ni lo otro, pidió su dimision, y la obtuvo fácilmente de la Corte, desengañada ya de que su genio era el ménos á propósito para aquella empresa en tan delicadas circunstancias.

Retirado el Duque de Alba, se encargó sucesivamente el gobierno de los Estados de Flandes á Don Luis de Zúñiga y Requesens, Comendador mayor de Castilla, y á Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, ambos insignes Capitanes, y de tan apacible genio, y modales tan gratos, quanto tenian de ásperos los de su antecesor. Los rebeldes al verse en parte acariciados, y en parte consentidos, atribuyéron esta conducta á cobardía, y divirtiendo á los Gobernadores con inútiles conferencias y vanas esperanzas de mantenerse sumisos, procuráron secretamente fortificarse con robustas alianzas. Conociéron finalmente los Gobernadores que se les engañaba, y quisieron

seguir las máximas del Duque de Alba; pero ya era tarde. Los rebeldes se burláron constantemente de su rigor como de su benignidad; y aunque perdiéron algunas batallas, al cabo la principal parte de la Flandes sacudió el yugo de la dominacion española, negando la obediencia á Felipe II, rompiendo su real sello, y erigiéndose en República libre, soberana é independiente. La severidad y la clemencia son dos medios muy eficaces en el gobierno de los hombres, pero de nada sirven, y aun perjudican aplicados intempestivamente.

A Don Juan de Austria sucedió Alexandro Farnesio, Duque de Parma, é hijo de Margarita, quando solo habian quedado dos provincias obedientes de las diez y siete que componian aquellos Estados; pero este incomparable caudillo, ya por medio de la negociacion, ya á la frente de los esforzados tercios españoles, que á pesar del hambre, de la desnudez y de la fatiga, asombráron al mundo con los prodigios de su valor, consiguió reducir hasta ocho, y atemorizó la Holanda. Asesinado de un pistoletazo en su misma casa el Príncipe de Orange, autor de las inquietudes, y el alma de la rebelion, y no pudiendo la nueva República conservarse por sí misma, soli-

citó, aunque inútilmente, un Soberano capaz de defenderla, y sucesivamente se entregó al Rey de Francia, á la Reyna de Inglaterra, al Duque de Alenzon, al Archiduque Matías, y finalmente, al Duque de Leycester, favorito de la Reyna Isabel; pero todos la abandonáron á sus propios recursos: de suerte, que á vista de situacion tan crítica, y del esfuerzo y constancia con que peleáron los Españoles en la dilatada guerra de Flandes, acometiendo las mas árduas empresas, es creible que Don Felipe hubiera conseguido reducir aquellos Estados á la debida subordinacion, si no hubiese mirado su conservacion con la indiferencia mas indisciplable, y no se hubiese visto obligado á distraer sus fuerzas á otras expediciones.

Una de ellas fue la guerra contra los Moriscos ó Christianos nuevos de la ciudad y reyno de Granada. Por ciertas razones políticas se les prohibió, baxo severas penas, el uso de los trages morunos, baños artificiales, y algunas prácticas supersticiosas heredadas de sus padres los Mahometanos; y se tomáron providencias para que se observasen con exâctitud las leyes de la religion católica, que acababan de abrazar, hablasen la lengua caste-

llana, y vistiesen como los Christianos viejos. Estas novedades se hicieron demasiado duras y sensibles á aquella gente inquieta como recién conquistada, y tenazmente adicta á las costumbres y usos de sus mayores, fortificados con la educacion; y por otra parte la tenacidad de Felipe II en no suavizar de modo alguno la severidad de la pragmática, la sirviéron de estímulo y aun de pretexto para confederarse con el mayor secreto, y tomar las armas en 1568 sorprendiendo al Gobierno desapercibido. Eligiéron los Moriscos por Soberano á un hombre principal de entre ellos, llamado Don Fernando de Valor, que desde entónces tomó el nombre de Mahomet-Aben-Humeya, dándole título de Rey de Granada y de Córdoba, y empezáron á cometer inhumanas hostilidades contra los Christianos, que se halláron entónces muy expuestos á perder aquel importante reyno, y ver restablecidas en él la dominacion y secta de los Mahometanos. Pero al cabo de dos años de guerra, quedáron sujetos los rebeldes, á pesar de la obstinada resistencia que opusieron, fiados en los socorros que se les enviaban de Africa, y en la fragosidad de las Alpujarras, de donde era muy difícil desalojarlos; y para quitarles la propor-

cion de hacer en lo sucesivo tan atrevidas y peligrosas tentativas, se les esparció por los pueblos de Castilla con bastante separacion unos de otros.

La guerra con el Turco no dexó tambien de favorecer bastante á los esfuerzos de los rebeldes Flamencos. Hacia ya algunos años que el Imperio otomano, orgulloso con su temible poder, no cesaba de insultar con la mayor insolencia á todas las Potencias europeas, sin que ninguna de ellas hubiese emprendido seriamente el castigo de semejante osadía. En 1558 llegó á Menorca una esquadra turca; y echando á tierra una porcion de tropas, se apoderó por asalto de un pueblo llamado Ciudadela, causó bastantes daños en aquella isla, y se retiró con un rico botin. Las piraterías del Arraez Dragut, Gobernador de Trípoli, que se habia apoderado de la isla de los Gerbes, obligáron á juntar una mediana esquadra, con que emprender la conquista de dicha isla; pero se malogró esta jornada, así por la vigorosa defensa que hizo Dragut, y por las enfermedades y escasez de víveres que padecieron los Españoles, como porque acudiendo una esquadra turca ahuyentó á la castellana, que perdió la mayor parte de sus galeras y

de su gente. Sitiaron despues los Turcos á Mazarquivir y Orán; si bien fuéron rechazados de ambos presidios por el valor de sus guarniciones. El Peñon de los Velez de Gomera en la costa de Berbería, conquistado por Fernando el Católico, y recobrado por los Musulmanes en tiempo de Cárlos V, se rindió en 1564 á las armas de Felipe II, mandadas por dos grandes Generales, Don Sancho Martinez de Leyva, y el Marques de Santa Cruz Don Alvaro de Bazan. Sentido de esta pérdida Selim, Emperador de los Turcos, acometió á la isla de Malta; pero con el oportuno socorro que envió el Rey Don Felipe, huyéron escarmentados los infieles.

Ultimamente, empeñado Selim en apoderarse de la isla de Chipre, poseida entónces por los Venecianos, ocupó la ciudad de Nicosia, y poco despues la de Famagusta. La República de Venecia hizo liga con el Papa Pio V y con el Rey de España, para refrenar la arrogancia de los Turcos, y aprestándose en 1571 una armada de mas de doscientos baxeles, se confió el mando de ella al animoso y experimentado Capitan Don Juan de Austria. En el golfo de Lepanto ó de Corinto, cerca de la isla de Cefalonia, avistó á

la esquadra enemiga, compuesta de trescientas naves, la atacó resueltamente; y después de un reñido combate, eternamente glorioso á las armas católicas, quedó abatido el orgullo mahometano, pereciendo en la acción su General. Doscientas galeras otomanas fueron parte apresadas, y parte echadas á pique; los muertos y prisioneros turcos pasaron de veinte y cinco mil, y llegaron á veinte mil los Christianos remeros que fueron puestos en libertad. Las consecuencias de esta victoria hubieran sido aun mas importantes que la victoria misma, si Don Juan de Austria, en vez de retirarse á Mecina, hubiera sabido aprovecharse del terror de sus enemigos, y ocupando el estrecho de Galípoli ó Helesponto, sorprendido á Constantinopla.

Dos años después, quando con el mayor calor se preparaba una expedición nueva contra Tunez, los Venecianos, indignamente vendidos á los Turcos, abandonaron la liga con la mayor vileza, y ajustaron la paz. Este imprevisto accidente no malogró sin embargo aquel adelantado proyecto; y á la frente de doscientas naves, y veinte y dos mil hombres de desembarco, se presentó Don Juan de Austria en 1573 delante de la Goleta, de cuya

fortaleza, igualmente que de la plaza, se apoderó sin resistencia, habiéndolas abandonado su guarnicion y habitantes. Puso el gobierno del reyno en manos de Muley Hamet, hijo de Muley Hacem, con quien el Emperador Cárlos V habia usado de igual generosidad; y dexando suficiente guarnicion en la ciudad de Biserta, que se le habia entregado voluntariamente, se retiró á Sicilia. Pero al año siguiente, miéntras por su disposicion se estaba construyendo entre Tunez y la Goleta un castillo para defensa de la ciudad, embistiéron ambas plazas los Beyes de Argel y de Trípoli, sostenidos por una formidable esquadra turca, y cincuenta mil hombres de desembarco. A costa de mucha sangre, y despues de repetidos asaltos, se hicieron dueños de la Goleta, gloriosamente defendida por el esforzado Capitan Don Pedro Portocarrero; y solo pudieron ocupar á Tunez, quando arruinadas sus defensas, despues de un mes de continuo combate, se halló reducida la guarnicion á solos treinta animosos españoles, que aun así les disputáron á palmos el terreno.

La reunion de la corona de Portugal á la de Castilla, y la guerra á que dió ocasion la competencia de algunos que se creian con

mejor derecho que el Monarca español, fuéron acontecimientos que contribuyéron igualmente infinito á distraer de los asuntos de Flandes la atencion de Felipe II. Muerto el Rey Don Sebastian en una desgraciada expedicion que hizo al Africa, y no habiendo dexado hijos, ocupó el solio portugues su tio el Cardenal Don Henrique, que falleció igualmente á los dos años. Extinguidas por este medio ambas líneas masculinas, se devolvió la sucesion de la corona á las hijas del Rey Don Manuel, antecesor del malogrado Don Sebastian, que fuéron Isabel, madre de Felipe II, y Beatriz casada con el Duque de Saboya. Por muerte de Doña Isabel, que era la mayor, recayó sin disputa el cetro portugues en Don Felipe; pero contra el justo derecho del Monarca español, alegaban tambien los suyos el Duque de Saboya, el de Parma y el de Braganza, casados con hijas de otro hijo de Don Manuel, que murió antes de reynar, y Don Antonio Prior de Ocrato, hijo ilegítimo del Infante Don Luis de Portugal. Este Don Antonio era el competidor mas temible, porque tenia ganada la voluntad del pueblo, y conmovió el reyno, el Brasil, la India, y aun á algunas Potencias europeas, hasta que con-

siguió ceñirse la corona. Fue pues necesario que Don Felipe recurriese á las armas para arrancársela al usurpador, y defenderla contra los demas que se la disputaban; y expidiendo contra Lisboa una esquadra de cien velas al mando del Marques de Santa Cruz Don Alvaro de Bazan, envió contra la frontera un grueso ejército á las órdenes del Duque de Alba, que dexado el gobierno de Flandes, se hallaba retirado en Uceda por disposicion del mismo Rey.

La confianza con que el Monarca eligió para esta empresa á un vasallo ofendido, solo puede compararse á la lealtad, con que olvidando el Duque sus particulares resentimientos, supo sacrificarse en obsequio de los intereses del Rey su amo. Marchó derechamente á Lisboa este insigne Capitan, rindiendo quanto se le oponia en el camino: encontró al Prior de Ocrato atrincherado con veinte y cinco mil parciales, á quatro leguas de aquella capital; y no pudiendo empeñarle en una accion decisiva, le forzó en su mismo campo, le derrotó, y apenas le dió tiempo para guarecerse en Lisboa con los fugitivos, que abandonáron la artillería y los bagages. No creyéndose aun seguro Don Antonio á la vista de tan terrible enemigo,

le abandonó la capital, y se refugió sucesivamente ya en Coimbra, ya en Oporto, ya en Viana del Miño; pero vencido y arrojado de todos estos puntos, se retiró á Inglaterra con la esperanza de encontrar algun auxilio. Rendida Lisboa, y ausente el Prior de Ocrato, quedó en breve allanado todo el reyno de Portugal, prestando, si bien no con mucha sinceridad, obediencia á Don Felipe, que por su parte le confirmó sus privilegios, y concedió un perdon general á todos los que le habian deservido.

Don Antonio, sin embargo, con los socorros que le proporcionaron Isabel de Inglaterra, y despues en Francia la Reyna Catalina de Médicis, el Duque de Alenzon y otros Príncipes, que miraban con zelos el engrandecimiento y poder de la España, pudo equipar una esquadra de sesenta velas, tripulándola con seis mil ochocientos Franceses, y marchó á la isla Tercera, que estaba á su devocion, con el objeto de fortificarse en ella, y emprender la recuperacion de Portugal quando se hallase con poder suficiente. Pero se le frustraron sus designios, porque la esquadra española, mandada por el Marques de Santa Cruz, saliendo al encuentro á la auxiliár, la desba-

rato completamente, echando á pique, y apresando la mayor parte de los buques. El Prior, que no se halló en la accion, apénas supo su derrota, volvió á Francia, dexando un Gobernador en la isla, y una buena guarnicion de Ingleses, Portugueses y Franceses, que despues tampoco supiéron defenderla del Marques de Santa Cruz.

Sin embargo, las esquadras navales de Don Felipe no fuéron siempre tan afortunadas, y en alguna ocasion recibiéron sus fuerzas marítimas un golpe tan sensible, que con dificultad pudiéron repararse de él en muchos años. Hacia largo tiempo que la Reyna Isabel de Inglaterra no cesaba de provocar su justo enojo, ya socorriendo y fomentando á los sublevados de Flandes, ya dando orden de que los corsarios ingleses persiguiesen y apresasen las embarcaciones españolas. Los establecimientos de la América septentrional se habian ya visto mas de una vez expuestos á las sangrientas incursiones de estos feroces piratas: la isla de Santo Domingo, Cartagena de Indias, la Florida, la Jamayca y otras varias colonias habian quedado asoladas por Francisco Drak, corsario bien célebre por sus crueldades y latrocinios. Ya era pues tiempo de que Felipe II

pensase en vengar tantos insultos, volviendo por el honor de su nombre y de su pabellon. En el año de 1588 se equipó en Lisboa una soberbia armada, compuesta de ciento y treinta velas, y de veinte mil hombres de desembarco, que siendo la mas formidable que por aquellos tiempos se habia visto en los mares, mereció el nombre de la *Invencible*. Encargóse el mando de este fortísimo armamento al valeroso y hábil General Marques de Santa Cruz, y por su muerte al Duque de Medinaceli; mas apénas hubo doblado el Cabo de Finisterre, sobreviniéron dos recios temporales, que fuéron como los precursores de la suerte que se la preparaba. Aun no bien reparada la esquadra avistó las costas de Holanda, donde experimentó otro tercero y mas fatal. Dispersos los buques, y no teniendo puertos amigos adonde acogerse, fuéron acometidos por las esquadras inglesa y holandesa, que aunque inferiores, no dexáron de aprovecharse del desorden y de la confusion en que puso á la española el furor de los elementos. Contra ellos y contra sus enemigos combatiéron á un mismo tiempo con intrepidez los soldados de Felipe; pero no alcanzó todo su esfuerzo á evitar la funesta y casi total ruina de la armada y de la

gente; y hubiéron de regresar por el norte de Escocia, donde padeciéron iguales infortunios, peleando con el hambre, con los vientos y con las enfermedades. El cortísimo número de vasos que pudiéron resistir á tal conjunto de desgracias, entró en los puertos de España en tan lamentable estado, que nadie pudo ménos de consternarse; y solo el Rey Don Felipe conservó su natural entereza y serenidad de espíritu, sin hacer otra demostracion de sentimiento quando recibió el aviso, que decir á sangre fria: „Yo no los envié á combatir con las tempestades, sino con los Ingleses.”

Orgullosa Isabel con esta especie de victoria, que debia únicamente á una feliz casualidad, expidió contra las costas de Galicia y Portugal una esquadra de setenta naves al mando del temible Drak, quien con efecto desembarcó en el puerto de la Coruña, saqueó los arrabales, y asaltó la plaza; pero fue rechazado por el paisanage con notable bizarría, disputándose la gloria del combate los muchachos y aun las mugeres, que tambien peleáron con el mayor denuedo. Una de estas, llamada Mayor Fernandez de Pita, despues de haber hecho prodigios de valor al lado de su marido, léjos de acobardarse al ver-



La heroína gallega.

Tomado el puerto de la Coruña, saqueados los arrabales, y asaltada la plaza por el inglés Drake, este fué rechazado por los menuderos de todas edades y sexos; distinguiéndose Mayor Fernández de Pita, que sin acordarse por ver muerte á su lado á su marido, acometió á un Alférez inglés, le arrebató la bandera, y le tendió á sus pies. No distingue de sexos aquel valor que es hijo del amor al Rey y á la patria.

le caer muerto de un bote de lanza, arremetió con la suya á un Alférez inglés, que subia por la muralla, y arrancándole la bandera, le tendió á sus pies. Precisados los Ingleses á ganar el mar con pérdida considerable, hicieron contra Lisboa igual tentativa, aunque tambien sin fruto; pero siete años despues, en el de 1596, volviéron con mayores fuerzas sobre Cádiz, la saqueáron, y se restitu-yéron á Inglaterra con ricos despojos. Mandó Felipe II aprestar ochenta naves para volverles la visita; pero tambien esta esquadra experimentó igual calamidad que la antecedente, siendo dos veces deshecha por los temporales que la acometiéron en las costas de Galicia; de suerte, que á pesar de la diligencia y exòrbitantes gastos con que el Rey procuró tener su marina en un pie respetable, no pudo impedir que la inglesa saquease sus flotas, y destruyese con incesantes correrías muchas de sus posesiones en Europa y América.

Pero en fin, si la fatalidad casi inseparable de sus expediciones marítimas, no le permitió tomar una satisfaccion completa de los agravios de Isabel, su destreza política y sus exércitos hicieron conocer á la Francia, que

debía haber respetado mas á un enemigo tan poderoso por sus recursos, por sus fuerzas y por sus riquezas. Despedazada aquella nacion, y víctima de las violentas conmociones, que en tiempo de Henrique III suscitaron los enconados partidos de Católicos y Protestantes, el oro de Felipe, esparcido mañosamente y con secreto, mantuvo la division, y contribuyó quizá no poco á la formacion de aquella famosa liga Católica, que en 1589 abortó al fanático asesino del infeliz Henrique. Extinguida por muerte de este la línea de los Valois, se transfirieron los derechos á la corona en Henrique de Borbon, primer Príncipe de la sangre real, y Rey de la Navarra Baja; pero Henrique hacia pública profesion del calvinismo, y los coligados, ó por mejor decir, su cabeza la Casa de Guisa, que con el zelo por la religion enmascaraba sus ambiciosos proyectos, halló en esta circunstancia un pretexto para alejarle de un trono, que ya consideraba como despojo suyo. Vióse pues el jóven Monarca en la necesidad de hacer valer con las armas sus derechos; y despues de dos gloriosas victorias, marchó contra Paris al frente de un ejército, sino muy numeroso, al ménos bien disciplinado y aguerrido.

Los coligados, cuyo xefe era entónces el Duque de Mayenne, recurriéron á la proteccion de Felipe II, que constante en su sistema, y formando el proyecto de poner sobre el trono de Francia á su hija Isabel Clara, les proporcionó auxílios de tropas y dinero, sosteniendo una gravosa guerra por la parte de Bretaña, por la de Languedoc, por la de Picardia, y por la del Delfinado. El Duque de Parma Alexandro Farnesio abandonó de órden del Rey el gobierno de los Paisés-Baxos para acudir al socorro de la liga, en ocasion en que era muy necesaria su presencia en aquellos Estados. Henrique IV, precisado por el Duque á levantar el sitio que tenia puesto á la ciudad de Paris, y poco despues el que puso á la de Ruan, procuró empeñar á Farnesio en una accion decisiva; pero este hábil General, que habia logrado su objeto, evitó prudentemente el combate, y se retiró á Flandes, dexando admirado á su enemigo de sus talentos militares. Por otra parte el Duque de Saboya, sobrino de Felipe, intentó invadir el Delfinado y la Provenza; y si los Generales de Henrique salváron el Delfinado, no pudiéron evitar que la Provenza le recibiese con los transportes de la mayor ale-

gría. Por último, Henrique, deseando poner fin á una guerra civil tan desastrada, y para quitar á los confederados Católicos todo pretexto de oponerse á su exáltacion al trono, abjuró el calvinismo; y reconciliado con la Iglesia, no pudieron sus vasallos negarse á reconocerle por su legítimo Soberano. Entonces, resentido de la proteccion que España habia dispensado, y continuaba dispensando á la liga, sin embargo de verla en decadencia, declaró formalmente la guerra á Felipe II, y se apoderó de la plaza de Fera. El Archiduque Alberto, que por fallecimiento del Duque de Parma habia sucedido en el gobierno de los Países-Baxos, conquistó á Calais y otros pueblos, y ocupó por sorpresa la ciudad de Amiens; pero Henrique IV marchó en persona á recobrarla, y lo consiguió, á pesar de haberla socorrido el Archiduque.

Fuéron tan varios y poco decisivos los sucesos de esta guerra, que Felipe II, cuyo espíritu se habia considerablemente debilitado por los años, el continuo trabajo del Gabinete y sus dolencias habituales, llegó por fin á cansarse de expender sumas enormes sin considerable utilidad. Persuadido por otra parte de que se aproximaba el término de sus dias,

y de que habiendo de sucederle su hijo Don Felipe, que no pasaba de los veinte años, no convenia dexar pendiente la enemistad con un competidor tan aguerrido como Henrique IV, concluyó la paz con este Monarca en 1598.

A pocos dias de publicada se le agravó la gota, que ya le aquejaba gravemente, y falleció en el Escorial á los setenta y un años de edad, y quarenta y dos de reynado, en 13 de Setiembre del mismo año. En medio de que su genio demasiadamente severo infundia en sus vasallos mas respeto que amor, y de que por inevitables desgracias ó inadvertencias á que estan expuestos los mas sagaces políticos, padeció en su tiempo la monarquía española desmedros considerables: sus vastos talentos, su aplicacion infatigable al despacho de los negocios, su profundo conocimiento de los hombres, su heroyca firmeza en medio de los infortunios, su liberalidad en premiar á los sabios, su piedad y zelo religioso hiciéron bien sensible su pérdida. A su próbido esmero en fundar establecimientos útiles, se debe la ereccion del archivo general de Simancas, la Universidad y Colegios de Douai en Flandes, el aumento y dotacion de la escuelas de Lovayna, sin contar los templos, hospitales, forti-

ficaciones, puentes y otros edificios públicos en que vive eternizada su memoria. Le conserva tambien en las islas Filipinas, que recibieron este nombre por haber sido descubiertas y conquistadas en su tiempo, como lo fueron igualmente el Nuevo México, y otras regiones en la América.

La triste suerte de su hijo el Príncipe Don Carlos, habido en su primera muger, ha dado motivo á discurrir bastante y con mucha variedad sobre las causas de su desgracia. La circunstancia de haberle estado prometida en matrimonio la Princesa Doña Isabel de Valois ó de la Paz, que despues casó con el padre, ha servido á algunos de fundamento para forjar una especie de novela, suponiendo en el Príncipe una violenta pasion á su madrastra, y en el padre unos furiosos zelos, que haciéndole sofocar los sentimientos de la naturaleza, le determináron á un horrible parricidio; pero temiendo, añaden, las consecuencias de la impresion que produciria en el reyno atentado semejante, tuvo bastante destreza para deslumbrar á la multitud, con noticias mañosamente esparcidas de que habia maquinado contra la vida de su padre, de que ideaba fomentar la insurreccion de los Países-

Baxos, de que aborrecia al tribunal de la Inquisicion; y habiendo por este medio conseguido cargarle del odio y del desprecio general, procedió contra él como contra un verdadero delinquente, aprisionándole, y sacrificándole á su furor por medio de un veneno. Otros aseguran que solamente la reprehensible conducta de Don Carlos, su orgullo y su genio discolo é irreducible, obligaron á Don Felipe á asegurarse de su persona, no tanto por castigarle como por corregirle; y que habiendo el Príncipe contraído desde entónces cierta especie de demencia, que le precipitó en mil extravagancias perniciosas á su salud, murió de resultas en 1568 á los siete meses de prision. Resulta por consiguiente que aunque todos convienen en el hecho, cada uno le explica segun su inclinacion y modo de aprender; y siendo hoy tan desconocidas como siempre las verdaderas y legítimas causas, que precisaron á Don Felipe á tan extraña resolucion, nos parece preferible dexarla oculta baxo el misterioso velo que se corrió sobre ella, por no exponernos á examinarla por medio de conjeturas odiosas, y acaso muy distantes de la verdad.

La prision del célebre Secretario de Es-

tado Antonio Perez fue tambien uno de los sucesos, cuya causa ha parecido algo problemática, y en que ciertamente es mas difícil defender á Felipe II del concepto que le dan sus enemigos. Nadie puede extrañar que un hombre grande incurra en debilidades; que se rinda á las gracias del bello sexô aquel que al parecer debia ser superior á todas las pasiones, y que sufra con impaciencia un competidor; pero nunca podrá justificarse que aspire á deshacerse de él por medios iníquos y propios únicamente de las almas viles. Felipe II, este hombre singular, cuya severidad y entereza llenaban de terror á todos sus vasallos, no pudo resistir al atractivo de Doña Ana de Mendoza, viuda del Principe de Eboli, que aunque privada de un ojo, era capaz con su talento de inspirar pasiones vehementes. Ella, á pesar de conocer quan peligroso era dar rivales á Felipe, no pudo disimular el tierno cariño que la arrastraba hácia Antonio Perez, y labró incautamente su ruina. Estando Perez en el ministerio fue muy fácil suponerle delinqüente. Por disposicion suya viniéron de Aragon ciertos asesinos, que sorprendiendo una noche á Juan de Escovedo, Secretario de Don Juan de Austria, le

pasáron á estocadas; y aunque hay bastantes fundamentos para creer que este asesinato se cometió de orden del Rey, este hizo que recayese sobre Antonio Perez toda la odiosidad del crimen, le hizo prender, y hubiera acabado con su vida, si su muger Doña Juana Coello no le hubiera facilitado la evasión. Refugiado en Aragon, su patria, pretendió valerse de sus fueros para defenderse en justicia de qualquier delito que se le imputase; pero como esto hubiera podido dexar al Rey en descubierto, se apresuró este á impedir la publicacion de sucesos tan interesantes, acusó á Perez de calvinista, y le entregó á la Inquisicion. Es preciso confesar que no podia haber elegido mejor medio para deshacerse de él sin ruido; pero el pueblo de Zaragoza, pretendiendo que se violaban sus fueros en el modo con que se procedia contra el Secretario, se amotinó, rompió sus prisiones, y le proporcionó huir á Francia, donde vivió pobre, pero con la reputacion que merecian sus talentos. Furioso el Rey porque se le hubiese huido la víctima de las manos, esgrimió toda su ira contra su muger é hijos, privándoles de los medios de subsistir; y esta animosidad y encono indican ciertamente un corazon apasionado y vengativo. Como

quiera, continuando despues con el mayor ardor la conmocion de los Aragoneses, se vió el Rey en la necesidad de valerse de las armas para contenerlos, y de castigar rigorosamente á los autores del tumulto, empezando por Don Juan de Lanuza, que á la sazón poseía la antigua y respetable dignidad de Justicia mayor de Aragon, y habia hecho resistencia á las tropas Reales.

A pesar de haber sido casado quatro veces Felipe II, y de haber logrado bastante numerosa sucesion, á su muerte no dexó mas hijo que Felipe III, habido en su último matrimonio con Doña Ana de Austria. Este le sucedió por consiguiente; y sin que parezca temeraria exâgeracion, puede decirse que con dificultad podia este jóven Monarca haber subido al trono en circunstancias mas críticas. La España, esta soberbia monarquía, que con tanta gloria habia figurado al principio del siglo entre las demas Potencias, é intimidado á la Europa con los vastos recursos de sus riquezas y de su poder, habia caminado con tal rapidéz hácia su decadencia, que apénas conservaba ya vestigios de su antiguo esplendor. Sin dinero, sin poblacion, sin agricultura, sin comercio, sin industria.... este era el lamenta-

ble aspecto que presentaba la España quando empezó á reynar Felipe III; y por desgracia este Príncipe era demasiado débil, y de capacidad bastante limitada para aplicar á tantos males un remedio activo, eficaz y atinado. Naturalmente pacifico y benigno, abandonó, es verdad, las destructoras empresas, que si coronáron de laureles á su padre y abuelo, costáron á la monarquía inmensos tesoros y arroyos de sangre; pero léjos de extirpar las demas causas de la decadencia de España, su indolencia genial contribuyó no poco á que tomasen considerable aumento. La pobreza del erario, y los atrasos de la Real Hacienda, obligáron á discurrir medios de subvenir á las urgentes necesidades del Estado; y las personas á quienes Felipe III habia abandonado las riendas del gobierno tuviéron tan poca prevision, que adoptáron precisamente los que por solo ocurrir al presente apuro perpetuáron la miseria general. A una nacion empobrecida ya con exórbitanes imposiciones, se la recargó de nuevo con tributos sobre los comestibles y artículos de primera necesidad, que fue lo mismo que condenarla á todos los horrores del hambre. Se duplicó el valor de la moneda de vellon, con lo qual subió tambien un do-

ble el precio de los géneros, y se dió ocasion á que los extrangeros introduxesen en cambio de la plata enormes cantidades de moneda de cobre fabricada por ellos. Por una consecuencia inmediata é inevitable los campos, harto descuidados ya por falta de brazos, se convirtiéron en eriales, quedáron desiertos los talleres, y fuéron absolutamente abandonadas aquellas manufacturas, que aunque en cortísimo número y en situacion bien deplorable, habian podido salvarse de la ruina que las amenazaba; y como hay una íntima correspondencia y recíproca accion entre la agricultura, la industria y el comercio, en un pais en que al paso que se multiplicaban las travas hasta lo infinito, escaseaban las producciones de la tierra y de la industria manufacturante, era preciso que el comercio quedase entorpecido y aun del todo aniquilado. De aquí habia de seguirse precisamente, que como las riquezas corren siempre á buscar los paises en que reyna la industria, no entraban en España los tesoros del nuevo mundo, sino como de paso para las naciones extrangeras, y no dexaban en ella sino los vicios, la esterilidad y la miseria. La escasez de poblacion, que fue haciéndose cada vez mas sen-

sible, se acrecentó tambien con disposiciones acaso muy justas, oportunas y ventajosas en otras circunstancias; pero en las actuales muy intempestivas y perniciosas, y con esto se aumentó la dificultad de reparar ni aun lentamente las fuerzas á un cuerpo tan debilitado. No hay duda en que es poco lisonjera esta pintura; pero tal resulta de la historia, y examinando políticamente el reynado de Felipe III, se ofrecen á cada paso mil motivos de deplorar tan lamentable situacion.

Si las prendas que caracterizan un buen Rey se reduxesen todas á la devota piedad, apénas podrá hallarse Príncipe alguno que haya excedido á este Monarca en el religioso zelo y caritativa liberalidad en fundar monasterios y otras obras pias; pero por desgracia carecia de todas las demas. Demasiado débil para sostener sobre sus hombros el peso del gobierno, le descargó en su primer Ministro el Duque de Lerma, quien insuficiente para tan difícil cargo, le abandonó en su confidente Don Rodrigo Calderon, hombre obscuro y ambicioso, que de Page del Duque subió á la confianza del mismo Rey. Con esto se dice que reynáron los favoritos; y como nada puede esperarse de esta clase de hombres,

ocupados exclusivamente de su interes particular, se comprehende fácilmente que el espíritu de intriga seria el móvil de todas sus operaciones, y que la felicidad de los pueblos se hallaria absolutamente excluida de sus cálculos políticos. El Duque de Uceda, hijo del primer Ministro, jóven sagaz, muy fino, insinuante, y de un carácter propio para el trato de corte, fue colocado por su padre al lado del Rey, con el objeto de que pudiese, en caso de necesidad, sucederle en el favor; y le instruyó tan bien en el modo de sacar partido de la debilidad del Monarca, que sus progresos fuéron sin duda superiores á los deseos de su padre. Su sobrino el Conde de Lemos, mas propio para los negocios, fue destinado al lado del Príncipe heredero, para que subiendo sobre el horizonte con el nuevo sol, vivificase en el nuevo reynado con sus benignas influencias el crédito del tio. Y finalmente, por no descuidar lo mas importante, el Ministro dió al Rey un confesor, de quien se creia seguro.

Cerrados por este medio todos los caminos, parecia que el Duque de Lerma debia reposar tranquilamente á la sombra del favor que consideraba perpetuamente asegurado en

su familia; ¡pero cuán vanamente se lisonjean los hombres! El hijo llegó á sentirse de que su padre le destinase únicamente al papel de cortesano: el Confesor advirtió que le seria mas ventajoso asegurar su plaza por medio del influxo de un Ministro que le debiese á él su elevacion, que por la de un hombre de quien era hechura: solamente Lemos no quiso prestarse á la intriga de su primo contra su padre; pero aquellos supiéron con sagacidad aprovecharse de la ocasion que les proporcionaban las conversaciones íntimas que solian tener con el Rey, para hacer llegar á sus oídos las quejas del oprimido pueblo, y darle á conocer el deplorable estado de su reyno. Desconceptuado el Duque con Felipe, perdió inmediatamente su confianza, y no tardó mucho tiempo en recibir órden de retirarse del ministerio, y aun de la Corte, con la sensible noticia de ver á su hijo ocupar su puesto, y al honrado Lemos comprehendido en su desgracia y separado del Príncipe. No se sabe hasta donde hubiera llegado la ingratitud del Duque de Uceda respecto de su padre, si el Duque de Lerma no hubiese puesto á cubierto su cabeza con un capelo, que pudo conseguir antes de su desgracia; pero el golpe

que quizá le amenazaba, cayó sobre el Secretario de Estado Don Rodrigo Calderon, entónces ya Marques de Siete-Iglesias, y Conde de la Oliva, cuyas grandes riquezas, orgullo y altivez, le habian proporcionado innumerables enemigos. Apénas quedó sin el apoyo del Duque, empezáron á llover contra él las acusaciones, imputándole los crímenes mas atroces, como asesinatos qualificados, cohechos, sobornos, usurpaciones de la Real Hacienda, y dilapidaciones del erario; y aunque tuvo la fortuna de justificarse en la rigurosa causa que se le formó, y el Rey por su parte le absolvió de otros doscientos quarenta y quatro cargos civiles que se le hacian, al mismo tiempo que del único homicidio en que no pudo desvanecer completamente los indicios, procuráron sus enemigos esparcir la voz de que así esta absolucion como la de los jueces que le juzgáron, se habian conseguido subrepticamente; y haciendo revivir las acusaciones y la causa, lograron que Calderon fuese rigurosamente preso, ínterin se substanciaba de nuevo, y que se le sujetase á la dolorosa prueba del tormento para que confesase los delitos que se le atribuian, y negaba con la mayor constancia. Sin embargo, el proceso no

llegó á terminarse hasta el reynado de Felipe IV, en que la fatalidad de Calderon le proporcionó tambien, como ya veremos, un poderoso enemigo en el Conde-Duque de Olivares.

Felipe III, ó porque á pesar de su incapacidad no pudiese ménos de conocer así que subió al trono, que en la situacion de las cosas la paz era el principal beneficio de que necesitaba la monarquía, ó porque así se lo persuadiese su carácter naturalmente pacífico, procuró desde luego convenirse con la Inglaterra, como lo consiguió en 1604, despues de haber fallecido la Reyna Isabel; y proponer á los Holandeses una tregua, que aunque fuese algo costosa, suspendiese por lo ménos los crecidos sacrificios de sangre y de dinero que se hacian continuamente sin alguna ventaja en la guerra de los Países-Baxos. Hacía tiempo que Mauricio de Nasau, hijo y sucesor del Príncipe de Orange, puesto á la frente de aquellos intrépidos Republicanos, sostenia sus esfuerzos y la gloria de su casa. Los sitios, los combates, las conquistas se multiplicaban y sucedian con el mismo empeño que á los principios; pero ninguna empresa mas memorable que el sitio de Ostende, ya

por su duracion, ya por las acciones sangrientas á que dió lugar. Al cabo de tres años y tres meses de asedio, esta plaza, creida hasta entónces inexpugnable, se rindió por fin á las armas españolas, mandadas por el Archiduque Alberto y el Marques de los Balbasses Ambrosio Espínola; y aunque no puede disputarse á España la gloria de esta conquista, es preciso confesar que la fue sumamente costosa, ya por la gente que perdió, ya tambien porque ocupadas en este punto sus tropas, no pudieron acudir á la necesaria defensa de otras plazas no ménos importantes, de que se fue apoderando el enemigo. Amotinábanse freqüentemente los soldados por la falta de paga y escasa provision de víveres: cada dia se iba haciendo mas sensible la imposibilidad de mantener en aquellos países ejército bastante numeroso para conservar siquiera lo que en ellos habia quedado á la España, ya que no para recobrar lo perdido; y entre tanto los Holandeses, por medio de una economía, una frugalidad, actividad, esfuerzo é industria, dignos de admiracion, no solo se habian puesto en disposicion de mantener la independenciam de su pais, y de hacerle cada vez mas floreciente, sino de acometer fue-

ra de él las mayores empresas. Sus flotas habían ya despojado de las Molucas en la India Oriental á los Portugueses, ó mas bien á la España, cuya provincia era entónces Portugal; y aplicados al lucroso comercio y navegacion de ambas Indias, consiguieron tal arrogancia y poder, que Felipe III no pudo concluir las treguas deseadas hasta el año de 1609, y baxo las gravosas condiciones de reconocer á Holanda por República independiente, y de concederla el libre tráfico en Asia y en América. De este modo de las diez y siete provincias que componian los Países-Baxos, quedáron desmembradas siete de la Casa de Austria: las mas pobres á la verdad; pero cuya union formó con el tiempo una de las mas ricas y poderosas Repúblicas.

Con la misma idea pacífica procuró tambien consolidar la paz establecida ya con Francia por medio de dos recíprocos matrimonios, que se concertáron en el año de 1612, el uno del Príncipe heredero Don Felipe con la Princesa Isabel de Borbon, hija de Henrique IV, y el otro de su hija Doña Ana de Austria con Luis XIII, hijo del mismo Henrique. Esta Doña Ana fue madre de Luis XIV ó el *Grande*, durante cuya menor edad go-

bernó el reyno en calidad de Regente con tal prudencia, tino y valor en medio de las turbulencias que le agitáron, que hizo su nombre célebre en la Europa; y en el dictámen de su hijo, que sin embargo de esta circunstancia era buen juez en la materia, mereció ser contada en el número de los mayores Monarcas.

El mas memorable acontecimiento del reynado de Felipe III fue la expulsion de todos los Moriscos que se hallaban establecidos en España: determinacion no ménos aplaudida por unos, que vituperada por otros, segun los diversos aspectos en que la han considerado. A la verdad, si únicamente se atiende á la obligacion, que nunca olvidó el Rey Don Felipe, de conservar en toda su pureza la religion christiana, á la adhesion que siempre conserváron los Moriscos á ciertos ritos y supersticiosas prácticas de sus mayores, y á la necesidad de libertar á los dominios españoles de unos enemigos domésticos, muchas veces sublevados, y tenaces siempre en seguir tratos é inteligencias secretas con los Mahometanos de Africa, y entónces tambien con los de Asia, no puede negarse á esta resolucion el carácter de justa; pero si por otra parte se considera

la deplorable situacion en que se hallaba la España por falta de brazos, y aun de recursos para la agricultura, las fábricas y el comercio, no faltará quien piense que sin llegar al extremo de una total expulsion, habia medios mas suaves para impedir que los Moriscos fuesen perjudiciales á la religion y á la monarquía, sin privar á esta de mas de novecientos mil vasallos que habian de llevar consigo la industria, las riquezas y la abundancia. Sea como quiera, despues de un detenido exámen de estos inconvenientes, convino Don Felipe con la opinion de varios zelosos Magistrados; y en 11 de Setiembre de 1609, fulminó el decreto de expulsion, que debia empezar por el reyno de Valencia, permitiéndolo á los expatriados llevar consigo todos los bienes muebles que pudiesen conducir sobre sus personas. Al mismo tiempo se expidiéron las órdenes correspondientes para facilitar naves que les conduxesen á Africa; se publicáron edictos en todos los pueblos del reyno, en que habia Moriscos establecidos, fixando las reglas que debian observar acerca de sus bienes los que hubiesen de salir, quienes podian quedarse, con qué condiciones &c.; pero aquellos miserables, que se veian arran-

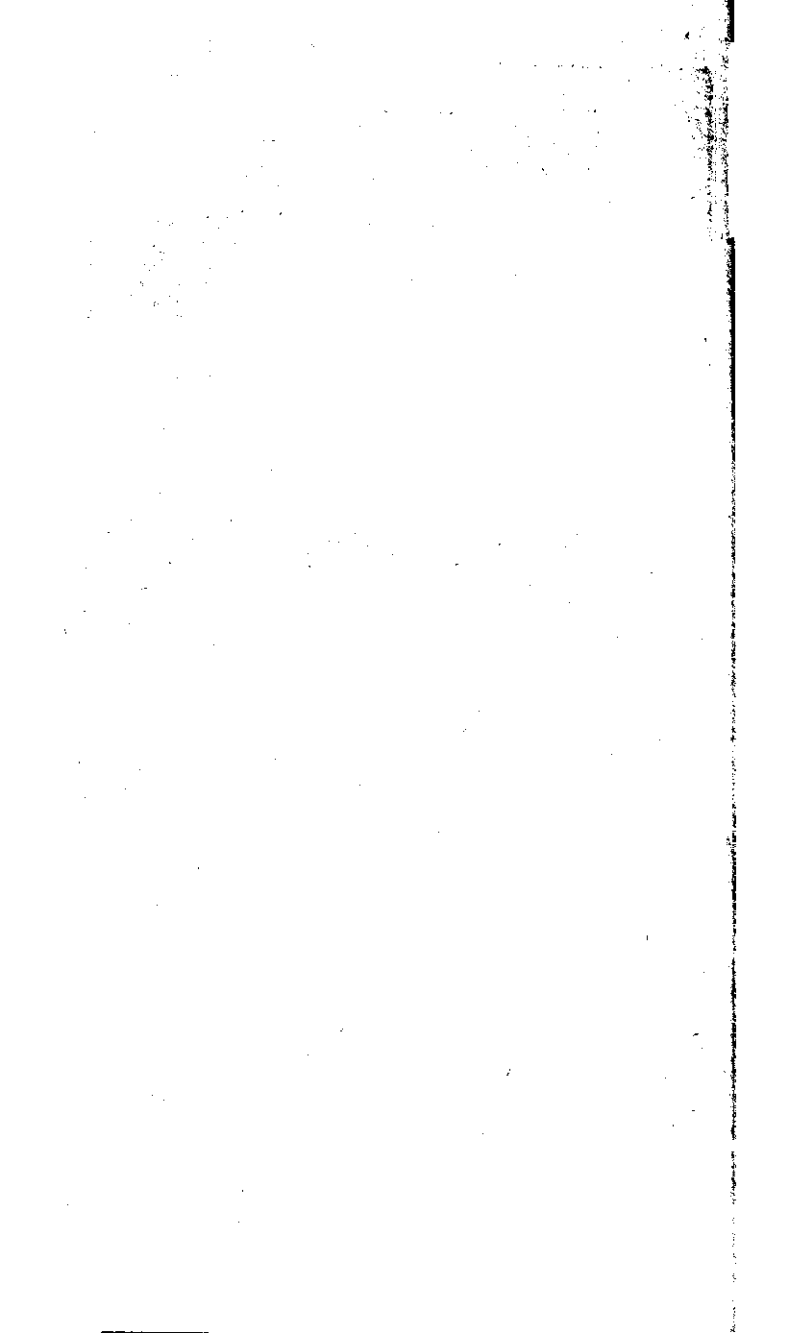
cados del país que los vió nacer, y precisados á abandonar sus hogares, y los establecimientos que formaban sus riquezas, se abandonaron á la mas cruel desesperacion, y en los parages ásperos y fortificados, léjos de obedecer, tomaron las armas, y se pusieron en defensa. Las cumbres de los montes y los caminos se vieron al momento cubiertos de Moriscos furiosos, corriendo á todas partes á pie, á caballo, con armas ó sin ellas para comunicar entre sí las noticias y acuerdos de los sublevados; pero finalmente, con aparentes señales de sumision, conviniéron en embarcarse, y de esta primera vez salieron mas de quatro mil personas.

Se advirtió sin embargo que casi todos eran mugeres, niños y viejos, y que por consiguiente quedaban los juvenes en estado de llevar las armas: de suerte que llegó á temerse no hubiese sido su objeto poner en salvo sus familias, ocupando al mismo tiempo todas las naves que habian podido facilitarse, para hacer alguna desesperada tentativa ínterin se preparaban otras, o daban aquellas la vuelta. Con efecto, el suceso confirmó estos rezelos, y todas las precauciones que se tomaron no bastaron á impedir que en el valle de Ayo-



Expulsion de los moriscos.

Bien meditados las opiniones á favor y contra la expulsion de los moriscos, la decretó en 1609 el Rey Felipe III, y acaso llegarían á 2000 personas las embarcadas en diversos puertos; pero sin embargo de haber quedado desiertos varios pueblos de Valencia, esta provincia es hoy de las mas pobladas de España. El cuerpo político, como al humano, conviene á veces debilitarle para robustecerle.



ra y sus contornos se pusiesen sobre las armas innumerables Moriscos, y que acaudillados por un Moro muy rico y bastante experto, llamado *Furigi*, se abandonasen á las mayores violencias y crueldades. Por todas partes cundió inmediatamente la insurreccion; los Moriscos, que habitaban los pueblos de la marina, eligiendo por xefe á un molinero de Guadalest, por nombre *Millini*, recorrian las campiñas, las alquerías y las aldeas, saqueando, incendiando, y asolando quanto hallaban por delante; se apoderáron de varias fortalezas; y atrincherados en la escabrosidad de los inexpugnables montes del valle de Alahuar, desafiaban á las tropas de Felipe. No pudo pues evitarse el venir con ellos á las manos, sin embargo de las órdenes del Rey á sus Capitanes para que lo evitasen quanto fuese posible; pero como los Moriscos tenian mas ira que fuerzas, y se hallaban muy desprovistos de municiones, armas y comestibles, diéron por fin oidos á la suavidad con que se procuraba calmar sus ímpetus, como nacidos solo de un sentimiento natural, y poco á poco se fuéron reduciendo al embarco; si bien no faltáron algunos tan desesperados, á quienes fue preciso arrojar á las naves con violencia, y otros que

en trage de christianos se refugiáron en Francia, ó se dispersáron por Cataluña y las Andalucías. Lo mas triste del suceso fue que aquellos miserables, transportados al Africa en el concepto de Mahometanos, sufriéron la desgraciada suerte de caer en manos de los Arabes, que considerándolos por su parte como christianos, los fuéron asesinando despues de despojarles de los infelices restos de sus antiguos bienes.

A pesar de la declarada propension de Don Felipe á la paz, no dexó tambien de empeñarse en algunas expediciones militares. La Corte de Roma, gravemente ofendida de la República de Venecia por la publicacion de ciertas leyes opuestas á la disciplina eclesiástica, y por su teson en sostenerlas contra todos los esfuerzos del Vaticano, pidió auxilio al Rey de España, y este inmediatamente puso sobre las armas, con increíbles expensas, un respetable ejército de treinta mil hombres, á las órdenes del Conde de Fuentes, Gobernador del Ducado de Milan, con lo qual aseguró la paz de la Italia, y dexó compuestas sin efusion de sangre las diferencias entre Venecia y Roma. Igual auxilio proporcionó á la Duquesa de Mantua, cuyos

Estados, y principalmente el Ducado de Monferrato, habia invadido injustamente el Duque de Saboya, obligando al agresor á pedir la paz, y á restituir lo conquistado; y habiendo Federico, Elector Palatino, no solamente pretendido sino logrado, mediante el favor de los Protestantes, las coronas de Hungría y de Bohemia, en perjuicio de Ferdinando II, socorrió tambien Don Felipe á este con cuarenta y ocho mil hombres en varias ocasiones, contribuyendo mucho con tales auxilios á la victoria, que al fin quedó por los Austriacos despues de una porfiada guerra de muchos años.

Por mar abatió repetidas veces la insolencia del Turco, acreditando su conducta y valor varios ilustres caudillos, que en diversos encuentros destruyéron muchas galeras mahometanas, y ganáron ricas presas. El célebre Marques de Santa Cruz desmanteló y saqueó en Levante diferentes poblaciones turcas, la isla de Lango y la de los Querquenes. Don Pedro Giron, Duque de Osuna, se apoderó de Chircheli en las costas de Berbería; y por su disposicion, el famoso Capitan Francisco Ribera, con cinco galeones y poco mas de mil arcabuceros, destruyó completamente una es-

quadra de cincuenta y cinco galeras, echando quatro á pique, inutilizando treinta y dos, y poniendo en fuga las restantes. Don Octavio de Aragon, caudillo de no ménos esfuerzo, reportó en las aguas de Levante otra memorable victoria contra diez galeras enemigas, apresando seis, pasando á cuchillo quatrocientos Mahometanos, y haciendo seiscientos prisioneros á la vista de una numerosa esquadra, que llena de terror rehusó venir á las manos con tan formidable enemigo. En 1610 adquirió el Rey Don Felipe por negociacion el puerto de Larache, situado en el reyno de Fez; y quatro años despues el brioso Don Luis Faxardo, se apoderó á viva fuerza del de Marmora, cerca de Tanger. Finalmente, sus armas reconquistáron las Molucas, y derrotáron cerca de Filipinas una esquadra holandesa, que se dirigia contra estas islas.

En 31 de Marzo de 1621, á la vuelta de un viage que hizo á Portugal, falleció Felipe III á los quarenta y tres años de edad y veinte y tres de reynado, dexando la corona á su hijo Felipe IV, que á la sazón contaba diez y seis. Los primeros pasos del jóven Monarca anunciaban ciertamente las mas bellas disposiciones, y prometian lisonjeras es-

peranzas de ver renacer el órden y la felicidad. Se puso en execucion cierta consulta, dirigida á su difunto padre por el Consejo de Castilla, proponiendo varios prudentes medios de reparar y fomentar la poblacion del reyno, reformar ciertos abusos de la Corte, y moderar los exòrbitantes gastos que agotaban el erario; y aun quando estos arbitrios no fuesen suficientes por sí solos para reparar el sumo abatimiento del Estado, como despues lo acreditó la experiencia, se advirtiéron por lo ménos en el nuevo Soberano apreciables deseos de aplicar con el mayor acierto un remedio á tan crecidos males. A poco tiempo todo mudó de aspecto, y el Conde-Duque de Olivares Don Gaspar de Guzman, que antes de subir al trono le habia servido de Gentilhombre, y adquirido sobre su corazon una extraordinaria influencia, llegó en breve á erigirse en dueño absoluto, le arrancó de las manos las riendas del gobierno, y adormeciéndole en el seno de los placeres, aseguró por largo tiempo su dominacion. Incapaz de sufrir competidor, ni de partir la autoridad con nadie, desde luego removiό del ministerio, é hizo salir de la Corte á su bienhechor el Duque de Uceda: inmediatamente se vió

ron los principales puestos poblados de hechuras del nuevo Ministro, y este parece que formó empeño de favorecer las quejas que podian desconceptuar á sus predecesores, y hacer aborrecible su gobierno. Don Rodrigo Calderon fue una de las víctimas de esta política; pues habiéndose activado la substanciacion de su causa, y resultando convicto de un homicidio, fue sentenciado á la pena de muerte, que sufrió con tanto espíritu y resignacion, que excitó la compasion de los expectadores. Fue cosa bien notable, que sin embargo de que Don Rodrigo se habia conciliado durante su priveranza infinitos enemigos, sin tener la precaucion de ganarse un solo amigo, no hubo testigo alguno que en su causa declarase voluntariamente, y sin necesidad de apremio.

Otra de las víctimas fue tambien Don Pedro Giron, Duque de Osuna, aquel Virey de Nápoles, que en el reynado anterior se habia distinguido tan señaladamente contra los Turcos de Levante. Ya en los últimos tiempos de Felipe III habia procurado la envidia amancillar la gloria de sus triunfos con la calumnia de que aspiraba á ceñirse la corona de Nápoles; y aunque tan infame acusacion no tenia mas fundamento que el as-

cediente que le habian proporcionado sus victorias, bastó para llenar de desconfianza á aquel débil Monarca, y que le hiciese regresar á España. Don Felipe III murió poco despues; pero los émulos de las gloriosas hazañas del Duque, redobláron en el nuevo reynado sus esfuerzos, y manejáron con tal destreza la intriga, que sorprendido el jóven Felipe IV mandó prenderle en la fortaleza de la Alameda, pueblo del Conde de Barajas. La variedad y poca constancia de las acusaciones fiscales; los escritos publicados en favor del Duque, y aun los esparcidos contra él, apénas han dexado á la posteridad la menor duda sobre su inocencia; pero como siempre es mayor la envidia quando son grandes los merecimientos, el Duque de Osuna, semejante á los Gonzalos de Córdoba, Hernandos Cortés, y otros varones insignes, aunque desgraciados, ni aun tuvo el consuelo de que se le permitiese usar del recurso que no se niega al mas delinqüente, del derecho de vindicar en juicio su opinion ultrajada: y despues de tres años de prisiones, disgustos y continuo padecer, se postró á la violencia de una hidropesía, y murió con la amargura de ver la ingratitude con que se remuneraban sus servicios.

Finalmente, por una conseqüencia del principio de deslucir lo que otros han hecho, por realzar lo que uno mismo hace, el Conde-Duque de Olivares, que atendida la situacion de la España, parece que debia haber procurado consolidar en lo posible el sistema pacífico adoptado por sus antecesores, y convertir únicamente su atencion á curar las heridas, causadas por una viciosa política, desde luego se manifestó con disposiciones hostiles; y las Potencias enemigas de la Casa de Austria, la Francia principalmente, que por experiencia habian ya conocido no ser imposible contener los progresos de su engrandecimiento, no se descuidáron en admitir esta especie de desafio, suscitando á la España porfiadas y sangrientas guerras, ya por sí mismas, ya por medio de sus aliados. Seria tan molesto como ageno de nuestro propósito detenernos en referir menudamente todas las campañas, que por entónces sostuvo la Nacion en diversas provincias dentro y fuera de sus Estados; pues como á un mismo tiempo ó sucesivamente diéron penosa ocupacion á las armas Españolas Holanda, Flandes, Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, Cataluña, el Rosellon, Portugal, las costas de Africa, y las

dos Indias, la simple narracion de cada uno de los hechos de estas empresas militares ocuparia una multitud de páginas sin otro fruto que dexar fastidiados á los lectores. Nos reduciremos por lo mismo á hacer mencion únicamente de aquellos sucesos que basten para formar idea de quan funestas han sido estas guerras para España, y hacer observar que ninguna de ellas proporcionó ni aun al vencedor ventajas capaces de consolarle de los males que le produjo.

Apénas puso el pie en el trono Felipe IV espiráron las treguas que su padre habia ajustado con Holanda, y se volvió á las armas con el mismo empeño que anteriormente, continuando por ambas partes la porfia y el encarnizamiento hasta el año de 1648, en que se concluyó la paz de Munster. La fortuna se declaró tan varia, que aunque los Españoles alcanzáron victorias sumamente gloriosas, no ménos las consiguieron tambien muy importantes los Holandeses, así por tierra como por mar. Si el Duque de Alba Don Fadrique de Toledo les derrotó una esquadra junto al estrecho de Gibraltar, ellos tuviéron la fortuna de maltratar las españolas en los mares de Nueva España y el Perú y cerca de Calais,

apresando tambien una rica flota portuguesa, procedente de China, en la ocasion en que se hallaba mas apurado el erario. Saqueáron tambien la ciudad de Lima, recogiendo considerables despojos; tomáron algunas de las islas antillas, y se hicieron dueños de la bahía de Todos Santos, de la ciudad de San Salvador, y de Fernambuco en el Brasil; bien que el mismo Don Fadrique de Toledo los desalojó muy pronto de aquellas dos primeras posesiones, de Guayaquil, Puerto-Rico, y algunos otros puntos. Por otra parte, si el Marques Ambrosio Espínola rindió á Juliers despues de cinco meses de bloqueo, se desquitáron tambien aquellos resueltos Republicanos con la conquista de otras plazas, y con la victoria que obtuviéron junto á Luxêmburgo, subiendo desde entónces á tal grado su altivez y superioridad, que rehusáron por largo tiempo entrar en proposiciones de ajuste con España.

En las demas provincias del Pais Baxo se encendió igualmente la guerra con no ménos calor. Felipe II, deseoso de calmar las inquietudes de los Flamencos, y creyendo se contentarian con obedecer á un Príncipe aleman, habia casado á su hija Isabel Clara con

el Archiduque Alberto, cediéndola en dote los Países-Baxos, con la condicion de que volverian al dominio de España en defecto de herederos, ó en el de que estos abandonasen la religion católica. Aun quando los Holandeses, todos en general, hubiesen tenido ménos pasion por su libertad, el odio inextinguible que profesaban á los Españoles, y el temor de volver á pasar baxo de su yugo, les hubieran hecho redoblar sus esfuerzos para impedirlo; y así es que habiendo con efecto muerto sin sucesion el Archiduque en tiempo de Felipe IV reiteráron sus pretensiones los Señores flamencos; y negándose á reconocer por Gobernadora en nombre de aquel Monarca, como Señor de aquellos Estados, á la Infanta Archiduquesa viuda, intentáron formar en ellos una República á imitacion de la de Holanda. Espínola, encargado de sujetarlos, llegó á forzar al cabo de diez meses de asedio la importante plaza de Breda, y el Cardenal Infante Don Fernando, hermano del Rey, que despues de la Archiduquesa gobernaba los Países-Baxos, les venció en algunas batallas, y principalmente en la de Nortlinguen; pero no dexáron tambien ellos de ocupar algunos pueblos, y de apoderarse de Mastrick,

siendo tanta la variedad de fortunas, que no pocas plazas se perdiéron y ganáron por tres ó quatro veces. En todos estos movimientos jugaba ocultamente la política de la Francia, manejada por el célebre Cardenal de Richelieu, continuando el sistema de refrenar el poder de la Casa de Austria, y principalmente porque esta diversion la era entónces muy oportuna para realizar sus planes sobre la Valtelina.

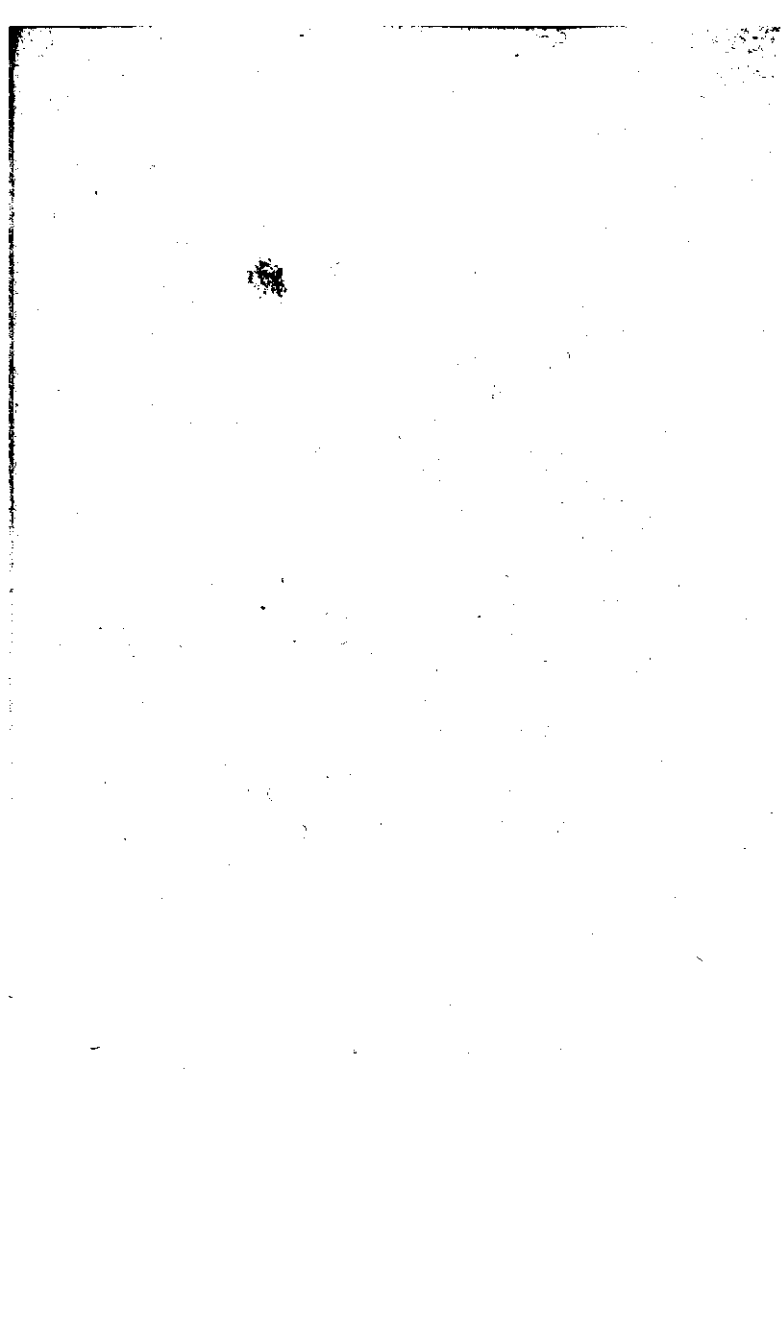
Esta pequeña provincia, situada en el pais de los Grisones, entre el Tirol y la Lombardía, en el ardor de una sublevacion contra su gobierno, habia pedido socorro á la España poniéndose baxo su proteccion; y como España no debia despreciar una casualidad favorable que la abria una fácil comunicacion con sus Estados de Alemania é Italia, ocupó la Valtelina, construyendo algunos fuertes para asegurar la posesion. Esto bastó para que se alarmasen algunas Potencias italianas, enemigas de la España, como Venecia y el Duque de Saboya, y para que la Francia, protegiendo sus demandas, insistiese en la evacuacion de la Valtelina, y su restitucion á los Grisones; pero finalmente, despues de varias contestaciones se habia convenido el Gobierno español en seqüestrar en manos del Papa las plazas de aque-

lla provincia, baxo cuyo concepto las mantenía Urbano VII quando Richelieu subió á primer Ministro de Luis XIII. Incapaz de condescender aquel intrépido político en un arbitrio medio, que suponía vergonzoso á la Francia, y perjudicial á sus intereses, desde luego se declaró contra el seqüestro; y abandonando negociaciones lentas é infructuosas, de concierto con los Venecianos y el Duque de Saboya, envió contra la Valtelina un ejército, que desalojó á las guarniciones de Urbano; pero habiendo acudido España á su defensa, consiguió desalojar tambien al ejército combinado, y finalmente, despues de varias vicisitudes en que los Españoles supieron mantener la gloria adquirida, se dió fin á estas disensiones por medio de un tratado que se celebró en 1626, dexando á los Grisones dueños de la Valtelina, baxo la garantía de España y Francia.

Esta Potencia, ocupada por entónces en la porfiada guerra con que perseguia á los Hugonotes, hubo de suspender por algun tiempo sus intrigas; y España, desembarazada de tan temible adversario, pudo con mas facilidad concentrar su atencion á los asuntos de Holanda. Quizá hubiera sido conveniente fo-

mentar aquella diversion en Francia, por los mismos medios con que ella habia fomentado la de los Paisés-Baxos; pero el Conde-Duque se contentó con enviar un aparente socorro de quarenta velas en favor del ejército católico que sitiaba á la Rochela, con prevenciones, segun se dice, de que no entrase en accion. Luis XIII se apoderó por fin de la Roche-la despues de once meses de sitio; pero aun antes de concluirse esta guerra se suscitó otra en Italia sobre la sucesion del Ducado de Mantua, en que volviéron á medir sus armas las dos Potencias rivales.

Por muerte del Señor de aquel estado en 1627, recayéron todos sus derechos en Cárlos Gonzaga Duque de Nevers, Príncipe sumamente afecto á la Francia, y por lo mismo sospechoso á Felipe IV, quien desde luego se propuso estorbarle la posesion. El Emperador de Alemania y el Duque de Saboya, que tenian tambien sus razones para disputársela, reuniéron sus fuerzas á las del Monarca español; pero la Francia, tomando á su cargo la proteccion de su amigo, envió en su auxilio un respetable ejército, que conducido por el mismo Luis XIII, forzó gloriosamente el paso de Suza, invadió los Estados





El Elector de Tréveris.

Habia provocado el Elector de Tréveris la indignación de Felipe IV prestando á la Francia servicios perjudiciales á la causa de Austria; y en consecuencia de esta las tropas españolas invadieron el electorado, tomaron su capital, arrojaron de ella la guarnición francesa, prendieron al Elector, y le llevaron á Bruselas. Agraviado sin razón al poderose es verter á ser víctima de su justa venganza.

del Duque de Saboya, obligó á los Españoles á levantar el sitio de Casal, deshizo en dos batallas á los Austriacos; y si no pudo impedir que el ejército del Emperador se apoderase de Mantua, y la saquease, logró finalmente en 1631 asegurar su herencia al Duque de Nevers, obligando á España á ceder del empeño por acudir con sus fuerzas á otra necesidad mas urgente.

El Elector de Tréveris habia provocado su indignacion, prestando á la Francia servicios muy perjudiciales á la Casa de Austria, que sin vergüenza no podia dexar impune esta conducta, ya por tomar satisfaccion de los agravios recibidos, ya por evitar que con el disimulo creciese su insolencia. Las tropas españolas invadiéron las posesiones del Electorado, se apoderáron de la capital, expeliendo á la guarnicion francesa, y prendiéron al Elector, que fue conducido á Bruselas. Demandó su libertad el Rey de Francia; se le negó, y de aquí tomó pretextó Richelieu para declarar á España nueva guerra en 1635: guerra obstinada y sangrienta, que duró cerca de veinte y cinco años, y así acabó de consumir la poblacion y tesoros de España.

Unida Francia con Holanda, el ejército

de ambas naciones ganó la famosa batalla de Avein en el país de Lieja; pero aquí pararon todos sus progresos, porque las epidemias aniquiláron al Frances; Holanda empezó á obrar con desaliento, temiendo no aspirase la Francia á engrandecerse á costa de su territorio; y finalmente, los Flamencos subsistieron fieles á España porque eran respetados sus privilegios, como debieran haberlo sido antes de las turbulencias. Por otra parte los Españoles, mandados por el Marques de Santa Cruz, ocupáron las islas de Santa Margarita, San Honorato y otras en frente de Tolon, y destruyéron á una esquadra francesa, que desembarcando en la playa de Valencia un crecido número de tropas, amenazaba á la ciudad; pero en cambio el Duque de Rohan se hizo dueño de la Valtelina, arrojando á los Austriacos que la ocupaban, y se mantuvo gloriosamente en ella con un puñado de gente.

Esta campaña fue seguida de otra mas funesta para la Nacion francesa. El Cardenal Infante, acompañado del Duque de Lorena, penetró en Picardía con treinta mil hombres, pasó el Soma, se apoderó de Chapelle, Chatelet, Corbie, Noyon y otras principales plazas á vista del ejército de Richelieu, que des-

pues hizo pedazos, é intimidó á Paris; pero no supo aprovecharse de estas ventajas, y en vez de marchar directamente contra esta capital, sin darla tiempo de volver de la consternacion, repasó el Soma, y se restituyó á Flandes. Sin embargo, el de Lorena asoló la Borgoña: el Almirante de Castilla penetró en Francia por San Juan de Luz, ocupando y saqueando los pueblos que encontraba al paso, y hubiera podido apoderarse de la Gascuña y la Guiena, si con su lentitud no hubiese dado lugar á que se fortificasen las plazas. Al mismo tiempo el Marques de Leganés, arrojando á los Franceses del Milanesado, hizo considerables estragos en los Estados de Parma y Plasencia, cuyo Soberano seguia el partido de la Francia: tomó á Niza de la Palla, á Villafranca y otras plazas, y se cubrió de gloria en el Piamonte, llegando despues á hacerse dueño de Brem, Verceli y de quanto le impedía acercarse á las puertas de Turin.

Mas afortunados los Franceses en el año siguiente de 1637 recobraron, aunque con bastante sangre, las islas de Santa Margarita y San Honorato: conducidos por el General Schomberg, obligaron á los Españoles á levantar el sitio de Leucata haciendo una car-

nicería horrible: se apoderáron igualmente de Landreci, Damvillers, Ivoi y la Chapelle, al mismo tiempo que los Holandeses reconquistáron á Breda; y el Cardenal Infante, exhausto de tropas y dinero, no hizo poco en recobrar á Ivoi, apoderarse de Roremunda, Vanloo y Maubege, desalojando á los Franceses de todas las orillas del Mosa. En la raya de España sitiáron estos á Fuenterrabía con un ejército formidable, é interceptáron y quemáron doce baxeles, que conducian víveres y municiones á la plaza; pero acudiendo en su socorro el Almirante y el Virey de Navarra Marques de los Velez, atacáron á los enemigos en sus mismas trincheras, los arrolláron, y la guarnicion de la plaza, haciendo al mismo tiempo una salida, completó la derrota. El Príncipe de Condé, que mandaba en esta expedicion las tropas francesas, quiso despues reparar la pérdida y el desayre de su vencimiento, sitiando y tomando á Salsas en el Rosellon. Lo consiguió en efecto; pero no tardó la plaza en volver á poder de los Españoles, acaudillados por el Conde de Santa Coloma y el Marques de los Balbases. Sin embargo, en los Países-Baxos fuéron tan rápidos y tan importantes los progresos de los Fran-

ceses, que sucesivamente se apoderaron de Hesdin, Arras, Gravelingas, Courtrai, Dunquerque y otras plazas de ménos consideracion.

Pero no nos detengamos en seguir las operaciones de una guerra tan obstinada en que todas las potencias se debilitaban, tanto con las victorias como con las derrotas. La paz, siempre apetecible, se hacia cada vez mas necesaria, sin que fuera posible dar un paso hácia ella, porque cada uno de los beligerantes deseaba exclusivamente sus ventajas particulares, poco compatibles con las de sus aliados y las de sus enemigos, y no se hallaba ninguno todavía en el extremo de sujetarse á condiciones vergonzosas. Solian entablarse algunas negociaciones; pero al punto quedaban interrumpidas y desbaratadas por el artificio. El Cardenal de Richelieu principalmente, que deseaba prolongar la guerra, eludia sagazmente qualquiera proposicion pacífica, y sabia suscitar ó fomentar en el seno mismo de las naciones enemigas peligrosas turbulencias, que haciendo su situacion mas crítica, las distrajesen ó debilitasen, ó las obligasen á comprar la paz á qualquier precio. La España, víctima de tan artificiosa política, vió encendida una funesta revolucion en Nápoles, otra

en Sicilia, otra en Cataluña, que por poco la enagena esta industriosa provincia; y otra finalmente en Portugal, que con efecto la robó tan rico y poderoso reyno.

Cataluña era, entre las provincias de España que se manifestaban cansadas y quejasas de la duracion de la guerra, la que como vecina á la raya de Francia habia experimentado mayores incomodidades por el frecuente paso de las tropas, y por los desórdenes que cometian. Indispuestos por otra parte los ánimos á conseqüencia de la violacion de algunos de sus privilegios, y del ningun fruto que habian producido sus reclamaciones á la Corte, se hallaban los Catalanes demasiado propensos á tomar un violento partido, quando en 1640 la imprudente dureza del Conde-Duque de Olivares puso colmo á su indignacion. Durante la guerra del Rosellon el ejército castellano, que constaba de diez y ocho mil hombres, hubo de acantonarse en las fronteras de Francia para observar los movimientos del de Condé, que aun se mantenía en las inmediaciones de Carcasona, no solo amenazando, sino tambien haciendo correrías por el Rosellon y Cataluña. No hallándose en disposicion el erario para sostener allí tan crecido número de

tropas, recurrió al medio expedito, pero nada suave, de imponer á los pueblos del Principado la carga de abastecer de quanto necesitasen á los soldados alojados en ellos. Cataluña, que ni por ley ni por costumbre se creia obligada á mas que á surtir de ciertos artículos á las tropas quando transitasen, reclamó este contra fuero y gravámen, que principalmente recaia sobre la clase mas necesitada del pueblo; y llegando el Rey á dudar de su licitud, para aquietar su conciencia remitió el punto al exámen de una junta de teólogos y juristas, que no se detuvo en fallar que pues aquella tropa subsistia allí en defensa del Principado, debia este mantenerla en un todo. En su consecuencia se expidiéron nuevas órdenes al Virey Conde de Santa Coloma, al Gobernador y demas Ministros Reales, para que de grado ó por fuerza obligasen á los pueblos á la manutencion del ejército; y la soldadesca, á la sombra del decreto, empezó á cometer tales insultos, que irritado el paisanage tomó no pocas veces una sangrienta satisfaccion. Estas escenas se repetian frecuentemente; pero el furor de los Catalanes creció sobremanera al ver encarceladas algunas personas de respeto por defender sus privile-

gios, é intimidados los Ministros Reales, sin duda hubieran suavizado el rigor de sus procedimientos, á no hallarse repetidamente estrechados por el Ministerio con órdenes, conminaciones y castigos, á no ceder en lo mas mínimo. Semejante conducta solo sirvió para empeorar las cosas, y extinguir hasta la esperanza de aplacar aquellos espíritus alterados.

Se dexáron ver en Barcelona varias cuadrillas de labradores de los pueblos comarcanos, armados, resueltos y precedidos de un crucifixo, apellidando la defensa y venganza de la religion atropellada por los soldados castellanos, que sacrílegamente saqueaban los templos; pero contentándose con forzar la cárcel pública y dar libertad á los presos, se retiráron luego de la ciudad á persuasiones de algunos Obispos y Prelados respetables. Sin embargo esto no fue mas que un amago.

A pocos dias, y con pretexto de asistir á la festividad del Corpus, baxáron á Barcelona hasta quinientos segadores de la montaña, bien pertrechados de armas ocultas, y dispuestos sin duda para qualquier acontecimiento: pues apénas fue uno de ellos reconocido por un Ministro, se pusieron todos los demas en defensa, empezáron á hacer fuego

al palacio del Virey, le incendiáron; y acometiendo á los Ministros Reales ya en sus casas, ya en las calles, hicieron una carnicería horrible, y saqueáron sus habitaciones. Ni las persuasiones de los Obispos, ni las del respectable Clero eran bastantes á calmar aquella gente enfurecida; y quando á fuerza de trabajos y con sumo peligro habian conseguido extraer de la ciudad algunas quadrillas, los criados del Marques de Villafranca, General de las galeras Reales, viendo pasar por delante del palacio de su amo un peloton de sediciosos que iba á reunirse con los primeros, y creyendo que su objeto era incendiar y saquear la casa, hicieron fuego, aunque sin bala, para ahuyentarlos. Esta imprudencia renovó la furia de los atumultuados, creciendo prodigiosamente su número; y con el rumor de que habian muerto á algunos de sus *consellers*, se puso en movimiento toda la ciudad. El Virey intimidado y sin saber qué partido tomar, pensó salvar su vida huyendo en una galera que acababa de llegar al puerto; pero los amotinados hicieron varias descargas sobre el esquife que arrojaban de ella, y con la artillería del castillo de Monjui, de que se habian apoderado, la obligáron á largarse mar

adentro. Entónces viéndolos dispuestos á asaltar el arsenal, trató de ponerse en salvo con algunos caballeros y criados que le acompañaban, arrojándose al campo, y ganando la galera que se habia refugiado detras de la montaña de Monjui. Consiguió efectivamente lo primero; pero no permitiéndole su corpulencia caminar con celeridad por entre aquellos riscos, hubo de quedarse muy zaguero con solo un criado que no quiso abandonarle; y el susto, la agitacion, el cansancio y la falta de alimento le ocasionáron un deliquio mortal. Rociando estaba con agua del mar el afligido doméstico el rostro de su amo, quando sobre la cima de un ribazo se dexáron ver algunos sediciosos haciendo fuego; y queriendo aquel leal criado salvar la vida de su Señor, aun á costa de la suya propia, se interpuso y recibió varias heridas; pero no pudo impedir que baxando aquellos hombres furiosos esgrimiesen toda su cólera en el desgraciado Virey, pasándole á estocadas.

Entre tanto los que habian quedado en la ciudad saqueáron el palacio de Villefranca, asesinando á varios de sus criados, exercitáron crueldades inauditas contra los oficiales reales; en una palabra, se abandonáron á



El Virrey asesinado.

Alapó á terminos de sedición en Barcelona y sus inmediaciones en el año de 1640, que intimidado el Virrey quiso huírse; pero en el camino de su fuga fué sorprendido por algunos de los sediciosos, que inutilizando los esfuerzos de un criado suyo, le asesinaron. Que muera el hombre público defendiendo su autoridad, honra su memoria; pero que muera fugitivo, ni aun mirarse suelte como desgracia.



todos los desórdenes de un populacho desenfrenado; y no hubiera podido conseguirse arrojarlos de la ciudad, si la voz mañosamente esparcida de que las tropas castellanas estaban en el Rosellon oprimiendo algunos de sus pueblos, no les hubiese hecho tomar la determinacion de partir en su defensa. Sin embargo, al cabo de dos dias que se detuvieron por aquellos contornos, robando y asolando campiñas y alquerías, se retiraron á sus casas á gozar tranquilamente del fruto de sus latrocinios.

Este suceso, que en realidad no pasa de un movimiento popular, en que no tomaban parte sino cierto número de gentes, no habria tenido seguramente conseqüencias si el Conde-Duque de Olivares se hubiera manejado con la circunspeccion que exígian las circunstancias; pero se obstinó en hacerse obedecer, y la sublevacion, que empezó por venganzas particulares de los insultos de unos soldados, se convirtió en formal rebelion de todo el Principado, y acabó por una sangrienta guerra contra el Monarca. Desconfiados sin embargo los Catalanes de poder sostenerse en el empeño sin el auxilio de un Príncipe poderoso, despacháron embaxadores á Luis XIII Rey de

Francia, para que reconociéndolos por vasallos, les dispensase su proteccion; y Richelieu, que no desperdiciaba ocasion de humillar á España, no solamente los recibió con agrado, sino que en nombre de su amo los colmó de las mas lisonjeras esperanzas. Pero como la lentitud con que se manejó esta negociacion diese lugar á que el nuevo Virey Marques de los Velez entrase en el Principado á la frente de un lucido ejército, se vió Cataluña en la necesidad de librar en sus propias fuerzas la defensa, y tomó la resolucion de erigirse en república independiente.

El Marques, despues de reducir con bastante trabajo un gran número de pueblos á la obediencia de Felipe, se encaminó á Barcelona, centro y móvil de la rebellion; y convencidos entónces los Catalanes de la dificultad de oponer una grande resistencia, acordaron disolver la naciente república, y reconocer Conde de Barcelona al Rey de Francia con las condiciones, entre otras muchas, de respetar sus fueros y privilegios, de no imponerles nuevos tributos, y de no confiar el gobierno de las plazas sino á naturales del país. Acuerdo semejante extinguió toda esperanza de reconciliacion; y el Marques, desengañado

de la inutilidad de las gestiones amistosas con que se habia lisonjeado de reducirles, se creyó en el caso de valerse del rigor; pero no hallándose con fuerzas suficientes para emprender un dilatado sitio, intentó apoderarse por asalto de la fortaleza de Monjui para dominar desde ella á la ciudad. La accion fue de las mas vivas y sangrientas por ambas partes; pero al fin, despues de seis horas de obstinado combate, logró la guarnicion rechazar con grande pérdida al ejército castellano, y obligó al Marques á abandonar la empresa, retirándose á Tarragona.

Animados los insurgentes con este primer triunfo, y enrobustecidos con los auxilios que por mar y tierra se les enviaron de Francia, se creyeron superiores á todos los esfuerzos del gobierno español. Siguióse la guerra con variedad de acontecimientos, ya prósperos, ya adversos por una y otra parte: hubo sitios obstinados, valerosas defensas, choques reñidísimos; pero ninguna batalla campal y decisiva entre los dos ejércitos. El mismo Rey Don Felipe marchó en persona al cerco de Lérida, y le concluyó felizmente, rindiendo la ciudad que los Franceses intentaron recobrar, aunque en vano. Perdiéron tambien á

Balaguer; y si ganaron á Rosas, plaza de grande importancia por facilitar la comunicacion entre el Rosellon y Cataluña, el ejército castellano los desalojó de Tortosa, pasando despues á bloquear á Barcelona, que á pesar de su porfiada resistencia, hubo de entregarse en 1652 á los valerosos caudillos Marques de Mortara y Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, é igual así en esta circunstancia como en el nombre y en la profesion militar al otro Don Juan, hijo de Cárlos V. Expelió de allí este General á los Franceses, desbarató sus tropas cerca de Gerona, libertándola del sitio que sufría; y pacificada la provincia, que ya anteriormente habia dado muestras de sufrir con impaciencia el yugo de su nuevo Conde, y deseaba restituirse á su antiguo Señor, se concedió indulto á los sediciosos, castigando únicamente á los mas culpados. Sin embargo al año siguiente no faltaron algunos Catalanes que promoviesen otra nueva insurreccion; y los Franceses que los auxiliaban se hicieron dueños de Castelló, Rosas, Puigcerdá, Vique, Solsona y otras plazas; pero Don Juan de Austria, con fuerzas inferiores, atajó oportunamente sus progresos, y por el tratado

de los Pirineos, ajustado en 1659, se restituyéron á la corona de Castilla las pocas poblaciones que habian quedado á la Francia en Cataluña.

Como el mal exemplo se propaga á la manera de pernicioso contagio, á la sublevacion de Cataluña se siguiéron inmediatamente las de Nápoles y Sicilia, que no fuéron ménos peligrosas. Un calderero de Palermo que de repente se erigió en xefe de tumulto, seguido de una multitud desenfrenada, se abandonó á las mayores atrocidades; y la Sicilia entera, á excepcion de Mecina, imitó los furores del populacho de Palermo. El mismo papel representó en Nápoles un pescador llamado Tomas Aniello; baxo sus órdenes fuéron asesinados todos los dependientes de Rentas Reales, que eran el blanco de la ojeriza del pueblo, se executáron infinitos latrocinios, y se cometieron violencias inauditas; pero él tambien fué víctima de la furia de los amotinados. Le sucedió un noble, que pereció igualmente; se eligió un tercer xefe, y habiéndose adoptado su proyecto de establecer una república baxo la proteccion de la Francia, convidáron con su presidencia al Duque de Guisa, que como descendiente de los

antiguos Reyes de Nápoles de la Casa de Anjou, se creia con algunos derechos á este reyno. El Duque, ambicioso y precipitado, admitió sin reparar inconvenientes; partió al momento de Roma, donde se hallaba á la sazón, atravesó una esquadra española, y por entre mil peligros llegó casi solo á Nápoles, donde fue recibido con el mayor júbilo del pueblo, que le confirió al punto el título de Dux.

La Francia favorecia esta empresa, como era natural, y envió en auxilio del Duque una poderosa esquadra; pero antes de mucho el Virey Duque de Arcos y Don Juan de Austria, sostenidos por la nobleza napolitana, no solo aplacaron la sedicion, castigando rigorosamente á un gran número de rebeldes, sino que hicieron prisionero al de Guisa, que enviado á España permaneció custodiado en el alcázar de Segovia, hasta que en 1652 obtuvo su libertad el Príncipe de Condé. A pesar de todo, aquel pueblo, naturalmente sedicioso, ofreció despues al mismo Don Juan de Austria la corona de aquellos reynos; sí bien él guardando la debida fidelidad al Rey su padre, no solo desechó la propuesta, sino que empleó todo su esmero en

DE LA HISTORIA UNIVERSAL. 301
restablecer el orden y la tranquilidad.

Harto mas graves y sensibles para la monarquía española fuéron las consecuencias de la sublevacion de Portugal, aunque las causas que motiváron ámbos sucesos no se diferenciáron mucho. Hacia ya largo tiempo que los Portugueses, fatigados de guerras tan prolixas, sentidos de las considerables pérdidas que habian sufrido con este motivo en la India oriental, y sobre todo transportados del odio á la dominacion castellana, que les caracterizó siempre, meditaban en secreto sacudir una dependencia, que á su parecer les humillaba, quando en 1640 una orden del Conde-Duque para que gran parte de la nobleza y crecido número de tropas nacionales marchasen contra Cataluña, acabó de indisponer los corazones, y maduró la conspiracion que se habia tramado en Lisboa con impenetrable sigilo para colocar sobre el trono portugues al Duque de Braganza, emparentado con los Reyes de Portugal anteriores á los Austriacos. El pueblo, fácilmente conmovido por los conjurados, tomó de repente las armas, asesinó al Secretario Miguel de Vasconcelos, que manejaba despóticamente los negocios, arrojándole por una ventana de palacio, desarmó las guardias

de la Vireyna Duquesa viuda de Mantua, la aprisionó, y proclamó Rey al Duque con el nombre de Juan IV. Francia y Holanda, en fuerza de la alianza que con él tratáron, le socorriéron inmediatamente; la insurreccion se propagó con rapidez por las ciudades, las villas y las aldeas; las plazas casi indefensas abrieron sus puertas al nuevo Soberano; los Castellanos fuéron arrojados ignominiosamente del reyno; y entre tanto España, empeñada en sosegar las alteraciones de Cataluña, y en oponerse á las armas francesas agolpadas hácia los Pirineos, dió lugar á que la autoridad del Duque fuese reconocida no solo en Portugal y los Algarbes, sino tambien en el Brasil y en la India.

Felipe IV, entregado exclusivamente á las costosas diversiones con que le tenia distraido el Conde-Duque, y que absorbían los escasos recursos del erario, ignoraba todavía este suceso, quando por toda Europa resonaba la noticia de tan considerable novedad; pero siendo finalmente necesario darle parte de ella, y no atreviéndose nadie „Señor, le dixo su privado Olivares, el Duque de Braganza ha hecho la locura de coronarse Rey de Portugal; pero ella le proporciona á V. M.

una confiscacion de doce millones.” „Pues bien, respondió sin alterarse el indolente Monarca, que se ponga remedio;” y continuó sus diversiones. Sin embargo, este acontecimiento acabó de desconceptuar al Conde-Duque, ya sobradamente desacreditado por su mala administracion, y cuyo carácter despótico é intolerante se señalaba como causa de todos los males que afligian al reyno. Todo el mundo clamaba por su remocion; los Grandes se retiraban de la Corte; el pueblo triste y silencioso no daba ya aquellas señales de afecto acostumbradas quando el Rey aparecia en público; pero nadie osaba rasgar el velo que le ocultaba los desaciertos de su favorito. La Reyna rompió finalmente la valla, haciendo ver á su esposo que todas las desgracias de la monarquía no tenían otro origen que la política romanisca de Olivares; su aya por otra parte, arrojándose á sus pies, le pintó la miseria de los pueblos con tan vivos colores, que ya no le fué posible resistir mucho tiempo á tales ruegos; pero sin resolucion bastante para intimar al Conde la separacion, aguardó á que él, noticioso de la poderosa tempestad que se fraguaba contra su privanza, solicitase su retiro. A esto se reduxo toda su desgracia; y á vista del afecto, que

sin embargo le conservó el Monarca, no falta quien diga que sin duda hubiera sido restablecido en el Ministerio, si en una memoria que publicó no hubiese chocado con la Reyna y otras personas, á quienes por lo mismo interesó en perpetuar su separacion.

Miéntras se hallaba España embarazada con las revoluciones de Cataluña y Portugal, fallecieron Richelieu y Luis XIII; y como la menor edad del nuevo Soberano de Francia ofrecia al parecer una ocasion favorable de conseguir importantes victorias, los tercios españoles, que militaban en los Países-Baxos, penetraron en Champagne á las órdenes del Conde de Fuentes, y sitiaron á Rocroi, esparciendo el terror por toda la comarca; pero acudiendo inmediatamente á la defensa el jóven Duque de Anguien, hijo del Príncipe de Condé, los atacó, los hizo pedazos, y los obligó á regresar á Flandes. Sin embargo, las Potencias beligerantes, cansadas de sostener tan prolixa y dispendiosa guerra sin conocida ventaja, empezaban á abrir los ojos sobre sus verdaderos intereses. Ya se negociaba en Westfalia desde el año de 1644 para el ajuste de una paz general; pero como era preciso conciliar mil derechos ó pretensiones, guardar in-

finitos respetos, dexar á todas las Potencias satisfechas, ó á lo ménos reunir las en un solo sistema de pacificación, y esta era una empresa de las mas difíciles; las negociaciones se hacian interminables. Entre tanto continuaban las hostilidades; los acontecimientos prósperos ó adversos de la guerra hacian continuamente variar de plan á los interesados; y la política falaz, introducida en Europa desde el siglo xv, ponía diestramente en movimiento todos sus resortes. Sin embargo, Felipe IV llegó finalmente en 1648 á concluir la paz con las Provincias Unidas, reconociendo su independencia, y abandonándolas todas sus conquistas; pues aunque esta República, segun sus tratados, no debía entrar en composicion sin contar con la Francia, á la qual tenia grandes obligaciones, en política el interes ó la necesidad actual merecen mas atencion que pasados servicios; y como la primera ley de todo Estado es la propia conservacion, todas las naciones se consideran libres de sus obligaciones desde el momento en que estas no se conforman con el bien del Estado. La Holanda empezaba á temer á la Francia mas que á la España: obtenia de esta quanto podia desear: no quiso pues contribuir á un en-

grandecimiento excesivo de aquella.

En este tiempo llegaban ya á su término las operaciones del congreso de Westfalia, y á fines del mismo año se firmó en Munster el famoso tratado que fixó la suerte del Imperio Germánico, de la Francia, y de las demas Potencias beligerantes; pero gravemente perjudicado en él Felipe IV, se negó á prestar su consentimiento, y á pesar de verse solo, y de hallarse la España en el mayor apuro, continuó con ardimiento la guerra contra Francia. Las turbulencias, que á la sazón agitaban este reyno fuéron tan favorables á las armas españolas, que se hicieron respetar en Italia, en Flandes, en el Rosellon y en Cataluña. El Duque de Anguien, ya Príncipe de Condé, aquel caudillo tan célebre por las insignes victorias que le grangeáron el nombre de *Grande*, perseguido por la faccion del Cardenal Mazarini, sucesor de Richelieu, pasó al servicio de España; y uniendo sus talentos militares á los de Don Juan de Austria, contribuyó no poco á abatir en tantas y tan señaladas ocasiones á los Franceses, que los hubiera reducido á la mayor consternacion, si á su pericia é intrepidez no se hubiera opuesto un digno competidor como el Mariscal de Tu-

rena. En tales circunstancias pidió Mazarini la paz á Felipe IV, proponiendo el matrimonio de la Infanta Doña María Teresa con Luis XIV; y como Don Felipe se hallaba sin descendencia masculina, desechó la propuesta, destinando su hija al Archiduque Leopoldo; pero habiéndole nacido despues un hijo en ocasion en que sufrían sus armas considerables descalabros en Flandes y en Italia, no subsistiendo ya el fundamento de la repulsa, y haciéndose la guerra cada vez mas insoportable, accedió las proposiciones pacíficas con que aun se le brindaba por parte de la Francia, prometió la Infanta al jóven Luis; y en 1659 se entabláron las negociaciones en la isleta de los Faysanes, que forma el rio Vidasoa en las fronteras de ambos reynos. En ellas apuró Mazarini todos los recursos de su destreza política; pero Don Luis de Haro, sobrino y sucesor del Conde-Duque en el ministerio, y Plenipotenciario autorizado para estas conferencias, conociendo que se intentaba alucinarle, tomó el partido de oponer la lentitud que sugiere la desconfianza. Solo el ceremonial ocupó una infinidad de tiempo, como si se tratase de arreglar etiquetas, y no de pacificar Estados; pero por fin, á pesar de la sagacidad

de Mazarini, despues de tres meses de sesiones, pudo concluir el Ministro español una paz que, aunque poco favorable á España, se aplaudió como una fortuna respecto del estado de las cosas. Este famoso tratado, conocido generalmente por *de los Pirineos*, á causa de que en él se señaláron estos montes como línea divisoria de los límites de ambas Potencias, consta de ciento veinte y quatro artículos, siendo de los mas principales la capitulacion matrimonial de la Infanta, baxo la renuncia de los derechos que en qualquier tiempo pudiera tener á la corona de España. Renuncia que todos preveian seria infructuosa si llegaba el caso de la sucesion, y que efectivamente tuvo grandes conseqüencias, como veremos luego. Los demas tienen por objeto determinar las plazas, que en Flandes y demas Países-Baxos habian de quedar adjudicadas á la Francia, y quales á España; ceder á aquella el Rosellon y demas dominios que esta poseia de la parte de allá de los Pirineos; asegurar á los Catalanes el perdon de sus yerros, reintegrándoles en sus posesiones, empleos, honores y privilegios; privar á los Portugueses de los auxilios que pudieran esperar del Rey de Francia &c.

Hasta que Felipe IV se desembarazó completamente de todos sus enemigos no pudo emplear con vigor sus fuerzas en reducir á Portugal, tratándole como provincia rebelde. Ya en 1656 habia fallecido Don Juan IV, y su viuda Doña Luisa de Guzman, Señora de mucho talento, que durante la menor edad de su hijo Alfonso VI gobernaba el Estado con tanta prudencia como acierto, al ver los preparativos de Castilla, creyó preferible negociar un partido honesto, á exponerse á las conseqüencias inciertas y siempre fatales de una guerra. Inexôrable Felipe IV hizo marchar nuevas tropas, baxo las órdenes de Don Juan de Austria, á reforzar los tercios, que acaudillados por Don Luis de Haro habian ya anteriormente penetrado en la provincia de Alentejo, y envió al Duque de Osuna para que con dos mil y ochocientos hombres invadiese al mismo tiempo las fronteras por la parte de Ciudad-Rodrigo. Renováronse las hostilidades con ardor por una y otra parte; pero los Portugueses hicieron ver entónces que la desesperacion suple muchas veces con ventaja por el valor. Auxiliados por los enemigos de la España, incluso los Franceses á pesar de todos los pactos estipulados, supié-

ron oponer tal resistencia, que inutilizáron todos los esfuerzos de las tropas castellanas. Después de varios combates reñidísimos pudo conseguir Don Juan de Austria apoderarse de Evora, Estremoz y otras plazas; pero léjos de desalentar estos progresos á sus enemigos, estos le derrotáron cerca de la misma villa de Estremoz. Algo mas feliz el Duque de Osuna logró con un puñado de gente desbaratar un cuerpo de doce mil hombres cerca de Valdelamula; pero habiendo puesto después sitio á Castel-Rodrigo, y reducido esta plaza á punto de capitular, hizo la guarnición una salida inesperada, que forzando las líneas, dexó tendidos en el campo mas de mil y doscientos hombres.

En tan peligrosas circunstancias acabó de completar una intriga de corte la desgracia que perseguía á ambos ejércitos. El crédito que á Don Juan habian proporcionado sus hazañas en Cataluña, Flandes y aun en Portugal, se hacia cada vez mas sospechoso á la Reyna Doña Mariana de Austria, que previendo el caso del fallecimiento del Rey, le consideraba como un competidor temible en la regencia del reyno durante la menor edad del Príncipe heredero. Interesada por consi-

guiente en deprimir su concepto, y poco escrupulosa en la eleccion de los medios, se valió de toda su influencia en la Corte para impedir se le suministrasen los auxilios indispensables de dinero, tropas, víveres y municiones, sin los cuales era imposible que no se viese en la necesidad de recibir la ley que le quisiese imponer el enemigo. Quejóse Don Juan repetidas veces de la indiferencia con que se le abandonaba; pero sus quejas no llegaban á los oidos del Rey, y viendo finalmente que no surtian efecto alguno, hizo dimision del mando, que recayó en el Marques de Caracena, y se retiró á Consuegra en desgracia de su padre. El Duque de Osuna por otra parte, sujeto á igual abandono, se vió en la precision de sostener sus tropas á costa del país conquistado; y esta conducta, que nada tiene de particular atendidas las circunstancias, se desfiguró ante el Rey con el mas feo colorido, y sirvió de pretexto para quitarle el mando de su pequeño ejército. El Duque sin embargo, superior á todo resentimiento, y únicamente atento á defender el honor y los intereses de su patria, se alistó entre las tropas por soldado raso, ofreciéndose á servir en esta clase mejor que de General; pero el Mar-

ques de Caracena se resistió á admitirle á pretexto de no tener órden de la Corte, y diciéndole, que pues era soldado obedeciese á su xefe, y se retirase. Obedeció en efecto, y aquella accion generosa no consiguió otro premio que una dura prision, y una multa de cien mil ducados.

No se descuidáron los Portugueses en aprovechar tan favorable ocasion para dar un golpe decisivo: un ejército hambriento, desnudo y mal armado era débil obstáculo á hombres acostumbrados á vencer, y que defendian su patria, libertad y bienes. Sin embargo, las tropas castellanas, atacadas junto á Villaviciosa, sostuviéron con el mayor denuedo un choque terrible y obstinado, en que si quedáron derrotadas, supiéron vender bien cara la victoria, y solo cediéron el campo despues de haber perdido mas de quatro mil hombres. A esta memorable batalla puede decirse que desde la Casa de Braganza la soberanía de Portugal: pues mas imposibilitada desde entónces Castilla de hacer valer sus derechos, si continuó la guerra fue siempre con desventajas; y al fin se vió en la precision de reconocer la independència de aquella provincia rebelde por los años de 1668, reynando ya Cárlos II.

No era posible que Felipe IV se mostrase indiferente al conjunto de pérdidas y desgracias, que acumulándose durante su reinado habian desvanecido hasta la esperanza de restituir la monarquía al grado de esplendor con que cien años antes se habia hecho respetar en Europa. Acongojado su espíritu á la vista de tantos afanes y desventuras, enfermó gravemente, y falleció en 17 de Setiembre de 1665, dexando por sucesor al Príncipe Don Carlos, hijo de su segunda esposa y sobrina Doña Mariana de Austria; pues los demas varones que tuvo de esta Señora, y el Príncipe Don Baltasar Carlos, que nació de su primer matrimonio con Doña Isabel de Borbon, habian muerto en su infancia ó en la flor de su edad.

Quatro años escasos contaba á la sazón el nuevo Soberano; y de consiguiente fue preciso que su padre dexase encomendada su tutela y la regencia del reyno hasta que cumpliese la edad competente para tomar las riendas del gobierno. Siempre fuéron muy ominosas para España las menoredades de sus Monarcas; y si esta circunstancia sola ha ocasionado tantos males en tiempos ménos calamitosos, quando la nacion se hallaba constitui-

da en la situacion mas deplorable , no debian esperarse mas felices resultados. La Reyna viuda quedó, por disposicion del Rey difunto, encargada de la tutela de su hijo y del gobierno del reyno, asistida de una junta compuesta del Presidente de Castilla, del Vice-Canciller ó Presidente de Aragon, del Arzobispo de Toledo, del Inquisidor general, de un Grande de España, y de un Consejero de Estado, sin hacerse mencion de Don Juan de Austria, que por su calidad, prendas y opinion parece que entre los sugetos elegidos debia haber ocupado el primer lugar en la confianza de su padre. Esta especie de ingratitude no pudo ménos de discontentar á la nacion que le profesaba particular afecto; y como todos consideraban á la Reyna como causa inmediata y principal de semejante injusticia, no era posible que despues sufriesen con paciencia, que entregada exclusivamente á la voluntad de su Confesor el Padre Everardo Nithard, Jesuita aleman, sin experiencia en el arte de gobernar, y con otras circunstancias que le hacian poco amable á los Españoles, no solamente le fiasse la direccion de su conciencia, sino la del reyno, elevándole á Consejero de Estado, á Inquisidor general, y por

consiguiente á miembro de la Junta, y reuniendo por último en solo él todas las facultades, que segun la intencion del Rey difunto debian residir en esta última, quando por otra parte se advertian sus disposiciones de alejar á Don Juan de Austria como único que podria hacer frente á sus desaciertos.

En efecto, era demasiado decidida la influencia de Don Juan sobre la nacion entera para no hacerse temible su presencia á quantos aspirasen á un predominio absoluto. El Padre Nithard le contemplaba como un obstáculo á su arbitrariedad; y por consiguiente nada le importaba tanto como libertarse de este objeto incómodo. El gobierno de las posesiones españolas de Flandes, que á la sazón se hallaban en grave peligro amenazadas de la Francia, fue conferido á Don Juan baxo el pretexto especioso de que nadie podria defenderlas como el heroe que en aquellos mismos paises se habia cubierto de laureles; pero Don Juan, penetrando el designio de sus enemigos, y previendo igual suerte á la que sufrió en Portugal, se negó constantemente á admitir un cargo en que no dudaba iba á ser sacrificada su reputacion. Esta repulsa se consideró como un insulto: se le desterró de la Corte; y siendo ya entónces pre-

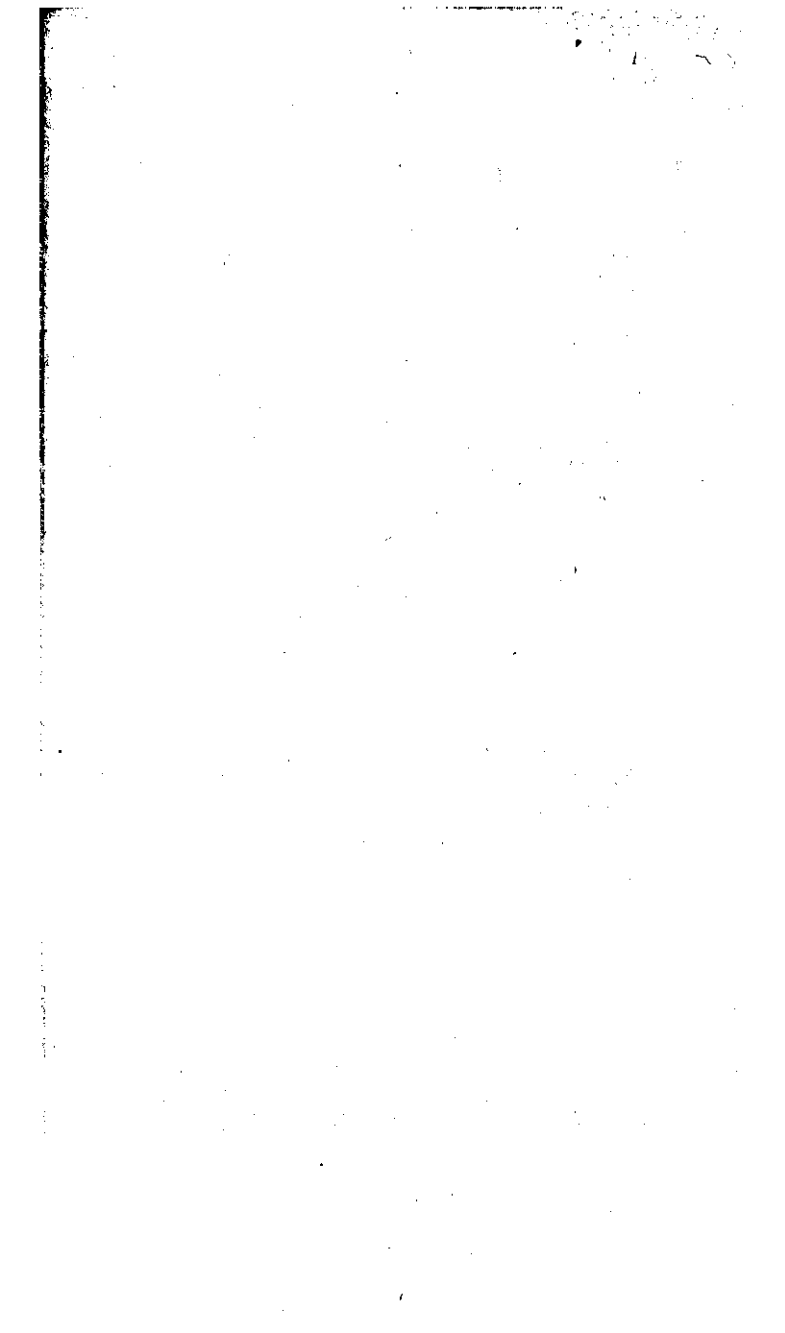
ciso recurrir á otros medios para deshacerse de él, no faltaron personas viles que se prestasen á la intriga mas infame, y que suponiéndose cómplices, señalasen á Don Juan por cabeza de una conjuracion contra la vida del Padre Confesor. Inmediatamente se decretó su prision, y un crecido número de soldados partió á Consuegra con órden de conducirle al alcázar de Toledo; pero avisado con tiempo pudo refugiarse en el reyno de Aragon, y asegurándose en una fortaleza, desmintió públicamente la impostura con que se habia ultrajado su opinion, exigiendo en desagravio la remocion del Padre Nithard, y protestando las consecuencias que de lo contrario pudieran resultar.

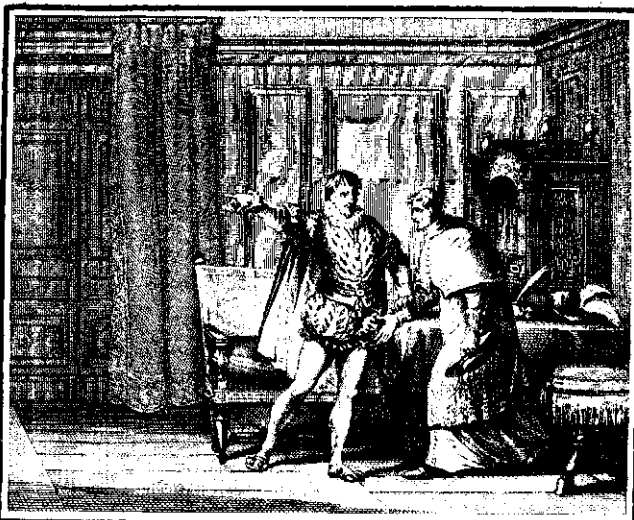
No habiendo producido sus reclamaciones otro efecto que concederle permiso la Reyna para acercarse á la Corte, y acelerar por este medio la reparacion de su honor, se puso en camino con una escolta de setecientos hombres de infantería y caballería; y con esta gente, en órden de batalla, se presentó á tres leguas de Madrid. Atemorizados los Regentes, enviaron al Nuncio pontificio para que le manifestase un breve del Papa, en que le exhortaba á transigir sus diferencias con la Corte; y habiéndole pedido quatro dias de término para

expedir las órdenes convenientes á darle una completa satisfaccion, respondió el agraviado Caballero: „Que pues la Reyna habia tenido mucho tiempo para deliberar, exígia por primera satisfaccion la separacion del Padre Nithard dentro de dos dias, y su salida de España.” En tales circunstancias ya no tuvo la Reyna arbitrio para resistirse: el riesgo de una guerra civil era inminente: el enemigo estaba á las puertas: su ascendiente era harto conocido; y á la menor resistencia se hubieran reunido baxo sus banderas el pueblo, el clero, la nobleza y la nacion entera. Deseando no obstante despedir á su amado Confesor con el honor posible, expidió un decreto sumamente lisonjero á su persona, enviándole á Roma en calidad de Embaxador extraordinario.

Dado este primer paso, solicitó Don Juan la separacion del Presidente de Castilla, y de algun otro miembro de la junta, cuya excesiva deferencia habia dado ocasion al ensalzamiento del Padre Nithard, y pidió el Vireynato de Aragon y Cataluña, ó bien una plaza en el Consejo de Estado. Se le contestó en términos generales, que se le responderia luego que hubiese despedido á la tropa que le acompañaba; y rezelando que esto fuese

un estratagema para desarmarle y dexarle bur-lado, se aquarteló en Guadalaxara, permaneciendo á la defensiva para qualquier acontecimiento. La Reyna repitió sus órdenes para que entregase la caballería, baxo la pena de ser tratado como rebelde; pero se resistieron á abandonarle sus soldados, y la Reyna se vió precisada á entablar una capitulacion bastante favorable á Don Juan, que fue admitida por este, con la protesta de que se hubiesen de cumplir las condiciones de ella antes de licenciar á su gente. La lentitud con que se procedia á su cumplimiento se le hizo sospechosa; y aun por España se esparció la voz de que se le engañaba, y de que al fin seria víctima de su excesiva confianza. Por todas partes se advertia una grande fermentacion: Granada tomó las armas en su defensa; Aragon y Cataluña enviáron en su auxilio doscientos miqueletes, ofreciéndole toda la gente que necesitase; de las demas provincias, qual acudia con nuevos refuerzos, qual se manifestaba dispuesta á armarse en masa si fuese necesario. En una palabra, la guerra civil parecia inevitable, porque Don Juan no dexaba de insistir en que la administracion del Real patrimonio se confiase á manos mas fieles, que





D. Juan de Austria aplacado.

Obligado á armarse D. Juan de Austria para asegurar su persona y vindicar su reputacion, temieron las resultas sus envidos, trataron de aplacarle; y valiéndose para ello del Nuncio pontificio, este se manegó con tal acierto, que dexando D. Juan las armas, recibió las satisfacciones que le seaba. Buscar mediadores á vista del peligro es prudencia; pero lo es mayor no expensarse á negociarlos.

no permitiesen extraer las inmensas remesas de dinero á Alemania, miéntras España perecía, sus pueblos se hallaban agoviados de impuestos, y estaban mal surtidos los exércitos encargados de la defensa exterior; y como eran tantos los interesados en que subsistiese el desórden, se ofrecian gravísimas contradicciones, y la Reyna por otra parte, siempre tenaz en su propósito, le respondia de un modo que prometia muy pocas esperanzas. Al fin fue forzoso que el Nuncio se encargase nuevamente de mediar en el asunto, y manejó con tal destreza la negociacion, que reduxo á Don Juan á abandonar sus disposiciones hostiles, baxo la promesa de que no se le obligaria á tomar el gobierno de los Paisés-Baxos, y de que se le nombraria, como se le nombró efectivamente, Virey y Vicario general de Aragon, Cataluña, Valéncia, Islas Baleares y de Cerdeña, estableciendo su residencia y Corte en Zaragoza.

Por este medio quedáron reducidas las cosas á un estado aparente de tranquilidad, que duró muy poco tiempo, pues los desórdenes de la Corte crecieron á lo sumo, las resoluciones del Gobierno llevaban impreso el carácter de la arbitrariedad, y por todas partes

no se oían sino quejas, que mas de una vez tuviéron peligrosas conseqüencias. Ademas el Padre Nithard fue reemplazado en la privanza de la Reyna por Don Fernando de Valenzuela, que excluido de casa del Duque del Infantado, donde sirvió de page, hizo tan rápida fortuna, que en breve se vió elevado al cargo de Caballerizo mayor, condecorado con la dignidad de Grande de España, y dueño absoluto de la voluntad de la Regente: circunstancias, que aunque no hubiesen estado acompañadas de otros excesos, era preciso que exâsperasen los ánimos mas contenidos.

La primera nobleza del reyno se creyó desayrada, y empezáron á correr por la Corte ciertos rumores, que pusiéron en cuidado á Valenzuela, quien procuró, aunque en vano, desvanecerlos con agasajos. Cumplió por fin el Rey los quince años, y se mudó la escena. Don Juan de Austria fue llamado al Ministerio, la Reyna desterrada á Toledo, y Valenzuela preso, desposeido de todos sus empleos, revocadas todas las mercedes que obtenia, y conducido á las islas Filipinas.

El nuevo Gobierno habria quizá podido restablecer el órden y la tranquilidad, si Don Juan no hubiese fallecido á poco tiempo, y

si por su muerte no hubiera quedado á la frente de los negocios del Estado un Soberano, cuya débil complexión, pusilanimidad ó encojimiento no podian ménos de influir en la constitucion general de la monarquía; pues faltando energia en el gobierno, y no usándose oportunamente del premio y del castigo, era consiguiente que empeorase la situacion de las cosas. La Reyna Madre fue llamada á la Corte; y aunque no se mezclase en los negocios, su presencia debia necesariamente renovar la desconfianza y el desabrimiento de los vasallos; que todo lo temian de una persona interesada en recobrar su influxo, y de un Príncipe acostumbrado desde su infancia á una deferencia absoluta á los que le rodeaban ansiosos de mandar. Las providencias del Gobierno no eran por otra parte las mas á propósito para tranquilizar los espíritus. Léjos de advertirse en ellas aquel genio reparador, capaz de curar las insondables llagas del Estado, todas se resentian de la debilidad del Príncipe, ó de la ignorancia de los que las dictaban. No solo continuáron en suma decadencia la agricultura y la industria, cuyo fomento era tan interesante á una nacion constituida en el extremo de la pobreza y del abatimiento, sino que en vez de

alentar el comercio con oportunos reglamentos, aparecieron una porcion de pragmáticas, ya reduciendo el valor nominal de cierta clase de moneda, ya prohibiendo su curso, ya franqueándole con ciertas restricciones; de suerte que resultando incierto el cambio por esta inconstancia, no pudieron ménos de entorpecerse las negociaciones. Las urgencias del Estado obligaron á vender las principales dignidades y empleos, como Vireynatos, Presidencias y Gobiernos políticos y militares; y el dinero fue ya un título superior al del mérito. Hasta el valor y disciplina militar, últimos y preciosos restos del poder español, llegaron quando no á degenerar, por lo ménos á decaer; agravándose todos estos males con la falta de poblacion, de tropas y de caudales, que cada vez se fue haciendo mas sensible. Este es el quadro que ofrece la historia del infeliz reynado de Cárlos II.

Quando empezó á gobernar por sí este Príncipe, halló ya en muy abatida situacion los intereses políticos y las fuerzas del reyno: pues ademas de haber sido preciso abandonar la empresa de reducir á Portugal, reconociendo en 1668 por su legítimo Soberano á Alfonso VI, hijo y sucesor del Duque de Bra-

ganza, habia sido muy desventajosa la guerra sostenida con Francia, para reprimir la ambicion de Luis XIV. Aunque en el tratado de los Pirineos se habia estipulado una renuncia absoluta de todos los derechos que la futura Reyna de Francia Doña María Teresa pudiera tener á los Estados de su padre, y se habia confirmado esta renuncia en su contrato matrimonial; Luis XIV se creyó no obstante autorizado para hacer revivir los derechos de su esposa, y asegurarse una parte de esta vasta sucesion. La Corte de Versailles pretendia que muerto Felipe IV debia pertenecer el Brabante á Doña María Teresa, como hija del primer matrimonio, en virtud de una costumbre con fuerza de ley establecida en los Paisés-Baxos, que preferia en las herencias paternas á los hijos del primer lecho, excluyendo á los del segundo, fuesen varones ó hembras. Este derecho se observaba con efecto en las sucesiones particulares; ¿pero obligaria tambien á los Príncipes? ¿podria subsistir despues de una renuncia solemne? Gran materia para una disputa, que solo habian de decidir las armas.

Los jurisconsultos y los teólogos consultados por ambas Cortes defendieron las dos contradictorias; por una parte y otra se pu-

blicáron infinitos escritos en defensa de sus respectivos derechos; pero por desgracia se hallaba el Rey de Francia demasiado orgulloso con su poder, y ansioso de conquistas y trofeos, para permitir que nadie le usurpase la gloria de resolver esta cuestión. Sus excelentes y bien disciplinadas tropas, sus preparativos inmensos, un Turena por General, todo le prometia la victoria; y así se puso en marcha para una conquista infalible. Apenas se presentó cayéron en su poder Charleroy, Tournay, Furnes, Armentieres, Douay y otras plazas: Lila, bien fortificada y con una valerosa guarnicion, no pudo sostener mas que nueve dias de sitio; y sin descansar de las fatigas de esta campaña, en el rigor del invierno marchó á la conquista del Franco-Condado, provincia que dependia del Gobierno de Flandes, ó mas bien que se gobernaba como una especie de República baxo la dominacion española. El Príncipe de Condé habia propuesto el plan de la expedicion; el Marques de Louvois, Ministro de Guerra, y émulo de Turena, le adoptó con ardor: algunas intrigas secretas facilitáron el éxito de las armas; no faltáron traydores; Condé se apoderó repentinamente de Besanzon y de Sa-

lins; el Rey sometió á Dole en quatro dias; y en tres semanas quedó subyugada toda la provincia.

Sin embargo, la prosperidad de Luis XIV llenaba de recelos á las demas naciones: la Inglaterra principalmente temia las consecuencias, y la Holanda temblaba, reconociéndose ya sin fronteras que pudiesen contener sus proyectos atrevidos. Estas dos Potencias, reconciliadas apénas, se unieron con la Suecia por medio de un tratado, cuyo objeto era obligar á Luis á hacer la paz con España, y á renunciar de nuevo los derechos de la Reyna su muger. Propúsosele por parte de la triple alianza que si restituia el Franco-Condado, se le dexaria en posesion de sus conquistas en Flandes en equivalente de las demas pretensiones. Luis, obligado á disimular su enojo por entónces, admitió las proposiciones, y firmó en 1668 la paz de Aquisgran; pero conservó su resentimiento hasta mejor ocasion.

Libre la España de tan peligrosa guerra, no por eso pudo verse mas tranquila, porque prescindiendo de las interiores turbulencias que ocasionáron la privanza del Padre Nithard, y la persecucion de Don Juan de Austria, no era posible que mirase con indiferencia el terri-

ble azote que asolaba sus posesiones americanas. Unos piratas sin leyes, sin costumbres, sin religion, menospreciando la vida en cambio de la libertad, igualmente intrépidos y feroces, y conocidos con el nombre de *Flibustieres*, haciéndose fuertes en la isla de la Tortuga, inmediata á la de Santo Domingo, atacaban con simples canoas, y se hacian dueños de bastimentos muy considerables. Nada era capaz de resistir á su desesperado furor; ningun pabellon se hallaba á cubierto de sus insultos; pero el odio mortal que principalmente habian jurado á los Españoles, les hacia parecer mas que hombres, quando se empleaban en su daño. Baxo la direccion de un Ingles llamado Morgan intentáron en 1669 apoderarse de Porto-Belo, plaza fuerte, defendida por una buena guarnicion, y depositaria de inmensas riquezas. Ellos eran poco mas de seiscientos, y sin embargo tomáron por asalto la ciudadela, y pusieron en contribucion á la ciudad, que se libró del pillage por la suma de un millon de duros. Su osadía creció á un extremo inaudito; pero careciendo de principios de prudencia y de gobierno, y abandonándose á todos los excesos imaginables, debian al fin ser disipados, quando la España sa-

liese del letargo en que yacía.

Aun no habían pasado quatro años desde el tratado de Aquisgran quando esta nacion se vió de nuevo sumergida en otra guerra tan funesta como la anterior. Irritado Luis XIV de la triple alianza que había suspendido el curso de sus rápidas conquistas, y no pudiendo perdonar á los Holandeses esta falta de correspondencia á la generosidad con que les había favorecido en algunas ocasiones, resolvió vengarse y conquistar. Con el designio de subyugar la Holanda tomó todas las medidas que hubiera exígido la empresa mas arrojada; y sus preparativos de guerra, su profundo secreto y actividad vigorosa le aseguraban, al parecer, la execucion. Una intriga bien dirigida separó á la Inglaterra y á la Suecia de los intereses de su aliada; pero tampoco la fue á esta muy difícil hallar nuevos amigos en la España, temerosa por sus Países-Baxos, en el Emperador de Alemania, resentido por la rebelion de la Hungría, pérfidamente excitada por la Francia, en el Elector de Brandemburg, y todos los Príncipes del Imperio; y finalmente en la Dinamarca, para quienes era temible el engrandecimiento de aquella Potencia. Parece á primera vista que la noticia sola de tan po-

derosa confederacion obligaria al Rey de Francia á desistir del empeño; pero léjos de acobardarse con este aparato, se dirigió inmediatamente con todas sus fuerzas y sus mas célebres Capitanes contra aquel pequeño Estado; y atravesando victoriosamente el Rhin, en ménos de tres meses cayéron en sus manos las provincias de Utrech, Overysse y Güeldres, con mas de quarenta plazas fuertes. Con igual felicidad se apoderó despues en los Países-Baxos de Mastrick, Lieja, Limburgo, Condé, Valenciennes, Cambray, Gante, Sant Omer, Iprés y Arras, volviendo á ocupar el Franco-Condado. Victorioso en la famosa batalla de Senef y en la de Mont-Casel, temido en todas partes, pero abandonado por la Inglaterra, y sin poder prestar auxilio á los Suecos, despojados por el Elector de Brandemburg de todas sus posesiones alemanas, accedió por fin á las proposiciones de paz que le hicieron los coligados por medio de la Inglaterra; y en 1678 se concluyó un tratado en Nimega, en que por el bien de la paz hubo de sacrificar España al conquistador el Franco-Condado y casi todas las ciudades que habia ocupado en los Países-Baxos.

Durante esta guerra se sublevó la ciudad

de Mecina, en el reyno de Sicilia, ofreciéndose al Rey de Francia, que con efecto fue reconocido en ella por Soberano, y protegió á los sublevados enviándoles quantos socorros necesitáron para mantener la insurreccion; pero aunque las tropas de los rebeldes, aliadas con las francesas, vencieron á las españolas en algunas refriegas, no llegó el caso de que Luis XIV se apoderase de aquel país; antes bien se vió precisado últimamente á retirar de allí su ejército, y la ciudad se restituyó á la obediencia de su antiguo Señor en el mismo año en que se ajustó la paz de Nimega.

¿Pero cómo era posible que las Potencias europeas permaneciesen mucho tiempo tranquilas espectadoras del engrandecimiento que habia adquirido la Francia por este tratado? En 1687, á instigacion de Guillelmo de Nassau, Príncipe de Orange, se formó la célebre liga de Ausburg, compuesta del Emperador y Príncipes de Alemania, y del Rey de Suecia, con el objeto de destronar al de Inglaterra por estrechamente unido con la Francia, colocando en su lugar al de Nassau, y embestir con todas las fuerzas reunidas á esta Potencia hasta abatirla, y conseguir despojarla de todas sus conquistas antiguas y modernas, y

restituir las á sus primeros poseedores. Como esto era muy interesante á España, no tuvo mucha dificultad en acceder al tratado con la esperanza de recobrar los bellos países que la necesidad la habia obligado á ceder á Luis XIV, y temiendo por otra parte que el halagüeño cebo de las conquistas no excitase á aquel formidable guerrero á hacerse dueño del resto de los Países-Baxos. Sin embargo, el activo y belicoso Luis supo anticiparse á los aliados en el Rhin; y si no pudo impedir el despojo de su confederado el Rey Jacobo, por lo ménos en sola una campaña hizo conocer á sus enemigos que no era tan fácil, como se habian lisonjeado, la execucion de su proyecto. España precisada á hacer frente á sus armas victoriosas en diferentes puntos á un mismo tiempo, y con pocos arbitrios para detener el curso rápido de sus conquistas, manifestó, es verdad, que aun no se habian extinguido las virtudes militares de sus hijos; pero en ocho años consecutivos que sostuvo la guerra, casi puede decirse que solamente en las batallas de Campredó y de Valcourt la fue favorable la fortuna. En Flandes perdió desgraciadamente las de Fleurus, Leuza y Steinkerque; en Cataluña las de Ter y de Barcelona; en Italia las

de Stafarda y Marsailla; siguiéndose despues como precisas funestas conseqüencias de estos infortunios la pérdida de Urgel, Belver, Rosas, Palamos, Gerona, Hostalric y Barcelona en Cataluña; la de Luxêmburgo, Mans, Charleroy y Namur en los Países-Baxos; y la conquista y saqueo del puerto de Cartagena de Indias. Pero finalmente al cabo de tantos años de carnicería, viéndose los aliados tan distantes de poder realizar sus ideas, empezáron á cansarse de una guerra, que solo conducia á proporcionar nueva gloria y poder á la Francia. Luis XIV por otra parte, que tenia sus ideas sobre la sucesion de España, deseaba concluir la paz antes de la muerte de Cárlos II, que anunciaban próxîma las continuas enfermedades de este Monarca; y por eso contentándose con la gloria de haber él solo frustrado los esfuerzos de la Europa confederada, hacia ya á España proposiciones pacíficas, ofreciéndose á restituirla todas ó la mayor parte de sus conquistas.

Hallándose en esta disposicion las Potencias beligerantes, era consiguiente que viniesen á una negociacion. Entabláronla con efecto por medio de sus Plenipotenciarios en el castillo de Riswik, y en 1697 se concluyó el célebre

tratado, en que con sagaz política hizo la Casa de Borbon el sacrificio de una porcion de pais es empapados aun en la sangre de centenares de víctimas.

Penetró su designio el Príncipe de Orange, Rey ya de la Gran Bretaña; y como Carlos II, aunque casado dos veces, una con Doña María Luisa de Borbon, primogénita del Duque de Orleans, y sobrina de Luis XIV, y otra con Doña Mariana de Neoburg, hija del Conde Elector Palatino del Rhin, ni de uno ni de otro matrimonio habia logrado sucesion, siendo ya muy pocas ó ningunas las esperanzas de que la tuviese respecto de su delicada salud, era tanto mas temible la posibilidad de que por su muerte pasasen á un Príncipe frances todas las coronas de España. Esta circunstancia podria influir mucho en el decantado equilibrio de la Europa; y para que no se destruyese dispuso un proyecto de particion de aquella monarquía, que hizo firmar en el Haya en 1698 por los Plenipotenciarios de las Cortes interesadas en ella, adjudicando al hijo primogénito del Elector de Baviera, heredero presuntivo del Rey Católico, la corona de España, con las Indias y los Paises-Baxos: á Luis, Delfin de Francia los reynos de Nápoles y

Sicilia, y otros territorios en Italia, además de la provincia de Guipúzcoa; y el Ducado de Milan á Cárlos, Archiduque de Austria, hijo segundo del Emperador Leopoldo. La inopinada y prematura muerte del Príncipe electoral de Baviera desconcertó todo el proyecto; pero inmediatamente se formó otra nueva división, señalando al Archiduque los reynos de España é Indias, agregando la Lorena á los dominios adjudicados ya al Delfin, y dándose en equivalente al Duque de Lorena el Estado de Milan.

Reclamó altamente contra este repartimiento el Emperador, que pretendia la sucesion por entero. El Rey de Francia, que tenia las mismas pretensiones, nada dixo, mostrando en lo exterior contentarse con una parte de la herencia, al mismo tiempo que secretamente estaba negociando en Madrid por el todo; pero el Rey Católico, que por medio de sus Embaxadores habia protestado contra el primer concierto, no pudo sufrir sin indignacion que las Cortes extrangeras quisiesen disponer á su arbitrio de unos reynos, cuyo Soberano aun vivia, y no habia declarado su última voluntad. Sin embargo, el estado de su salud no permitia se difiriese mucho tan importante di-

ligencia. La Grandeza, el Confesor del Rey y los Ministros no cesaban de estrecharle á que quanto antes nombrase sucesor, y libertase á la nacion de los males que de lo contrario la amenazaban; pero incierto en la eleccion, hizo varias consultas á personas cuyos pareceres fuéron tan diversos como sus respectivos intereses. La irresolucion en que quedó el Rey por esta causa dió márgen á que los Embaxadores de Francia y Alemania, continuando sus esfuerzos para ganar parciales, dividiesen la Corte, y á que cada uno de los partidos pudiese en movimiento todos los resortes de la intriga para debilitar á su contrario. La Casa de Austria estaba sostenida por el afecto que naturalmente debia profesarla el Rey, como descendiente de ella, y por el influxo de la Reyna, del Almirante de Castilla, del Marques de Melgar y del Conde de Oropesa, que tenian esclavizada su voluntad en términos, que el vulgo solia decir que le habian hechizado. El Cardenal Portocarrero y el Inquisidor general Rocaberti, que estaban por la Casa de Borbon, procuráron dar cuerpo á esta voz supersticiosa, que no dexó de infundir cierta desconfianza en el ánimo del Rey, cuyas dolencias habituales acreditaron mas aquellos rumores. Por

otra parte el Padre Fray Froylan Diaz, su nuevo Confesor, apoyaba de buena fe la ficcion, exôrcizándole repetidas veces por medio de un Capuchino aleman, cuyas voces y anatemas aterraban al doliente sin curarle, y aumentaban su natural pusilanimidad. El pueblo escandalizado pidió á gritos la separacion de los supuestos hechiceros, y el Rey se vió precisado á condescender, perdiendo por este medio la Casa de Austria unos agentes tan poderosos. Entónces redobláron sus esfuerzos los de la de Borbon; y el Monarca, agitado entre tanta diversidad de pareceres, resolvió consultar tan grave negocio con el Pontífice Inocencio XII, y con una junta de Ministros sabios y rectos, cuyo último dictámen, á pesar de algunos que le contradecian, fue que el derecho á la sucesion de España pertenecia á Felipe, Duque de Anjou, hijo segundo del Delfin, como nieto de Doña María Teresa de Austria, hermana mayor del Rey, y segun leyes del reyno, legítima heredera de la corona, con preferencia á Doña Margarita, hermana menor, que estuvo casada con el Emperador Leopoldo, y fue abuela del difunto Príncipe electoral de Baviera. Pretendia el Emperador heredar los derechos de este, y pasarlos á su

hijo segundo el Archiduque Cárlos, alegando que no debía atenderse á la primogenitura de Doña María Teresa, supuesta la solemne renuncia que habia hecho del trono de España al tiempo de contraer matrimonio con Luis XIV; pero replicaba Francia, que aun quando aquella renuncia no hubiese sido violenta é irregular, era preciso conceder que no habia tenido otro objeto que impedir se reuniesen en un mismo Soberano las coronas de Francia y España: inconveniente que cesaba habiendo dexado aquella Señora dos nietos, de los quales el uno podia reynar en España y el otro en Francia.

Convencido finalmente Cárlos II de tan sólidas razones, y sacrificando á ellas sus particulares inclinaciones, otorgó su testamento en Octubre de 1700, declarando por sucesor de toda la monarquía española á Felipe de Borbon, Duque de Anjou; y habiéndose agravado sus dolencias, espiró en 1.º de Noviembre siguiente, despues de haber encargado el gobierno del reyno, durante la ausencia de aquel Príncipe, á una junta compuesta de la Reyna viuda, del Arzobispo de Toledo, de los Presidentes de los Consejos de Castilla y Aragon, del Inquisidor general, del Conde de Frigi-



Madrid proclama á Felipe V.

*Sen haber enjuzgado Madrid sus lágrimas por la muerte de Carlos II. quiso ser el primero en dar el mas solemn testamento de que reconocia el derecho de Felipe V al trono español proclamándole, y proferiéndole á sus mercedes este desahogo de su fidelidad, y del amor que le acreditaven luego con-
tinentemente. Cuando no son los labios sino los co-
razones los que hablan, nunca se desmienten.*

liana, como Consejero de Estado; de Don Francisco Casimiro Pimentel, Conde de Benavente, como Grande de España, y del Marques de Rivas Don Antonio de Ubilla, como Secretario de Estado. Con su muerte se extinguió en España la línea austriaca que habia reynado muy cerca de dos siglos, y mudó de aspecto la monarquía con la importante revolucion acaecida á principios del decimo octavo.

Luego que aceptó Luis XIV el testamento de Cárlos II, y fue declarado Rey de España Don Felipe su nieto, Duque de Anjou, partió este á Madrid, adonde llegó en Febrero de 1701, siendo recibido y proclamado en esta Corte con las mas plausibles muestras de amor y de respeto, ya por el derecho con que entraba á gobernar la monarquía, ya por las recomendables prendas que le adornaban, y las grandes esperanzas que á la edad de diez y siete años prometia su generosa índole, ayudada de una excelente educacion. Las gracias de su juventud, su agrado, su afabilidad y sus modales nobles y halagüeños le ganaron en breve casi todos los corazones; pero aunque el derecho de la sangre, la justicia del testamento del difunto Rey, la posesion y los votos de España se reunian para asegurar á Fe-

lipo sobre el trono, fue necesario para su gloria que él tambien le asegurase con su valor.

Desde luego le reconocieron por Soberano el Papa Clemente XI, el Rey de Inglaterra Guillelmo III, Pedro II de Portugal, Federico IV de Dinamarca, la República de Holanda, el Elector de Baviera y otras Potencias. Solo el Emperador Leopoldo, insistiendo en sus pretensiones, determinó cometer á la decision de las armas los derechos que suponía tener al trono español; y á favor de la desconfianza que inspiraba á la Europa el engrandecimiento de la Casa de Borbon, no le fue difícil hacer tomar partido en sus querellas á algunas Potencias, particularmente á aquellas que viendo frustrados sus proyectos de repartimiento de la monarquía española, eran lisonjeadas con la esperanza de lograr alguna porcion por este medio. Puede decirse que aun no se habia ceñido Felipe V la corona, quando ya se unieron para despojarle de ella el Emperador, la Inglaterra y la Holanda por medio de un solemne tratado, llamado de la *Grande Alianza*, concluido en el Haya con el especioso pretexto de restablecer el equilibrio entre las Casas de Borbon y de Austria, y de asegurar por este medio el reposo de la Europa.

Las operaciones de la liga empezaron por la invasion de la Lombardia y demas Estados españoles en Italia. Las tropas imperiales, acaudilladas por el Príncipe Eugenio de Saboya, uno de los mejores Generales de su tiempo, despues de haber conseguido algunas ventajas contra las tropas españolas y francesas, que cubrian á Carpi y Chiari baxo las ordenes del Marques de los Balbases, y los Mariscales de Catinat y Villeroy, sorprehendiéron á Cremona, haciendo prisionero á este último General; y aunque no lograron apoderarse de esta plaza por la valerosa defensa de la guarnicion, bloqueáron á Mántua, que sin duda hubiera caido en sus manos, á no haberla socorrido oportunamente el Duque de Vandoma. Ayudaba con ocho mil hombres el Duque de Saboya, que seguia entónces el partido de la Casa de Borbon en virtud de pactos hechos con ella, como tambien porque su hija Doña María Luisa Gabriela, Princesa dotada de singular capacidad, atractivo y afable condicion, acababa de contraer matrimonio con el Rey Don Felipe. Portugal se habia confederado igualmente con España y Francia; pero de ningun fruto fuéron estas dos alianzas, pues llevados uno y otro Soberano de su particu-

lar interes, cierto ó aparente, no solo abandonaron despues á su aliado el Rey Católico, sino que incorporándose en la liga, convirtieron contra él sus armas.

Felipe creyó necesaria su presencia en Italia, ya para animar á sus tropas, é impedir los progresos del Príncipe Eugenio, ya para apaciguar los disturbios que supo movían en Nápoles los parciales de la Casa de Austria; y dexando encargado el gobierno á la Reyna su esposa, ayudada de los consejos del Cardenal Portocarrero, partió con la mayor celeridad. Apénas se dexó ver en aquella capital, quedaron extinguidas hasta las mas pequeñas chispas de la insurreccion. Los Napolitanos no pudieron resistirse al júbilo de ver restablecida en aquel reyno la Casa de Anjou, ni á la admiracion que les causaba la generosidad de un Príncipe, que castigaba sus agravios perdonando y dispensando gracias. Inmediatamente pasó á Milan, y de allí á Santa Victoria para incorporarse con el ejército, que al mando del Duque de Vandoma acampaba en sus inmediaciones. Llegar, sorprehender á un cuerpo de Imperiales, derrotarle poniéndole en fuga, y quedar dueño de todo el Modenés, fue obra de sola una accion. A esta felicidad se siguió

la de la batalla de Luzara contra el Príncipe Eugenio, en que si bien cantáron ambas partes la victoria, lo cierto es que Felipe, con haber tomado el castillo de este nombre, apoderándose de todos los almacenes del enemigo, quedó dueño del campo, sin que nadie se atreviese á intentar desalojarle de aquella ventajosa posicion, ni impedirle la ocupacion de Guastala, plaza muy importante, que se vió obligada á capitular á los seis dias de trinchera abierta.

Pero miéntras con una campaña tan gloriosa aseguraba Don Felipe sus Estados de Italia, se presentó delante de Cádiz una esquadra inglesa de ciento y cincuenta velas, que despues de haber procurado, aunque inútilmente ganar á los habitantes con lisonjeras promesas, para que, reconociendo al Archiduque Cárlos de Austria, franqueasen á sus aliados la entrada en la península, desembarcó en el Puerto de Rota un crecido número de tropas que se apoderó de él sin resistencia, saqueó el Puerto de Santa María; y ya se disponia á asaltar la fortaleza de Matagorda, que defiende la entrada del de Cádiz, quando acometido por una pequeña division que mandaba el Marques de Villadarias, se vió obligado á

abandonar su proyecto, á refugiarse desordenadamente en Rota con gravísima pérdida, y por último á acogerse á las naves con el engaño de que no habia en las costas de Andalucía el gran número de parciales austriacos, que ligeramente se habia figurado. Recobrando los Españoles á Rota, ahorcáron á su Gobernador, mas como traydor que por cobarde; y la esquadra enemiga, renunciando tan difícil empresa, dió la vela á las costas de Galicia, donde se lisonjeaba de encontrar una rica flota que se esperaba de las Indias Occidentales. Con efecto la dió vista en las aguas de Vigo; y sin embargo de haberse aquella refugiado dentro de este puerto, la acometió con el mayor encarnizamiento, despreciando el fuego de la plaza, y de los navíos españoles y franceses que la habiau convoyado. Despues de una accion reñidísima y sangrienta por ambas partes, viendo los Españoles inevitable su pérdida, pusieron en salvo la gente y algunas mercaderías; y para que los enemigos no se apoderasen de las restantes y de los caudales de la flota, la entregáron á las llamas. Pudiéron, no obstante, los Ingleses libertar gran parte del dinero, y se retiráron victoriosos con esta presa, y la de siete baxeles de guerra, y otros de menor porte.

La noticia de esta desgracia, y la de la incorporacion del Portugues en la liga por la esperanza de engrandecer sus dominios con quanto en Galicia, Extremadura y América se conquistase á la corona de Castilla, obligáron á Don Felipe á regresar á España, al mismo tiempo que el Duque de Saboya, interesado é inconstante, abandonaba la causa de sus hijas la Delfina y la Reyna de España, y se vendia al Emperador, que le prometia el Montferrato, Alexandría, Valencia del Droma y otros dominios. Pero entre tanto el Archiduque, que con nombre de Cárlos III habia sido reconocido en Viena por Rey de las Españas y de las Indias, llegó despues de varios contratiempos á Lisboa en 1704, con una poderosa esquadra de Ingleses y Holandeses, persuadiéndose á que apénas supiesen su arribo los Castellanos, le admitirian voluntariamente por mero afecto á la dominacion austriaca. El éxito, sin embargo, no correspondió á sus esperanzas, porque fieles á su Rey, é indignados de que contra su voluntad se les quisiese someter á otro Príncipe, léjos de dexarse preocupar de los manifiestos que esparcía el Archiduque para conciliar los ánimos de los que no le eran afectos, y alentar á

los que ya lo eran, desplegaron todo el zelo de un pueblo intrépido, animado por la desesperacion. Felipe V volvió á su capital, donde fue recibido con los mas vivos transportos de júbilo, procurando cada uno ser el primero en prodigarle auxilios para triunfar de su competidor y de todos sus enemigos. Al frente de sus tropas y de las francesas, que habia conducido en su socorro el Mariscal Duque de Berwick, hijo natural de Jacobo II de Inglaterra, se dirigió contra el voluble Portugues, que tan sórdidamente habia quebrantado sus palabras. Esta consideracion redoblaba los brios de sus soldados, animados por otra parte al ver la intrepidez con que el Monarca compartia sus riesgos y fatigas; y la campaña se empezó con tanto ardor como felicidad. Aunque se defendian los Portugueses con el poderoso auxilio de sus aliados, perdiéron á Salvatierra, Segura, Peña-García, Idaña, Monte-Santo, Castel-blanco, Portalegre y otros pueblos, de los quales solo pudieron recobrar despues á Monte-Santo. Por otra parte el Marques de Villadarias, que mandaba otra division del ejército, penetró en aquel reyno á sangre y fuego, se apoderó por asalto de Castel-da-vid, ocupó á Marvan, sometió todo el

país vecino , y puso en contribucion á las provincias mas interiores. Algunas pequeñas acciones, en que los Portugueses hubieron de ceder la victoria á las tropas de Felipe , acabaron de hacer mas gloriosa esta campaña, que solo duró tres meses, á causa de los excesivos calores, que impidieron la continuacion de las hostilidades. Regresado á Madrid este Monarca, quisieron aprovecharse de su ausencia el Rey de Portugal y el Archiduque para penetrar en Castilla por la parte de Ciudad-Rodrigo; pero sus progresos fueron de ninguna importancia, y hubieron de retroceder vergonzosamente, no habiéndose atrevido á medir sus armas con Berwick, que con fuerzas muy inferiores les salió al encuentro.

El gozo que causó en España la felicidad de estos sucesos, se acibaró no poco con la noticia de la sorpresa de Gibraltar. Los ochenta hombres que guarnecian esta plaza fuerte, pero desprovista de víveres, de municiones y de quanto era necesario para hacer una vigorosa defensa, no era posible que resistiesen á toda una esquadra inglesa, que se presentó delante de su puerto, con resolucion de entrarla á viva fuerza; y fueron inútiles todas las tentativas del ejército de tierra con que

los Españoles procuráron recobrarla despues, por haber sido oportunamente socorrida con descalabro de los pocos navíos franceses que se atreviéron á oponerse á ello. Ocupada Gibraltar, intentáron los aliados hacerse dueños del estrecho, y por consiguiente de ambos mares, por medio de la conquista de Ceuta, sitiada por los Moros muchos años habia; pero el Marques de la Gironela, su Gobernador, y la valerosa guarnicion que habian sabido defenderla tan gloriosamente contra los Africanos, léjos de dar oidos á las seductoras esperanzas con que eran lisonjeados en nombre del Archiduque, obligáron con su heroica resistencia á los enemigos á abandonar la empresa. Igualmente infructuosa fue la tentativa que hicieron por entónces contra Cataluña. En la persuasion de que el gran número de parciales que tenia en este Principado el Archiduque, solo esperaban hallarse sostenidos para declararse, se dexáron ver con una esquadra en Barcelona, y aun desembarcáron en la playa hasta quatro mil hombres; pero observando en aquellos naturales una grande irresolucion y temor, y que sus proposiciones amistosas eran desechadas con entereza por el Virey Don Francisco de Velasco, bom-

bardeáron la ciudad. Se descubrió sin embargo en tiempo, y logró desvanecerse la secreta conjuración de algunos mal contentos, y los enemigos hubieron de retirarse poco satisfechos. En las aguas de Málaga fueron atacados por una armada francesa, reforzada con algunas naves españolas; y aunque en el combate, que fue reñidísimo y sangriento, cumplieron unos y otros su deber, quedando indecisa la victoria, sus consecuencias fueron bastante favorables, pues se vieron aquellos precisados á abandonar el Mediterráneo.

A esto se reduce lo que en España y sus costas acaeció en el año de 1704. En Italia consiguió el ejército alemán incorporarse con el del Duque de Saboya, á pesar del esfuerzo con que los Franceses se opusieron á esta perjudicial reunion, desbaratando á los Imperiales en algunos encuentros. El Duque de Vandoma, derrotándolos despues tambien en Estradella y Castelnuovo, y apoderándose á viva fuerza de Susa, Verceli, y otras plazas del Piamonte, los obligó á retirarse hácia el Trentino; pero en Alemania se declaró por los Imperiales la fortuna, reportando una memorable victoria en Hochstet ó Bleinheim.

La campaña del año siguiente fue para

los Portugueses mas ventajosa que la anterior, porque disminuido con el infructuoso sitio puesto á Gibraltar el número de las tropas españolas, que debian cubrir las fronteras y conservar lo conquistado dentro de Portugal, ni el Marques de Bai, General flamenco, que mandaba el ejército español, ni el Mariscal de Tessé, que acaudillaba á los Franceses auxiliares, pudieron resistir al Marques das-Minas, y á los Generales Galloway y Fagel, que acaudillaban las tropas de Portugal, Inglaterra y Holanda. Así es que recobraron á Salvatierra, á Alburquerque, y aun á Valencia de Alcántara, á pesar de la vigorosa defensa de su Gobernador Marques de Villafuente, que despues de sostener cinco asaltos sobre la brecha, solo capituló viéndose muy mal herido. La guarnicion que quedó prisionera, y fue enviada á Lisboa baxo la escolta de ciento y treinta caballos, aprovechándose en el camino de la negligencia de sus conductores, tuvo bastante resolucion para sorprehenderlos, dexarlos todos atados, y regresar con sus caballos á Extremadura. Ultimamente, el ejército de los aliados penetró hasta Badajoz, puso sitio á esta plaza, y sin duda se hubiera apoderado tambien de ella, á no haberla so-



Los prisioneros españoles.

Por la capitulación de Valencia de Alcañtara quedó prisionera su guarnición, y fué enviada á Lisboa sobre la escolta de ciento y treinta caballos; pero en el camino los animosos españoles sorprendieron á sus negligentes conductores; y dexándolos atados, les tomaron los caballos, y en ellos regresaron á Extremadura. No hay situación en que los valientes no deban ser temibles á sus enemigos.

corrido el Mariscal de Tessé con la mayor diligencia.

El Archiduque, en tanto que sus emisarios, ocultamente diseminados por casi todas las provincias del reyno, disponian á su favor los ánimos de los naturales, se embarcó en Lisboa, y con un armamento de sus aliados, se presentó delante de Alicante, donde fue recibido á cañonazos, sin permitirle echar á tierra ni un solo hombre. Pasó á Denia, ciudad que le entregaron inmediatamente los sediciosos que la tenian sojuzgada; y desembarcando en ella á un valenciano llamado Basset, que por substraerse al rigor de las leyes, se habia pasado al servicio del Emperador, y á otros quatrocientos parciales bien armados para que ya con amenazas, ya con artificiosos agasajos procurasen conmover los pueblos de aquel reyno, siguió su rumbo para Barcelona, y ancló en su rada á la sazón en que reynaba la mas peligrosa division entre los habitantes de la ciudad. Unos, empeñados en sostener fiel y noblemente el juramento que habian prestado á Don Felipe, ridiculizaban ocultamente con el apodo de *Botiflers* á los afectos á la dominacion austriaca. Estos por su parte se burlaban de aquellos, dándoles el epí-

teto de *Maulets*, sin entrar ninguno de los dos partidos en el exámen de la justicia de cada uno. En lo exterior mostraban unos y otros bastante indiferencia, y aun se prestaban al auxilio del Virey contra los aliados; pero en secreto nada omitian los mal contentos que facilitase la entrada del Archiduque; y siendo mayor su número que el de los leales, apenas se presentó aquel delante del puerto, se declaráron por él abiertamente, hicieron venir á las puertas de Barcelona una multitud de foragidos, y bloqueáron la ciudad por la parte de tierra, para que no la entrasen víveres ni socorro de ninguna especie. Otros se derramáron por la provincia, á fin de sublevar los pueblos con exâgeradas ofertas; y la insurreccion se propago de unos en otros con asombrosa celeridad. De este modo quedó reducida aquella capital á la situacion mas deplorable, sin armas, sin viveres, sin municiones, sin tropa suficiente para refrenar á los traydores que abrigaba en su seno, y rechazar á los enemigos exteriores, y lo peor de todo sin esperanza de mejorar de situacion. Si el Virey pedia gente á la Municipalidad, ó se le negaba, o se excusaban de tomar las armas le que eran señalados, ó si las tomaban,

las manejaban mal, y hacian fuego sin bala para agotar las municiones infructuosamente. En estas circunstancias saltó á tierra con su gente el Archiduque, resuelto á expugnar formalmente la ciudad; ocupó por sorpresa el castillo de Monjui, y tomado un punto tan importante, se vió la plaza constituida en el mayor apuro. Se defendió sin embargo con vigor miéntras la fue posible; pero arruinadas casi enteramente sus murallas por el fuego de los sitiadores, y sin fuerzas suficientes para resistir el asalto que la amenazaba, no pudo diferir mas tiempo la capitulacion. Igual suerte sufrió despues la ciudad de Tarragona. Las de Gerona, Lérida, Tortosa y la villa de Figueras se entregáron voluntariamente, pues estas importantes plazas, que tantas veces se habian defendido de numerosos y bien ordenados exércitos, se hallaban á la sazón ocupadas por unas despreziables quadrillas de bandidos sin disciplina militar, y dedicados al pillage y á la devastacion. En suma, quedó por el Archiduque todo el Principado, á excepcion de Cervera y de Rosas, que se defendiéron con leal esfuerzo; siendo digno de reparo que los mismos Catalanes, que en repetidas ocasiones habian implorado el auxilio

de la Casa de Borbon, y convenido en unirse con ella contra la de Austria reynante, se uniesen ahora con esta contra la de Borbon tambien reynante. Lo peor de todo fue que el incendio se comunicó rápidamente al reyno de Aragon, prestando la obediencia al Archiduque todos sus pueblos, á excepcion de Jaca, que se mantuvo leal; de aquí penetró en Valencia por la diligente solicitud de Basset y sus amigos, á cuya astucia solo supieron resistirse las ciudades de Alicante y Peñíscola; y ya se dexaban percibir algunas centellas en los pueblos de la Mancha, fronterizos á este último reyno. En una palabra, el mal se fue haciendo cada vez mas considerable, y el remedio mas urgente; pero mas dificultoso por las circunstancias, pues desmembrada de Castilla la corona de Aragon, y pasando todas sus rentas á poder del Archiduque, carecia Don Felipe de aquellos fondos para acudir á la defensa de sus Estados, invadidos á un mismo tiempo por sus enemigos en tantos puntos.

Sin embargo despachó contra el reyno de Valencia al Conde de las Torres con un pequeño número de tropas; y la resistencia que halló en sus naturales, le puso en la nece-

sidad de tratarlos con todo el rigor de la guerra. Incendió á Paterna y á quantos pueblos encontró al paso hasta San Mateo: los campos, las alquerías, los molinos, todo quedó en breve reducido á cenizas; y las huellas del Conde presentaban por todas partes las espantosas señales del estrago y de la devastacion. Quarte, lugar de trescientos vecinos, por no reducirse á la obediencia del Rey, tomó el horrible partido de abrasarse con una gran parte de sus moradores. Villareal, léjos de intimidarse con tan funestos exemplares, se negó absolutamente á todo partido; y las consecuencias fuéron tan lamentables como era de esperar, siendo entrada á viva fuerza la poblacion, entregada á las llamas, y sus habitantes pasados á cuchillo sin distincion de edad ni sexô. Esto ciertamente mas bien era destruir la España, que á sus enemigos; y por fortuna de la humanidad, no siguiéron por entónces adelante estas atrocidades, ya porque los pueblos se fuéron manifestando mas dociles, ya porque una gran parte de este ejército hubo de pasar á reforzar al que pensaba el Rey conducir en persona contra Cataluña.

La situacion de esta provincia no era tampoco mas feliz. Abandonada á la licencia des-

enfrenada de la soldadesca que habia recibido en su seno , apénas hay calamidad á que no se viese expuesta. Asesinatos, violencias, latrocinios, un completo desórden: tales fueron las conseqüencias de su infidelidad. Sin embargo, el fanatismo de sus naturales era tan exáltado, que apénas viéron á Don Felipe marchar á la frente de sus tercios contra la capital, retiráron á lo interior sus ganados; quemáron los víveres, sacrificando gustosamente sus haciendas á trueque de hacer perecer de hambre á la tropa castellana; envenenáron las aguas del tránsito; en una palabra, no hay exceso á que no les precipitase su locura. A pesar de todo, en 3 de Abril de 1706, se presentó el Rey delante de Barcelona, llevando consigo al Mariscal de Tessé; la puso sitio, y la ocupacion del castillo de Monjui, despues de una obstinada resistencia, reduxo la ciudad á la mayor consternacion. Vivamente estrechados sus defensores por mar y tierra, amenazados del asalto, y sin esperanza de socorro, en vano hacian de noche algunas salidas, y se precipitaban desesperados en el campo de los sitiadores, buscando la muerte ó la victoria. Rechazados constantemente, y arruinadas por varias partes las defensas de la pla-

za, se esperaba de día en día su rendicion, la prision del Archiduque encerrado dentro de ella, y por este medio el término feliz de tantos males, quando se avistó una esquadra inglesa, y hubo de retirarse la auxíliar francesa por hallarse muy inferior en número de buques. Tan afortunada fue esta operacion para los rebeldes y sus aliados, que el ejército Real se vió en la precision de alzar el cerco, y de retirarse al Rosellon con no poca fatiga, incesantemente molestado por las partidas de miqueletes y paisanos, que recorrían los desfiladeros y quiebras del camino hasta la frontera de Francia. Desde allí volvió el Rey á Madrid; y el Archiduque, animado con tan feliz suceso, salió de Barcelona, penetró en Aragon, se apoderó de Zaragoza casi indefensa, y recibió personalmente el vasallage que le prestáron todos los demas pueblos.

Pero no paró aquí la desgracia. Los Portugueses, auxíliados por las tropas de Inglaterra y Holanda, se fuéron internando en Castilla á favor de esta diversion; y dueños ya de Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca, se encaminaban sin oposicion á Madrid, rindiendo quantos pueblos se les ofrecian al paso. El Rey, previendo el riesgo que le amenazaba

de ser sorprendido en esta villa por el ejército portugues y el del Archiduque, si acaso se adelantaba al mismo tiempo desde Aragon, trasladó la Corte á Búrgos, adonde pasó la Reyna con todos los Tribunales, y el Rey á Sopetran, donde se hallaba acampado el grueso de sus tropas baxo el mando de Berwick. Con efecto, no tardaron los Portugueses en llegar á Madrid, que se les entregó por no tener arbitrio para defenderse; y despues de haber enviado un destacamento para rendir á Cuenca, cuyos habitantes solos se defendieron sin embargo con singular denuedo, dexaron aquella villa con alguna tropa al cuidado del Conde de las Amayuelas, y partiéron á incorporarse con el Archiduque, que habia penetrado hasta Guadalaxara. Merece particular mencion el vituperable medio con que manifestaron en esta ocasion su lealtad las meretrices madrileñas, entregándose voluntariamente á los soldados enemigos para emponzoñarles con la enfermedad mortífera, fruto del desarreglo de sus costumbres. Las mas enfermas eran las mas fáciles, disimulando con perfumes y afeytes su estado lamentable; y tuvieron la horrible satisfaccion de ver en breves dias poblados los hospitales de una mul-

titud de soldados, que tardaban poco en pasar á cadáveres, y de disminuir por este medio el ejército coligado en mas de diez mil hombres.

La crítica situacion á que se hallaban reducidos los intereses de Felipe V, llenaba de un mortal desaliento á sus tropas, y llegó á temerse que al fin le abandonasen todas ó la mayor parte. Esta contingencia era tanto mas probable quanto empezó á advertirse en ellas no poca desercion; y no faltaron personas bastante pusilánimes que aconsejasen al Rey que se refugiase á Francia ó á México, estableciendo en esta capital la silla del Imperio español; pero Felipe, superior á todas las desgracias que pudieran sobrevenirle, se negó á ello con heroyca firmeza, protestando que defenderia su corona hasta perder la vida, y por ningun motivo abandonaria á vasallos que le habian servido con tanta lealtad. Esta generosa constancia del Soberano reanimó en tales términos el espíritu abatido de sus guerreros, que aunque pocos, ofrecieron derramar por él hasta la última gota de su sangre, esperando con impaciencia la hora de ser conducidos contra el poderoso enemigo que acampaba á quatro leguas de distancia.

Por otra parte los aliados no supieron aprovechar inmediatamente la ocasion de sojuzgar á Castilla con las superiores fuerzas de sus dos exércitos reunidos; y su inaccion proporcionó á Don Felipe rehacer sus esquadrones, recobrar á Madrid con solo un pequeño destacamento de caballería, que hizo prisionero al Conde de las Amayuelas, y sin aventurar batalla decisiva, molestar y destruir al enemigo con freqüentes escaramuzas y correrías. El Archiduque, fuese por esta razon, ó porque llegase á conocer la dificultad de sostenerse en un país que se le manifestaba tan contrario, retrocedió al reyno de Valencia con todo el exército, cuya retaguardia padeció infinito por el ardor con que la persiguió por largo trecho la excelente caballería del Rey. Así pudo este regresar á Madrid, restableciendo su Corte en esta villa, que le recibió con general regocijo.

Entre tanto las tropas enemigas que habian quedado en el reyno de Valencia, despues de apoderarse de Cartagena por traycion del Conde de Santa Cruz, que se pasó al servicio de los aliados, entregándoles dos gale-ras en que llevaba una conducta de dinero á la plaza de Oran, estrechamente sitiada por

los Moros, pusieron á Alicante en la necesidad de rendirse, á pesar de la briosa defensa de sus moradores. Igual tentativa hicieron contra Murcia; pero su Obispo Don Luis de Belluga, á la frente de los leales que habia armado y disciplinado á sus expensas, no solamente la defendió con denuedo, sino que despues de obligar á los enemigos á desistir de la empresa, los persiguió vigorosamente hasta quitarles á Orihuela, y rendir á Cartagena en cinco dias de sitio. Navarra defendió tambien con loable esfuerzo sus fronteras contra las irrupciones de los Aragoneses rebeldes, distinguiéndose muy particularmente en este glorioso empeño la bizarría del Obispo de Calahorra. Los Salmantinos resistieron igualmente una segunda invasion de los Portugueses, obligándolos á retroceder con bastante pérdida. No ménos firmes y leales se conservaron las islas Canarias, rechazando animosamente á una esquadra inglesa que se presentó delante de Tenerife, intimando la rendicion; pero no así la de Mallorca, que sublevándose contra el Virey Conde de Cerbellon, y algunas personas distinguidas, que intentaban defenderse con honor de otra esquadra enemiga, les obligó á capitular, facilitando por

este medio la ocupacion de todas las demas Baleares.

Parecia sin embargo que las cosas empezaban á mudar de aspecto; y los mismos coligados confesaban ya *que aunque se confederase la Europa entera no era posible despojar al Duque de Anjou de la corona de España*; pero esta corona se hallaba demasiado exhausta de recursos. Las desgracias que la habian perseguido al principio de este año de 1706 alcanzaron tambien á la Italia y á los Países-Baxos. En ellos ganaron los Imperiales la célebre batalla de Ramillies, haciéndose dueños de Brusélas, Lovayna, Brújas, Gante, Ostende, en una palabra, de todos los dominios pertenecientes á España y Francia. En Italia derrotó Vandoma á los Alemanes cerca de Calcinato, forzando al Príncipe Eugenio á retirarse al Trentino hasta recibir nuevos refuerzos; pero reemplazado aquel General por el Duque de Orleans, en dos horas fuéron desbaratados los Franceses delante de Turin, quedando en poder del enemigo bagages, municiones, caxa militar, todo el Piemonte, el Milanesado, y posteriormente el Modenés, el Mantuano, y aun el reyno de Nápoles, sin que pudiesen España y Francia



Batalla de Almansa.

Provocado el ejército de Felipe V por el de los confederados á una batalla decisiva, la aceptó, y mandó con tal valor y pericia el Duque de Berwick en las llanuras de Almansa, que derrotó sus enemigos con pérdida de 1800 hombres, de su artillería, municiones y víveres, obtuvo una de las más interesantes victorias. Quando el orgulloso presume burlarse del prudente, entonces le engrandez cubriendose de oprobio.

resarcir esta pérdida con la gloriosa victoria que obtuviéron junto á Castillon. Con todo la fortuna, que á fines de este año habia empezado á mostrarse en España favorable á las armas de Felipe, conservó constantemente el mismo carácter en todo el siguiente de 1707, proporcionándolas triunfos importantísimos.

El ejército de los confederados, que desde su retirada se hallaba acantonado en los pueblos de Castilla fronterizos á los reynos de Valencia y Murcia, con noticia de que Luis XIV enviaba en socorro de su nieto tres considerables refuerzos, que por distintos puntos debían penetrar en Castilla, Cataluña y Aragon, resolvió empeñar en una accion decisiva al español, que al mando de Berwick observaba á poca distancia y en buena situacion todos sus movimientos. En las llanuras de Almansa, villa del reyno de Murcia en el confin de Valencia, se avistáron uno y otro, se embistiéron denodadamente; y despues de un combate reñidísimo y sangriento, quedáron los Españoles dueños del campo. Batallones enteros de Portugueses, Ingleses y Holandeses se viéron precisados á rendir las armas; y ademas de perder, segun las relaciones de aquel tiempo, cerca de diez y ocho mil hombres entre

muertos, heridos y prisioneros, quedáron en poder del vencedor la artillería, las municiones, los bagages, y un gran número de carros cargados de vituallas. Victoria importantísima á que sin duda debió Felipe V su corona, como lo reconoció el mismo Soberano, erigiendo en el campo de batalla una pirámide, que aun se conserva para perpetua memoria de acción tan señalada.

Siguieronse á tan próspero suceso la reducción de Requena, la de Valencia, la de Alcira, la de Alcoy y la de Xátiva, cuya obstinada resistencia irritó á los sitiadores en términos, que entrándola á viva fuerza, la saqueáron, la entregáron á las llamas, y pasáron á cuchillo una gran parte de sus moradores. Allanado todo el reyno de Valencia, continuó el ejército Real sus progresos por el de Aragón, que en breve fue restituido á la obediencia de Felipe, y penetró en Cataluña, rindiendo en el año siguiente de 1708 las importantes plazas de Lérida, Tortosa, Puigcerdá, y toda la Cerdania. Al mismo tiempo perdiéron tambien los Portugueses á Moura, Serpa, Ciudad-Rodrigo, y despues la célebre batalla de Gudiña, cerca de Evora, por el valor y buena conducta del Marques de Baí. En

una palabra se hallaban ya tan abatidos los confederados, que con cinco ó seis mil hombres, en que consistia todo el resto de sus fuerzas, no era posible resistiesen mucho tiempo á las victoriosas armas de Felipe; pero reforzados considerablemente al año siguiente de 1709 recobraron á Tortosa, volviéron á conquistar á Menorca, y sus triunfos en los Paisés-Baxos reduxéron á la España á la situación mas crítica.

El Príncipe Eugenio habia sabido aprovecharse de la desunion que reynaba entre los Generales franceses; y atacándolos cerca de Oudenarde, los hizo pedazos, poniendo el ejército en fuga. Se apoderó de una porcion de plazas; y orgulloso con la memorable victoria de Malplaquet, parecia que nada podia detenerle hasta Paris. Douay, Bethune, Saint Venant, Aire, todas las barreras de la Francia iban cayendo sucesivamente en poder de los aliados. Luis XIV se vió en la precision de retirar de España sus tropas auxiliares, por acudir á la defensa de sus dominios; y finalmente este terrible conquistador, que en 1672 habia subyugado enteramente á la Holanda, y que rehusando á los vencidos condiciones tolerables, les habia inspirado el brio de la deses-

peracion, se halló ahora reducido á pedir á los mismos Holandeses una paz humillante, persuadido á que no podria obtenerla de otro modo. Sin embargo, esta humillacion debia tener un término, y los Holandeses se mostraron en esta ocasion tan orgullosos, que Luis XIV creyó indecoroso abatirse hasta el extremo de admitir condiciones, aun mas duras é ignominiosas que las que habia propuesto. Se continuó la guerra; y Felipe V, á pesar de que mientras sus enemigos cobraban nuevo esfuerzo y mejoraban de suerte, advertia disminuirse los socorros de la Francia, se manifestó mas resuelto que nunca á no desamparar su trono. Tuvo el disgusto de que el Papa Clemente XI, que siempre le habia sido favorable, se viese obligado por los Imperiales, que inundaron sus Estados, á reconocer por Rey de España al Archiduque, y á dar paso á sus tropas para el reyno de Nápoles; y como este sufragio, indiferente á primera vista, no podia ménos de influir en la opinion de los pueblos que aborrecian á los hereges auxiliares de este Príncipe, mandó el Rey Católico salir de España al Nuncio Apostólico, y cerrar el tribunal de la Nunciatura.

La campaña de Cataluña no ofreció en

este año suceso alguno de conseqüencia, á excepcion de haber ocupado á Balaguer el Conde de Staremburg, General de grande reputacion, que habia conducido los refuerzos al ejército aleman. Hubo, sí, algunas refriegas particulares, favorables por lo comun á las armas españolas; y sin duda hubieran sido mayores sus progresos y los de las francesas, á no haber sobrevenido entre las tropas de una y otra nacion fatales desavenencias, que no cesáron hasta que partiendo en posta el mismo Rey Don Felipe á visitar su campo, consiguió restablecer en lo posible la buena armonía.

Pero como quiera que su presencia habia de influir notablemente en la suerte de sus armas, y se hallaban las cosas en una situacion tan crítica, que no debian despreciarse aun las circunstancias mas indiferentes, apénas se abrió la campaña en el año siguiente de 1710, volvió de nuevo á ponerse á la frente de sus tropas, acampadas á las orillas del Segre, á dos leguas de Lérida, y procuró empeñar á los aliados en una batalla campal. La rehusáron constantemente hasta que recibieron un refuerzo de tropa inglesa, que no pudo interceptarse; pero entónces atacando ellos mismos cerca de Almenara al ejército Real, en que por des-

gracia se notaba aun la mas peligrosa desunion, aunque al principio fuéron rechazados con el mayor denuedo, y se vió el Archiduque precisado á refugiarse á Balaguer, se declaró luego la victoria por los suyos; y Don Felipe tuvo que retirarse á Lérida con el resto de su ejército, sensiblemente disminuido y desalentado. No pudiendo sostenerse en este punto por la escasez de víveres, se replegó despues al reyno de Aragon: maniobra que se graduó de fuga disimulada, aumentó la consternacion de su gente, y llenó de esperanzas al Archiduque, que contemplándose vencedor, partió en su seguimiento. Staremberg, que consideraba á Felipe como vencido, queria circunscribirse á ahuyenrarle á Castilla sin empeñarse en ninguna accion de conseqüencia, pues de este modo aseguraba el recobro de Aragon y de Valencia, sin disminuir su ejército, que á la sazón se componia de veinte y dos mil hombres; y en efecto la experiencia acreditó el acierto de esta prudente resolucion. La retaguardia del ejército Real, atacada en Peñalba por un cuerpo de Imperiales, rechazó con tal vigor al enemigo, que le hizo perder mas de mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros; pero al fin no pudo este evitar la ba-

talla que le presentáron los Españoles en las inmediaciones de Zaragoza, ya para desconcertar su plan, ya porque se consideró el único medio de atajar sus progresos. Por desgracia el éxito no correspondió al valor con que peleáron las tropas de Felipe; y arrolladas por el número superior de las enemigas, hubiéron de cederlas el campo con gravísima pérdida. Quedó en poder de los vencedores la ciudad de Zaragoza; y persuadido el General alemán á que esta victoria pondria en consternacion á los Castellanos, y á que si estos recibian al Archiduque, como era al parecer inevitable, se decidiria el pleyto á su favor: sin detenerse en sitiar ni ocupar plazas, introduxo su ejército en Castilla, dirigiéndose triunfante á Madrid. Trasladó el Rey su Corte y Tribunales á Valladolid; y creciendo en medio de estos infortunios la entereza y constancia de sus vasallos, no hubo demostracion de zelo que el Monarca no les debiese. Las provincias leales hicieron esfuerzos increíbles para sostenerle en el trono; la de Soria particularmente estuvo manteniendo á sus expensas largo tiempo las miserables reliquias de su destrozado ejército; y finalmente, superando imposibles la lealtad de los pechos caste-

llanos, se vió este ejército bien pronto restablecido en un pie, quando no floreciente, al ménos no despreciable.

Entre tanto los aliados, despues de asolar á Castilla la Nueva, entráron en la Corte con el Archiduque sin omitir ninguna de aquellas circunstancias, que pudiesen dar á esta entrada cierto ayre de importancia y de solemnidad; pero la soledad de las calles, el silencio de los vecinos, las puertas y las ventanas cerradas diéron á entender sobradamente que si este Príncipe poseia los edificios, Don Felipe era dueño de los corazones de sus moradores; y así la entrada del nuevo Soberano solo fue aplaudida de algunos niños y gente de la ínfima plebe, que por dinero ó por amenazas le aclamaban tibiamente. Ni la fuerza de las armas, ni los manifiestos freqüentemente esparcidos conseguian reducir los ánimos á la dominacion austriaca; negábanse las aldeas circunvecinas á conducir á la Corte los víveres necesarios, si la violencia no les precisaba á ejecutarlo; y en los semblantes de todo el paisanage se advertian señales nada equivocadas de la impaciencia con que sufría la opresion. Por otra parte miéntras el ejército aliado que acampaba á las puertas de la villa, entregado

á la embriaguez, á la crápula y demas desórdenes inseparables de la ociosidad, se disminuia sensiblemente, perdiendo en los hospitales considerable número de soldados, ocupó Felipe V de improviso los puentes de Almaraz, Alcántara y del Arzobispo sobre el Tajo, interceptando por este medio la comunicacion con Portugal, y desconcertando los planes de Staremberg, el qual esperaba un refuerzo de Portugueses que debia entrar por Extremadura.

Casi al mismo tiempo recibió el Archiduque la noticia de que el Duque de Noalles se disponia á entrar por el Rosellon en Cataluña á la frente de un crecido número de tropas francesas con el objeto de cortarle la retirada; y como este acontecimiento era bastante probable si llegaba á incorporarse con las guarniciones españolas que habia en aquella provincia, partió inmediatamente á Barcelona con poca satisfaccion de la acogida que habia tenido en Castilla, y particularmente en Madrid. Su ejército pasó á Toledo con la expectativa de que no dexarian los Portugueses de romper por alguna parte las líneas españolas; pero desengañado finalmente Staremberg por la experiencia de quan vanas eran sus esperanzas, abandonó aquella ciudad, y se puso en camino

para Aragon. Entónces volvió á Madrid Don Felipe , y despues de haber experimentado la dulce satisfaccion de ser recibido en esta villa con el mayor entusiasmo de sus moradores, se reunió á sus tropas , que siguiendo las huellas del enemigo, se hallaban acampadas en Guadalaxara. La celeridad de las marchas del ejército aliado le obligaba á caminar dividido en dos trozos: uno de Imperiales y Portugueses á las órdenes de Staremborg , que precedia algunas leguas, y otro de Ingleses al mando de su General Stanhop, con algunos Holandeses, el qual se habia quedado atras, y hacia noche en Brihuega, villa situada á las orillas del Tajuña. El Duque de Vandoma, que habia venido á mandar al lado de Felipe V, hizo avanzar un destacamento de tropas, que ocupando á Torija, cortasen la retirada á Stanhop, y la comunicacion con Staremborg; y executada felizmente esta maniobra por el valor y destreza del Marques de Valdecañas, se dió un vigoroso ataque á la villa en que habian procurado fortificarse los enemigos. El choque fue uno de los mas sangrientos de esta guerra, pues los Ingleses opusieron una resistencia, que no debia esperarse de hombres desprovistos de artillería y municiones, y fue preciso ganar á

palmas el terreno; pero al fin los Españoles arrojando con el mayor ardimiento peligros y dificultades, lograron penetrar en la villa, y despues de una horrible carnicería, obligaron á los Ingleses á entregarse en número de cinco mil hombres, que con su General Stanhop y otros Oficiales de graduacion quedaron prisioneros de guerra.

No persuadiéndose Staremberg que mas de seis mil hombres atrincherados dentro de una poblacion pudiesen ser forzados en el corto término de un dia, retrocedió con sus tropas en socorro de Stanhop, y en el dia del ataque se hallaba ya á una jornada de Brihuega. El Rey quiso, no obstante, ahorrarle la mitad del camino; y poniéndose en movimiento con sus tropas, le alcanzó en las llanuras de Villaviciosa como á una legua de aquella villa. Allí se empeñó una accion de las mas vivas, en que unos y otros se disputaron con ardor la gloria del triunfo, é hicieron por largo tiempo indecisa la suerte de las armas; pero al fin, arrollados los coligados por el esfuerzo del Marques de Valdecañas, que mandaba el ala derecha del ejército castellano, y desordenado su centro por el intrépido Don Feliciano Bracamonte, que despreciando las bayonetas

enemigas, se arrojó sobre él con un destacamento de caballería, Staremborg, que hasta entónces habia hecho dudar del éxito de la jornada, se vió precisado á ceder el campo de batalla, dexando en él quatro mil muertos, con pérdida de seis mil hombres entre heridos y prisioneros, salvando el resto á favor de las tinieblas de la noche. Artillería, bagages, banderas, todos los trofeos que sirven para aumentar el lustre de una victoria, cayéron en manos del vencedor; y estas dos acciones en que el Rey, sin desnudarse en tres noches consecutivas de rigoroso invierno, acreditó su bélico ardimiento, animando el de sus tropas, fuéron sin duda las que le afirmáron sobre el trono, y diéron á sus armas tanta mayor gloria quanto mas señalado fue el valor con que peleáron sus enemigos.

El General aleman tomó el camino de Aragon con las miserables reliquias de su florido ejército, publicando que acababa de conseguir una completa victoria, y de sujetar á toda la Castilla; pero era difícil de conciliar lo que divulgaban los Alemanes con la precipitacion y el desórden de su marcha. Aun era mas difícil de concebir cómo despues de haber conquistado á Castilla, la abandonaban



Batalla de Villaviciosa.

Vinia Staremberg en socorro de Stanhop, derrotado ya en Brihuega por Felipe V; pero este, aunque no se había desmoronado en tres noches, salió a encontrarlos, y le derrotó de tal modo cerca de Villaviciosa, que huyendo se dexó en el campo 40 muertos, 600 entre heridos, y prisioneros, la artillería, banderas, y bagajes. Rey que con tal fatiga desfiende su corona merec descansar sobre laureles.

con tanta generosidad al Rey Don Felipe; mas al fin no dexáron de producir su efecto aquellas gasconadas, pues en virtud de ellas les dexáron pasar libremente, que era todo lo que pretendian. Don Felipe, siguiendo los pasos del ejército fugitivo, se dirigió á Zaragoza, entró victorioso en la misma ciudad que poco antes le habia visto vencido, y arregló el sistema de los tribunales de Aragon, como ya anteriormente lo habia hecho con los de Valencia, conformándolos á las leyes de Castilla, y aboliendo en castigo de la rebelion de la provincia muchos privilegios que sus naturales habian gozado en los siglos precedentes. Staremborg, precisado á confinarse en Cataluña, y con muy reducidas fuerzas para comprometerse en una accion de conseqüencia, hubo de permanecer tranquilo espectador de los progresos del Duque de Noalles, que despues de apoderarse á viva fuerza de Gerona, penetró por las llanuras de Vique, Venasque y Valle de Aran, dexando subyugados todos estos pueblos; y aunque en Prados del Rey le fue algo favorable la fortuna al General aleman que defendia esta plaza, no pudo impedir á las tropas castellanas la conquista de la de Cardona y otras varias, quedando reducido el Archidu-

que á la posesion de Tarragona y de Barcelona.

Desesperados los aliados de restablecerse en España, y mucho mas desconfiados de arrancar á Don Felipe una corona, que defendia con tanto valor y gloria, empezaron á disgustarse de la guerra; y la muerte del Emperador Josef I, hijo y sucesor de Leopoldo, acabó de desconcertar la liga. No habiendo dexado descendencia masculina, fue llamado al trono su hermano el Archiduque; y si el deseo de mantener el equilibrio de la Europa habia servido á los aliados de pretexto para tomar las armas; si habian temido que la Casa de Borbon, establecida sobre el trono español, hiciese inclinar hácia su lado la balanza, era consiguiente que tampoco mirasen con indiferencia la reunion en una misma cabeza de todas las coronas, que en otro tiempo habian hecho tan formidable á la Casa de Austria. Parecia indicada la necesidad de mudar de sistema, y de poner fin á las calamidades de la Europa por medio de una paz que conciliase en lo posible los intereses de todas las naciones con su recíproca seguridad; y la Inglaterra, que habia llegado á convencerse de que se aniquilaba sin provecho, y de que sosteniendo el pe-

so de la guerra, Holanda y Alemania eran las únicas Potencias que reportaban las ventajas, fue la primera en tratar de una conciliacion. En vano se opusieron á estos pacíficos proyectos algunas intrigas de Corte; en vano se presentó en Lóndres el Príncipe Eugenio, con la esperanza de desconcertar los planes del Ministerio ingles; y los Holandeses, que temieron verse abandonados por la Inglaterra, hubieron de prestarse á concurrir á los preliminares que se negociaban en la Corte de Versailles, y sirviéron de basa al congreso que despues se abrió en Utrech para el ajuste definitivo. En 1712 empezáron las conferencias; y como á pesar del anhelo de la Inglaterra por la paz, nada tenian de pacíficos los sentimientos de sus aliados, las negociaciones caminaron con una lentitud que hizo desconfiar del éxito. El Emperador se oponia á toda desmembracion de la Monarquía española; los Holandeses, lejos de circunscribir sus pretensiones á los límites que proponian en apariencia, negociaban con una mala fe, erizada de espinas, sin explicarse sobre el objeto de sus demandas, reservándose pedir segun las circunstancias, y exigiendo casi que la Francia y la España se entregasen á su discrecion. Por otra parte,



muerte del Delfin , padre del Rey Don Felipe , acaecida en 1711, la de su sucesor el Duque de Borgoña, la de su muger, la de su hijo mayor el Duque de Bretaña, casi consecutivas, y la que amenazaba á su sucesor el Duque de Anjou, hacian bastante probable la reunion de la corona de Francia con la de España en la cabeza de Don Felipe , hijo segundo del primer Delfin ; y esto era tambien un obstáculo á la breve pacificacion de la Europa. La Inglaterra propuso , sin embargo, á Felipe V como condicion esencial para la paz la alternativa de renunciar pura y simplemente sus derechos á la corona de Francia , transmitiéndolos en el Duque de Berri su hermano menor ; ó ceder la España al Duque de Saboya, cuyos Estados con el Monferrato, Mantuano, y reyno de Nápoles y Sicilia , le servirian por el pronto de indemnizacion , y podrian incorporarse con la corona de Francia en caso de que recayese en él ó en alguno de sus sucesores. Luis XIV preferia este último medio; pero Felipe V , alegando lo que debia á su gloria y al zelo de sus vasallos, no quiso abandonar la España, y consintió en la renuncia propuesta, calmando las inquietudes de la Europa. Removido este obstáculo, quando los alia-

dos acababan de padecer una derrota en Landreci, perdiendo las plazas de Saint Amand Douay, Quesnoy y Bouchain, mudáron los Holandeses de tono, y se viéron precisados á seguir los movimientos de la Inglaterra, á pesar de los esfuerzos de la Corte de Viena. Finalmente la paz se firmó en 1713 con arreglo á los preliminares concertados con Luis XIV, siendo sus principales condiciones que Don Felipe sería reconocido legítimo Soberano de España y sus Indias, supuesta la renuncia que ya hemos indicado; que Cerdeña, Nápoles y Milan se adjudicarian á la Casa de Austria, y el reyno de Sicilia al Duque de Saboya; que casi todas las ciudades de Flandes, que habian pertenecido á España, pasarian al dominio de la Casa de Austria, quedando baxo la custodia de los Holandeses; y que la Inglaterra conservaria á Gibraltar y la isla de Menorca. Los Portugueses fuéron comprehendidos tambien en la paz general; pero todas sus ventajas se reduxéron á recobrar las plazas que habian perdido en sus fronteras, y á adquirir en propiedad la Colonia del Sacramento, que en tiempo de Cárlos II habian erigido á las orillas del rio de la Plata, pertenecientes á la corona de Castilla; bien que reservándose Espa-

ña la facultad de rescatarla por medio de un equivalente que propondria. Solamente el Emperador, que accediendo á este tratado, hubiera ganado ciertas ventajas, y terminado felizmente una guerra que tenia ensangrentada á la Europa hacia trece años, léjos de desistir de sus pretensiones á España, y lisonjándose de conseguir su objeto aun sin el auxilio de los Ingleses y Holandeses, conservó sus disposiciones hostiles, hasta que finalmente se vió obligado á prometer la evacuacion de Cataluña, Mallorca é Ibiza, abandonando á los rebeldes á sus propias fuerzas.

Ya no restaba á Don Felipe para quedar tranquilo poseedor de sus Estados sino recuperar á Cataluña, que aunque reducida á sus propias fuerzas, subsistia cada vez mas obstinada en su rebelion. Inflexíbles aquellos naturales á las paternales exhortaciones de Don Felipe, que descaba economizar la sangre de unos vasallos rebeldes, que al fin eran sus hijos, se abandonáron á una especie de frenesí, muy parecido á la desesperacion; y erigiéndose en República independiente, lleváron su locura hasta el extremo de mendigar el auxilio de la Puerta Otomana. Léjos de desmayar con la repulsa del Divan, que no qui-

so empeñarse en tan temeraria empresa, acudieron al Emperador de Alemania, pasando por las mayores humillaciones, porque este Soberano les recibiese baxo su proteccion; y favorecidos ocultamente por él mismo, se manifestaron resueltos á sostener su rebelion hasta derramar la última gota de su sangre. Ya entónces no era decoroso á Don Felipe suspender mas tiempo las medidas rigorosas que podria haber tomado desde luego. El ejército castellano penetró á sangre y fuego en el Principado, reduciendo quanto se le oponia al paso. Solsona, Manresa, Hostalric, Mataró cayeron en su poder; los demas pueblos del Principado se vieron muy en breve precisados á reconocer la autoridad de Felipe V, y Barcelona quedó bloqueada por mar y tierra. El Mariscal de Berwick, que enviado por Luis XIV con quince mil Franceses auxiliares habia tomado el mando del ejército, empezó á combatirla con el mayor vigor; se interceptaron los socorros que procuraron introducir en la plaza los rebeldes de Mallorca; se adelantó vivamente la trinchera, y en breve se ocuparon las fortificaciones exteriores, á pesar de la porfiada resistencia de los rebeldes que peleaban como desesperados, resueltos á vencer ó quedar

sepultados baxo las ruinas de la ciudad. Los mi-
queletes, derramados en pelotones así por la cam-
paña como por las gargantas y desfiladeros de
los montes, inquietaban sin cesar á los sitiado-
res, les interceptaban los víveres, se unian pa-
ra sorprehender sus líneas, mataban inhuma-
namente á quantos Castellanos y Franceses en-
contraban desviados, y causaban mas embarazo
y fatiga en el campo que el sitio mismo; pero al
fin, despues de muchos y reñidos ataques, y
habiendo abierto suficiente brecha en la mura-
lla, se dió un asalto general, que recibieron
los sitiados con singular denuedo, manifes-
tando una osadía é intrepidez, dignas del
mayor elogio, si ellas mismas no fuesen un
nuevo delito. Arrojos de la muralla, se atrin-
cheráron en las calles, pareciéndoles que siem-
pre les quedaba sobrado terreno para morir
con las armas en la mano, y prolongáron la
resistencia hasta un extremo inaudito. Mil vi-
das costaba cada palmo de tierra; ni se daba,
ni se pedia quartel; todo era furor, confusion,
carnicería; y la ciudad, entregada al pillage, á
las llamas y á la devastacion, presentaba el
aspecto mas horroroso y lamentable. Treinta
horas duró una escena tan sangrienta; pero al
fin, convencidos los rebeldes de la inutilidad

de sus esfuerzos, é incapaces de sostener mas tiempo una lucha tan desventajosa, hubiéron de rendirse á discrecion; y la humanidad del ejército castellano, despues de la victoria, les hizo conocer desde luego la clemencia del Príncipe contra quien habian empuñado las armas. A todos se concedió un indulto general; todos conserváron sus vidas y sus bienes; aun los principales cabezas de aquellas funestas conmociones solo sufriéron el castigo de perder su libertad; y la pena mayor con que quiso Don Felipe manifestar á aquella provincia su resentimiento fue la abolicion de sus antiguos fueros y privilegios, como era consiguiente á la providencia tomada por casi iguales motivos con los Aragoneses y Valencianos. A la conquista de Barcelona se siguió al año siguiente de 1715 la reduccion de las islas de Mallorca, Ibiza y Formentera, que igualmente rebeldes, pero ménos obstinadas, mereciéron tambien ser comprehendidas en la clemencia del Rey.

TABLA

DE LAS MATERIAS DEL TOMO DECIMOSEXTO.

J uan II.....	3
Henrique IV, el Impotente.....	30
Isabel y Fernando V.....	46
Reyes de Aragon.....	52
Sancho el Mayor.....	id.
Ramiro I.....	id.
Sancho Ramirez.....	53
Pedro I.....	54
Alfonso I, el Batallador.....	id.
Ramiro II, el Monge.....	57
Petronila y Ramon, Conde de Barcelona..	id.
Alfonso II.....	60
Pedro II, el Católico.....	61
Jayme I, el Conquistador.....	63
Pedro III.....	73
Alfonso III, el Liberal.....	80
Jayme II.....	83
Alfonso IV.....	84
Pedro IV, el Ceremonioso.....	87
Juan I.....	92
Martin.....	94
Interregno	id.
Fernando I.....	97

	383
<i>Alfonso V</i>	<i>id.</i>
<i>Juan II</i>	103
<i>Fernando II y V de Castilla</i>	109
<i>Guerra de Granada</i>	113
<i>Sitio de esta ciudad</i>	115
<i>Su conquista</i>	119
<i>Expulsion de los Moros</i>	120
<i>Expulsion de los Judíos</i>	<i>id.</i>
<i>Descubrimiento del Nuevo Mundo</i>	126
<i>Juana y Felipe I, el Hermoso</i>	131
<i>Fernando el Católico segunda vez</i>	142
<i>Reyes de Navarra</i>	144
<i>Orígen de esta monarquía</i>	145
<i>Sancho Iñigo Arista</i>	148
<i>García Sanchez Iñiguez</i>	<i>id.</i>
<i>Sancho Garces Abarca</i>	149
<i>García Sanchez II, el Trémulo</i>	150
<i>Sancho II, el Mayor</i>	<i>id.</i>
<i>García III</i>	151
<i>Sancho III</i>	153
<i>Desmembracion de la Navarra</i>	<i>id.</i>
<i>Restablecimiento de esta monarquía</i>	154
<i>García Ramirez</i>	<i>id.</i>
<i>Sancho V</i>	<i>id.</i>
<i>Sancho VI, el Sabio</i>	<i>id.</i>
<i>Sancho VII, el Fuerte</i>	155
<i>Teobaldo I</i>	156

<i>Teobaldo II</i>	157
<i>Henrique</i>	<i>id.</i>
<i>Juana I</i>	158
<i>Luis Hutin</i>	159
<i>Felipe el Largo</i>	<i>id.</i>
<i>Juana II</i>	<i>id.</i>
<i>Cárlos el Malo</i>	160
<i>Cárlos el Noble</i>	161
<i>Blanca y Juan I, II de Aragon</i>	<i>id.</i>
<i>Persecucion del Príncipe Don Cárlos de Viana</i>	162
<i>Leonor</i>	172
<i>Francisco Febo</i>	<i>id.</i>
<i>Catalina y Juan de Labrit</i>	173
<i>Conquista de Navarra por Don Fernando el Católico</i>	177
<i>Cárlos I y V de Alemania</i>	186
<i>Comunidades de Castilla</i>	191
<i>Batalla de Parva</i>	204
<i>Liga Clementina</i>	207
<i>Toma de Roma</i>	208
<i>Abdicacion de Cárlos I, y su retiro al Monasterio de Yuste</i>	222
<i>Felipe II</i>	225
<i>Batalla de San Quintin</i>	228
<i>Revolucion de Flandes</i>	230
<i>Sublevacion de los Moriscos de Granada</i>	237

	385
<i>Guerra con los Turcos.....</i>	239
<i>Batalla de Lepanto.. ..</i>	240
<i>Reunion de la corona de Portugal á la de Castilla.....</i>	242
<i>La armada invencible.....</i>	247
<i>Felipe III.....</i>	258
<i>Reconoce a la República de Holanda.....</i>	267
<i>Expulsion de los Moriscos.....</i>	268
<i>Felipe IV.....</i>	274
<i>Revolucion de Cataluña.....</i>	290
<i>Sublevaciones de Nápoles y Sicilia.....</i>	299
<i>Rebellion de Portugal.....</i>	301
<i>Tratado de Westphalia.....</i>	106
<i>Tratado de los Pirineos.. ..</i>	308
<i>Guerra con Portugal.....</i>	309
<i>Batalla de Villaviciosa.....</i>	312
<i>Cárlos II.....</i>	313
<i>Inquietudes durante su menor edad.....</i>	314
<i>Paz de Aquisgran.....</i>	325
<i>Flibustieres.....</i>	326
<i>Liga de Ausgburg.....</i>	329
<i>Tratado de Riswik.....</i>	331
<i>Felipe V.....</i>	337
<i>La Grande Alianza.....</i>	338
<i>Principio de la guerra sobre la sucesion en la corona de España.....</i>	339
<i>Batalla de Luzara.....</i>	341

<i>Combate naval en las aguas de Vigo.....</i>	<i>342</i>
<i>Llegada á España del Archiduque Cárlos.</i>	<i>345</i>
<i>Sorpresa de Gibraltar.....</i>	<i>345</i>
<i>Discordia entre los Barceloneses.....</i>	<i>349</i>
<i>Batalla de Almansa.....</i>	<i>361</i>
<i>De Almenara.....</i>	<i>365</i>
<i>De Zaragoza.....</i>	<i>367</i>
<i>Entrada del Archiduque en Madrid.....</i>	<i>368</i>
<i>Batalla de Brihuega.....</i>	<i>371</i>
<i>Paz de Utrech.....</i>	<i>377</i>
<i>Reduccion de Cataluña: obstinacion de los Barceloneses.....</i>	<i>379</i>

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
22	8	influxo de que	influxo que
48	{ ²⁴ ²⁷ }	Valtanás.	Valtánas.
49	16	á la esperanza	la esperanza
107	25	Frances	frances
113	10	le	la
140	21	esto, solo	esto solo
253	22	próbido	próvido
254	2	Le	Se
261	12	un	á un
280	8	Fernambuco	Pernambuco
307	12	las	á las
344	5	transportos	transportes





